

# CECELIA AHERN

*Si pudieras  
verme ahora*



ESPA  
PDF

A Elizabeth Egan el orden y la precisión la ayudan a tenerlo todo bajo control y evitar así revivir el dolor que sufrió en el pasado. Un día conoce a un hombre espontáneo, despreocupado y aventurero. Ivan le enseña que la vida sólo vale la pena cuando nos dejamos cegar por su colorido y ocasional confusión. Pero cuando Elizabeth empieza a confiar en él, resulta que Ivan no es quien ella cree...



Cecelia Ahern

# **Si pudieras verme ahora**

**ePub r1.0**

**Titivillus 10.01.15**

Título original: *If You Could See Me Now*

Cecelia Ahern, 2005

Traducción: Borja Folch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

*Para Georgina, que cree...*

# Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia, Mimmie, Dad, Georgina y Nicky, por todo cuanto me han dado: no podría resumirlo por mucho que lo intentara. A David, que prepara el mejor café del mundo, gracias por estar pendiente de mí y creer apasionadamente en este libro. Un enorme agradecimiento para mi valiente agente Marianne, por sus pasteles, sus té y sus consejos, y gracias a Pat y a Vicki por su dedicación.

Gracias a Lynne, Maxine y a todos

en Harper Collins por vuestra fe en mí y vuestra profesionalidad.

A mis lectores, viejos y nuevos; espero que este libro os guste en la misma medida en que disfruté escribiéndolo.

Y lo más importante: gracias a Ivan por hacerme compañía en mi despacho durante horas. ¿Crees que se creerán nuestra historia?

# 1

Me hice amigo íntimo de Luke un viernes por la mañana. Eran las nueve y cuarto, para ser exactos, y si sé con exactitud qué hora era es porque lo comprobé en mi reloj de pulsera. Ignoro por qué lo hice ya que no tenía que estar en ninguna parte a una hora concreta. Pero creo que existe un motivo para todo lo que ocurre, así que quizá sólo comprobé qué hora era para poder contaros mi historia como es debido. Los detalles son importantes en las narraciones, ¿no?



Me alegró conocer a Luke esa mañana porque estaba un poco alicaído después de haber tenido que separarme de mi antiguo mejor amigo, Barry. Ya no podía seguir viéndome. Aunque en realidad no importa porque ahora está más contento y eso es lo que cuenta, me figuro. Tener que olvidar a mis amigos íntimos forma parte de mi trabajo. No se trata de la mejor parte, pero soy de los que creen que todo tiene un lado positivo, de modo que, tal como lo veo, si no tuviera que abandonar a mis amigos íntimos no podría hacer nuevos amigos. Y hacer amigos nuevos es, con mucho, mi parte favorita. Seguramente por eso me dieron este trabajo.

Enseguida hablaremos sobre mi trabajo, pero antes me gustaría contaros cómo fue la mañana en que conocí a mi amigo íntimo Luke.

Cerré la verja del jardín delantero de Barry a mis espaldas y comencé a caminar, y sin ningún motivo concreto tomé la primera a la izquierda, luego a la derecha, de nuevo a la izquierda, seguí recto un rato, volví a girar a la derecha y terminé junto a una urbanización de viviendas de alquiler subvencionadas por el ayuntamiento que se llama Fucsia Lane. Debieron de ponerle ese nombre por las fucsias que crecen por doquier. Crecen silvestres, aquí. Perdón, cuando digo «aquí» me

refiero a una población que se llama Baile na gCroíthe sita en el condado de Kerry. Eso está en Irlanda.

En un momento dado Baile na gCroíthe pasó a conocerse en inglés como Hartstown, pero traducido literalmente del irlandés significa Ciudad de los Corazones. Lo cual me suena mucho mejor. Me alegró encontrarme de nuevo en el mismo lugar; hice unos cuantos trabajos por aquí cuando empecé en esto pero no había regresado en años. Mi trabajo me lleva por todo el país, a veces incluso al extranjero cuando mis amigos se me llevan fuera de vacaciones, cosa que demuestra una vez más que, esté donde

esté, uno siempre necesita tener un amigo íntimo.

El pasaje de Fucsia Lane tenía doce casas, seis a cada lado, y todas eran distintas. Esa calle sin salida era un hervidero de febril actividad. Era viernes por la mañana, recuerdo, corría el mes de junio, hacía un sol radiante y todo el mundo estaba de buen humor. Bueno, todo el mundo no.

Había un montón de niños por la calle, unos yendo en bicicleta, otros persiguiéndose, jugando al tejo, a la rayuela y a muchas otras cosas. Se oían sus chillidos de alegría y sus risas. Supongo que además les alegraba estar de vacaciones. Pero, por más que

parecieran verdaderamente simpáticos y tal, no me sentía atraído por ellos. El caso es que no puedo hacerme amigo de cualquiera. No es eso en lo que consiste mi trabajo.

Un hombre segaba el césped en su jardín delantero y una mujer que llevaba unos guantes mugrientos y enormes se ocupaba de un parterre. Había un delicioso aroma a hierba recién cortada y el ruido que hacía la mujer al cortar con las tijeras, limpiando y podando, era como música que flotara en el aire. En el jardín siguiente un hombre silbaba una canción para mí desconocida mientras apuntaba la manguera del jardín hacia su coche y observaba cómo

la espuma de jabón se deslizaba por el costado revelando el nuevo brillo de la carrocería. De vez en cuando se daba la vuelta de repente y lanzaba el chorro de agua hacia dos niñas vestidas con trajes de baño a rayas amarillas y negras. Parecían dos abejorros. Me encantaba oírlas reír tan a gusto.

En el jardín siguiente un niño y una niña jugaban a la rayuela. Los observé un rato, pero ninguno de los dos respondió a mi muestra de interés, de modo que seguí adelante. Pasé frente a los niños que jugaban en los distintos jardines, pero ninguno de ellos me vio ni me invitó a jugar. Junto a mí pasaban zumbando chicos montados en bicicleta

y monopatín, y también cochecitos de control remoto, todos ajenos a mi presencia. Estaba comenzando a preguntarme si no habría sido un error ir a Fucsia Lane, cosa que resultaba bastante desconcertante puesto que por lo general se me daba muy bien elegir lugares y allí había un montón de niños. Me senté en la cerca de la última casa y me puse a pensar en qué cruce podía haberme confundido.

Al cabo de unos minutos llegué a la conclusión de que a pesar de todo estaba en la zona indicada. Rara vez giro por donde no toca. Me di la vuelta para ponerme de cara a la casa que tenía a mis espaldas. No había actividad en

aquel jardín, de modo que me acomodé y estudié el edificio. Tenía dos plantas y un garaje con un coche caro aparcado fuera que relucía al sol. Una placa en la cerca justo debajo de mí decía «Casa Fucsia», y el chalé tenía una fucsia en flor que trepaba por la pared, se aferraba a los ladrillos pardos de encima de la puerta principal y llegaba hasta el mismísimo tejado. Hacía muy bonito. Partes de la casa eran de ladrillo pardo y otras habían sido pintadas de color miel. Tenía ventanas cuadradas y también redondas. Desde luego, era un edificio fuera de lo común. La puerta principal era de color fucsia y tenía dos montantes alargados de vidrio



esmerilado en la parte superior, una enorme aldaba de latón y un buzón en la parte baja; parecían dos ojos, una nariz y una boca que me estuvieran sonriendo. Saludé con la mano y sonreí por si acaso. Bueno, uno no puede estar seguro de nada en los tiempos que corren.

Mientras estudiaba el rostro de la puerta principal, un niño salió corriendo por ella y la cerró con un soberano portazo. Llevaba un gran coche rojo de bomberos en la mano derecha y un coche patrulla en la mano izquierda. Me encantan los coches rojos de bomberos; son mis favoritos. El niño saltó el escalón de la entrada y corrió al césped, donde aterrizó patinando sobre las

rodillas. Se manchó de hierba las perneras de los pantalones del chándal negro, cosa que me hizo reír. Las manchas de hierba son muy divertidas porque no se van por más que se laven. Mi antiguo amigo Barry y yo patinábamos en los prados siempre que teníamos ocasión. Bueno, el chiquillo se puso a hacer chocar el coche de bomberos contra el de policía emitiendo ruidos con la boca. Se le daban bien los ruidos. Barry y yo también solíamos hacer eso. Resulta divertido fingir que haces cosas que normalmente no ocurren en la vida real.

El niño estrelló el coche de bomberos contra el patrullero, y el jefe

de bomberos, que iba enganchado a la escalera a un lado del camión, salió despedido. Reí a carcajadas y el niño levantó la vista.

En realidad me miró. Justo a los ojos.

—Hola —dije y carraspeé nervioso cambiando el peso de un pie al otro. Llevaba mis zapatillas Converse azules favoritas, que aún tenían manchas de hierba en las punteras blancas de goma de cuando Barry y yo fuimos a patinar. Comencé a frotar una puntera de goma contra la valla de ladrillos del jardín tratando de limpiarla mientras pensaba qué iba a decir a continuación. Aunque hacer amigos es lo que más me gusta del

mundo, eso no quita que me ponga un poco nervioso. Siempre cabe la espantosa posibilidad de que no le caiga bien a la gente y eso me da un canguelo que para qué. Hasta ahora he tenido suerte, pero sería de tontos suponer que siempre va a ser así.

—Hola —contestó el niño poniendo al bombero de nuevo en la escalera.

—¿Cómo te llamas? —pregunté golpeando con el pie la pared que tenía delante y restregando la puntera de goma. Las manchas de hierba se resistían a desaparecer.

El niño me estudió un rato, me miró de arriba abajo como si tratara de decidir si era digno de que me dijera su

nombre o no. Ésa es la parte de mi trabajo que más aborrezco. Es un mal trago querer hacerte amigo de alguien que no quiere ser amigo tuyo. A veces ocurre, aunque al final siempre cambian de parecer porque, lo sepan o no, desean mi compañía.

El niño tenía el pelo de un rubio casi blanco y grandes ojos azules. Su cara me sonaba por haberla visto en alguna parte, pero no recordaba dónde.

Por fin habló.

—Me llamo Luke. ¿Y tú?

Hundí las manos en los bolsillos y me concentré en patear la cerca del jardín con el pie derecho. Estaba consiguiendo que unos trozos de ladrillo

se desprendieran y cayeran al suelo. Sin mirarle dije:

—Ivan.

—Hola, Ivan —sonrió. Le faltaban los dientes de delante.

—Hola, Luke —sonreí a mi vez. Yo conservaba todos mis dientes—. Me gusta tu coche de bomberos. Mi mej... mi antiguo mejor amigo Barry tenía uno igual que éste y jugábamos con él sin parar. Aunque no creo que los coches de bomberos sirvan para gran cosa porque éste al pasar por el fuego se derrite —expliqué sin sacarme las manos de los bolsillos, con lo cual los hombros me subieron hasta las orejas. Así encorvado se amortiguaba el sonido, de modo que

saqué las manos de los bolsillos para oír lo que Luke estaba diciendo.

Luke se revolcaba por la hierba, muerto de risa.

—¿Hiciste que tu coche de bomberos atravesara un peligroso fuego? —chilló.

—Bueno, los coches de bomberos están hechos para el fuego, ¿no? —repuse a la defensiva.

Luke se tumbó boca arriba, pateó el aire desternillándose de risa y gritó:

—¡No, tontaina! ¡Los coches de bomberos sirven para apagar el fuego!

Reflexioné un rato sobre eso.

—Hummm. Mira, voy a decirte lo que apaga los fuegos, Luke —expliqué

con total naturalidad—: el agua.

Luke se dio unos golpecitos en la sien, exclamó «¡Ahí va!», hizo girar los ojos y volvió a desplomarse sobre la hierba.

Me eché a reír. Luke era la mar de divertido.

—¿Quieres jugar conmigo? —Luke enarcó las cejas para subrayar la pregunta.

Sonreí de oreja a oreja.

—Pues claro, Luke. ¡Jugar es lo que más me gusta! —Y salté la valla del jardín para reunirme con él en el césped.

—¿Qué edad tienes? —Me miró con recelo—. Pareces de la misma edad que mi tía —frunció el ceño—. Y a mi tía no



le gusta jugar con el coche de bomberos.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pues será que tu tía es una asos vieja y aburrida.

—¡Una asos! —chilló Luke con regocijo—. ¿Qué es una asos?

—Alguien que es sosa —dije arrugando la nariz y diciendo la palabra como si fuera una enfermedad.

Me gustaba decir las palabras al revés; era como inventar mi propio lenguaje.

—Sosa —repitió Luke conmigo y arrugó la nariz—, eeecs.

—¿Cuántos años tienes tú? —pregunté a Luke mientras estrellaba el coche patrulla contra el de los

bomberos. El bombero jefe volvió a caerse de la escalera—. Tú sí que te pareces a mi tía —le acusé, y Luke se retorció de risa. Reía muy alto.

—¡Sólo tengo seis años, Ivan! ¡Y no soy una niña!

—Vaya. —En realidad no tengo ninguna tía, pero se me ocurrió decirlo para hacerle reír—. No veo que seis años sean pocos años.

Justo cuando me disponía a preguntarle cuáles eran sus dibujos animados favoritos se abrió la puerta principal y oí un berrido. Luke palideció y miré hacia donde él miraba.

—¡¡Saoirse, devuélveme las llaves!!  
—chillaba una voz desesperada. Una

mujer aturullada, con las mejillas encendidas y los ojos desorbitados, cuya larga y sucia melena pelirroja colgaba en mechones alrededor de su cara, salió corriendo de la casa. Otro berrido procedente del interior la hizo trastabillar sobre sus zapatos de plataforma en el escalón del porche delantero. Soltó un taco y se apoyó en la pared exterior para no perder el equilibrio. Al levantar la vista miró hacia el extremo del jardín donde estábamos sentados Luke y yo. Cuando abrió la boca para sonreír mostró unos dientes torcidos y amarillentos. Retrocedí un poco sin levantarme. Vi que Luke hacía lo mismo. La mujer

saludó a Luke alzando el pulgar y graznó:

—Hasta la vista, chaval.

Dejó de apoyarse en la pared, se tambaleó un poco y se encaminó con paso decidido al coche aparcado en el camino de entrada.

—¡¡Saoirse!! —La voz de la persona que seguía dentro de la casa volvió a sonar—. ¡¡Como pongas un solo pie en ese coche llamaré a la Garda!!

La pelirroja dio un resoplido, pulsó un botón del llavero del coche y las luces emitieron un destello y se oyó un pitido. Abrió la puerta, subió dándose un golpe en la cabeza y cerró con un sonoro portazo. Desde la otra punta del

césped oí el clic del seguro de las puertas. Unos cuantos chicos dejaron de jugar en la calle para contemplar la escena que se desarrollaba delante de ellos.

Finalmente la propietaria de la voz misteriosa salió corriendo al jardín con un teléfono en la mano. Era muy distinta de la otra señora. Llevaba el pelo recogido en un moño impecable y un elegante traje sastre gris que no pegaba con la voz aguda y destemplada que parecía tener. También estaba congestionada y le faltaba el aliento. El pecho le subía y bajaba deprisa mientras corría cuanto le permitían los tacones hacia el coche. Se puso a dar brincos

alrededor del coche; primero probó la manecilla de la puerta y al encontrarla cerrada amenazó con llamar al 999.

—Voy a llamar a la Garda, Saoirse —advirtió agitando el teléfono hacia la ventanilla del conductor.

Saoirse se limitó a sonreírle desde dentro del coche y puso el motor en marcha. A la señora que había amenazado con telefonear a la policía se le quebró la voz mientras le suplicaba que bajara del coche. Saltaba sobre uno y otro pie dando la impresión de que dentro de su cuerpo hubiera alguien que se agitara intentando salir, como el Increíble Hulk.

Saoirse salió disparada por la larga

rampa adoquinada. A medio camino aminoró la marcha. La mujer del teléfono bajó los hombros y se mostró aliviada. Pero, en lugar de detenerse por completo, el coche avanzó a paso de tortuga mientras la ventanilla del lado del conductor se bajaba y por su hueco asomaban dos dedos levantados en alto con orgullo para que todo el mundo lo viera.

—Bah, volverá dentro de dos minutos —dije a Luke, que me miró de una manera extraña.

La mujer del teléfono observó aterrada cómo el coche volvía a acelerar y casi atropellaba a un niño al enfilarse la calzada. Ante ese espectáculo

unos mechones de pelo se le soltaron del apretado moño como si quisieran dar caza al coche por su cuenta.

Luke bajó la cabeza y puso al bombero otra vez en la escalera sin decir esta boca es mía. La mujer soltó un chillido de exasperación, levantó los brazos y giró en redondo. Se oyó un crujido cuando un tacón se clavó entre los adoquines de la rampa. La mujer agitó la pierna como una loca, cada vez más frustrada, hasta que al final el zapato salió volando, aunque, eso sí, dejando el tacón bien hincado en la grieta.

—¡¡Mieeeeeeeeeerda!! —gritó.

Renqueando con un zapato de tacón y lo



que se había convertido en una zapatilla, emprendió el regreso al porche. La puerta fucsia se cerró de un golpe y ella desapareció dentro de la casa. Los montantes, el pomo y el buzón volvieron a sonreírme y yo sonreí a mi vez.

—¿A quién estás sonriendo? —preguntó Luke torciendo el gesto.

—A la puerta —contesté considerándolo una respuesta obvia. Se quedó mirándome sin dejar de fruncir el ceño, con la mente a todas luces perdida en un mar de ideas sobre lo que acababa de ver y lo extraño que era sonreírle a una puerta.

Alcanzábamos a ver a la mujer del teléfono a través de los cristales de la

puerta principal: caminaba de un lado a otro del vestíbulo.

—¿Quién es? —pregunté volviéndome hacia Luke. Se quedó pasmado.

—Ésa es mi tía —dijo casi en un susurro—. Vivo con ella.

—Oh —dije—. ¿Quién era la del coche?

Luke empujó lentamente el coche de bomberos entre la hierba, aplastando las briznas al avanzar de rodillas.

—Ah, ella. Es Saoirse —dijo en voz baja—. Es mi mamá.

—Oh. —Se hizo el silencio y me di cuenta de que estaba triste—. Saoirse —repetí el nombre y me gustó lo que sentí

al pronunciarlo; como una ráfaga de viento saliéndome de la boca, o como el rumor de los árboles cuando hablan entre sí los días de viento.

—Seeeeer-ssshaaaaa...

De repente Luke me miró de un modo raro y me callé. Arranqué un ranúnculo del suelo y lo sostuve bajo el mentón de Luke. Un resplandor amarillo encendió su pálida piel.

—Eres de mantequilla —sentencié—. Entonces ¿Saoirse no es tu novia?

A Luke se le iluminó el rostro de golpe y rió. Aunque no tanto como antes.

—¿Quién es Barry, ese amigo tuyo que comentabas? —preguntó Luke estrellando su coche contra el mío

todavía con mucha más fuerza.

—Se llama Barry McDonald —  
contesté sonriendo al recordar lo  
divertido que era jugar con Barry.

Los ojos de Luke chispearon.

—¡Barry McDonald va a mi curso  
en el colegio!

Entonces caí en la cuenta.

—Estaba convencido de que tu cara  
me sonaba de algo, Luke. Te veía a  
diario cuando iba al colegio con Barry.

—¿Ibas al colegio con Barry? —  
preguntó sorprendido.

—Sí, el colegio era la monda con  
Barry —sonreí.

Luke entrecerró los ojos.

—Pues yo no te he visto nunca por

allí.

Empecé a reír.

—Hombre, pues claro que no me veías, cabeza hueca —dije como si tal cosa.

## 2

El corazón de Elizabeth latía ruidosamente en su pecho mientras, calzada con otro par de zapatos, recorría de punta a punta el parquet de arce del alargado vestíbulo de su hogar. Con el teléfono bien apretado entre la oreja y el hombro, su mente era un remolino de pensamientos mientras oía el estridente tono de llamada.

Dejó de caminar el rato suficiente para contemplar su reflejo en el espejo. Sus ojos castaños se abrieron horrorizados. Rara vez se permitía

presentar un aspecto tan desaliñado. Tan descontrolado. Unos cuantos mechones de cabello color chocolate se habían escapado del apretado moño francés, de tal modo que parecía que hubiese metido los dedos en un enchufe. El rimel se había alojado en las arrugas de debajo de los ojos; el pintalabios se había desvanecido dejando sólo el trazo del perfilador color ciruela a modo de marco, y la base de maquillaje se pegaba a las partes secas de su piel olivácea. ¿Qué había sido de su impecable aspecto habitual? Eso hizo que el corazón le latiera aún más deprisa y que su pánico se hiciera mayor.

«Respira, Elizabeth, concéntrate en respirar», se dijo a sí misma. Se atusó el pelo alborotado con mano temblorosa, colocando en su sitio los mechones rebeldes. Se limpió los restos de rimel con un dedo mojado, apretó los labios, se alisó la chaqueta del traje y carraspeó. Sólo se trataba de una momentánea pérdida de concentración por su parte, eso era todo. No volvería a ocurrir. Se pasó el teléfono a la oreja izquierda y reparó en la marca que el pendiente Claddagh le había dejado en el cuello.

Por fin contestó alguien y Elizabeth dio la espalda al espejo y se enderezó. Vuelta al trabajo.



—Comisaría de la Garda de Baile na gCroíthe, dígame.

Elizabeth hizo una mueca al reconocer la voz del teléfono.

—Hola, Marie, soy Elizabeth... otra vez. Saoirse se ha llevado el coche... — hizo una pausa— otra vez.

Se oyó un suspiro amable al otro lado de la línea.

—¿Cuánto hace de eso, Elizabeth?

Elizabeth se sentó en el primer escalón y se dispuso a contestar las preguntas de costumbre. Cerró los ojos sólo para descansar la vista un momento, pero el alivio de apartar de sí todo lo demás la incitó a mantenerlos cerrados.

—Apenas cinco minutos.

—Bien. ¿Dijo adónde iba?

—A la luna —contestó Elizabeth con toda naturalidad.

—¿Cómo dices? —preguntó Marie.

—Lo has oído bien. Ha dicho que se iba a la luna —agregó Elizabeth con firmeza—. Por lo visto la gente de allí la entenderá.

—La luna —repitió Marie.

—Sí —contestó Elizabeth un tanto irritada—. Quizá podríais empezar a buscar por la autopista. Me figuro que si me dirigiera a la luna pensaría que es el camino más rápido para llegar allá, ¿tú no? Aunque no estoy del todo segura de qué salida tomaría. La que quede más al

norte, digo yo. Tal vez se esté dirigiendo hacia el nordeste, hacia Dublín, o, quién sabe, lo mismo va camino de Cork; a lo mejor tienen un avión listo para llevársela de este planeta. En cualquier caso, yo avisaría a las patrullas de la autop...

—Cálmate, Elizabeth; sabes de sobra que tengo que hacerte estas preguntas.

—Es verdad.

Elizabeth procuró volver a serenarse. En aquel preciso instante debería estar en la importante reunión que tenía programada; era importante para ella, importante para su negocio de diseño de interiores. La canguro de Luke

cuidaba de él en sustitución de su anterior niñera, Edith. Ésta había emprendido pocas semanas atrás el viaje de tres meses alrededor del mundo con el que venía amenazando a Elizabeth desde hacía seis años, dejando a la joven e inexperta canguro expuesta a la inconstancia y los cambios de humor de Saoirse. Saoirse había llamado a su hermana al trabajo, presa del pánico... otra vez. Y Elizabeth había tenido que dejar de hacer todo lo que estaba haciendo... otra vez. Y salir pitando hacia casa... otra vez. Aunque no debería sorprenderle que aquello hubiese ocurrido... otra vez. No obstante, le sorprendía que Edith, antes

de realizar ese viaje a Australia, hubiera seguido acudiendo puntual al trabajo cada día. Durante seis años Edith había ayudado a Elizabeth a cuidar de Luke, seis años de drama, y aun así, después de tantos años de lealtad, Elizabeth esperaba a diario una llamada suya o una carta de dimisión. Ser la niñera de Luke traía aparejado un montón de problemas. Aunque no muchos más que el hecho de ser su madre adoptiva.

—Elizabeth, ¿estás ahí?

—Sí. —Abrió los ojos de golpe. Se estaba desconcentrando—. Perdona, ¿qué decías?

—Te he preguntado qué coche se ha llevado.

—El mismo de siempre, Marie. El mismo puñetero coche que la semana pasada y que la semana anterior y la anterior a ésa —espetó Elizabeth.

Marie se mantuvo firme.

—¿De qué marca...?

—BMW —soltó Elizabeth—. El mismo puñetero BMW 330 Cabriolet negro. Cuatro ruedas, dos puertas, un volante, dos retrovisores, luces y...

—No marees la perdiz —interrumpió Marie—. ¿En qué estado se encontraba?

—Reluciente. Acababa de lavarlo —replicó con descaro Elizabeth.

—Estupendo, ¿y en qué estado iba Saoirse?

—En el de costumbre.

—Borracha.

—Exacto.

Elizabeth se levantó y cruzó el vestíbulo hacia la cocina, su refugio siempre soleado. Los tacones resonaban con fuerza contra el suelo de mármol en aquella habitación desnuda de techo alto. Todo estaba en su sitio. El resplandor del sol a través de los cristales del invernadero templaba el ambiente. Elizabeth entornó los ojos cansados ante tanto brillo. La cocina immaculada relucía, las encimeras de granito negro centelleaban, la grifería y otros accesorios cromados reflejaban el día radiante. Un paraíso de acero

inoxidable y nogal. Fue directa a la máquina de café expreso. Su salvadora. Necesitada de una inyección de vida en su cuerpo agotado, abrió el aparador de la cocina y sacó una tacita beis de café. Antes de cerrar el armario giró un tazón para que el asa quedara hacia el lado correcto, igual que todas las demás. Abrió el cajón ancho de la cubertería de acero, vio un cuchillo en el compartimiento de los tenedores, lo puso en su sitio, cogió una cuchara y volvió a cerrar el cajón.

Por el rabillo del ojo percibió el paño de cocina colgado de cualquier manera en el tirador del horno. Arrojó al office el paño arrugado, sacó uno limpio



del pulcro montón que guardaba en el armario, lo dobló exactamente por la mitad y lo dispuso con primor en el tirador del horno. Cada cosa tenía su sitio.

—Bueno, no he cambiado la matrícula durante la última semana, o sea que sí, sigo teniendo el mismo número —contestó con aburrimiento a otra de las absurdas preguntas de Marie. Puso la taza humeante de expreso encima de un posavasos para proteger la mesa de cristal de la cocina. Se alisó los pantalones, se quitó una pelusa de la chaqueta, se sentó en el invernadero y contempló su jardín largo y estrecho y las ondulantes colinas de más allá que

se perdían en el infinito. Cuarenta tonos de verde, dorado y marrón.

Inspiró el rico aroma de su expreso humeante y se tranquilizó de inmediato. Imaginó a su hermana recorriendo a toda velocidad las colinas con la capota del descapotable bajada, los brazos en alto, los ojos cerrados, la melena llameante al viento, creyéndose libre. Saoirse significaba libertad en irlandés. El nombre lo había elegido su madre en un último intento desesperado para que los deberes maternos que tanto aborrecía parecieran menos un castigo. Su deseo fue que su segunda hija la librara de las ataduras del matrimonio, la maternidad, la responsabilidad..., la realidad.

Su madre contaba sólo dieciséis años cuando conoció a su padre. Ella estaba de paso en el pueblo, viajando con un grupo de poetas, músicos y soñadores, y entabló conversación con Brendan Egan, un granjero, en el pub. Éste le llevaba doce años y quedó prendado de su misteriosa personalidad y su carácter desenvuelto. Ella se sintió halagada. De modo que se casaron. A los dos años de matrimonio tuvieron su primera hija, Elizabeth. Pero resultó que su madre era indomable y se fue adueñando de ella una creciente frustración por saberse retenida en un pueblo aletargado, rodeado de montes, que en un principio ella sólo había

querido atravesar. Un bebé llorón y las noches en vela la fueron enajenando de su entorno. Los sueños de libertad personal se confundían con la realidad y comenzó a ausentarse durante varios días seguidos. Salía de exploración para descubrir sitios nuevos y conocer a otras personas.

A los doce años de edad Elizabeth cuidaba de sí misma y de su silencioso y amargado padre, y no preguntaba cuándo volvería a casa su madre porque en el fondo de su corazón sabía que tarde o temprano regresaría con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, hablando sin tregua sobre el mundo y todo lo que éste tenía que ofrecer.

Entraría flotando en sus vidas como una brisa fresca en verano, trayendo consigo entusiasmo y esperanza. Elizabeth se sentaría a los pies de la cama de su madre para escuchar encandilada el relato de sus aventuras. Este ambiente sólo se prolongaría unos pocos días hasta que su madre de súbito se cansase de referir historias en vez de vivirlas.

A menudo traía recuerdos como conchas, piedras, hojas. Elizabeth recordaba un jarrón de hierbas recién cortadas que solía ocupar el centro de la mesa del comedor como si fueran las plantas más exóticas de toda la creación. Si preguntaba a su madre sobre el campo de donde habían sido arrancadas,

su madre le guiñaba el ojo y le daba un toque en la punta de la nariz prometiendo a Elizabeth que algún día lo entendería. Su padre guardaba silencio en su sillón junto a la chimenea, leyendo el periódico, pero sin pasar nunca la página. Estaba tan perdido como su esposa en el mundo de las palabras de ésta.

Cuando Elizabeth contaba doce años su madre volvió a quedarse embarazada y, pese a ponerle el nombre de Saoirse a la recién nacida, aquella criatura no le brindó la libertad que ella tanto ansiaba. Por eso emprendió otra expedición. Y no regresó. Su padre, Brendan, no manifestó el menor interés por la vida en

ciernes que le había arrebatado a su esposa, de modo que aguardó a su mujer en silencio sentado en su sillón junto al fuego, leyendo el periódico sin pasar nunca la página. Durante años. Para siempre. El corazón de Elizabeth no tardó en cansarse de esperar el regreso de su madre y así fue como Saoirse pasó a ser responsabilidad de su hermana mayor.

Saoirse había heredado los rasgos celtas de su padre, pelo rubio rojizo y piel clara, mientras que Elizabeth era el vivo retrato de su madre. Piel olivácea, cabellos marrón chocolate, ojos casi negros; rasgos que ambas llevaban en la sangre desde la influencia española de

cientos de años atrás. Elizabeth cada día se parecía más a su madre y era consciente de la desazón que eso causaba en su padre. Llegó a odiarse a sí misma por ello, y además de esforzarse por entablar conversación con su padre, aún puso mayor ahínco en demostrarle a él y también a sí misma que no tenía nada que ver con su madre: que sabía lo que era la lealtad.

Cuando Elizabeth terminó la escuela a los dieciocho años se enfrentó con el dilema de quedarse en casa o mudarse a Cork para ir a la universidad, decisión ésta que tomó haciendo acopio de todo su coraje. Su padre consideró que el escoger esa alternativa equivalía a



abandono; también era abandono que ella trabara amistad con quienquiera que fuese. Él tenía ansias de atención, siempre exigía ser la única persona en la vida de sus hijas, como si eso fuera a impedir que un buen día se emanciparan. Bueno, faltó poco para que lo consiguiera y desde luego era uno de los motivos por los que Elizabeth carecía de vida social y de un círculo de amistades. Se veía obligada a marcharse en cuanto empezaba el intercambio de frases corteses, sabedora del precio que le tocaría pagar por el tiempo innecesario pasado fuera de la granja, un precio consistente en soportar palabras cargadas de resentimiento y fulminantes

miradas desaprobadoras. En cualquier caso, cuidar de Saoirse y acudir al instituto constituía un trabajo a jornada completa. Brendan la acusaba de ser como su madre, de pensar que estaba por encima de él y que era superior al común de la gente de Baile na gCroíthe. Elizabeth encontraba claustrofóbico el pueblo y tenía la impresión de que aquella casa de campo tan fea estaba hundida en la oscuridad, ajena al paso del tiempo. Era como si el reloj del abuelo estuviera aguardando el regreso de su madre en la entrada.

—¿Y Luke? ¿Dónde está? — preguntó Marie por teléfono, devolviendo a Elizabeth al presente de

golpe.

Elizabeth replicó con amargura:

—¿De verdad crees que Saoirse se lo llevaría con ella?

Silencio.

Elizabeth suspiró.

—Está aquí.

El nombre de Saoirse había traído consigo algo más que una manera de llamar a la hermana de Elizabeth. Le había otorgado una identidad, un estilo de vida. Todo cuanto representaba ese nombre se le transmitió a la sangre. Era fogosa, independiente, alocada y libre. Seguía el patrón de conducta de una madre a quien no recordaba, y hasta tal punto lo hacía que Elizabeth a veces

tenía la impresión de estar viendo a su madre. Pero cada dos por tres se perdía de vista. Saoirse quedó embarazada a los dieciséis sin que nadie supiera quién era el padre, empezando por la propia Saoirse. Una vez que tuvo el bebé no le preocupó gran cosa ponerle nombre, pero con el tiempo empezó a llamarlo Lucky, es decir «afortunado». Otro capricho. Así que Elizabeth le puso Luke de nombre. Y una vez más, a los veintiocho años de edad, Elizabeth asumió la responsabilidad de criar a un chiquillo.

Nunca aparecía una chispa de afecto en los ojos de Saoirse cuando miraba a Luke. A Elizabeth la asombraba que no

existiera entre ellos ningún vínculo, ninguna clase de conexión. Elizabeth no había planeado tener hijos; en realidad había pactado consigo misma no tenerlos jamás. Se había criado a sí misma y había criado a su hermana; no tenía ningunas ganas de criar a nadie más. Por fin llegaba la hora de cuidar de sí misma. A los veintiocho años, tras haber vivido esclavizada por el colegio y la universidad, había abierto con éxito su propia empresa de diseño de interiores. La circunstancia de trabajar de firme la convertía en el único miembro de la familia capaz de proporcionar una buena vida a Luke. Había alcanzado sus metas llevando

siempre el control, manteniendo el orden, sin quitarse el ojo de encima, siendo siempre realista, creyendo en hechos, no en sueños y, por encima de todo, aplicándose y trabajando duro. Su madre y su hermana le habían enseñado que no llegaría a ninguna parte persiguiendo sueños nostálgicos y abrigando esperanzas poco realistas.

Por eso ahora tenía treinta y cuatro años y vivía sola con Luke en una casa que le encantaba. Una casa que había comprado y todavía pagaba ella solita. Una casa que había convertido en su cielo particular, el lugar al que retirarse y sentirse a salvo. Sola, porque el amor figuraba en la lista de sentimientos que

una nunca controlaba. Y necesitaba controlar. Ya había amado y había sido amada, conocía el sabor de los sueños y sabía qué se sentía al no tener los pies sobre la tierra. También había aprendido lo que era aterrizar dándose un doloroso trompazo. Tener que hacerse cargo del hijo de su hermana había ahuyentado a su amado y desde entonces nadie lo había reemplazado. Elizabeth resolvió no volver a perder el control de sus sentimientos nunca más.

La puerta principal dio un portazo y acto seguido oyó el correteo de unos pies pequeños por el vestíbulo.

—¡Luke! —llamó Elizabeth tapando el auricular con la mano.

—¿See? —contestó Luke inocentemente, ojos azules y pelo rubio asomando a la jamba de la puerta.

—Se dice sí, no see —le corrigió Elizabeth con severidad. Su voz estaba cargada de una autoridad digna de la profesional en que se había convertido con el paso de los años.

—Sí —repitió el niño.

—¿Qué estás haciendo?

Luke entró al vestíbulo y los ojos de Elizabeth bajaron al acto a las rodillas manchadas de hierba.

—Yo e Ivan estamos jugando con el ordenador —explicó Luke.

—Ivan y yo —le corrigió Elizabeth, y siguió escuchando a Marie al otro lado



del teléfono organizando la salida de un coche de la Garda.

Luke miró a su tía y regresó al cuarto de jugar.

—Espera un momento —gritó Elizabeth al teléfono cuando por fin se dio cuenta de lo que Luke acababa de decirle. Se levantó de un salto golpeándose con la pata de la mesa y derramando el expreso sobre el cristal. Soltó un taco. Las patas de hierro forjado negro de la silla chirriaron contra el mármol. Sosteniendo el teléfono contra el pecho, corrió por el vestíbulo hasta el cuarto de jugar. Asomó la cabeza y vio a Luke sentado en el suelo con los ojos pegados a la

pantalla de televisión. Aquel cuarto y su dormitorio eran las únicas habitaciones de la casa donde Elizabeth permitía que tuviera sus juguetes. Ocuparse de un niño no la había hecho cambiar, como muchos habían pensado; no había relativizado sus opiniones en lo más mínimo. Había visitado las casas de varios amigos de Luke al ir a recogerlo o acompañarlo, tan llenas de juguetes por todas partes que hacían tropezar a cualquiera que osara cruzarse en su camino. Muy a su pesar, había aceptado tazas de café ofrecidas por sus madres, sentada encima de peluches, rodeada de biberones, leche en polvo y pañales. Pero en su casa ni hablar. A Edith le

había explicado las reglas al principio de su relación laboral y ésta las había obedecido a pies juntillas. A medida que fue creciendo y comprendiendo a su tía, Luke respetó obedientemente sus deseos y sólo jugaba en la habitación que Elizabeth había dedicado a las necesidades lúdicas del sobrino.

—Luke, ¿quién es Ivan? —preguntó Elizabeth barriendo la habitación con la vista—. Ya sabes que no debes traer desconocidos a casa —agregó preocupada.

—Es mi nuevo amigo —contestó Luke como un zombi, sin apartar los ojos del luchador forzado que daba una paliza a su oponente en la pantalla.

—Te tengo dicho que quiero conocer a tus amigos antes de que los invites a casa. ¿Dónde está? —inquirió Elizabeth terminando de abrir la puerta y penetrando en el espacio de Luke. Pidió a Dios que aquel amigo fuese mejor que el último monstruito que resolvió pintar en la pared con rotuladores mágicos un retrato de su familia feliz al completo, lo cual la obligó a hacer pintar la habitación de nuevo.

—Ahí —dijo Luke señalando con la cabeza en dirección a la ventana, aún sin mover los ojos.

Elizabeth anduvo hasta la ventana y miró el jardín delantero.

Cruzó los brazos.

—¿Está escondido?

Luke pulsó «Pausa» en el teclado del ordenador y por fin apartó los ojos de los dos luchadores de la pantalla. La confusión le arrugó el rostro.

—¡Está justo ahí! —exclamó señalando el asiento consistente en un enorme y blando saco relleno llamado también «saco de alubias».

Elizabeth abrió los ojos como platos y miró fijamente el saco de alubias.

—¿Dónde?

—Justo ahí —repitió Luke.

Elizabeth miró pestañeando a su sobrino. Levantó los brazos con ademán de interrogación.

—A tu lado, en el saco de alubias —

explicó Luke alzando la voz con nerviosismo. Miraba fijamente la funda de pana amarilla del saco de alubias como si alentara a su amigo a aparecer.

Elizabeth siguió su mirada.

—¿Le ves? —Luke dejó caer el mando y se puso de pie de un salto.

Siguió un tenso silencio en el que Elizabeth percibió el odio contra ella que manaba de todos los poros del cuerpo de Luke. Sabía de sobra lo que estaba pensando su sobrino: ¿por qué no le veía sin más, por qué no le seguía el juego aunque sólo fuese aquella vez, por qué era incapaz de fingir? Se tragó el nudo de la garganta y echó un vistazo más al cuarto por si en efecto le había

pasado por alto la presencia de su amigo. Nada.

Al agacharse para ponerse al mismo nivel que el niño le crujieron las rodillas.

—En esta habitación sólo estamos tú y yo —le susurró bajito. Parecía más fácil decirlo en voz baja. Ahora bien, lo que ya no sabía era si resultaba más fácil para Luke o para ella.

Las mejillas de Luke se pusieron coloradas y su respiración se hizo más agitada. Estaba de pie en medio del cuarto, rodeado de cables de consola de ordenador, con las manitas dejadas caer a los lados y aquel aire de desamparo. Elizabeth tenía palpitaciones mientras

suplicaba para sí «por favor, no seas como tu madre, por favor, no seas como tu madre, por favor, no seas como tu madre». Sabía demasiado bien la capacidad de absorción que tenían los mundos de fantasía.

Finalmente Luke no pudo seguir callado y, mirando hacia el saco de alubias, ordenó:

—¡Ivan, dile algo!

Reinó el silencio mientras Luke aguardaba hasta que soltó una risita histérica. Se volvió hacia Elizabeth y su sonrisa se difuminó enseguida al comprobar que ésta no reaccionaba.

—¿No le ves? —chilló nerviosamente. Entonces, más enojado,



repitió—: ¿Por qué no le ves?

—¡Vale, vale! —Elizabeth procuró dominar el pánico. Se enderezó y recobró su altura normal. En ese nivel tenía control. No podía ver al tal Ivan y su conciencia se negaba a dejarla fingir. Le vinieron ganas de salir de la habitación cuanto antes. Levantó la pierna como para ir a pasar por encima del saco de alubias, pero se detuvo, optando por rodearlo. Una vez en la puerta echó un último vistazo por si localizaba al misterioso Ivan. Ni rastro.

Luke se encogió de hombros, se sentó y siguió jugando con el juego de lucha libre.

—Voy a preparar un poco de pizza,

Luke.

Silencio. ¿Qué más debía decir? En momentos como aquél era cuando se daba cuenta de lo inútiles que resultaban todos los manuales del mundo sobre cómo ser madre. La buena maternidad te salía del corazón, era instintiva, y no por vez primera le preocupó estar defraudando a Luke.

—Estará lista dentro de veinte minutos —añadió con torpeza.

—¿Qué? —Luke pulsó «Pausa» de nuevo y miró por la ventana.

—He dicho que estará lista dentro de vein...

—No es eso —dijo Luke zambulléndose de nuevo en el mundo de

los videojuegos—. Ivan también tomaría un poco. Me ha dicho que la pizza es su plato favorito.

—Vaya.

Elizabeth tragó saliva con impotencia.

—Con aceitunas —prosiguió Luke.

—Pero, Luke, si tú odias las aceitunas.

—See, pero a Ivan le encantan. Le vuelven loco.

—Caramba...

—Gracias —dijo Luke a su tía. Miró el saco de alubias, le hizo una señal de victoria, sonrió y volvió a apartar la vista.

Elizabeth se batió en lenta retirada

del cuarto de jugar. Reparó en que todavía llevaba el teléfono sujeto contra el pecho.

—¿Sigues ahí, Marie?

Se mordió una uña y miró fijamente la puerta cerrada del cuarto de jugar preguntándose qué debía hacer.

—Empezaba a pensar que tú también te habías largado a la luna —contestó Marie riendo entre dientes. Pero, tomando por enojo el silencio de Elizabeth, se disculpó enseguida—. De todos modos llevabas razón, Saoirse iba camino de la luna, pero por suerte decidió detenerse para repostar combustible. Aunque fue más bien ella quien repostó. Tu coche ha sido

localizado bloqueando la calle mayor con el motor aún en marcha y la puerta del conductor completamente abierta. Tienes suerte de que Paddy lo haya encontrado antes de que alguien se lo llevara.

—A ver si lo adivino. El coche estaba delante del pub.

—Correcto. —Marie hizo una pausa—. ¿Quieres poner una denuncia?

Elizabeth suspiró.

—No. Gracias, Marie.

—De nada. Haremos que alguien te lleve el coche a casa.

—¿Qué pasa con Saoirse? —Elizabeth iba de un lado a otro del vestíbulo—. ¿Dónde está?

—Nos la quedaremos aquí un rato, Elizabeth.

—Voy a buscarla —dijo Elizabeth enseguida.

—No —insistió Marie—. Te llamaré más tarde y hablaremos de eso. Es preciso que tu hermana se tranquilice antes de ir a donde sea.

Elizabeth oyó a Luke reír y hablar en voz alta dentro del cuarto de jugar.

—La verdad, Marie —agregó con un amago de sonrisa—, antes de colgar me entraban ganas de pedirte que los que me lleven el coche a casa traigan un psiquiatra con ellos. Según parece a Luke ahora le ha dado por los amigos imaginarios...

Dentro del cuarto de jugar Ivan puso los ojos en blanco y se contoneó hundiéndose aún más en el saco de alubias. Había oído las palabras de Elizabeth al teléfono. Desde sus comienzos en aquel trabajo los padres le habían llamado así y eso estaba comenzando a preocuparle. No había absolutamente nada imaginario en él.

# 3

Luke fue muy amable al invitarme a cenar ese día. Cuando le dije que la pizza es mi plato favorito en realidad no tenía intención de que me invitaran a cenar. Pero ¿cómo iba a decir que no al lujazo de comer pizza en viernes? Había motivo para una celebración doble. Sin embargo, debido al incidente en el cuarto de jugar me dio la impresión de no haberle caído muy bien a la tía de Luke, cosa que no me sorprendió lo más mínimo, ya que por lo general suele ocurrir. Los padres siempre piensan que



preparar comida para mí es un desperdicio, porque siempre terminan tirándola. Pero para mí es un asunto peliagudo. Vamos a ver, tienes que comerte la cena apretujado en un sitio minúsculo que te dejan en la mesa mientras los demás te miran y se preguntan si tu comida va a desaparecer o no. Al final me pongo tan paranoico que no puedo comer y tengo que dejar la comida en el plato.

No lo digo por quejarme, que te inviten a cenar está muy bien, pero los adultos nunca ponen la misma cantidad de comida en mi plato que en el de los demás. En el mío nunca llegan a poner ni siquiera la mitad de la comida que al

resto de los comensales y siempre dicen cosas como «Bueno, seguro que Ivan no tiene mucho apetito hoy.» Vamos a ver, ¿cómo lo saben? Nunca preguntan. Suelo estar apretujado entre mi amigo íntimo de turno y algún hermano mayor pesado que me roba parte de la comida cuando nadie mira.

Se olvidan de darme cosas como servilletas, cubiertos y, por descontado, nunca son generosos con el vino. A veces se contentan con darme un plato vacío y decirle a mi amigo que la gente invisible come comida invisible. Vamos a ver, por favor, ¿acaso el invisible viento agita árboles invisibles? Suelen ponerme un vaso de agua y eso sólo si

se lo pido educadamente a mis amigos. Los adultos ven raro que necesite un vaso de agua para acompañar la comida y hacen un montón de aspavientos cuando lo pido con hielo. Y digo yo, habida cuenta de que el hielo es gratis, ¿a quién no le apetece una bebida fresca en un día caluroso?

Por lo general son las madres quienes más charlan conmigo. Sólo que hacen preguntas y no escuchan las respuestas o fingen ante todos los demás que he dicho otra cosa para hacerles reír. Incluso me miran al pecho cuando me hablan como si esperasen que midiera un metro escaso. Y que conste, mido metro ochenta y os aseguro que no

hacemos eso de la edad en el sitio de donde procedo; pasamos a existir tal como somos y crecemos espiritualmente más que físicamente. Es nuestro cerebro el que crece. Dejadme señalar que mi cerebro es bastante grande a estas alturas, aunque siempre hay sitio para que siga creciendo. Me dedico a este trabajo desde hace mucho tiempo y se me da bien. Nunca he decepcionado a un amigo.

Los papás siempre me dicen cosas entre dientes cuando creen que no hay nadie escuchando. Por ejemplo, Barry y yo fuimos a Waterford durante las vacaciones de verano y estábamos tumbados en la playa de Brittas Bay y

pasó una señora en bikini. El padre de Barry dijo entre dientes «Ésa sí que está buena, Ivan.» Los papas siempre creen que estoy de acuerdo con ellos. Siempre aseguran a mi mejor amigo que les digo cosas como «Es bueno comer verdura. Ivan me ha pedido que te diga que te comas todo el brécol» y otras tonterías por el estilo. Mis amigos íntimos saben de sobra que nunca diría nada semejante.

Pero así es como son los adultos.

Diecinueve minutos y treinta y ocho segundos más tarde Elizabeth llamó a Luke a cenar. Las tripas me hacían ruido y me apetecía un montón la pizza. Seguí a Luke a través del largo vestíbulo hasta

la cocina asomándose a cada habitación al pasar. En la casa reinaba un silencio sepulcral y nuestros pasos resonaban. Cada habitación era toda blanca o toda beige, tan impecable que empezó a ponerme nervioso la idea de comer pizza, pues no quería hacer un estropicio. Hasta donde llegué a ver, no sólo no había ningún indicio de que viviera un niño en la casa, sino que no había indicios de que viviera nadie. Le faltaba lo que suele llamarse una atmósfera hogareña. Aun así, la cocina me gustó. El sol la había caldeado y como estaba rodeada de cristal daba la impresión de que estuviéramos sentados en el jardín. Como en una especie de

picnic. Me fijé en que la mesa estaba puesta para dos personas, de modo que aguardé a que me dijeran dónde debía sentarme. Los platos eran grandes, negros y relucientes, el sol que entraba por los ventanales arrancaba destellos a la cubertería y las dos copas de cristal reflejaban colores de arco iris encima de la mesa. Había una ensaladera y una jarra de cristal con agua con hielo y limón en medio de la mesa. Todo estaba posado sobre individuales de mármol negro. A la vista de cómo refulgía todo, hasta ensuciar la servilleta daba miedo.

Las patas de la silla de Elizabeth chirriaron contra las baldosas cuando se sentó. Se puso la servilleta en el regazo.

Reparé en que se había cambiado y llevaba un chándal marrón oscuro que combinaba con su pelo y le realzaba la piel. La silla de Luke chirrió cuando se sentó. Elizabeth cogió el tenedor y la cuchara gigantes de la ensalada y comenzó a juntar hojas y tomatitos en su plato. Luke la miró y frunció el ceño. Luke tenía un trozo de pizza margarita en el plato. Sin aceitunas. Hundí las manos en los bolsillos y empecé a apoyarme en una y otra pierna con nerviosismo.

—¿Qué pasa, Luke? —preguntó Elizabeth aliñando su ensalada.

—¿Dónde está el sitio de Ivan?

Elizabeth se detuvo, cerró con fuerza la tapa de la vinagrera y dejó el tarro



otra vez en medio de la mesa.

—Venga, Luke, basta ya de tonterías —dijo en tono desenfadado y sin mirarle. Me constaba que le daba miedo mirar.

—No digo ninguna tontería —replicó Luke frunciendo el ceño—. Has dicho que Ivan podía quedarse a cenar.

—Sí, pero ¿dónde está Ivan? —preguntó Elizabeth procurando que no se le crispaba la voz mientras espolvoreaba queso rallado. Me di cuenta de que no quería que aquello se convirtiera en un problema. Lo apartaría de la mente enseguida y ya no se hablaría más de amigos invisibles.

—Está de pie justo a tu lado.

Elizabeth golpeó la mesa con el tenedor y el cuchillo y Luke pegó un bote en la silla. Su tía abrió la boca para hacerle callar, pero la interrumpió el timbre de la puerta. En cuanto salió de la cocina, Luke se levantó de la silla y sacó un plato del aparador. Grande y negro, igual que los otros dos. Sirvió un trozo de pizza en el plato, cogió cubiertos y una servilleta y lo puso todo encima de un individual al lado del suyo.

—Éste es tu sitio, Ivan —dijo alegremente, y le hincó el diente a su pizza. Le quedó colgando de la barbilla un trozo de queso fundido. Parecía un cordel amarillo.

A decir verdad, no me habría sentado a la mesa si mi estómago no hubiese estado gritándome que comiera. Me constaba que Elizabeth se pondría fuera de sí, pero si engullía la comida muy deprisa antes de que regresara a la cocina quizá no llegaría a enterarse.

—¿Quieres que le pongamos aceitunas? —preguntó Luke limpiándose el tomate de la boca con la manga.

Me reí y asentí con la cabeza. Se me hacía la boca agua.

Elizabeth regresó a toda prisa a la cocina justo cuando Luke trataba de alcanzar el estante donde estaban las aceitunas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó

rebuscando en uno de los cajones.

—Cojo las aceitunas para Ivan —explicó Luke—. Le gusta la pizza con aceitunas, ¿recuerdas?

Elizabeth miró hacia la mesa de la cocina y vio que estaba puesta para tres. Se frotó los ojos con ademán cansado.

—Oye, Luke, ¿no te parece que es desperdiciar la comida lo de poner aceitunas en la pizza? No te gustan nada y voy a tener que tirarlas.

—Bueno, no será ningún desperdicio, ya que se las comerá Ivan, ¿verdad, Ivan?

—Desde luego —dije relamiéndome los labios y apretándome la barriga.

—¿Y bien? —Elizabeth levantó una

ceja—. ¿Qué ha dicho?

Luke frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que tampoco le oyes? —Me miró e hizo girar un dedo junto a la sien, dándome a entender que su tía estaba loca—. Ha dicho que se las comerá todas encantado.

—¡Qué bien educado! —farfulló Elizabeth sin dejar de rebuscar en el cajón—. Pero más vale que te asegures de que desaparece hasta la última miga, porque de lo contrario será la última vez que Ivan coma con nosotros.

—No te preocupes, Elizabeth, pienso zampármelo todo —le dije justo antes de probar el primer bocado. No quería ni oír hablar de no volver a

comer con Luke y su tía otra vez. Elizabeth tenía los ojos tristes, tristes ojos castaños, y yo estaba convencido de que la haría feliz comiéndome hasta la última miga. Comí deprisa.

—Gracias, Colm —dijo Elizabeth cansinamente cogiendo las llaves que le alcanzaba el *garda*. Dio la vuelta al coche lentamente inspeccionando la pintura con detenimiento.

—No ha habido daños —dijo Colm observándola.

—Al menos no en el coche —respondió Elizabeth intentando hacer un chiste y dando unas palmaditas al capó.

Siempre pasaba vergüenza. Como mínimo una vez por semana ocurría alguna clase de incidente que implicaba a los *gardaí* y, aunque la policía siempre se mostraba profesional y educada ante la situación, ella no podía evitar sentirse avergonzada. En su presencia se esforzaba más de lo acostumbrado para parecer «normal» y así demostrar que no era culpa suya y que no toda la familia estaba chiflada. Limpió las salpicaduras de barro seco con un pañuelo de papel. Colm le sonrió con tristeza.

—Ha habido que arrestarla, Elizabeth.

Elizabeth levantó la cabeza de golpe, completamente alerta.

—Colm —dijo asombrada—. ¿Por qué?

Era la primera vez que sucedía. Hasta entonces se habían limitado a amonestar a Saoirse y devolverla a donde estuviera viviendo en aquel momento. Un trato poco profesional, a Elizabeth le constaba, pero en un pueblo tan pequeño, donde todos conocían a todos, nunca habían ido más allá de vigilar a Saoirse para impedir que hiciera alguna estupidez que acarrearía consecuencias. Ahora Elizabeth temía que Saoirse hubiese agotado su cupo de advertencias. Colm jugueteaba con su gorra azul marino entre las manos.

—Conducía bebida, Elizabeth, iba



en un coche robado y ni siquiera tiene carné.

Al oír esas palabras, Elizabeth se estremeció. Saoirse era un peligro. ¿Por qué insistía en proteger a su hermana? ¿Cuándo se daría por enterada finalmente y aceptaría que llevaban razón al decir que su hermana nunca sería el ángel que ella deseaba que fuera?

—Pero si el coche no era robado —tartamudeó Elizabeth—. Le dije que podía...

—No sigas, Elizabeth —interrumpió Colm con firmeza.

Tuvo que taparse la boca con la mano para callarse. Inspiró

profundamente y procuró recobrar la calma.

—¿Tiene que ir a juicio? —preguntó en un susurro.

Colm bajó la vista al suelo y movió una piedra con el pie.

—Sí. Ya no es sólo que pueda hacerse daño a sí misma. Constituye un peligro para el prójimo.

Elizabeth tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Una oportunidad más, Colm — soltó sintiendo su orgullo desintegrarse —. Sólo pido que le deis una oportunidad más... por favor. —Decir las últimas palabras le dolió hasta físicamente. Todos los huesos de su

cuerpo le suplicaban al agente. Elizabeth nunca pedía ayuda—. No le quitaré el ojo de encima. Prometo que no la perderé de vista ni un instante. Se portará mejor, sólo necesita un poco de tiempo para entender ciertas cosas.

Elizabeth notaba que la voz le fallaba y las rodillas le temblaban mientras suplicaba en nombre de su hermana.

Colm le respondió con voz triste.

—Ya hemos procedido. Ahora no podemos echarnos atrás.

—¿Qué castigo le impondrán?

Se sintió mareada.

—Dependerá del juez que esté de guardia. Es su primera infracción;

bueno, su primera infracción oficial. Puede que sea benevolente con ella, pero también puede que no. —Se encogió de hombros y se miró las manos—. Y también depende de lo que declare el *garda* que la arrestó.

—¿Por qué?

—Porque si cooperó y no causó problemas quizá cuente como atenuante, aunque también...

—Es posible que no —concluyó Elizabeth con preocupación—. ¿Y bien? ¿Cooperó?

Colm soltó una breve risa.

—Hicieron falta dos personas para sujetarla.

—Maldita sea —renegó Elizabeth

—. ¿Quién la arrestó? —Se mordió las uñas.

Hubo un silencio antes de que Colm contestara:

—Yo.

Elizabeth se quedó boquiabierta. Colm siempre había mostrado cierta indulgencia con Saoirse. Era el único que siempre se ponía de su parte, por eso el hecho de que la hubiese detenido él dejó a Elizabeth sin habla. Se mordió con nerviosismo el interior de la boca y el sabor de la sangre le bajó por la garganta. No quería que la gente comenzara a darse por vencida respecto a Saoirse.

—Haré cuanto esté en mi mano por

ella —prosiguió Colm en voz baja—. Procura que no se meta en problemas hasta que se celebre la vista dentro de unas semanas.

Elizabeth, tras darse cuenta de que llevaba unos segundos sin respirar, soltó el aire.

—Gracias.

No cabía decir nada más. Aunque sintió un alivio inmenso, sabía que no podía cantar victoria. Nadie podría proteger a su hermana esta vez; tendría que enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Pero ¿cómo se suponía que iba ella a vigilar a Saoirse cuando ni siquiera sabía por dónde comenzar a buscarla? Saoirse no podía vivir con

ella y Luke —estaba demasiado descontrolada para convivir con él—, y su padre hacía mucho tiempo que le había dicho que se marchara de casa y no volviera.

—Bueno, te dejo con lo tuyo, que no es poco —dijo Colm amablemente. Volvió a ponerse la gorra y se dirigió hacia la calle por la entrada para vehículos adoquinada.

Elizabeth se sentó en el porche para descansar las rodillas y miró su coche manchado de barro. ¿Por qué tenía que mancharlo todo Saoirse? ¿Por qué todo... y todos los que Elizabeth amaba huían despavoridos de su hermana pequeña? Notó que las nubes en lo alto

empujaban contra sus hombros todo lo que mediaba entre ellas y ella misma, y le preocupó pensar qué haría su padre cuando llevaran a Saoirse a su granja, cosa que indudablemente harían. Seguro que dentro de cinco minutos llamaría a su hija Elizabeth para quejarse.

El teléfono comenzó a sonar dentro de la casa y el corazón se le encogió todavía más. Se levantó del porche, dio media vuelta con lentitud y entró. Cuando alcanzó la puerta los timbrazos habían cesado y vio a Luke sentado en la escalera con el auricular en la oreja. Se apoyó contra el marco de madera de la puerta con los brazos cruzados y le observó. Un amago de sonrisa suavizó el



semblante del niño. Estaba creciendo muy deprisa y Elizabeth se sentía ajena a ese proceso, como si Luke lo estuviera haciendo todo sin su ayuda, sin el cariño que sabía que debía brindarle pero que tanto le costaba ofrecerle. Le constaba que carecía de ese sentimiento, a veces carecía de sentimientos y punto, y cada día deseaba que el instinto maternal la hubiera invadido al firmar todo el papeleo. Si Luke se caía y se hacía un corte en la rodilla, su reacción inmediata era lavarle la herida y ponerle una tirita. Para ella con eso bastaba, no veía la necesidad de ponerse a bailar con él por la habitación para que dejara de llorar y pegarle golpes al suelo como

había visto hacer a Edith en más de una ocasión.

—Hola, abuelo —decía Luke educadamente.

Hizo una pausa para escuchar a su abuelo al otro lado de la línea.

—Elizabeth y yo estamos almorzando con mi nuevo amigo íntimo, Ivan.

Pausa.

—Una pizza de tomate y queso, aunque Ivan ha puesto aceitunas a su porción.

Pausa.

—Aceitunas, abuelo.

Pausa.

—No, me parece que no podrías

cultivarlas en la granja.

Pausa.

—A-C-E-I-T-U-N-A-S —deletreó

lentamente.

Pausa.

—Un momento, abuelo, mi amigo Ivan me está diciendo algo. —Luke apretó el auricular contra el pecho y miró al vacío con expresión concentrada. Finalmente volvió a llevarse el auricular a la oreja—. Ivan dice que la aceituna es un fruto oleoso pequeño que contiene un hueso. Se cultiva por sus frutos y su aceite en zonas de clima subtropical. —Apartó la vista como si escuchara—. Existe una gran variedad de aceitunas. —Dejó de

hablar, miró a lo lejos y añadió—: Las aceitunas verdes siempre son verdes, pero las maduras pueden ser negras o verdes. —Volvió a escuchar el silencio—. Casi todas las aceitunas que maduran en el árbol se emplean para hacer aceite, el resto se curan en salmuera o en sal y se envasan en aceite de oliva o en salmuera o en una solución de vinagre. —Miró al vacío—. Ivan, ¿qué es salmuera? —Hubo un silencio y luego asintió—. Vaya.

Elizabeth enarcó las cejas y rió nerviosamente para sus adentros. ¿Desde cuándo se había vuelto Luke experto en aceitunas? Sin duda las había estudiado en el colegio; tenía una

memoria prodigiosa para cosas así. Luke escuchaba a su abuelo.

—Bueno, Ivan también tiene muchas ganas de conocerte.

Elizabeth puso los ojos en blanco y corrió a quitarle el teléfono a Luke antes de que dijera más sandeces. Bastante confundido estaba ya su padre a veces como para tener que explicarle la existencia, o mejor la inexistencia, de un niño invisible.

—Hola —dijo Elizabeth tras apoderarse del teléfono. Luke regresó a la cocina arrastrando los pies. El ruido hizo que Elizabeth volviera a sentirse irritada.

—Elizabeth —dijo la voz seria y

formal de su padre con un marcado acento de Kerry—, acabo de llegar a casa y me he encontrado a tu hermana tendida en el suelo de la cocina. Le he dicho que se fuera al diablo, pero no logro averiguar si está muerta o no.

Elizabeth suspiró.

—No tiene gracia. Y resulta que mi hermana es tu hija, ¿vale?

—Bah, no me vengas con ésas —replicó su padre con desdén—. Me gustaría saber qué piensas hacer con ella. Aquí no puede quedarse. La última vez soltó los pollos del gallinero y me pasé un día entero haciéndolos volver. Y tal como tengo la espalda y la cadera, ya no estoy para esos trotes.

—Lo entiendo, pero aquí tampoco puede quedarse. Altera a Luke.

—El niño no sabe lo suficiente sobre su madre como para alterarse. La mitad del tiempo ella ni siquiera recuerda que lo trajo al mundo. No tienes por qué cargar tú sola con él, ¿sabes?

Elizabeth se mordió la lengua enfurecida. Decir la mitad del tiempo era ser muy generoso.

—Aquí no puede venir —dijo Elizabeth con más paciencia de la que creía tener—. Antes ha aparecido por aquí y ha vuelto a llevarse el coche. Colm me lo ha traído hace nada. Esta vez la cosa va en serio. —Inspiró

profundamente—. La han detenido.

Su padre guardó silencio un momento y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Tanto mejor. Esta experiencia le hará un bien inmenso. —Se apresuró a cambiar de tema—. ¿Por qué no has ido a trabajar hoy? Nuestro Señor dispuso que sólo descansáramos los domingos.

—Ésa es la cuestión, precisamente. Hoy era un día sumamente importante para mí en el trab...

—Vaya, tu hermana ha regresado al mundo de los vivos y está fuera intentando liberar a las vacas. Di al pequeño Luke que venga el lunes con su amigo nuevo. Le mostraremos la granja.



Se oyó un chasquido y se cortó la comunicación. Hola y adiós no eran la especialidad de su padre; todavía creía que los teléfonos móviles eran una especie de tecnología futurista alienígena diseñada para confundir a la raza humana.

Elizabeth colgó el teléfono y regresó a la cocina. Luke estaba sentado solo a la mesa apretándose la barriga con ambas manos y riendo histéricamente. Elizabeth tomó asiento y continuó comiendo su ensalada. No era el tipo de persona a quien interesaba la gastronomía; sólo comía porque había que hacerlo. Las veladas basadas en una prolongada cena la aburrían y nunca

tenía demasiado apetito, pues siempre andaba muy preocupada por algo o tan excitada que le resultaba imposible estarse sentada y comer. Echó un vistazo al plato que tenía justo delante y para su sorpresa vio que estaba vacío.

—¿Luke?

Luke dejó de hablar consigo mismo y la miró.

—¿Seee?

—Sí —corrigió Elizabeth—. ¿Qué ha pasado con el trozo de pizza que había en ese plato?

Luke miró el plato vacío, volvió a mirar a Elizabeth como si estuviera loca y engulló un bocado de su pizza.

—Se la ha comido Ivan.

—No hables con la boca llena —le reconvinó Elizabeth.

Luke escupió el trozo de pizza en el plato.

—Se la ha comido Ivan —repitió, y se puso a reír histéricamente una vez más al ver en el plato la masa que había tenido en la boca.

A Elizabeth comenzó a dolerle la cabeza. ¿Qué mosca le había picado a su sobrino?

—¿Y las aceitunas?

Percibiendo su enojo, Luke aguardó a tragarse el resto del bocado antes de hablar.

—También se las ha comido. Ya te he dicho que le encantan las aceitunas.

El abuelo quería saber si podría cultivarlas en la granja —agregó Luke enseñando las encías al sonreír.

Elizabeth le devolvió la sonrisa. Su padre no sabría qué era una aceituna aunque ésta se le aproximara caminando y se presentara a sí misma. No sentía ninguna inclinación especial por los alimentos «novedosos»; lo más exótico que comía era arroz y en tales ocasiones se quejaba de que los granos eran demasiado pequeños y que mejor le iría dar cuenta de «una patata desmenuzada».

Elizabeth suspiró mientras tiraba los restos de comida de su plato a la basura, no sin antes haber revuelto los desperdicios para ver si Luke había

tirado la pizza y las aceitunas. Ni rastro. Luke solía tener más bien poco apetito y se las veía y deseaba para terminarse un trozo grande de pizza, no digamos ya dos. Elizabeth supuso que la encontraría enmohecida al cabo de unas semanas, escondida en la parte trasera de algún armario. Pero si se la había comido toda él, seguro que se pasaría la noche vomitando y Elizabeth tendría que limpiar el desaguisado. Otra vez.

—Gracias, Elizabeth.

—No hay de qué, Luke.

—¿Eh? —dijo Luke asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—Luke, te lo he repetido mil veces, se dice perdón, no eh.

—¿Perdón?

—He dicho «no hay de qué».

—Pero si todavía no te he dado las gracias.

Elizabeth metió los platos en el lavavajillas y estiró la espalda. Se frotó la parte baja de su dolorida columna vertebral.

—Sí que lo has hecho. Has dicho «gracias, Elizabeth».

—No lo he hecho —insistió Luke torciendo el gesto.

Elizabeth no quería perder los estribos.

—Luke, ya basta de jueguecitos, ¿de acuerdo? Hemos tenido un almuerzo la mar de divertido, ahora mejor dejas de

fingir. ¿Vale?

—No. Ha sido Ivan quien te ha dado las gracias —replicó Luke enojado.

Elizabeth sintió un escalofrío. Aquello no le estaba haciendo ninguna gracia. Cerró con un sonoro golpe la puerta del lavavajillas, demasiado disgustada hasta para contestar a su sobrino. ¿Por qué no podía ponérselo fácil, aunque sólo fuese por una vez?

Elizabeth pasó presurosa junto a Ivan con una taza de expreso en la mano y el olor a perfume y café llenó la nariz del chico. Se sentó a la mesa de la cocina con los hombros caídos y apoyó la

cabeza en las manos.

—¡Ven ya, Ivan! —llamó Luke desde el cuarto de jugar—. ¡Esta vez te dejaré ser La Roca!

Elizabeth gimió quedamente para sus adentros.

Pero Ivan no se podía mover. Sus zapatillas Converse azules estaban pegadas al mármol del suelo de la cocina.

Elizabeth le había oído decir gracias. Lo sabía.

Ivan fue paseando lentamente ante ella para ver si advertía algún indicio de reacción ante su presencia. Chascó los dedos junto a la oreja de Elizabeth, dio un paso atrás y la observó. Nada. Dio



palmas y pateó el suelo. El ruido resonaba muy alto en la gran cocina, pero Elizabeth siguió sentada en la mesa con la cabeza apoyada en las manos. Ninguna reacción.

Pero ella había dicho «no hay de qué». Después de todos sus esfuerzos por hacer ruido a su alrededor, Ivan se quedó confundido al ver cuánto le desilusionaba que no notara su presencia. Al fin y al cabo, ella era un «padre» y ¿a quién le importaba lo que pensarán los padres? Se plantó detrás de ella y le miró la coronilla preguntándose qué ruido podría hacer a continuación. Suspiró profundamente y soltó un bufido al exhalar el aire.

De repente Elizabeth se irguió en la silla, se estremeció y se subió más la cremallera del chándal.

Y entonces Ivan supo que ella había sentido su aliento.

# 4

Elizabeth se arrebujó en la bata y se abrochó el cinturón. Se acurrucó en el inmenso sillón de la sala de estar doblando las largas piernas debajo del cuerpo. Se había hecho la toga con una toalla que formaba una torre en lo alto de su cabeza; su piel desprendía un aroma afrutado después del baño de espuma con esencia de maracuyá. Sostenía con ambas manos una taza de café recién hecho con la nube de crema de leche de rigor y miraba la televisión. Estaba viendo en sentido literal cómo se

secaba una capa de pintura. Emitían su programa favorito de reformas y le encantaba ver cómo se podían remozar las habitaciones más decadentes convirtiéndolas en hogares sofisticados y elegantes.

Desde que era niña le había encantado mejorar el aspecto de cuanto tenía a su alcance. Mientras aguardaba el regreso de su madre mataba el rato decorando la mesa de la cocina con margaritas, espolvoreando el felpudo de la entrada con purpurina cuyo rastro adornaba las deslucidas baldosas de la casa, guarneciendo los marcos de las fotos con flores frescas y perfumando la ropa de cama con pétalos. Suponía que

aquella necesidad de arreglar las cosas era innata, pues siempre deseaba algo mejor que lo que tenía, no concediéndose nunca una tregua ni dándose por satisfecha.

También suponía que era su manera, ingenuamente infantil, de intentar convencer a su madre para que se quedara. Recordó haber pensado que quizá cuanto más bonita se viera la casa, más tiempo permanecería su madre en ella. Pero las margaritas de la mesa eran admiradas durante menos de cinco minutos, la purpurina del felpudo enseguida quedaba pisoteada, las flores de los marcos de las fotos no sobrevivían sin agua y los pétalos de la

cama se dispersaban y flotaban hasta el suelo durante el irregular sueño de su madre. En cuanto se marchitaban, Elizabeth se ponía a pensar de inmediato en algo que realmente captara y retuviera la atención de su madre, algo que la atrajera durante más de cinco minutos, algo que le gustara tanto que no pudiera separarse de ello. Elizabeth nunca se planteó que, siendo hija de su madre, ese algo debería ser ella misma.

A medida que se fue haciendo mayor creció en ella el afán por sacar a relucir la belleza que encerraban las cosas. Había adquirido una dilatada experiencia en ese campo mientras vivió en la vieja granja de su padre. Ahora al

trabajar disfrutaba cuando tenía ocasión de restaurar chimeneas antiguas y arrancar moquetas viejas para revelar hermosos suelos originales. Incluso en su propio hogar siempre andaba cambiando las cosas y los muebles de sitio para que quedaran mejor. Se esforzaba por alcanzar la perfección. Le encantaba imponerse tareas, a veces imposibles, para demostrarse a sí misma que dentro de cualquier objeto, por feo que pareciera, era posible hallar belleza.

Adoraba su profesión, pues le causaba una inmensa satisfacción, y con todas las promociones inmobiliarias de Baile na gCroíthe y las localidades

vecinas se había ganado muy bien la vida. Si se construía algo nuevo, era a la empresa de Elizabeth a la que llamaban los promotores. Defendía a capa y espada que el buen diseño mejoraba la calidad de vida. Los espacios bonitos, cómodos y funcionales constituían la clave de su éxito.

Su propia sala de estar era toda una sinfonía de texturas y colores suaves. Almohadones de ante y alfombras esponjosas; le encantaba tocarlo y sentirlo todo. Imperaban los tonos claros café y crema, que, igual que el tazón que sostenía en la mano, ayudaban a despejar la mente. En un mundo donde casi todo era un revoltijo, la serenidad



de su hogar le resultaba vital para conservar la cordura. Aquél era su escondite, su nido, el lugar donde alejarse de los problemas que había al otro lado de la puerta. Al menos en su casa mandaba. A diferencia del resto de su vida, podía dejar entrar a quien le diera la gana, podía decidir cuánto tiempo se quedaban y qué partes de su hogar podían ocupar. No como su corazón, que invitaba a personas sin pedirle permiso, les ofrecía un sitio de honor sin contar con la opinión de ella al respecto y luego ansiaba que permanecieran más tiempo del que aquéllas tenían previsto. No, en casa de Elizabeth los invitados iban y venían

según ella dispusiera. Y había resuelto que se quedaran fuera.

La reunión del viernes había sido vital. Había pasado semanas preparándola, poniendo al día su carpeta de trabajos, montando una proyección de diapositivas, reuniendo recortes de revistas y artículos de periódico sobre lugares que había diseñado. Había condensado el trabajo de toda su vida en una carpeta a fin de convencer a aquella gente para que la contrataran. Iban a derribar una antigua torre de defensa que se erguía en lo alto de una ladera con vistas a Baile na gCroíthe para construir un hotel. Antaño, en tiempos de los vikingos, la torre había protegido a la

villa de los ataques, pero Elizabeth no veía a santo de qué debía preservarse dado que no era bonita ni revestía ningún interés histórico. Cuando los autocares atestados de turistas de ávidos ojos procedentes de todos los rincones del mundo pasaban por Baile na gCroíthe, la torre ni siquiera se mencionaba. Nadie se mostraba orgulloso o interesado por ella. No era más que un feo montón de piedras que los lugareños habían dejado que se desmoronara y deteriorase, que de día albergaba a los adolescentes del pueblo y de noche cobijaba a los borrachos, contándose Saoirse entre los miembros de ambos colectivos.

Sin embargo, un nutrido grupo de habitantes había emprendido una lucha para impedir que se construyera el hotel arguyendo que la torre encerraba una historia mítica y romántica. Comenzó a circular el rumor de que, si el edificio se derribaba, se perdería todo el amor. El caso captó la atención de la prensa popular y las tertulias de radio y televisión, hasta que finalmente los promotores supieron ver en él una mina de oro aún mayor de lo esperado. Decidieron restaurar la torre hasta devolverle su antiguo esplendor y construir edificios a su alrededor, dejando la torre como elemento histórico en el jardín central y

salvaguardando así el amor en la Ciudad de los Corazones. De repente Baile na gCroíthe suscitó un vivo interés entre creyentes de todo el país deseosos de alojarse en el hotel para estar cerca de la torre bendecida por el amor.

Elizabeth habría manejado la excavadora ella misma. Pensaba que se trataba de una historia ridícula, creada por una localidad temerosa de los cambios y por ende resuelta a conservar la torre en la montaña. Era una historia que se mantenía viva para regocijo de turistas y soñadores, aunque no podía negar que el trabajo de diseñar los interiores del hotel le venía como anillo al dedo. Sería un establecimiento

pequeño, pero aun así proporcionaría empleo a los ciudadanos de Hartstown. Y lo que era aún mejor, sólo quedaba a unos pocos minutos de su casa y por tanto eliminaba la preocupación de tener que separarse de Luke durante prolongados períodos mientras trabajase en el proyecto.

Antes del nacimiento de Luke, Elizabeth solía viajar sin descanso. Nunca pasaba más de unas pocas semanas seguidas en Baile na gCroíthe y le encantaba tener libertad de movimientos para ocuparse de diseños distintos en condados diferentes. Su último gran proyecto la había llevado a Nueva York, pero en cuanto nació Luke

todo aquello se acabó. Mientras Luke fue un bebé Elizabeth no pudo seguir realizando su actividad profesional en otras partes del país y mucho menos del mundo. Durante esa época las había pasado canutas tratando de establecer su negocio en Baile na gCroíthe al tiempo que se acostumbraba de nuevo a criar a un niño. No tuvo más remedio que contratar a Edith, ya que su padre no parecía dispuesto a echarle una mano y Saoirse desde luego no mostraba el menor interés. Ahora que Luke había crecido e iba al colegio, Elizabeth estaba descubriendo que encontrar trabajo a una distancia de casa que no la obligara a pernoctar fuera se estaba

volviendo más difícil cada día. El boom inmobiliario de Baile na gCroíthe tarde o temprano tocaría a su fin y la perseguía constantemente la inquietud de que entonces las fuentes de trabajo se secasen del todo.

Tendría que haber asistido a la reunión del viernes. En la oficina nadie era capaz de vender su talento como decoradora mejor que ella misma. Su personal lo constituían Becca, la recepcionista, y Poppy. Becca era una adolescente extremadamente tímida y apocada que durante su año de transición entró a trabajar en prácticas con Elizabeth y decidió no proseguir sus estudios. Era una trabajadora aplicada y



reservada que no charlaba demasiado en la oficina, cosa muy del agrado de Elizabeth. Elizabeth la había contratado en cuanto Saoirse, que supuestamente trabajaba con ella a media jornada, la dejó plantada. Había hecho más que dejarla plantada y Elizabeth andaba desesperada por contar con alguien cuanto antes. A fin de arreglar el desaguizado. Otra vez. Porque al mantener a Saoirse cerca de ella durante el día con intención de ayudarla a sentar cabeza sólo había conseguido alejarla aún más y que se diera a la bebida.

Luego estaba Poppy, de veinticinco años, recién licenciada por la Facultad de Bellas Artes, llena de montones de

ideas creativas y maravillosas imposibles de realizar y ansiosa por pintar el mundo de un color que aún tenía que inventar. En la oficina sólo estaban ellas tres, aunque Elizabeth con frecuencia requería los servicios de la señora Bracken, de sesenta y ocho años, un genio con la aguja y el hilo que regentaba su propio taller de tapicería en el centro. También era una cascarrabias de armas tomar e insistía en que la llamaran señora Bracken y no Gwen por respeto a su querido y difunto señor Bracken, quien, según el parecer de Elizabeth, había nacido sin nombre de pila. Y por último estaba Harry, un hombre muy mañoso de cincuenta y dos

años que lo mismo colgaba cuadros que efectuaba la instalación eléctrica de un edificio, pero a quien no entraba en la cabeza la idea de una mujer soltera con una carrera y mucho menos la de una mujer soltera con una carrera y un hijo que no era suyo. Según el presupuesto de que dispusieran sus clientes, Elizabeth dirigía a pintores y decoradores o hacía el trabajo ella misma, aunque por lo general le gustaba tener las manos ocupadas. Le gustaba presenciar la transformación con sus propios ojos y su manera de ser la impulsaba a querer arreglarlo todo ella misma.

No había tenido nada de inusual que

Saoirse se hubiese presentado en casa de Elizabeth aquella mañana. Con frecuencia llegaba beoda y grosera, dispuesta a llevarse cualquier cosa que cayera en sus manos; cualquier cosa que mereciera la pena vender, por supuesto, lo cual excluía automáticamente a Luke. Elizabeth ni siquiera sabía si todavía era adicta sólo a la bebida; hacía mucho tiempo que no conversaba con su hermana. Había intentado ayudarla desde que ésta cumpliera los catorce años, pues parecía que alguien hubiese accionado un interruptor en su cabeza y se hubiese perdido en otro mundo. Elizabeth había intentado enviarla a terapeutas, centros de rehabilitación,

médicos, le había pasado dinero, conseguido empleos, la había contratado ella misma, le había permitido que se mudara a su casa, le había alquilado apartamentos. Había intentado ser su amiga, había intentado ser su enemiga, había reído con ella y le había gritado, todo en balde. Saoirse estaba perdida en un mundo donde nadie más importaba.

Elizabeth no podía por menos de pensar en la ironía del nombre de su hermana. Saoirse no era libre. Quizás había creído que lo era, yendo y viniendo a su antojo, sin ninguna atadura con nadie, con nada ni con ningún sitio, pero era esclava de sus adicciones. Sin embargo era incapaz de darse cuenta de

ello y Elizabeth no sabía cómo ayudarla a verlo. No podía volverle la espalda del todo a su hermana, pero se le habían agotado las energías, las ideas y la fe para seguir creyendo que Saoirse cambiaría, y con su persistencia Elizabeth ya había perdido amantes y amigos. La frustración de éstos iba en aumento al ver cómo Saoirse se aprovechaba de Elizabeth una y otra vez hasta que dejaban de tener sitio en su vida. Ahora bien, contrariamente a lo que éstos creían, Elizabeth no se consideraba víctima de las circunstancias. Siempre mantenía el control. Sabía lo que hacía y por qué lo estaba haciendo y se negaba a abandonar

a un miembro de su familia. No sería como su madre. A lo largo de toda su vida se había esforzado muchísimo para no serlo.

De súbito Elizabeth pulsó el botón «Mute» del mando a distancia del televisor y la sala se sumió en el silencio. Ladeó la cabeza. Creyó haber oído algo otra vez. Después de echar un vistazo por la sala y comprobar que todo estaba en su sitio volvió a subir el volumen.

Ahí lo tenía otra vez.

Silenció el televisor de nuevo y se levantó del sillón. Eran las diez y cuarto, pero aún no había oscurecido del todo. Escudriñó el jardín de atrás y en la

penumbra sólo acertó a ver sombras y contornos negros. Corrió a toda prisa las cortinas y de inmediato se sintió más segura en su capullo crema y beis. Volvió a arrebujaarse en la bata y se sentó de nuevo en el sillón, dobló las piernas y las apretó aún más que antes al tronco abrazándose las rodillas con ademán protector. El sofá vacío de piel crema la miraba fijamente. Tuvo otro estremecimiento, subió todavía más el volumen del televisor y bebió un sorbo de café. El líquido aterciopelado se le deslizó garganta abajo y le calentó las entrañas, y Elizabeth volvió a intentar quedar absorta en el mundo de la televisión.



Llevaba todo el día un poco rara. Su padre siempre decía que cuando tenías un escalofrío significaba que alguien estaba caminando sobre tu tumba. Elizabeth no creía en esas cosas, pero mientras veía la televisión tenía que esforzarse por apartar la vista del sofá de piel de tres plazas y quitarse de encima la sensación de que un par de ojos la estaba observando.

Ivan la observó silenciar el televisor una vez más, dejar aprisa el tazón de café en la mesita que tenía al lado y ponerse de pie de un salto como si hubiese estado sentada sobre alfileres.

«Ahí va de nuevo», pensó. Con los ojos muy abiertos por el terror, Elizabeth recorrió rápidamente la sala con la mirada. Una vez más Ivan se preparó adelantándose hasta el borde del sofá. La tela de sus tejanos crujió contra el cuero.

De un brinco, Elizabeth se puso de cara al sofá.

Agarró un atizador negro de hierro de la gran chimenea de mármol y giró sobre sí misma. Los nudillos se le pusieron blancos de tanto apretarlo. Poco a poco fue recorriendo la sala de puntillas con los ojos desorbitados por el miedo. El tapizado de piel volvió a crujir bajo el peso de Ivan y Elizabeth

cargó hacia el sofá. Ivan saltó del asiento y se zambulló en un rincón.

Se escondió detrás de las cortinas para protegerse y observó cómo ella quitaba los almohadones del sofá mientras rezongaba para sus adentros algo sobre ratones. Tardó diez minutos en registrar el sofá, y después puso todos los almohadones de nuevo en su sitio para devolverle su immaculada forma original.

Elizabeth cogió el tazón de café con cierta inseguridad y se dirigió a la cocina. Ivan la siguió pisándole los talones; iba tan pegado a ella que los mechones de su suave cabellera le hacían cosquillas en la cara. El pelo de

la mujer olía a coco y la piel a frutas.

Ivan no comprendía su fascinación por ella. La había estado observando desde el almuerzo del viernes. Luke no había dejado de llamarle para que fuera a jugar con él partida tras partida, pero Ivan había preferido quedarse con Elizabeth. Al principio fue sólo para ver si ella podía oírle o notar su presencia otra vez, pero luego, al cabo de unas horas, la encontró cautivadora. Era obsesivamente pulcra. Se fijó en que nunca salía de la cocina para contestar el teléfono o ir a abrir la puerta principal hasta tenerlo todo limpio y ordenado. Bebía mucho café, miraba el jardín, quitaba pelusas imaginarias a

casi todos los objetos. Y reflexionaba. Se le notaba en la cara. Fruncía el ceño al concentrarse y mudaba la expresión del rostro como si estuviera conversando con personas dentro de su cabeza. A juzgar por la actividad de su frente, las más de las veces tales conversaciones terminaban siendo discusiones.

Ivan se percató de que siempre la envolvía el silencio. Nunca había música o ruidos de fondo como solían tener la mayoría de personas, una radio encendida, la ventana abierta para dejar entrar los sonidos del verano: el canto de los pájaros y las cortadoras de césped. Luke y ella hablaban poco y

cuando lo hacían era casi siempre para dar órdenes (ella) o para pedir permiso (él), nada divertido. El teléfono rara vez sonaba, nadie venía a visitarla. Daba la impresión de que las conversaciones dentro de la cabeza de Elizabeth eran lo bastante ruidosas como para llenar su silencio.

Ivan pasó gran parte del viernes y el sábado siguiéndola de un lado a otro, sentándose en el sofá de piel crema al anochecer para verla mirar el único programa de televisión que por lo visto le gustaba. Ambos reían en los mismos momentos, gruñían en los mismos momentos y parecían estar perfectamente sincronizados, sin

embargo ella no sabía que él estaba allí. La noche anterior Ivan la había observado dormir. Había estado inquieta, como mucho durmió unas tres horas seguidas; el resto del tiempo lo había pasado leyendo un libro, dejándolo al cabo de cinco minutos, mirando el vacío, cogiendo el libro otra vez, leyendo unas cuantas páginas, leyendo de nuevo las mismas páginas, volviendo a dejar el libro, cerrando los ojos, abriéndolos de nuevo, encendiendo la luz, garabateando bocetos de muebles y habitaciones, jugando con colores y sombras y retales, apagando la luz otra vez.

Había conseguido que Ivan se

cansara sólo con mirarla desde la silla de paja del rincón de la habitación. Los viajes a la cocina en busca de café también habían contribuido a cansarle. El domingo por la mañana ella se levantó temprano y se puso a ordenar, aspirar y sacar brillo a una casa que ya estaba impoluta antes de comenzar. Dedicó toda la mañana a la limpieza mientras Ivan jugaba con Luke a tocar y parar en el jardín de atrás. Recordó que a Elizabeth le había molestado particularmente ver cómo Luke corría por el jardín riendo y gritando a solas. Después de reunirse con ellos a la mesa de la cocina, la mujer estuvo observando a Luke jugar a las cartas, y



meneó la cabeza con preocupación cuando éste explicó pacientemente y con todo detalle las reglas del juego al vacío.

Pero cuando a las nueve en punto Luke se acostó, Ivan le leyó el cuento de Pulgarcito más deprisa de lo que acostumbraba hacerlo y luego fue corriendo a seguir observando a Elizabeth. Pero notó que se iba poniendo más nerviosa a medida que pasaban los días.

Elizabeth enjuagó el tazón de café asegurándose de que quedara bien limpio antes de meterlo en el lavavajillas. Secó el fregadero mojado con un paño que luego arrojó al canasto

de la ropa sucia del office. Quitó pelusas imaginarias a varios objetos que encontró a su paso, recogió migas del suelo, apagó todas las luces y comenzó el mismo proceso en la sala de estar. Había hecho exactamente lo mismo las dos últimas noches.

Esta vez, no obstante, antes de salir de la sala de estar se detuvo bruscamente y a punto estuvo de que Ivan se diera de bruces contra ella. El corazón le latió descompasadamente. ¿Acaso había percibido ella su presencia?

Elizabeth se volvió lentamente.

Ivan se alisó la camisa para tener un aspecto presentable. Una vez la tuvo de

cara a él sonrió.

—Hola —dijo muy cohibido.

Elizabeth se restregó los ojos con gesto cansado y los volvió a abrir.

—Ay, Elizabeth, te estás volviendo loca —susurró. Se mordió el labio y arremetió contra Ivan.

# 5

Elizabeth supo que estaba perdiendo la cabeza justo en ese momento. Les había ocurrido a su hermana y a su madre y ahora le tocaba a ella. Durante los últimos días se había sentido increíblemente insegura, como si alguien la estuviera observando. Había cerrado todas las puertas con llave, corrido las cortinas, puesto la alarma. Eso tendría que haber bastado, pero ahora iba a dar ese paso más.

Se abalanzó directa a la chimenea a través del salón, agarró el atizador de

hierro, salió presurosa de la habitación, cerró con llave y subió a su dormitorio. Miró el atizador apoyado en la mesita de noche, puso los ojos en blanco y apagó la lámpara. Desde luego, estaba perdiendo la cabeza.

Ivan se asomó desde detrás del sofá y miró en derredor. Se había escondido allí pensando que Elizabeth se abalanzaba sobre él. Pero después, al oír el cerrojo de la puerta cuando ella salió a escape del salón, se vino abajo con una decepción como no había experimentado hasta entonces.

No soy mago, ¿sabéis? No puedo

cruzarme de brazos, asentir con la cabeza, parpadear y desaparecer para acto seguido reaparecer en lo alto de una librería ni nada por el estilo. No vivo en una lámpara, no tengo unas orejitas extrañas, grandes pies peludos ni alas. No sustituyo dientes caídos por monedas, no dejo regalos debajo de los árboles ni escondo huevos de chocolate. No puedo volar, trepar por las paredes de los edificios ni correr a la velocidad de la luz.

Y no puedo abrir puertas.

Eso tienen que hacerlo por mí. Los adultos encuentran que esta parte es la más divertida, pero también la más embarazosa cuando sus hijos la ponen

de manifiesto en público. Yo no me río de los adultos que no pueden encaramarse a un árbol ni decir el alfabeto al revés porque no son físicamente capaces de hacerlo. Eso no los convierte en monstruos o fenómenos de la naturaleza.

De ahí que Elizabeth no tuviera por qué haber cerrado con llave la puerta del salón cuando aquella noche fue a acostarse, ya que de todos modos yo no podía girar el picaporte. Como he dicho, no soy un superhéroe; mi poder especial es la amistad. Escucho a la gente y oigo lo que dicen. Oigo su tono de voz, las palabras que emplean para expresarse y, lo que es más importante, oigo lo que no

dicen.

O sea que lo único que podía hacer aquella noche era pensar en mi nuevo amigo Luke. De vez en cuando tengo que hacerlo. Tomo notas mentalmente para luego presentar un informe al departamento de administración. Les gusta guardarlo todo archivado para utilizarlo en los cursos de formación. Siempre está entrando gente nueva. De hecho, cuando tengo un hueco entre amigos doy clases.

Necesitaba pensar sobre los motivos que me habían llevado allí. ¿Qué había provocado que Luke quisiera verme? ¿Cómo podía beneficiarse de mi amistad? Este negocio se dirige con



suma profesionalidad y siempre tenemos que entregar a la empresa una breve historia de nuestros amigos, así como una lista de nuestros propósitos y objetivos. Yo siempre identificaba enseguida el problema, pero aquella situación resultaba ligeramente desconcertante. Veréis, nunca me había hecho amigo de un adulto hasta entonces. Quien haya conocido alguno entenderá por qué. Carecen de sentido de la diversión. Se ciñen estrictamente a programas y horarios, se centran en las cosas menos importantes que quepa imaginar, como hipotecas y extractos de cuentas bancarias, cuando todo el mundo sabe que la mayor parte del tiempo es la

gente que los rodea lo que les hace sonreír. Todo consiste en trabajo sin nada de juego, y yo también trabajo duro, en realidad, pero eso no quita que me guste mucho más jugar.

Tomemos a Elizabeth como ejemplo; está tumbada en la cama, preocupada por impuestos de circulación y facturas de teléfono, niñeras y colores de pintura. Aunque no puedas poner un tono magnolia en una pared sigues disponiendo de un millón de otros colores para pintarla; si no puedes pagar la factura del teléfono escribe una carta a la compañía contándoselo. La gente se olvida de que tiene opciones. Y también olvida que esas cosas de hecho poco

important. Deberían concentrarse en lo que tienen y no en lo que no tienen. Pero me estoy desviando del relato otra vez.

Me preocupé un poco por mi trabajo la noche que me quedé encerrado en la sala de estar. Era la primera vez que me sucedía. Lo que me preocupaba era que no entendía por qué estaba yo allí. Luke tenía una situación familiar difícil, pero eso era normal y me constaba que se sentía querido. Era feliz y le encantaba jugar, dormía bien por la noche, se comía cuanto le ponían en el plato, tenía un buen amigo que se llamaba Sam y cuando Luke hablaba yo le escuchaba con detenimiento y procuraba oír las palabras que no estaba diciendo, pero

no oía nada. Le gustaba vivir con su tía, tenía miedo de su madre y le encantaba hablar de plantas con su abuelo. Pero que Luke me viera cada día y quisiera jugar conmigo cada día significaba sin ninguna duda que era preciso que yo estuviera allí con él.

Por otra parte, su tía nunca dormía, comía muy poco, estaba constantemente rodeada por un silencio tan atronador que ensordecía, no tenía a nadie próximo con quien hablar —al menos que yo hubiese visto— y no decía mucho más de lo que en realidad decía. Me había oído decir gracias una vez, había notado mi aliento unas cuantas veces, oído el crujido del sofá de piel bajo mi

peso, pero aun así no podía verme ni soportaba la idea de tenerme en su casa.

Elizabeth no quería jugar.

Además era una adulta, me ponía nervioso y no reconocía algo divertido aunque le diera de pleno en la cara, y podéis creerme si os digo que intenté lanzárselo un montón de veces a lo largo del fin de semana. De modo que era imposible que yo estuviera allí para ayudarla. Aquello era inaudito.

La gente se refiere a mí llamándome amigo invisible o imaginario. Como si me rodeara un gran misterio. He leído los libros que los adultos han escrito preguntándose por qué los niños me ven, por qué creen en mí durante tanto tiempo

para luego dejar súbitamente de hacerlo y volver a ser como eran antes. He visto programas de televisión que tratan de debatir por qué razón los niños se inventan personas como yo.

Así que para que os quede bien claro a todos os diré que no soy invisible ni imaginario. Siempre ando por aquí exactamente igual que vosotros. Y no es que las personas como Luke decidan verme, simplemente me ven. Sois las personas como vosotros y Elizabeth quienes decidís no verme.

# 6

El sol que entraba a raudales por la ventana del dormitorio despertó a Elizabeth a las seis y ocho minutos de la mañana. Siempre dormía con las cortinas abiertas, costumbre que había adquirido al criarse en una granja, donde tendida en la cama veía por la ventana el sendero que cruzaba el jardín hasta la verja. Al otro lado comenzaba una carretera rural que se extendía en línea recta un par de kilómetros desde la granja. Cuando su madre regresaba de sus correrías, Elizabeth la veía caminar

por la carretera no menos de veinte minutos antes de que llegara a casa. Reconocía sus andares en cuanto aparecía a lo lejos. Aquellos veinte minutos siempre se le hacían eternos a Elizabeth. La larga carretera tenía un modo particular de aumentar la excitación de Elizabeth, casi como si se burlara de ella.

Hasta que finalmente oía aquel ruido que conocía tan bien, el chirrido de la verja delantera. Los goznes oxidados hacían las veces de banda de bienvenida para el espíritu libre. Elizabeth tenía una relación de amor y odio con aquella verja. Se burlaba de ella igual que el tramo recto de carretera y algunos días



al oír el chirrido corría a ver quién había en la puerta y le caía el alma a los pies al encontrar sólo al cartero.

Elizabeth había fastidiado a sus compañeras de cuarto en la universidad y a sus amantes con la manía de dejar las cortinas abiertas. No sabía por qué había puesto tanto empeño en conservar aquella costumbre; desde luego no era porque siguiera esperando. Pero ahora que era una mujer adulta las cortinas descorridas hacían las veces de despertador; dejándolas abiertas sabía que la luz le impediría volver a sumirse en un sueño profundo. Hasta durmiendo se mantenía alerta y con la guardia bien alta. Elizabeth se acostaba para

descansar, no para soñar.

La luz que inundaba el dormitorio le hizo entrecerrar los ojos. La cabeza le iba a estallar. Necesitaba café, enseguida. Al otro lado de la ventana el canto de un pájaro resonaba en la quietud del campo. A lo lejos una vaca contestó a su llamada. Pero a pesar de la idílica mañana, aquella mañana de lunes no auguraba nada que Elizabeth aguardara con ilusión. Tendría que tratar de fijar una nueva cita para la reunión con los constructores del hotel, cosa que no resultaría sencilla, porque después del ardid publicitario publicado en los periódicos sobre el nuevo nido de amor en lo alto de la montaña estaban

llegando diseñadores de todos los rincones del mundo deseosos de dar a conocer sus ideas. Elizabeth estaba molesta; aquél era su territorio. Pero ése no era su único problema.

Luke estaba invitado a pasar el día con su abuelo en la granja. Para Elizabeth hasta ahí todo iba bien. Lo que no la satisfacía tanto, hasta el punto de preocuparla, era que el abuelo también esperara a otro niño de seis años que se llamaba Ivan. Debería hablar seriamente con Luke acerca de ello, pues le daba miedo imaginar qué ocurriría si se mencionara la existencia de un amigo invisible a su padre.

Brendan era un hombre de sesenta y

cinco años, corpulento, ancho de espaldas, silencioso y un tanto huraño. La edad no le había suavizado el carácter, sino que más bien había acrecentado su amargura y su resentimiento, incluso su confusión. Era estrecho de miras y no estaba en absoluto dispuesto a abrirse o cambiar. Elizabeth intentaba por lo menos comprender su difícil personalidad si ser así le hacía feliz, pero que ella supiera las opiniones de su padre lo frustraban y hacían más desdichada su vida. Siempre se mostraba serio, rara vez hablaba excepto con las vacas o las hortalizas, jamás reía y en las contadas ocasiones en que decidía que alguien era

digno de que él le dirigiera la palabra, le soltaba una conferencia o un sermón. No era preciso contestarle. No hablaba para conversar. Hablaba para sentar cátedra. Pasaba muy poco tiempo con Luke, dado que no tenía paciencia para las poco realistas ideas de los niños, para sus tontos juegos y sus estupideces. A ojos de Elizabeth lo único que a su padre le gustaba de Luke era que el chico era como un libro en blanco listo para ser llenado de información y sin el suficiente conocimiento para poner en tela de juicio o criticar lo que en él se vertía. Los cuentos de hadas y demás fantasías no tenían cabida para su padre. Elizabeth sospechaba que en realidad

aquella era la única creencia que ambos compartían.

Bostezó, se estiró y, todavía incapaz de abrir los ojos a la brillante luz, buscó a tientas el despertador en la mesita de noche. Aunque cada mañana se despertaba a la misma hora, nunca se olvidaba de poner en hora el despertador. El brazo topó con algo frío y duro que cayó con estrépito al suelo. Su adormilado corazón le dio un vuelco asustado.

Asomando la cabeza por el borde de la cama vio el atizador de hierro encima de la moqueta blanca. Su «arma» también le recordó que tenía que llamar a Rentokil para que la librasen de los

ratones. Había notado su presencia en la casa a lo largo de todo el fin de semana y el pensar que podían haber pasado las últimas noches dentro del dormitorio la había puesto tan paranoica que apenas había dormido, aunque eso no era particularmente inusual en su caso.

Lavada y vestida, después de despertar a Luke bajó a la cocina. Minutos después, provista de la consabida taza de expreso, marcó el número de Rentokil. Luke entró adormilado a la cocina con el pelo rubio revuelto y una camiseta naranja medio remetida en los pantalones cortos rojos, atuendo que completaban unos calcetines desparejados y zapatillas de

deporte provistas de luces que se encendían a cada paso.

—¿Dónde está Ivan? —preguntó medio grogui, y recorrió la cocina con la vista como si fuese la primera vez que la veía en su vida. Cada mañana hacía lo mismo; tardaba al menos una hora en despertarse incluso después de haberse levantado y vestido. Durante las oscuras mañanas de invierno aún tardaba más. Elizabeth suponía que en algún momento dado de sus clases matutinas en la escuela finalmente cobraba conciencia de lo que estaba haciendo.

—¿Dónde está Ivan? —repitió el niño.

Elizabeth le hizo callar llevándose



un dedo a los labios y lanzándole una mirada iracunda mientras escuchaba a la empleada de Rentokil. Luke sabía de sobra que no debía interrumpir a su tía cuando ésta hablaba por teléfono.

—Bueno, me he dado cuenta este fin de semana. El viernes a la hora del almuerzo, en realidad, por eso me pregunt...

—¡Ivan! —chilló Luke, y empezó a buscar debajo de la mesa de la cocina, detrás de las cortinas, detrás de las puertas. Elizabeth alzó los ojos al techo. Ya estábamos otra vez.

—No, en realidad no he llegado a ver ninguno...

—¿IVAAAAAAN?

—... todavía, pero noto sin lugar a dudas que están aquí —terminó Elizabeth, y trató de captar la atención de Luke para poder lanzarle la mirada iracunda otra vez.

—¡Ivan! ¿Dónde te has metido? —gritaba Luke.

—¿Cagarrutas? No, ninguna cagarruta —dijo Elizabeth comenzando a irritarse.

Luke dejó de gritar y aguzó el oído.

—¿Qué? No te oigo bien —dijo.

—No, no tengo ratoneras. Oiga, estoy muy ocupada, no tengo tiempo para contestar tantas preguntas. ¿No puede enviar a alguien para que lo compruebe por sí mismo? —espetó

Elizabeth.

De repente Luke salió corriendo de la cocina hacia el vestíbulo. Elizabeth le oyó golpear la puerta de la sala de estar.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro, Ivan? —preguntó Luke tirando del picaporte.

Finalmente Elizabeth terminó su conversación y colgó el teléfono con furia. Luke estaba gritando a pleno pulmón a través de la puerta de la sala. A Elizabeth se le alteró la sangre.

—¡Luke! ¡Ven aquí ahora mismo!

Los golpes contra la puerta del salón cesaron de inmediato. Luke entró a la cocina arrastrando los pies.

—¡No arrastres los pies! —chilló

Elizabeth.

Luke obedeció y las luces de las suelas de sus zapatillas se encendieron a cada paso. Se plantó delante de ella y habló en voz baja y con toda la inocencia que le permitía su voz aguda.

—¿Por qué encerraste a Ivan en el salón anoche?

Silencio.

Ella tenía que poner fin a aquello enseguida. Aprovecharía el momento para sentarse y hablar del asunto con Luke y después éste respetaría sus deseos. Le ayudaría a entrar en razón y ya no se hablaría más de ningún amigo invisible.

—Ivan me ha preguntado por qué te

llevaste el atizador de la chimenea a la cama —agregó Luke sintiéndose más confiado al ver que Elizabeth había dejado de chillarle.

Elizabeth explotó.

—No quiero oír ni una palabra más acerca de ese tal Ivan, ¿entendido?

Luke se puso pálido.

—¿Me has oído? —gritó Elizabeth. No le dio oportunidad de contestar—. Sabes tan bien como yo que no hay nadie que se llame Ivan. No juega a perseguirte, no come pizza, no está en el salón y no es tu amigo porque no existe.

Luke arrugó la frente como si fuera a echarse a llorar. Elizabeth prosiguió:

—Hoy vas a ir a casa de tu abuelo y

si me dice que has mencionado a Ivan  
tendrás que vértelas conmigo.  
¿Entendido?

Luke se puso a llorar en silencio.

—¿Entendido? —repitió Elizabeth.

Su sobrino asintió lentamente con la  
cabeza mientras las lágrimas le  
resbalaban por las mejillas.

La sangre de Elizabeth dejó de  
alterarse y comenzó a dolerle la  
garganta de tanto gritar.

—Ahora siéntate a la mesa y te  
serviré los cereales —agregó en voz  
baja.

Sacó la caja de Coco Pops.  
Normalmente no le permitía tomar  
desayunos tan azucarados, pero tampoco

podía decirse que hubiese hablado con Luke acerca de Ivan tal como había planeado. Le constaba que perdía los estribos con demasiada facilidad. Se sentó a la mesa y miró cómo Luke llenaba de Coco Pops su cuenco de cereales y cómo temblaban sus manos de niño con el peso del cartón de leche. Luke derramó un poco de leche encima de la mesa. Elizabeth se abstuvo de volver a gritarle, aunque la había limpiado la noche anterior hasta dejarla resplandeciente. Le inquietaba algo de lo que había dicho Luke, pero no conseguía recordar de qué se trataba. Apoyó el mentón en la mano y le observó comer.

Luke masticaba despacio. Con tristeza. Aparte del crujido que emitía al mascar, en la cocina reinaba un silencio sepulcral. Finalmente, transcurridos unos minutos, habló.

—¿Dónde está la llave del salón? — preguntó evitando la mirada de Elizabeth.

—Luke, no hables con la boca llena —dijo Elizabeth en voz baja. Sacó del bolsillo la llave de la sala de estar, salió al vestíbulo e hizo girar la llave en la cerradura de la puerta de la sala—. Muy bien, ahora Ivan es libre para marcharse de casa —bromeó para acto seguido arrepentirse de lo dicho.

—Pues no —dijo Luke apenado



desde la mesa de la cocina—. No puede abrir puertas por sí mismo.

Silencio.

—¿No puede? —repitió Elizabeth.

Luke negó con la cabeza como si lo que acabase de decir fuese lo más normal del mundo. Era lo más absurdo que Elizabeth había oído en su vida. ¿Qué clase de amigo imaginario era Ivan si no podía atravesar paredes y puertas? Bien, pues ella no iba a abrirle la puerta, bastante estúpido había sido ya haberle descorrido el cerrojo. Regresó a la cocina a recoger las cosas que necesitaba para trabajar. Luke terminó sus cereales, metió el cuenco en el lavavajillas, se lavó las manos, se las

secó y se dirigió a la puerta de la sala de estar. Giró el picaporte, abrió la puerta empujando, se hizo a un lado, sonrió de oreja a oreja al vacío, apoyó un dedo en los labios, señaló a Elizabeth con la otra mano y sofocó una risita. Elizabeth le miraba horrorizada; después cruzó el vestíbulo y se plantó ante la puerta al lado de Luke. Se asomó a la sala de estar.

Vacía.

La muchacha de Rentokil había dicho que era extraño que hubiese ratones en la casa en pleno mes de junio, y mientras Elizabeth ojeaba la sala de estar con recelo, se preguntó qué diablos estaría haciendo todos aquellos ruidos.

La risita de Luke la sacó de golpe de su trance y, mirando a través del vestíbulo, le vio sentado a la mesa balanceando las piernas la mar de contento y haciéndole muecas al aire. Al otro lado de la mesa había un sitio adicional dispuesto con un cuenco recién servido de Coco Pops.

—Chico, ¡qué severa es! —le susurré a Luke mientras tomaba Coco Pops a cucharadas procurando que ella no se diera cuenta. Normalmente no suelo susurrar en presencia de los padres, pero como ella ya me había oído un par de veces en los últimos días, preferí no

correr ningún riesgo.

Luke soltó una risita y asintió con la cabeza.

—¿Siempre está así?

Asintió de nuevo.

—¿Nunca juega contigo ni te abraza?

—pregunté observando cómo Elizabeth limpiaba hasta el último rincón de unos tableros de cocina que ya refulgían, y desplazaba objetos un centímetro hacia la derecha y un centímetro hacia la izquierda.

Luke reflexionó un momento y dijo:

—Más bien no.

—¡Pero eso es horrible! ¿Y a ti no te importa?

—Edith dice que en el mundo hay

algunas personas que no te abrazan sin parar ni juegan contigo, pero que aun así te quieren. Es sólo que no saben cómo decirlo —contestó susurrando.

Elizabeth le echó un vistazo con inquietud.

—¿Quién es Edith?

—Mi niñera.

—¿Dónde está?

—De vacaciones.

—¿Y quién te cuidará mientras esté de vacaciones?

—Tú. —Luke sonrió.

—Chócala —dije tendiendo la mano. Luke la estrechó—. Se hace así —expliqué, sacudiendo la cabeza y el cuerpo entero como si tuviera

convulsiones. Luke se echó a reír y me imitó. Reímos aún con más ganas y Elizabeth dejó de limpiar para mirarnos fijamente. Abrió unos ojos como platos.

—Haces muchas preguntas —susurró Luke.

—Y tú contestas muchas —repliqué, y ambos nos reímos.

El BMW de Elizabeth traqueteaba a lo largo del camino lleno de baches que conducía a la granja de su padre. Agarraba el volante con fuerza, exasperada por el polvo que levantaba a su paso y se pegaba a los costados del coche recién lavado. Cómo había

podido vivir en aquella granja durante dieciocho años era algo que escapaba a su comprensión. No había manera de mantener nada limpio. Las fucsias silvestres bailaban mecidas por la brisa dándoles la bienvenida desde los márgenes de la carretera. Flanqueaban los casi dos kilómetros de recta como si fueran las balizas de una pista de aterrizaje y rozaban las ventanillas del coche asomando sus rostros para ver quién iba dentro. Luke bajó su ventanilla y dejó que le hicieran cosquillas en la mano con sus besos.

Elizabeth rezó para que no viniera tráfico en dirección contraria, pues la carretera resultaba ya estrecha para un

solo coche y no dejaba sitio para que pasara otro vehículo. Si quería cederle el paso a otro tendría que retroceder más de medio kilómetro por donde había venido. A veces le daba la impresión de que era el camino más largo del mundo. Aunque veía el lugar al que intentaba llegar, no obstante tendría que dar marcha atrás una y otra vez para conseguirlo.

Dos pasos adelante y un paso atrás.

Era como cuando de niña divisaba a su madre a lo lejos pero se veía obligada a aguardar los veinte minutos que ella tardaba en recorrer el camino hasta oír el consabido chirrido de la verja.



Sin embargo, gracias a Dios habida cuenta del retraso que ya llevaban, esta vez no vino nadie en sentido opuesto. Obviamente las palabras de Elizabeth habían caído en saco roto, puesto que Luke se había negado a salir de casa hasta que Ivan se hubo terminado los cereales. Entonces insistió en echar hacia delante el asiento del copiloto para que Ivan pudiera subir al asiento trasero.

Elizabeth miró de reojo a Luke. Iba sentado junto a ella con el cinturón de seguridad abrochado y sacaba el brazo por la ventanilla mientras tarareaba la misma canción que había estado cantando todo el fin de semana. Parecía

contento. Esperó que no siguiera representando aquella comedia, al menos mientras estuviera en casa de su abuelo.

Vio a su padre aguardando junto a la verja. Una visión conocida. Una acción conocida. Aguardar era su fuerte. Llevaba los mismos pantalones de pana marrón que Elizabeth habría jurado que gastaba cuando ella era niña. Los llevaba metidos en las embarradas botas de goma verdes que solía ponerse en la casa. El suéter gris de algodón, bordado con un descolorido diseño de rombos verdes y azules, tenía un agujero en el centro por donde asomaba el polo verde de debajo. Completaban su atuendo una

gorra de tweed encasquetada, y en la mano derecha empuñaba un bastón de endrino por si perdía el equilibrio. Una barba cana de tres días le decoraba el rostro y el mentón. Tenía las cejas muy pobladas y cuando fruncía el ceño parecían taparle por completo los ojos grises. La nariz de anchas ventanillas llenas de pelos grises resaltaba en su semblante. Profundas arrugas le surcaban la cara, tenía las manos grandes como palas, los hombros anchos como el Valle de Dunloe. Hacía que la casa que tenía detrás pareciera pequeña.

Luke dejó de tararear en cuanto vio a su abuelo y volvió a meter el brazo en el coche. Elizabeth frenó, apagó el motor y

se apeó. Tenía un plan. En cuanto Luke bajó del coche cerró la puerta y echó el seguro sin darle tiempo a apartar el respaldo del asiento para que saliera Ivan. Luke volvió a arrugar el rostro mientras miraba alternativamente a Elizabeth y el coche.

La verja de la casa chirrió.

A Elizabeth se le hizo un nudo en el estómago.

—Buenos días —dijo una voz grave y resonante. No fue un saludo. Fue una aseveración.

Con el labio inferior tembloroso Luke pegó la cara y las manos al cristal del asiento trasero del coche. Elizabeth esperó que no cogiera un berrinche.

—¿No vas a darle los buenos días al abuelo, Luke? —preguntó Elizabeth con severidad, plenamente consciente de que ella aún no lo había saludado.

—Hola, abuelo —dijo Luke con voz entrecortada sin despegar la cara del cristal.

Elizabeth consideró la posibilidad de abrirle la puerta del coche tan sólo para evitar una escena, pero se lo pensó mejor. Era preciso que Luke superara aquella etapa.

—¿Dónde está el otro? —atronó el vozarrón de Brendan.

—¿El otro qué?

Elizabeth tomó a Luke de la mano e intentó separarlo del coche. Los ojos

azules de Luke se fijaron suplicantes en los suyos. A ella se le encogió el corazón. Luke sabía muy bien que no debía provocar una escena.

—El chaval que entiende de verduras extranjeras.

—Ivan —dijo Luke tristemente con los ojos arrasados en lágrimas.

Elizabeth intervino enseguida.

—Ivan no ha podido venir hoy, ¿verdad, Luke? Tal vez otro día —terció con premura, y antes de que se complicaran las cosas agregó—: Bueno, mejor será que me vaya a trabajar si no quiero llegar tarde. Luke, pasa un buen día con el abuelo, ¿vale?

Luke la miró con aire vacilante y

asintió.

Elizabeth se odió a sí misma, pero le constaba que hacía bien poniendo freno a aquel ridículo comportamiento.

—Pues vete ya —espetó Brendan señalándola con el bastón de endrino como si la ahuyentara, y se volvió hacia la casa. Lo último que oyó Elizabeth antes de cerrar el coche con un portazo fue el chirrido de la verja. En el camino tuvo que dar marcha atrás dos veces para dejar pasar a otros tantos tractores. Por el espejo retrovisor veía a Luke y a su padre, tan distintos de estatura, en el jardín delantero. No lograba marcharse de la casa suficientemente deprisa; daba la impresión de que el flujo del tráfico

se empeñara en empujarla de regreso como si de una marea se tratara.

Elizabeth recordó el momento de sus dieciocho años en que le sentó de maravilla liberarse de aquella visión. Por primera vez en su vida se iba de la casa cargada de equipaje y con la intención de no regresar hasta Navidad. Se marchaba a la Universidad de Cork después de haber ganado la batalla contra su padre, aunque a costa de haber perdido todo el respeto que éste hubiese sentido por ella alguna vez. En lugar de compartir el entusiasmo de su hija se había negado a despedirse de ella en su



gran día. La única figura que Elizabeth vio aquella radiante mañana de agosto al alejarse fue la de Saoirse a sus seis años, de pie ante la casa, con dos desaliñadas coletas pelirrojas y una sonrisa de oreja a oreja que revelaba los dientes que le faltaban, diciéndole adiós con la mano frenéticamente, henchida de orgullo por su hermana mayor.

En lugar del alivio y la excitación que siempre había soñado sentir cuando el taxi por fin se la llevara de su casa rompiendo el cordón umbilical que la amarraba allí, sintió pavor y preocupación. No por lo que la aguardaba delante, sino por lo que estaba dejando atrás.

No le correspondía ejercer de madre de Saoirse para siempre, era una muchacha que tenía que ser libre, que tenía que encontrar su propio lugar en el mundo. Su padre debía asumir la paternidad que le correspondía, cargo que había desestimado años atrás y que se negaba a admitir. Ahora Elizabeth sólo esperaba que al estar los dos solos Brendan reconociera sus deberes y diera a la chiquilla todo el amor que le quedara.

Pero ¿y si no lo hacía? Siguió observando a su hermana por la ventanilla trasera sintiéndose como si no fuera a verla nunca más, y le dijo adiós con la mano tan deprisa y frenéticamente

como pudo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas por la pequeña vida y el puñado de energía que estaba abandonando. Las coletas pelirrojas alborotadas seguían siendo visibles a más de un kilómetro, de modo que ambas siguieron diciéndose adiós con la mano. ¿Qué haría su hermanita cuando la diversión de despedirla terminase y cayera en la cuenta de que estaba a solas con el hombre que nunca hablaba, nunca ayudaba y nunca daba muestras de amor? Faltó poco para que Elizabeth pidiera al conductor que detuviera el coche allí mismo, pero enseguida se dijo que debía seguir adelante. Tenía que vivir.

«Algún día harás lo mismo que yo, pequeña Saoirse —decían sus ojos a la diminuta figura mientras se alejaba de allí—. Prométeme que harás lo mismo, que te marcharás de aquí.»

Con los ojos llenos de lágrimas Elizabeth miraba cómo la casa se iba haciendo pequeña en el retrovisor hasta que por último desapareció al llegar al final del tramo recto de la carretera. Acto seguido se le relajaron los hombros y se dio cuenta de que había contenido la respiración todo el rato.

—Bueno, Ivan —dijo mirando por el retrovisor el asiento trasero vacío—,

supongo que te vienes conmigo al trabajo.

Entonces hizo algo muy extraño.

Rió tontamente como un niño.

Baile na gCroíthe se estaba despertando cuando Elizabeth enfiló el puente de piedra gris que le servía de puerta. Dos inmensos autocares llenos de turistas avanzaban muy despacio intentando cruzarse en la estrecha calle sin rozarse. Dentro, Elizabeth vio caras aplastadas contra las ventanillas, gente soltando exclamaciones, sonriendo y señalando, cámaras levantadas hasta los cristales para captar en película aquella villa como de muñecas. El conductor del autobús que venía hacia ella se

humedeció los labios con cara de concentración y Elizabeth acertó a ver el sudor que le perlaba la frente al maniobrar lentamente el desmedido vehículo por la estrecha calle que en su día se diseñó para caballos y carros. Los costados de los autocares casi se tocaban. Al lado del conductor el guía turístico, micrófono en mano, hacía lo posible por entretener a su público a tan temprana hora de la mañana.

Elizabeth echó el freno de mano y suspiró profundamente. Aquello ocurría con frecuencia en el pueblo y sabía que podía durar un buen rato. Dudaba que los autocares fueran a detenerse. Rara vez lo hacían a no ser que efectuaran una

breve parada para ir al lavabo. Siempre se tenía la impresión de que el tráfico atravesaba Baile na gCroíthe sin detenerse jamás. Elizabeth no los culpaba; era un lugar estupendo para ayudarte a llegar a dondequiera que fueras, pero no para quedarte en él. Los vehículos aminoraban la marcha y los visitantes tenían ocasión de ver cuanto había que ver, pero luego los conductores pisaban el acelerador y salían zumbando por la otra punta.

Tampoco era que Baile na gCroíthe no fuese bonito; sin duda lo era y mucho. Su mayor motivo de orgullo fue ganar el concurso Ciudad Cuidada por tercer año consecutivo, y cuando entrabas al



pueblo, encima del puente un esplendoroso arreglo floral formaba un rótulo de bienvenida. Los arreglos florales se sucedían por toda la localidad. Las jardineras adornaban las fachadas de las tiendas, había canastas colgadas de las farolas negras, los árboles crecían a lo largo de la calle mayor. Cada edificio estaba pintado de un color diferente y la calle mayor, la única calle, era un arco iris de tonos pastel y colores atrevidos como verdes menta, rosas asalmonados, lilas, amarillos limón y azules de lo más variopinto. Las aceras relucían sin el menor rastro de desperdicios y en cuanto levantabas la vista por encima de

los tejados grises de pizarra te encontrabas rodeado por majestuosas montañas verdes. Era como si Baile na gCroíthe estuviera arrebujaado, acurrucado en el seno de la Madre Naturaleza.

Acogedor o asfixiante.

La oficina de Elizabeth estaba ubicada entre una estafeta de correos verde y un supermercado amarillo. El edificio era azul celeste y el local quedaba justo encima del negocio de telas, cortinas y tapicería de la señora Bracken. Anteriormente la tienda había sido la ferretería del señor Bracken, pero cuando éste murió diez años atrás Gwen decidió convertirla en su propia

tienda. Según parecía tomaba decisiones fundamentándose estrictamente en lo que su difunto marido habría pensado. Abrió la tienda «porque es lo que el señor Bracken habría querido». No obstante, Gwen se resistía a salir los fines de semana o a participar en eventos sociales, dado que «no es lo que el señor Bracken habría querido». En opinión de Elizabeth, lo que hacía feliz o infeliz al señor Bracken parecía concordar la mar de bien con la filosofía vital de la señora Gwen.

Los autocares avanzaban cruzándose centímetro a centímetro. Baile na gCroíthe con tráfico de hora punta: el resultado de dos autobuses

excesivamente grandes tratando de compartir la estrecha calle. Finalmente ambos consiguieron pasar y Elizabeth contempló con displicencia cómo el guía turístico saltaba de su asiento presa de un súbito entusiasmo, micrófono en mano, logrando convertir lo que esencialmente era un aburrido atasco en un viaje apasionante en autobús por las carreteras secundarias de Irlanda. Aplausos y vítores a bordo del autocar. Una nación en fiesta. Más flashes por las ventanillas y los ocupantes de ambos autocares despidiéndose con gestos de la mano tras haber compartido la emoción de aquella mañana.

Elizabeth siguió adelante, miró por

el retrovisor y vio fenecer el entusiasmo de la celebración a bordo del autocar cuando éste se encontró de cara con otro en el puentecillo que había que cruzar para salir del pueblo. Los brazos bajaron despacio y los flashes se extinguieron mientras los turistas se acomodaban preparándose para otra prolongada lucha que les permitiría continuar el viaje.

La villa tenía tendencia a hacer eso. Casi como si lo hiciera a propósito. Te abría la puerta de su corazón con los brazos extendidos, te mostraba cuanto tenía que ofrecer, con sus flamantes tiendas multicolores de fachadas decoradas con flores. Era como llevar a

un niño a una tienda de golosinas y mostrarle los estantes llenos de resplandecientes y azucarados caramelos que le hacían la boca agua, y acto seguido, mientras los contemplaba con ojos como platos y el pulso acelerado, proceder a cerrar los botes apretando bien las tapas. En cuanto habías percibido la belleza del lugar, te dabas cuenta de que no tenía nada más que ofrecer.

Curiosamente, resultaba más fácil de cruzar el puente de entrada que el de salida. Éste trazaba una curva peculiar haciendo que el hecho de abandonar el pueblo entrañara cierta dificultad. Cada vez que pasaba por allí, Elizabeth se

sentía agobiada.

Sucedía lo mismo que con la carretera que partía del hogar de infancia de Elizabeth; le resultaba imposible marcharse de prisa. Pero algo tenía aquel pueblo que siempre terminaba por arrastrarla de vuelta pese a que durante años había intentado resistirse. En una ocasión había conseguido mudarse a Nueva York. Lo hizo siguiendo a su novio y la oportunidad de diseñar un club nocturno. Le encantó vivir allí. Le encantó que nadie conociera su nombre, su rostro ni la historia de su familia. Podía pedir un café, mil clases distintas de café, sin recibir una mirada compasiva por

cualquier drama familiar recientemente acontecido. Nadie sabía que su madre la había abandonado siendo ella una niña, que su hermana era una rebelde de conducta alocada ni que su padre apenas le dirigía la palabra. Le encantó estar enamorada allí. En Nueva York podía ser quien quisiera ser. En Baile na gCroíthe no podía escapar de ser quien era.

Se dio cuenta de que todo el rato había estado tarareando con la boca cerrada aquella estúpida canción que Luke quería hacerle creer que era invención de «Ivan». Luke la llamaba «la canción del tarareo» y resultaba puñeteramente pegadiza, alegre y



repetitiva. Dejó de cantar y aparcó el coche en un espacio libre que encontró en la calle mayor. Echó el asiento del conductor hacia atrás y alargó el brazo para agarrar el maletín del asiento trasero del coche. Lo primero era lo primero: café. Baile na gCroíthe aún tenía que iniciarse en las maravillas de Starbucks; de hecho, sólo hacía un mes que Joe's finalmente había accedido a que Elizabeth se llevara el café al despacho, pero el propietario estaba comenzando a hartarse de tener que pedirle que le devolviera los pocillos.

A veces Elizabeth pensaba que el pueblo entero necesitaba una buena inyección de cafeína. En determinados

días de invierno era como si el lugar aún tuviera los ojos cerrados y anduviera sonámbulo. Necesitaba una buena sacudida. Pero en los días de verano como aquél siempre había bullicio con tanto autocar atravesando el pueblo. Entró en el establecimiento de Joe, pintado de color violeta, que estaba prácticamente vacío, como de costumbre. La idea de tomar el desayuno fuera de casa aún no contaba con adeptos entre los lugareños.

—Hombre, aquí está ella en persona —atronó la voz de Joe, con su deje local—. Seguro que se le han pegado las sábanas y se muere por un café.

—Buenos días, Joe.

Joe fingió que consultaba la hora en su reloj de pulsera y dio unos golpecitos a la esfera con ademán afectado.

—Esta mañana vamos un poco retrasados, ¿no? —Enarcó las cejas—. Pensé que igual estabas en cama enferma de gripe estival. Se diría que todo el mundo se ha contagiado esta semana. —Intentó bajar la voz, pero lo único que consiguió fue bajar la cabeza y subir la voz—. Desde luego Sandy O’Flynn la cogió justo después de desaparecer la otra noche del pub con P. J. Flanagan, que la tuvo la semana anterior. La pobre se ha pasado todo el fin de semana en la cama. —Dio un resoplido—. Conque la acompañaba a su casa... Y un huevo. No

había oído una estupidez más grande en toda mi vida.

La irritación de Elizabeth iba en aumento. No le interesaban lo más mínimo los chismes sobre personas que no conocía, y menos aún habiendo sido consciente durante tantos años de que su propia familia daba pie a toda suerte de cotilleos.

—Un café, Joe, por favor —dijo Elizabeth resueltamente haciendo caso omiso de sus divagaciones—. Para llevar. Con nata en vez de leche —agregó con severidad pese a que tomaba lo mismo cada día, mientras hurgaba en su bolso buscando el billetero a fin de dar a entender a Joe que no disponía de

tiempo para platicar.

Joe fue lentamente hasta la cafetera. Para mayor fastidio de Elizabeth, Joe sólo despachaba una clase de café. Y era café instantáneo. Elizabeth añoraba la variedad de sabores que podía tomar en otras ciudades; añoraba la dulce suavidad de la vainilla francesa en una cafetería de París, el cremoso e intenso aroma a crema de avellana en una bulliciosa cafetería de Nueva York, la sustanciosa y aterciopelada obra maestra de la nuez de macadamia en Milán y su favorito, el Coco Mocha-Nut, la mezcla de chocolate y coco que la transportaba desde un banco de Central Park hasta una hamaca en el Caribe.

Allí, en Baile na gCroíthe, Joe llenaba la pava eléctrica y le daba al interruptor. Una mísera pava en una cafetería y ni siquiera había puesto el agua a hervir. Elizabeth puso los ojos en blanco.

Joe la miraba fijamente. Parecía estar a punto de preguntar:

—¿Y qué te ha retrasado tanto, pues? Eso.

—Son sólo cinco minutos más tarde de lo habitual, Joe —repuso Elizabeth con aire incrédulo.

—Lo sé, lo sé, pero cinco minutos podrían ser cinco horas para ti. ¿Seguro que los osos no planean su hibernación según tu reloj?

Eso hizo sonreír a Elizabeth, aunque

fuese a su pesar.

Joe se rió entre dientes y le guiñó el ojo.

—Eso está mejor.

La pava avisó de que el agua hervía y Joe se volvió para preparar el café.

—Los autocares me han retrasado — dijo Elizabeth en voz baja cogiendo el tazón de manos de Joe.

—Ah, ya los he visto. —Señaló hacia la ventana con el mentón—. Jaimsie se ha apañado muy bien para salir del atasco.

—¿Jaimsie?

Elizabeth frunció el ceño y añadió una cucharada de nata. Ésta se derritió enseguida y llenó la taza hasta el borde.

Joe la miró con repugnancia.

—Jaimsie O'Connor. El hijo de Jack —explicó—. Jack, cuya otra hija, Mary, acaba de celebrar su compromiso con ese muchacho de Dublín el pasado fin de semana. Vive en Mayfair. Cinco hijos. Al pequeño lo arrestaron la semana pasada por arrojarle una botella de vino a Joseph.

Elizabeth se quedó inmóvil y lo miró sin comprender.

—Joseph McCann —repitió Joe como si estuviera loca por no conocerle—. Hijo de Paddy. Vive en Newtown. La mujer murió el año pasado; se ahogó en la ciénaga. Su hija Maggie dijo que fue un accidente, aunque está claro que



la familia resultó sospechosa debido a la pelea que habían tenido por no dejarla escapar con ese alborotador de Cahirciveen.

Elizabeth dejó el dinero en la barra y sonrió, deseosa de no seguir tomando parte en su singular conversación.

—Gracias, Joe —dijo dirigiéndose a la puerta.

—Bueno —respondió Joe para concluir su divagación—, sea como fuere Jaimsie era quien conducía el autocar. Acuérdate de devolverme el tazón —añadió levantando la voz, y rezongó para sí mismo—: Café para llevar, ¿alguien ha oído algo más absurdo en su vida?

Antes de salir a la calle Elizabeth le gritó desde la puerta:

—Joe, ¿no has pensado en agenciarte una cafetera? Así podrías hacer cafés con leche y capuchinos y expresos en vez de esta porquería instantánea.

Alzó el tazon.

Joe cruzó los brazos, se apoyó contra la barra y replicó con voz aburrida:

—Elizabeth, si no te gusta mi café, no te lo bebas. Yo tomo té. Sólo hay una clase de té que me guste. Se llama té. No tiene ningún nombre estrambótico.

Elizabeth sonrió.

—En realidad hay muchas

variedades distintas de té. El chino...

—Venga, largo de aquí. —Hizo un ademán desdeñoso como si quisiera ahuyentarla—. Si te salieras con la tuya, acabaríamos todos tomando té con palillos y añadiendo chocolate y nata al café como si fuese un postre. Aunque ya que lo dices, permíteme una sugerencia también a mí: ¿qué te parece si compras un hervidor para la oficina y dejas de torturarme?

—¿Y tú dejas de facturar?

Elizabeth sonrió y salió a la calle. El pueblo se había desperezado tras un gran bostezo y se dirigía adormilado del dormitorio al cuarto de baño. Pronto estaría duchado, vestido y

completamente despierto. Como de costumbre ella iba un paso por delante pese a que aquel día llevase cierto retraso.

Elizabeth siempre era la primera en llegar; le encantaba el silencio, la quietud que reinaba en la oficina a aquella hora del día. La ayudaba a concentrarse en la jornada que la aguardaba antes de que sus bulliciosas colegas comenzaran a hacer ruido y el tráfico tomara las calles. Elizabeth no era dada a charlar y reírse tontamente. Así como sólo comía para mantenerse con vida, sólo hablaba para decir lo que tenía que decir. No era el tipo de mujer a quien oía de refilón en los restaurantes

y cafeterías riendo entre dientes y cotilleando sobre lo que alguien había dicho algún día acerca de algo. Las conversaciones vanas no despertaban su interés.

No desmenuzaba ni analizaba conversaciones, miradas, apariencias ni situaciones. Los dobles sentidos no iban con ella; siempre decía lo que quería decir. No disfrutaba con los debates y las discusiones acaloradas. Pero sentada en el silencio de su pequeño despacho supuso que ése era el motivo por el que no contaba con un círculo de amistades. Antaño había procurado tener más trato social, sobre todo en sus tiempos de universitaria, con tentativas por

adaptarse al nuevo entorno, pero, tal como le sucedía en la actualidad, enseguida se desconectaba de las charlas intrascendentes.

Nunca había suspirado por hacer amigos. Desde la niñez había gustado de su propia compañía y disfrutado con sus propios pensamientos y luego, en la adolescencia, tuvo a Saoirse como distracción. Le gustaba el orden metódico que le permitía depender de sí misma y organizar su tiempo más eficazmente que si tuviera amigos. A su regreso de Nueva York se le ocurrió montar una fiesta en su casa nueva con los vecinos. Pensó que sería un buen modo de recomenzar de cero e intentar

hacer amistades, tal como hacía casi todo el mundo, pero como de costumbre Saoirse irrumpió en la casa y de un solo y maligno tirón se las arregló para ofender a todos y cada uno de los invitados sentados a la mesa. Acusó a Ray Collins de tener una aventura, a Bernie Conway de tener un trabajo estúpido y al sexagenario Kevin Smith de mirarla como un viejo verde. El resultado de las barbaridades y los desvaríos de Saoirse fueron el lloro de Luke (que contaba nueve meses), unas cuantas caras enrojecidas alrededor de la mesa y un costillar de cordero quemado.

Por supuesto los vecinos no fueron

tan estrechos de miras como para pensar que Elizabeth era responsable de la conducta de su familia, pero después de aquello ella se dio por vencida. Dado su escaso instinto gregario prefirió evitar el bochorno de tener que dar explicaciones y disculparse cada dos por tres.

Para ella el silencio valía más que mil palabras. En el silencio hallaba paz y claridad. Salvo durante la noche, pues entonces el embrollo de sus propios pensamientos la mantenía despierta sonando como mil voces que se pisaban e interrumpían tanto que a duras penas conseguía cerrar los ojos.

Ahora la tenía preocupada el



comportamiento de Luke. El personaje de Ivan llevaba demasiado tiempo merodeando por la cabeza de su sobrino. A lo largo del fin de semana había observado a Luke caminar, hablar y jugar a solas, carcajeándose y riendo por lo bajini como si lo estuviera pasando en grande. Quizás estuviera pasando por alto algo que ella debía hacer al respecto. Y Edith no estaba allí para presenciar aquel extraño comportamiento y ocuparse de resolverlo con el maravilloso tacto del que siempre hacía gala en su trato con Luke. Tal vez Elizabeth debiera saber automáticamente cómo actuar. Una vez más los misterios de la maternidad

levantaban su fea cabeza y ella no tenía a quién pedir consejo. Tampoco tenía un ejemplo del que aprender. Bueno, eso no era verdad en sentido estricto; había aprendido qué no hacer, lección tan buena como cualquier otra. Hasta entonces se había guiado por el instinto, había cometido unos cuantos errores por el camino, pero en términos generales consideraba que Luke se había convertido en un niño educado y equilibrado. Aunque quizá lo estuviera haciendo todo mal. ¿Y si Luke terminaba siendo como Saoirse? ¿Qué había hecho ella tan mal con Saoirse cuando era niña para provocar que terminara siendo como era? Elizabeth gruñó consternada

y apoyó la cabeza en el escritorio.

Encendió el ordenador y tomó unos sorbos de café mientras éste arrancaba. Luego fue a Google, escribió las palabras «amigo imaginario» y pulsó «Búsqueda». Cientos de sitios aparecieron en su pantalla. Media hora más tarde se sentía mucho mejor a propósito del caso Ivan.

Para su sorpresa aprendió que los amigos imaginarios eran muy comunes y que no suponían un problema siempre y cuando no interfirieran en la vida normal del niño. Aunque el mismo hecho de tener un amigo imaginario constituía una interferencia directa en la vida normal, al parecer no suponía un problema según

los médicos *online*. Sitio tras sitio le dijeron que preguntara a Luke qué pensaba y hacía Ivan, ya que ésa sería una forma positiva de dar a Elizabeth una idea de lo que estuviera pensando Luke. De hecho, alentaron a Elizabeth a poner la mesa contando con su invitado fantasma e insistieron en que no era preciso que sacara a relucir que el «amigo» de Luke sólo existía en su imaginación. La alivió enterarse de que los amigos imaginarios eran un indicio de creatividad y no de soledad ni de estrés.

Aun así, no obstante, aquello iba a resultarle difícil a Elizabeth. Atentaba contra todo en lo que creía. Su mundo y

la tierra de la fantasía existían en dos planos muy diferentes y le costaba lo indecible hacer comedia. Se veía incapaz de hacer ruiditos de bebé a un recién nacido, de fingir que se escondía tapándose con las manos o de dar vida o voz a un oso de peluche. Ni siquiera de estudiante había conseguido hacer teatro improvisado. Había crecido sabiendo que no debía hacer eso, que no debía parecerse a su madre por miedo a que su padre se enojara. Se lo habían inculcado desde pequeña y ahora los expertos le estaban diciendo que todo eso tenía que cambiar.

Se terminó el café pese a que ya estaba frío y leyó la última frase de la

pantalla.

«Los amigos imaginarios desaparecen transcurridos tres meses, tanto si los alientas como si no.»

Dentro de tres meses estaría más que contenta de ver la espalda de Ivan y regresar de nuevo a la vida normal. Pasó las páginas de su calendario y marcó el mes de agosto con un círculo rojo. Si Ivan no se había marchado de su casa para entonces, no dudaría en abrir la puerta y mostrarle el camino de salida ella misma.

# 8

Ivan reía mientras daba vueltas en la silla giratoria de piel negra del mostrador de recepción situado fuera del despacho de Elizabeth, a quien oía hablar por teléfono en la habitación contigua organizando una reunión con su aburrida voz de adulta. Pero en cuanto colgó el teléfono la oyó tararear de nuevo su canción. Rió para sus adentros. Definitivamente la melodía era adictiva; una vez que se te metía en la cabeza apenas podías hacer nada para librarte de ella.

Giró en la silla cada vez más deprisa haciendo piruetas sobre ruedas hasta que se le revolvió el estómago y le palpitaron las sienes. Decidió que dar vueltas en la silla era su juego favorito. Ivan sabía que a Luke le habría gustado jugar a dar vueltas en la silla y al recordar su triste carita aplastada contra la ventanilla del coche a primera hora de la mañana la mente se le fue por las ramas y la silla perdió velocidad. Ivan tenía muchas ganas de visitar la granja y además le había dado la impresión de que al abuelo de Luke le convenía un poco de diversión. En eso era semejante a Elizabeth. Dos viejos odirrugas aburridos.



En fin, al menos aquella separación daba tiempo a Ivan para observar a Elizabeth con vistas a redactar un informe sobre ella. Tenía una reunión al cabo de pocos días en la que habría de presentar al resto del equipo el perfil de los sujetos con quienes estaba trabajando en aquel momento. Lo hacían muy a menudo. Bastarían unos cuantos días más con ella para demostrar que no le veía y luego podría volver a concentrarse en Luke. Quizás hubiera algo que estuviera pasando por alto a pesar de sus años de experiencia.

Cuando comenzó a sentirse mareado Ivan puso un pie en el suelo para detenerse. Decidió saltar de la silla

giratoria para fingir que saltaba de un coche en marcha. Rodó de manera teatral por el suelo tal como lo hacían en las películas, levantó la vista desde donde había quedado hecho un ovillo y vio delante de él a una chica que miraba boquiabierta las evoluciones de la silla giratoria.

Ivan la vio recorrer la oficina con la vista para comprobar si había alguien más presente. La muchacha frunció el ceño, se acercó al escritorio como si caminara por un campo minado y dejó el bolso encima del escritorio con sumo cuidado, como si temiera molestar a la silla. Se cercioró de que nadie la estaba observando y luego se acercó de

puntillas al asiento para estudiarlo. Adelantó las manos como si tratara de domar a un caballo salvaje.

Ivan se echó a reír.

Visto que no había nada raro Becca se rascó la cabeza maravillada. Tal vez Elizabeth había estado sentada en la silla justo antes de que ella entrara. Sonrió con complicidad ante la idea de Elizabeth dando vueltas como un chiquillo con el pelo recogido y uno de sus trajes negros de corte impecable y sus cómodos y prácticos zapatos oscilando en el aire. No, la imagen no encajaba con ella. En el mundo de Elizabeth las sillas estaban hechas para sentarse en ellas. Así que eso fue

exactamente lo que hizo Becca y se puso a trabajar de inmediato.

—Buenos días a todas —gorjeó una voz desde la puerta más tarde esa mañana. Una saltarina Poppy con el pelo color ciruela entró en la oficina enfundada en unos tejanos acampanados con bordados de flores, con zapatos de plataforma y una camiseta teñida en casa de estilo hippy. Como de costumbre, hasta el último centímetro de su cuerpo estaba salpicado de pintura—. ¿Todo el mundo ha pasado un buen fin de semana?

Siempre hablaba con una entonación cantarina y parecía que bailara al

moverse, balanceando los brazos con el garbo de un elefante.

Becca asintió con la cabeza.

—Estupendo. —Poppy se plantó delante de Becca con los brazos en jarras—. ¿Qué has hecho, Becca, apuntarte a un grupo de debate? ¿Saliste por ahí con un tío y le comiste la oreja? ¿O qué?

Becca leía un libro y no le hizo el menor caso.

—¡Caray, eso es fabuloso, menudo desmadre! ¿Sabes una cosa? Me encanta el buen humor que se respira en esta oficina.

Becca pasó una página del libro.

—¿De verdad? —prosiguió Poppy

—. Bueno, ya me has contado bastante por ahora. Deja que lo digiera, si no te importa. ¿Qué demon...?

Se apartó de un salto del escritorio de Becca y enmudeció.

Becca no levantó la vista del libro.

—Lleva toda la mañana haciendo eso —dijo en un tono cansino.

Poppy se quedó paralizada.

La oficina se sumió en un silencio absoluto durante unos minutos mientras Becca leía su libro y Poppy miraba fijamente lo que ocurría delante de ella. En su despacho, Elizabeth oyó el prolongado silencio y se asomó a la puerta.

—¿Va todo bien, chicas? —

preguntó.

Un misterioso chirrido fue la única respuesta.

—¿Poppy?

Poppy no movió la cabeza al contestar:

—La silla.

Elizabeth salió de su despacho. Volvió la cabeza en la misma dirección. La silla salpicada de pintura de detrás del escritorio de Poppy —a quien Elizabeth llevaba meses intentando convencer para que se librara de ella— daba vueltas por sí misma haciendo chirriar sus tornillos. Poppy soltó una carcajada nerviosa. Ambas se acercaron para examinarla. Becca seguía leyendo

su libro en silencio como si fuese la cosa más normal del mundo.

—Becca —dijo Elizabeth medio riendo—, ¿has visto esto?

Becca permaneció con los ojos clavados en la página.

—Ha estado haciéndolo durante la última hora —dijo en voz baja—. No hace más que parar y volver a empezar todo el rato.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Se trata de alguna nueva creación artística tuya, Poppy?

—Ojalá lo fuese —respondió Poppy, aún sobrecogida.

Las tres observaron en silencio la rotación de la silla. Chirrido, chirrido,



chirrido.

—Tal vez debería llamar a Harry. Seguramente se tratará de algo relacionado con los tornillos —razonó Elizabeth.

Poppy enarcó las cejas con incredulidad.

—Claro, seguro que los tornillos la hacen girar como loca —dijo sarcásticamente contemplando maravillada los giros de la silla multicolor.

Elizabeth se quitó una pelusa imaginaria de la chaqueta y carraspeó.

—¿Sabes una cosa, Poppy? Ya va siendo hora de que hagas retapizar tu silla. Dudo que cause una impresión muy

positiva a los clientes que vienen a vernos. Estoy convencida de que Gwen lo haría en un santiamén, tratándose de ti.

Poppy abrió mucho los ojos.

—Pero si está la mar de bien así — protestó—. Es una expresión de mi personalidad, una prolongación de mí misma. Es el único objeto de esta habitación en el que puedo proyectarme. —Miró a su alrededor con desagrado—. Esta puñetera habitación beis. —Pronunció el nombre del color como si fuese el de una enfermedad—. Y la señora Bracken pasa más tiempo cotilleando con esas colegas suyas que no tienen nada mejor que hacer que

dejarse caer por la tienda a diario que trabajando.

—Sabes de sobra que eso no es verdad. Y recuerda que no todo el mundo aprecia tu gusto. Además, siendo como somos una empresa de diseño de interiores deberíamos mostrar diseños menos... alternativos y más en sintonía con lo que la gente puede poner en sus hogares. —Estudió la silla un poco más —. Parece como si un pájaro con graves trastornos intestinales la hubiera utilizado como retrete.

Poppy la miró orgullosamente.

—Me alegra ver que alguien ha captado la idea.

—De todos modos, ya te he dejado

poner esa mampara. —Elizabeth señaló con la cabeza la pantalla que Poppy había decorado con todos los colores y materiales conocidos por el hombre para que hiciera las veces de tabique divisorio entre Becca y ella.

—Sí, y a la gente le encanta esta mampara —dijo Poppy—. Ya he recibido tres pedidos de clientes.

—¿Pidiendo qué? ¿Que la derribes? —Elizabeth sonrió.

Ambas estudiaron la mampara pensativamente, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada como si estudiaran una obra de arte en un museo, mientras la silla continuaba dando vueltas delante de ellas.

De repente la silla dio un brinco y la mampara de Poppy cayó al suelo con gran estrépito. Las tres mujeres se sobresaltaron y dieron un paso atrás. La silla comenzó a perder impulso y terminó deteniéndose.

Poppy se tapó la boca con la mano.

—Es una señal —dijo con voz apagada.

Al otro lado de la habitación la normalmente silenciosa Becca se puso a reír a carcajadas.

Elizabeth y Poppy cruzaron una mirada atónita.

—Hummm —fue cuanto Elizabeth pudo decir antes de volverse lentamente y regresar a su despacho.

Tumbado en el suelo de la oficina, donde había caído al saltar de la silla, Ivan se agarró la cabeza con las manos hasta que la habitación dejó de dar vueltas. Le dolía la cabeza y había sacado la conclusión de que quizá la silla giratoria ya no seguía siendo su favorita. Un tanto mareado, observó a Elizabeth entrar en su despacho y cerrar la puerta a sus espaldas con el pie. Se levantó de un brinco y abalanzándose hacia ella consiguió deslizarse por la rendija antes de que se cerrara. Hoy Elizabeth no iba a dejarlo encerrado.

Se sentó en la silla (no giratoria) del

escritorio de Elizabeth y echó un vistazo a la habitación. Se sintió como si estuviera en el despacho de un director de colegio aguardando a que lo reprendieran. La atmósfera, silenciosa y tensa, era la de un despacho de director, y también olía de forma parecida, salvo por el aroma del perfume de Elizabeth que tanto le agradaba. Ivan había estado en unos cuantos despachos de director con anteriores amigos íntimos, de modo que conocía muy bien aquella sensación. En los cursos de formación solían decirles que no fueran al colegio con sus amigos íntimos. Su presencia en las aulas era del todo innecesaria y esa norma se introdujo porque los niños se

metían en dificultades y los padres recibían llamadas de sus maestros. En cambio, estaban autorizados a rondar por las inmediaciones y aguardar en el patio hasta la hora del recreo. E incluso si los niños decidían no jugar con ellos en el patio, sabían que no andaban lejos y eso les daba más confianza para jugar con los demás chavales. Todo esto era resultado de años de investigación, pero Ivan tendía a hacer caso omiso de esos datos y estadísticas. Si su mejor amigo le necesitaba en el colegio, allí estaría él y desde luego no le daría ningún miedo saltarse las normas.

Elizabeth estaba sentada detrás de un gran escritorio de cristal en un enorme



sillón de piel negra, vestida con un austero traje también negro. Que él supiera, siempre se vestía con los mismos colores: negro, marrón y gris. Muy sobrios y muy aburridos, aburridos, aburridos. El escritorio estaba immaculado, refulgente y centelleante, como si acabaran de sacarle brillo. Encima sólo había un ordenador y su correspondiente teclado, una gruesa agenda negra y el trabajo sobre el que estaba inclinada Elizabeth, que a Ivan le pareció que era una aburrida serie de trozos de tela cortada en cuadraditos. Todo lo demás estaba guardado en unos armarios negros. Los únicos objetos que había a la vista eran las fotos

enmarcadas de habitaciones que obviamente había decorado Elizabeth. Igual que en la casa, no había ningún indicio acerca de la personalidad del ocupante del despacho. Sólo blanco, negro y cristal. Tuvo la sensación de estar en una nave espacial. En el despacho del director de una nave espacial.

Ivan bostezó. Sin lugar a dudas, Elizabeth era una adirrubia. No tenía ninguna foto de parientes o amigos, ningún juguete de peluche sentado encima del ordenador, e Ivan no vio ni rastro del dibujo que Luke había hecho para ella durante el fin de semana. Elizabeth había dicho que lo pondría en

su despacho. Lo único interesante era una colección de tazones de Joe's alineada en el alféizar de la ventana. Apostó a que Joe no estaría nada contento con aquello.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos encima del escritorio y pegó su rostro al de ella. La expresión de Elizabeth era de pura concentración, tenía la frente lisa y ni una sola arruga le surcaba la piel, como normalmente le ocurría. Sus labios brillantes, que a Ivan le olían a fresa, se fruncían y alisaban delicadamente mientras Elizabeth tarareaba para sí quedamente.

En ese instante su opinión acerca de ella cambió otra vez. Ya no era la

directora de colegio que parecía cuando estaba con otras personas; ahora se la veía tranquila, serena y relajada, muy distinta de como solía estar cuando pensaba a solas. Ivan supuso que se debía a que por una vez no estaba preocupada. Tras observarla un rato, los ojos de Ivan bajaron al trozo de papel sobre el que estaba trabajando. Entre los dedos Elizabeth sostenía un lápiz de color marrón con el que sombreaba el dibujo de un dormitorio.

Los ojos de Ivan se iluminaron. Colorear era con mucho su pasatiempo favorito. Se levantó de la silla y se puso detrás de ella para ver mejor lo que estaba haciendo y averiguar si tenía la

habilidad de no salirse de las rayas. Era zurda. Ivan se inclinó sobre su hombro y apoyó un brazo encima del escritorio para no perder el equilibrio. Estaba tan cerca de ella que olía el aroma a coco de sus cabellos. Inspiró profundamente y unos pelos le hicieron cosquillas en la nariz.

Elizabeth paró de colorear un momento, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, relajó los hombros, inspiró profundamente y esbozó una sonrisa para sí misma. Ivan hizo lo mismo y notó que la piel de Elizabeth le rozaba la mejilla. Se estremeció. Fue una sensación agradablemente extraña. Como la de cuando le daban un caluroso

abrazo, y eso estaba bien porque abrazar era con mucho lo que más le gustaba de este mundo. Se sintió aturdido y un poco mareado, pero no como cuando se mareaba dando vueltas en la silla. Esta sensación era mucho mejor. Prolongó la sensación unos instantes hasta que por fin ambos abrieron los ojos al mismo tiempo y bajaron la vista al dibujo del dormitorio. Elizabeth acercó la mano al lápiz marrón como si titubeara entre cogerlo o no.

Ivan gimió quedamente.

—No escojas el marrón otra vez, Elizabeth. Venga, decídete por otro color, como ese verde lima —le susurró al oído a sabiendas de que no podía

oírle.

La mano de Elizabeth se quedó suspendida en el aire como si una fuerza magnética le impidiera tocarlo. La apartó poco a poco del lápiz marrón chocolate y la dirigió hacia el verde lima. Esbozó una sonrisa como si le divirtiera su elección y con suma cautela tomó el instrumento con la mano como si fuese la primera vez que lo hacía. Lo hizo girar entre los dedos como si sostenerlo le produjera una sensación desconocida. Lentamente comenzó a colorear los cojines esparcidos por la cama y finalmente la tumbona que había en un rincón de la habitación.

—Mucho mejor —susurró Ivan

sintiéndose orgulloso.

Elizabeth sonrió y cerró los ojos de nuevo respirando lenta y profundamente.

De repente llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —canturreó Poppy.

Elizabeth abrió los ojos como si los moviera un resorte y dejó caer de la mano el controvertido lápiz verde como si se tratara de un arma peligrosa.

—Sí —contestó levantando la voz y retrepándose en el sillón, de modo que rozó un instante el pecho de Ivan con el hombro. Elizabeth miró detrás de ella, se tocó el hombro con la mano como si lo limpiara y se volvió hacia Poppy, que entraba danzando en la habitación con los ojos brillantes de entusiasmo.



—Vamos a ver, Becca acaba de decirme que tienes otra reunión con la gente del hotel del amor.

Sus palabras fluyeron enlazadas de sus labios como si estuviera cantando una canción.

Ivan se sentó en el alféizar a espaldas de Elizabeth y estiró las piernas. Ambos cruzaron los brazos sobre el pecho a la vez. Ivan sonrió.

—Poppy, por favor, no lo llames el hotel del amor. —Elizabeth se restregó los ojos cansinamente.

Ivan se decepcionó. Allí estaba otra vez aquella voz adirrua.

—Muy bien, pues el hotel a secas, entonces —replicó Poppy remarcando

las palabras—. Tengo algunas ideas. Me imagino camas de agua con forma de corazón, baños calientes, copas de champaña que salen de las mesillas de noche. —Bajó la voz hasta un excitado susurro—. Me imagino una fusión de la era Romántica con el *art déco*. Caspar David Friedrich se encuentra con Jean Dunard. Será una explosión de intensos rojos, borgoñas y granates que te harán sentir arropado por el tapizado aterciopelado de un útero. Velas por doquier. El tocador francés se funde con...

—Las Vegas —concluyó Elizabeth secamente.

Poppy salió de su trance con un

gesto de decepción.

—Poppy —suspiró Elizabeth—, ya lo hemos discutido. Creo que por esta vez deberías ceñirte a la reseña del proyecto.

—Bah —se dejó caer en la silla como si le hubiesen golpeado el pecho —, pero esa reseña es muy aburrida.

—¡Eso, eso! —Ivan se puso de pie y aplaudió—. Adirruba —dijo a Elizabeth al oído en voz alta.

Elizabeth hizo una mueca y se frotó la oreja.

—Lamento que lo sientas así, Poppy, pero por desgracia lo que tú consideras aburrido es lo que otras personas eligen para decorar su casa. Entornos

habitables, cómodos y relajantes. La gente no quiere regresar a su hogar después de una jornada de trabajo y encontrarse con una casa que les envía vibraciones dramáticas desde cada viga ni colores que les dan dolor de cabeza. Después del estrés de los lugares de trabajo, las personas sólo piden hogares manejables, relajantes y serenos. —Era el discurso que largaba a todos sus clientes—. Y esto es un hotel, Poppy. Tenemos que agradar a toda clase de personas y no sólo a los pocos, los escasísimos, en realidad, que disfrutarían residiendo en un útero tapizado de terciopelo —agregó sin mover un solo músculo del rostro.

—Bueno, no conozco a muchas personas que no hayan residido al menos una vez en úteros tapizados de terciopelo. ¿Tú sí? Creo que nadie se ha librado de eso, al menos en este planeta. —Siguió intentándolo—. Podría despertar reconfortantes recuerdos en la gente.

Elizabeth pareció asqueada.

—Elizabeth. —Poppy gimoteó su nombre y se desplomó dramáticamente en la silla frente a ella—. Tiene que haber algo en lo que me dejes poner mi sello. Me siento muy constreñida aquí, es como si mis fluidos creativos no pudieran discurrir y... ¡Oh, eso está muy bien! —dijo súbitamente alegre

inclinándose para mirar el boceto que Elizabeth tenía delante—. Los colores chocolate y lima juntos crean un efecto magnífico. ¿Cómo se explica que precisamente tú los hayas elegido?

Ivan volvió a acercarse a Elizabeth y se puso en cuclillas para verle la cara. Elizabeth contempló el bosquejo que tenía delante como si lo viera por primera vez. Frunció el ceño y acto seguido se relajó.

—No lo sé, la verdad. Simplemente... —Cerró los ojos un instante, respiró profundamente y recordó la sensación—. Fue simplemente como si... como si de repente llegara flotando a mi mente.

Poppy sonrió y asintió entusiasmada con la cabeza.

—¿Lo ves? Ahora entenderás lo que me ocurre a mí. No puedo reprimir mi creatividad, ¿entiendes? Sé exactamente lo que quieres decir. Es algo natural e instintivo —los ojos le brillaban y bajó la voz hasta un susurro—, como el amor.

—Eso, eso —repitió Ivan observando a Elizabeth tan de cerca que casi le tocaba la mejilla con la nariz, aunque esta vez fue un leve susurro el que hizo revoletear los cabellos sueltos de Elizabeth alrededor de su oreja.

## 9

—Poppy, ¿me has llamado? —preguntó Elizabeth un rato después desde detrás del montón de muestras de alfombras apiladas en su escritorio.

—La respuesta vuelve a ser no —dijo la voz hastiada de Poppy—. Y, por favor, procura no distraerme mientras estoy encargando dos mil botes de pintura magnolia para proyectos futuros. Quizá deberíamos ser previsoras y planear las compras de los próximos veinte años —refunfuñó para sí, y acto seguido rezongó en voz más alta para



que la oyera Elizabeth—, pues nada indica que vayamos a cambiar nuestras ideas en un futuro inmediato.

—Vale, vale. —Elizabeth sonrió dándose por vencida—. Puedes encargarte otro color también.

Poppy por poco se cae de la silla de tanto entusiasmo.

—Encarga también unos cuantos cientos de botes de beis, ya que estás en ello. Se llama «Cebada».

—Ja, ja —dijo Poppy secamente.

Ivan enarcó las cejas mirando a Elizabeth.

—Elizabeth, Elizabeth —canturreó—, ¿acabas de hacer un chiste? Me parece que sí.

La miró fijamente con los codos apoyados en el escritorio. Suspiró y los mechones del pelo de Elizabeth volvieron a revolotear.

Elizabeth se quedó paralizada, miró a izquierda y derecha con recelo y siguió trabajando.

—Oh, ¿veis cómo me trata? —dijo Ivan histriónicamente llevándose la mano a la frente y fingiendo que se desvanecía sobre una poltrona de cuero negro que había en un rincón—. Es como si ni siquiera estuviera aquí —declaró. Puso los pies encima del asiento y miró al techo—. Esto no es como estar en el despacho de un director de colegio, es como estar en la consulta

de un loquero. —Fijó la vista en las grietas del techo y habló con acento americano—. Verá, doctor, todo comenzó cuando Elizabeth decidió no tenerme en cuenta —dijo levantando la voz—. Hizo que sintiera que nadie me quería, que me sintiera terriblemente solo. Como si no existiera. Como si no fuese nada —exageró—. Mi vida es un desastre. —Fingió llorar—. Todo es culpa de Elizabeth. —Se interrumpió y la contempló un rato mientras ella combinaba alfombras con tejidos y cartas de colores, y cuando volvió a hablar lo hizo recobrando su tono normal y dijo en voz baja—: Pero es culpa suya que no pueda verme porque

le da demasiado miedo creer. ¿No es cierto, Elizabeth?

—¿Qué? —gritó Elizabeth otra vez.

—¿Qué quieres decir con «qué»? —contestó a gritos una irritada Poppy—. ¡Yo no he dicho nada!

—Me has llamado.

—No, no te he llamado, estás oyendo voces otra vez. ¡Y, por favor, deja ya de tararear esa maldita canción! —chilló Poppy.

—¿Qué canción? —Elizabeth frunció el ceño.

—Esa que llevas tarareando toda la santa mañana. Me está volviendo loca.

—¡Muchas gracias! —intervino Ivan levantándose y haciendo una exagerada

reverencia antes de desplomar su cuerpo otra vez sobre la poltrona—. Esa canción me la he inventado yo. Muérete de envidia, Andrew Lloyd Webber.

Elizabeth siguió trabajando. Se puso a tararear de nuevo y se interrumpió de inmediato.

—¿Sabes una cosa, Poppy? —gritó Ivan a la otra habitación—. Me parece que Elizabeth puede oírme. —Entrelazó las manos encima del pecho e hizo girar los pulgares—. Me parece que puede oírme muy bien. ¿No es cierto, Elizabeth?

—¡Santo cielo! —Elizabeth dejó caer las muestras encima del escritorio—. Becca, ¿eres tú quien está diciendo

mi nombre?

—No —contestó Becca con voz apenas audible.

Elizabeth se sonrojó con expresión atornillada, avergonzada de parecer tonta delante de sus empleadas. Con la intención de hacer valer de nuevo su autoridad, levantó la voz severamente.

—Becca, ¿puedes ir a buscarme un café a Joe's?

—Oh, por cierto —canturreó Ivan pasándolo en grande—, no olvides decirle que se lleve unos de esos tazones. Joe lo agradecerá.

—Oh —Elizabeth chasqueó los dedos como si acabara de recordar algo —, aprovecha para llevarte unos de

estos tazones contigo. —Tendió a Becca un tazón de café—. Creo que Joe —hizo una pausa y se mostró confundida—, lo agradecerá.

—Vaya, está claro que puede oírme —rió Ivan—. Sólo es que se niega a admitirlo. Esa imperiosa mentalidad que tiene no se lo permitirá. Todo es blanco o negro para ella. —Y enseguida agregó —: O beis. Pero voy a airear un poco las cosas por aquí y nos vamos a divertir. ¿Lo has hecho alguna vez, Elizabeth? ¿Te has divertido?

Sus ojos bailaron traviesos. Bajó las piernas de la poltrona y se levantó de un salto. Se sentó en el borde del escritorio de Elizabeth y miró las páginas impresas

de información *online* sobre amigos imaginarios. Chasqueó la lengua en señal de desaprobación y negó con la cabeza.

—No me digas que te has tragado toda esa jerigonza, Lizzie. ¿Puedo llamarte Lizzie?

Elizabeth arrugó el semblante.

—Vaya —dijo Ivan con ternura—, no te gusta que te llamen Lizzie, ¿verdad?

Elizabeth carraspeó.

Ivan se tumbó en el escritorio encima de las muestras de alfombras y apoyó la cabeza en una mano.

—Bueno, tengo noticias para ti. —Bajó la voz hasta un susurro—. Soy real.



Y no pienso marcharme hasta que abras bien los ojos y me veas.

Elizabeth dejó de toquetear las cartas de pintura y levantó los ojos lentamente. Recorrió el despacho con la vista y luego se quedó mirando fijamente al frente. Por alguna razón se sentía calmada, más calmada de lo que había estado en mucho tiempo. Estaba en trance, mirando al vacío pero incapaz de pestañear o apartar la vista, sintiéndose inmersa en una cálida seguridad.

De repente la puerta del despacho se abrió de golpe, tan deprisa y bruscamente que el picaporte se estrelló contra la pared. Elizabeth e Ivan se llevaron un buen susto.

—Uuuuuy, mis disculpas por interrumpir a los tortolitos —rió socarronamente Saoirse desde la puerta.

Ivan saltó del escritorio.

Elizabeth, perpleja, empezó a ordenar el escritorio enseguida, un acto reflejo natural en ella ante el pánico de la inesperada aparición de su hermana menor. Se alisó la chaqueta y se atusó el pelo.

—Deja, deja, por mí no te molestes en ordenar. —Saoirse hizo un ademán desdeñoso con la mano sin dejar de mascar chicle a toda velocidad—. Te preocupas demasiado por todo, ¿sabes? Baja tus revoluciones. —Sus ojos fueron de arriba abajo al examinar con recelo

el espacio al lado del escritorio de Elizabeth—. ¿No piensas presentarme?

Elizabeth miró a su hermana entrecerrando los ojos. Saoirse la ponía nerviosa con su comportamiento neurótico y sus esporádicas rabietas. Con alcohol o sin él, Saoirse siempre había sido igual: difícil. En realidad Elizabeth casi nunca sabía a ciencia cierta si estaba bebida o sobria. Saoirse no se había encontrado a sí misma; no había crecido desarrollando una personalidad y por tanto no había averiguado quién era, qué quería, qué la hacía feliz ni adónde esperaba llegar en la vida. Seguía sin saberlo. Era un combinado de personalidades que no

había tenido ocasión de desarrollarse. Elizabeth se preguntaba cómo sería su hermana si alguna vez consiguiera dejar de beber, aunque mucho se temía que eso sólo supondría eliminar un problema de una lista muy larga.

Era de lo más inusual que Elizabeth lograra estar a solas con Saoirse en una habitación para hablar con ella; por lo general se sentía como una niña sola en pleno campo tratando de atrapar una mariposa con un tarro de cristal. Las mariposas eran muy bonitas, iluminaban una habitación, pero nunca reposaban suficiente tiempo en un mismo sitio para dejarse atrapar. Elizabeth le daba caza sin tregua y, en las raras ocasiones en

que conseguía atrapar a su hermana, Saoirse no paraba de aletear presa del pánico, deseosa de escapar.

Cuando estaba en compañía de Saoirse se esforzaba por ser comprensiva, por tratarla con la compasión y la empatía que merecía. Se lo habían explicado todo cuando buscó ayuda profesional. Deseaba consejo de tantas fuentes como fuese posible para estar en condiciones de ayudar a su hermana. Necesitaba saber las esquivas palabras mágicas que debía decir a Saoirse las contadas veces en que iba a visitarla. De modo que aunque Saoirse maltratara a Elizabeth, ésta seguía brindándole apoyo y comprensión

porque temía perderla para siempre, temía que aún la alejara más la espiral de descontrol en que estaba sumida. Además, consideraba su deber velar por ella. Aunque sobre todo era porque estaba cansada de ver cómo escapaban de su vida todas las hermosas mariposas.

—¿Presentarte a quién? —contestó Elizabeth amablemente.

—Venga, corta ya con ese tono condescendiente. Si no quieres presentarme no pasa nada. —Se sentó y se volvió hacia la silla vacía—. Se avergüenza de mí, ¿sabes? Cree que hago quedar mal su «buen nombre». Ya sabes cuánto les gusta hablar a los

vecinos —rió amargamente—. O quizá tenga miedo de que te ahuyente a ti. Fue lo que pasó con el otro, ¿sabes? El muy...

—Ya basta, Saoirse —cortó Elizabeth interrumpiendo su actuación—. Oye, me alegra que te hayas dejado caer por aquí porque quería hablar contigo.

Saoirse agitaba arriba y abajo una rodilla y mascaba el chicle con furia.

—Colm me devolvió el coche el viernes y me dijo que te habían arrestado. Esto es serio, Saoirse. Debes tener sumo cuidado entre ahora y la celebración de la vista. Será dentro de unas pocas semanas y si haces algo...

más, bueno, afectará a tu sentencia.

Saoirse puso los ojos en blanco.

—¡Cálmate, Elizabeth! ¿Qué van a hacer? ¿Encerrarme durante años por haber conducido dos minutos el coche de mi propia hermana? No pueden retirarme el carné porque no tengo y si me impiden que me lo saque me importa un bledo porque no lo quiero para nada. Lo único que harán será endilgarme unas cuantas semanas de algún trabajo de mierda para la comunidad, seguramente ayudando a unas cuantas ancianas a cruzar la calle o algo por el estilo. No será nada.

Hizo un globo de chicle que explotó en sus labios agrietados. Elizabeth abrió



los ojos, incrédula.

—Saoirse, no tomaste prestado mi coche. Lo cogiste sin permiso y no tienes carné. Venga —se le quebró la voz—, no eres idiota, sabes de sobra que eso está mal.

Elizabeth hizo una pausa y procuró recobrar la compostura. Esta vez conseguiría hacerla entrar en razón. Pero, aunque se repitiera la misma situación cada vez, Saoirse seguía negándola. Elizabeth tragó saliva.

—Mira —dijo Saoirse enojándose—, tengo veintidós años y estoy haciendo lo mismo que todas las personas de mi edad: salir y pasarlo bien. —Su tono se hizo desagradable—.

Que tú no hayas tenido vida propia a mi edad no significa que yo no pueda tenerla.

Sus alas se agitaban alocadamente como si estuviera atrapada en un tarro y comenzara a faltarle el aire.

«Eso fue porque estaba ocupada criándote a ti», pensó Elizabeth enojada. Y para colmo de desdichas saltaba a la vista que lo había hecho muy mal.

—¿Vas a quedarte ahí sentado escuchando toda nuestra conversación o qué? —soltó groseramente Saoirse a la poltrona.

Elizabeth frunció el ceño y carraspeó.

—¿Y qué pasa con lo que dijo

Paddy? Que tú pienses que no hiciste nada malo no tiene la menor importancia. Los *gardaí* piensan que sí lo hiciste.

Saoirse siguió mascando chicle y fulminó a su hermana con sus fríos ojos azules.

—Paddy es un negado, no da pie con bola. Le faltan motivos para acusarme de nada. A no ser que pasarlo bien de repente sea ilegal.

Aleteo, aleteo.

—Por favor, Saoirse —dijo Elizabeth en voz baja—, escúchame, ¿quieres? Esta vez van en serio. Tú sólo... afloja un poco con el, eh, con la bebida, ¿vale?

—Bah, ahora no me vengas con ésas.

—Saoirse torció el gesto—. Corta el rollo, hermanita, estoy harta de escucharte. —Se levantó—. No tengo ningún problema con la bebida. Eres tú quien tiene un problema al pensar que eres puñeteramente perfecta y al creerte doña perfecta. —Abrió la puerta y gritó para que todo el mundo la oyera—. Ah, y en cuanto a ti —señaló la poltrona con el mentón—, no creo que vayas a durar mucho. Al final todos se marchan, ¿no es cierto, Lizzie?

Pronunció el diminutivo como si escupiese. En los ojos de Elizabeth brillaban lágrimas de rabia. Saoirse dio un portazo atronador a sus espaldas.

Había logrado abrir la tapa del tarro y era libre de volar a donde le viniera en gana otra vez. El ruido del portazo estremeció todo el cuerpo de Elizabeth. El despacho quedó tan silencioso que hasta la mosca que había estado zumbando por ahí se detuvo y se posó en el interruptor de la luz. Un momento después llamaron bajito a la puerta.

—¿Qué? —espetó Elizabeth.

—Soy yo, Becca —fue la débil respuesta—. Te traigo el café.

Elizabeth se alisó el pelo y se secó los ojos.

—Adelante.

Cuando Becca salió del despacho Elizabeth vio que Saoirse regresaba con

paso decidido.

—Por cierto, se me ha olvidado pedirte un préstamo de unos cuantos pavos.

Su voz era más amable. Siempre lo era cuando quería algo. A Elizabeth le cayó el alma a los pies.

—¿Cuánto?

Saoirse se encogió de hombros.

—Cincuenta.

Elizabeth rebuscó en su bolso.

—¿Sigues viviendo en la misma pensión?

Saoirse asintió con la cabeza.

Elizabeth sacó cincuenta euros y esperó antes de dárselos.

—¿Para qué son?

—Drogas, Elizabeth, montones de drogas —respondió Saoirse con descaro.

Elizabeth dejó caer los hombros.

—Sólo quería decir...

—Provisiones. Ya sabes: pan, leche, papel higiénico. Esa clase de cosas. — De un zarpazo alcanzó el billete nuevo de la mano de Elizabeth—. No todos nos limpiamos el culo con seda, enterada.

Cogió una muestra de tela del escritorio y se la tiró a la cara. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas y Elizabeth se quedó plantada en medio del despacho observando cómo el trozo de seda negra caía flotando sin esfuerzo hasta la alfombra blanca. Sabía lo que

se sentía al caer.



# 10

Unas horas después Elizabeth apagó el ordenador, ordenó el escritorio por vigésima vez y se marchó de la oficina dando por concluida la jornada. Becca y Poppy estaban juntas de pie con la mirada perdida. Elizabeth se volvió para ver qué atraía su atención.

—Está haciéndolo otra vez —canturreó Poppy nerviosamente.

Las tres observaron la silla dar vueltas por sí misma.

—¿Creéis que es el señor Bracken? —preguntó Becca en voz muy baja.

Poppy imitó la voz de la señora Bracken.

—Dar vueltas en una silla no es algo que el señor Bracken habría querido.

—No os preocupéis, chicas —dijo Elizabeth aguantándose la risa—. Haré que Harry venga mañana mismo a arreglarlo. Ahora marchaos a casa.

Una vez se hubieron despedido Elizabeth continuó mirando la silla dar vueltas en silencio. Se acercó a ella despacio, centímetro a centímetro. Cuando ya estaba muy cerca la silla dejó de dar vueltas.

—Gallina —murmuró Elizabeth.

Miró en derredor para asegurarse de que estaba sola y lentamente agarró los

brazos de la silla y se sentó. No ocurrió nada. Dio unos cuantos botes, inspeccionó los lados y la parte de debajo del asiento y siguió sin ocurrir nada. Justo cuando iba a levantarse para irse la silla comenzó a moverse. Primero giró despacio, pero luego poco a poco fue cogiendo velocidad. Nerviosa, Elizabeth consideró la posibilidad de bajarse de un salto, pero a medida que giraba cada vez más rápido comenzó a reír tontamente. Cuanto más deprisa giraba la silla, con más ganas se reía Elizabeth. Le dolían los costados. No recordaba la última vez que se había sentido tan joven, las piernas en posición horizontal, los pies

extendidos, el pelo revuelto por la brisa. Finalmente, al cabo de un rato la silla perdió impulso y se detuvo, y Elizabeth recobró el aliento.

Su sonrisa se fue desvaneciendo despacio y la risa infantil que resonaba en su cabeza comenzó a apagarse. Lo único que le quedó fue un silencio absoluto en la oficina desierta. Se puso a tararear y sus ojos inspeccionaron el desorganizado escritorio de Poppy lleno de muestrarios de telas, tarros de pintura, bocetos y revistas de interiorismo. Le llamó la atención una foto con un marco dorado. En ella aparecían Poppy, sus dos hermanas, tres hermanos y padres, todos apretujados en

un sofá como si fuesen un equipo de fútbol. El parecido entre ellos era obvio. Tenían la nariz chata y pequeña y ojos verdes que se achinaban cuando reían. En un rincón del marco había una tira de fotos de pasaporte de Poppy y su novio, ambos haciendo muecas a la cámara en las tres primeras. Pero en la cuarta se miraban amorosamente a los ojos.

Elizabeth dejó de tararear y tragó saliva. Una vez había conocido aquella mirada.

Siguió contemplando el marco, procurando no recordar aquella época, pero, una vez más, perdió la batalla y se ahogó en el mar de recuerdos que inundó

su mente.

Comenzó a sollozar. Quejidos apenas audibles al principio que no tardaron en salirle de la boca como lamentos surgidos de lo más hondo de su corazón. Podía oír su propio dolor. Cada lágrima era una llamada de auxilio que jamás había sido atendida y que ya no contaba con que lo fuera algún día. Y eso la hizo llorar aún más.

Elizabeth tachó otro día del calendario con un bolígrafo rojo. Esta vez su madre llevaba fuera tres semanas justas. No se trataba de la ausencia más prolongada hasta la fecha, pero sí lo suficientemente

larga para Elizabeth. Escondió el calendario debajo de la cama y se acostó. Su padre la había enviado a su cuarto hacía tres horas cuando se hartó de verla excitada dando vueltas delante de la ventana de la sala de estar. Desde entonces había estado luchando para mantener los ojos abiertos. Tenía que combatir el sueño para no perderse el regreso de su madre. Ésos eran los mejores momentos, porque su madre estaría de buen humor, contenta de estar en casa, le diría a Elizabeth lo mucho que la había extrañado y la cubriría de abrazos y besos hasta tal punto que Elizabeth olvidaría haber estado triste alguna vez.

Su madre flotaría por las habitaciones de la casa casi como si no tocara el suelo con los pies. Sus palabras serían grandes susurros entusiastas, el murmullo de su voz haría que Elizabeth sintiera que cada palabra que su madre pronunciaba era un gran secreto entre las dos. Sus ojos brillarían y bailarían de alegría mientras refiriera a su hija sus aventuras y le contara a quién había conocido por el camino. Elizabeth desde luego no quería perderse todo aquello por haberse quedado dormida.

Elizabeth volvió a saltar de la cama y se refrescó el rostro con agua helada en el lavamanos que había en el



dormitorio. «Quédate despierta, Elizabeth, quédate despierta», se decía a sí misma. Apoyó las almohadas contra la pared y se sentó bien erguida en la cama desde donde, a través de las cortinas descorridas, veía la carretera oscura que conducía a la negrura. No abrigaba la menor duda de que su madre regresaría aquella noche, porque se lo había prometido. Y por fuerza tendría que cumplir su promesa ya que el día siguiente era el décimo cumpleaños de Elizabeth y ella no querría perdérselo. Hacía sólo unas semanas le había prometido que comerían pasteles, bollos y todas las golosinas que quisieran. Y habría globos de todos los colores

favoritos de Elizabeth, y se los llevarían al campo, los soltarían y los verían subir volando hasta las nubes. Elizabeth no había dejado de pensar en ello desde que su madre se marchó. La boca se le hacía agua con los pastelillos de fantasía con su lindo glaseado de color rosa, y soñaba con globos rosas atados con cintas blancas flotando en lo alto del cielo azul. ¡Y ese día casi había llegado, se acabó la espera!

Cogió *Las telarañas de Carlota*, un libro que había estado leyendo por las noches para mantenerse despierta, y encendió la linterna porque su padre no le permitía tener las luces encendidas después de las ocho. Al cabo de unas

pocas páginas los párpados le pesaron y le comenzaron a caer. Poco a poco fue cerrando los ojos con la única intención de descansar un poco la vista. Cada noche combatía el sueño, porque siempre era el sueño el que permitía que su madre se escapara a la noche y el que hacía que ella se perdiera sus majestuosas llegadas. Lo combatía incluso cuando su madre estaba en casa, prefiriendo montar guardia ante su puerta, unas veces velando su sueño, otras protegiéndola e impidiendo que ella se marchara. Incluso en las contadas ocasiones en que se quedaba dormida, sus sueños le gritaban que se despertara como si estuviera obrando mal. La gente

siempre comentaba a su padre que era demasiado joven para tener las ojeras que le ensombrecían la mirada.

El libro cayó de las manos de Elizabeth y ésta se sumió en el mundo de los sueños.

La verja chirrió.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de golpe a la luminosidad de la primera hora de la mañana y el corazón le latió alocadamente. El crujido de unos pasos en la gravilla se aproximaba a la puerta principal. El corazón de Elizabeth daba volteretas dentro de su pecho rebosante de alegría. Su madre no se había olvidado de ella; Elizabeth sabía que no se habría perdido el cumpleaños de su

hija por nada del mundo.

Saltó de la cama y comenzó a dar brincos por la habitación dudando entre correr a abrir la puerta a su madre o dejar que efectuara la entrada triunfal que tanto le gustaba hacer. Fue hasta el recibidor en camión. Vio la imagen borrosa de un cuerpo a través del cristal esmerilado de la puerta principal. Saltaba de un pie al otro con nerviosismo y excitación.

La puerta del dormitorio de su padre se abrió. Elizabeth se volvió hacia él sonriendo de oreja a oreja. Él le dedicó una breve sonrisa y se apoyó en el marco de la puerta con la vista clavada en la puerta principal. Elizabeth se

volvió de nuevo hacia la puerta principal retorciendo el dobladillo del camión con las manitas. La ranura del buzón se abrió. Dos sobres blancos se deslizaron por ella y cayeron al suelo de piedra. La figura del otro lado de la puerta comenzó a desvanecerse de nuevo la verja chirrió y se cerró.

Elizabeth soltó el dobladillo del camión y dejó de saltar. De repente sintió el frío del suelo de piedra.

Lentamente recogió los sobres. Ambos iban dirigidos a ella y el pulso se le aceleró otra vez. Quizá su madre no se había olvidado, después de todo. Quizás estuviera tan inmersa en una de sus aventuras que le había sido

imposible llegar a casa a tiempo y tenía que explicárselo todo por carta. Abrió los sobres poniendo mucho cuidado en no rasgar el papel que podría contener las valiosas palabras de su madre.

Encontró dos tarjetas de felicitación de cumplidores parientes lejanos.

Se le hundieron los hombros y le cayó el alma a los pies. Se volvió de cara a su padre y negó despacio con la cabeza. El rostro de su padre se ensombreció y miró enojado a lo lejos. Volvieron a cruzar sus miradas un momento, un raro momento en el que ambos compartieron el mismo sentimiento y Elizabeth dejó de sentirse sola. Dio un paso al frente para

abrazarlo.

Pero él se volvió y cerró la puerta a sus espaldas.

El labio inferior de Elizabeth le temblaba. No hubo pasteles de fantasía ni bollos ese día. Los globos de color rosa flotando hasta las nubes siguieron siendo un sueño. Y Elizabeth aprendió que imaginar y hacerse ilusiones sólo servía para partirle el corazón.



El silbido del agua hirviendo en el fogón devolvió a Elizabeth de golpe al presente. Cruzó la cocina a la carrera para levantar la cazuela del hornillo y bajó el fuego. Revolvió el guiso de pollo con verduras preguntándose dónde tenía la cabeza.

—Luke, la cena está lista —llamó.

Después del trabajo había ido a buscar a Luke a casa de su padre, pese a no estar ni mucho menos de humor para conducir por aquella carretera después de haber sollozado en la oficina. No

había llorado en años. No sabía qué le estaba pasando últimamente. La mente se le iba a la deriva y ella nunca iba a la deriva. Siempre era la misma, tenía ideas estables y controladas y era siempre constante, nunca se detenía. Nada que ver con su conducta de aquel día en la oficina.

Luke entró en la cocina arrastrando los pies. Ya llevaba puesto su pijama de Spiderman. Miró tristemente la mesa.

—No le has puesto plato a Ivan otra vez.

Elizabeth abrió la boca para protestar, pero se contuvo a tiempo al recordar los consejos que había leído en los *websites*.

—Vaya, ¿en serio?

Luke la miró sorprendido.

—Perdona, Ivan —dijo sacando un tercer plato del armario. «Qué manera de desperdiciar la comida», pensó sirviendo brécol, coliflor y patatas en su plato—. Seguro que no le gusta el pollo, así que tendrá que conformarse con esto.

Puso el plato de verdura frente al suyo propio.

Luke negó con la cabeza.

—No, me ha dicho que el pollo le gusta mucho.

—A ver si lo adivino —dijo Elizabeth cortando una punta de su trozo —, el pollo es su favorito.

Luke sonrió.

—Dice que es su carne de ave favorita.

—Pues eso.

Elizabeth puso los ojos en blanco. Miró el plato de Ivan preguntándose cómo demonios se las arreglaría Luke para comerse un segundo plato de verdura. Bastante trabajo le costaba ya conseguir que se tomara el suyo.

—Ivan me ha dicho que hoy se ha divertido mucho en tu oficina —dijo Luke, y tomó un bocado de brécol que masticó deprisa con una mueca de asco. Tragó enseguida y bebió un poco de leche.

—¿Ah, sí? —Elizabeth sonrió—. ¿Y qué le ha divertido tanto en la oficina?

—Lo pasó en grande con la silla giratoria —contestó Luke mientras pinchaba una patata.

Elizabeth dejó de comer y miró a Luke.

—¿Qué quieres decir?

Luke se metió la patata en la boca y comenzó a mascarla.

—Dice que dar vueltas en la silla de Poppy es su diversión favorita.

Por una vez Elizabeth hizo caso omiso al hecho de que estuviera hablando con la boca llena.

—¿Has hablado con Poppy hoy?

Luke adoraba a Poppy y a veces charlaba con ella cuando Edith llamaba a la oficina para consultar algún

pormenor con Elizabeth. El niño se sabía de memoria el número de la oficina de Elizabeth, pues ésta había insistido en que lo aprendiera en cuanto supo los números, de modo que era harto probable que hubiese llamado porque echara de menos sus breves charlas con Poppy mientras Edith estaba ausente. Tenía que haber sido eso, pensó aliviada.

—No.

—¿Has hablado con Becca?

—No.

De repente el pollo le supo a cartón. Lo engulló enseguida y dejó los cubiertos en el plato. Se quedó ensimismada mirando cómo comía Luke.

Tal como era de esperar, el plato de Ivan seguía intacto.

—¿Has hablado con Saoirse hoy? — preguntó escrutando su semblante. Se preguntó si la breve actuación de Saoirse en la oficina guardaría alguna relación con la nueva obsesión de Luke con Ivan. Conociendo a su hermana como la conocía, no sería de extrañar que se mofara de ella si se hubiese enterado de la existencia de un amigo invisible.

—No.

Quizá sólo fuese mera coincidencia. Quizá Luke simplemente había adivinado lo de la silla giratoria. Quizá, quizá, quizá. ¿Adónde habían ido a parar

todas sus certidumbres de repente?

—No juegues con la verdura, Luke. Ivan me ha dicho que te dijera que es muy buena para tu salud.

Tal vez podría servirse de Ivan en beneficio propio.

Luke se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Ivan dice que todas las mamás se aprovechan de él para hacer que sus hijos coman verdura.

Elizabeth enarcó las cejas y sonrió.

—Bueno, puedes decirle a Ivan que eso es porque las mamás saben mucho.  
—Su sonrisa se desvaneció: bueno, algunas mamás, al menos.

—Díselo tú misma —rió Luke.



—De acuerdo. —Elizabeth miró la silla vacía que tenía enfrente—. ¿De dónde eres, Ivan? —preguntó inclinándose hacia delante y hablando como si se dirigiera a un niño.

Luke comenzó a reírse de ella y Elizabeth se sintió estúpida.

—Es de Aisatnaf.

Ahora fue Elizabeth quien se rió.

—Vaya, ¿de veras? ¿Y dónde queda eso?

—Muy lejos —dijo Luke.

—¿Cómo de lejos? ¿Lejos como Donegal? —sonrió.

Luke se encogió de hombros, aburrido de la conversación.

—Oye —Elizabeth miró a Luke—,

¿cómo has hecho eso?

—¿Hacer qué?

—Coger una patata del plato de Ivan.

—Yo no he cogido nada. —Luke frunció el ceño—. Se la ha comido él.

—No digas ton... —se interrumpió.

Un rato después Luke estaba tendido en el suelo de la sala de estar tarareando aquella dichosa canción mientras Elizabeth tomaba una taza de café y miraba la televisión. Hacía mucho tiempo que no estaban así. Por lo general cada cual hacía su vida después de cenar. Por lo general no conversaban tanto durante las comidas, pero, además, por lo general Elizabeth no seguía la

corriente a Luke participando en juegos estúpidos. Comenzó a lamentar lo que había hecho. Observó a Luke, que pintaba con los lápices en el suelo. Ella había extendido una estera para que no ensuciara la alfombra y, aunque detestaba que se entretuviera con sus juguetes fuera del cuarto de jugar, la alegraba que estuviera jugando con juguetes que al menos podía ver. «No hay mal que por bien no venga», se dijo. Volvió a prestar atención a su programa sobre reformas del hogar.

—Elizabeth.

Notó los golpecitos de un dedo infantil en el hombro.

—Dime, Luke.

—He dibujado esto para ti. —Le tendió un dibujo pintado con vivos colores—. Somos Ivan y yo jugando en el jardín.

Elizabeth sonrió y estudió el dibujo. Luke había escrito sus nombres encima de dos monigotes, pero lo que la sorprendió fue la estatura de Ivan. Era el doble de alto que Luke y llevaba una camiseta azul, tejanos y zapatos azules y tenía el pelo negro y unos grandes ojos azules. Lo que parecía una barba negra de tres días le reseguía la mandíbula, y daba la mano a Luke sonriendo de oreja a oreja. Se quedó perpleja, sin saber qué decir. ¿Acaso el amigo imaginario de Luke no debería tener la misma edad que

él?

—Caramba, Ivan es muy alto para tener sólo seis años, ¿verdad?

Quizá lo había dibujado tan grande porque era muy importante para él, razonó.

Luke se revolcó por el suelo riendo.

—Ivan siempre dice que seis años no son pocos años y, además, él no tiene seis —soltó otra carcajada—. ¡Es tan mayor como tú!

Elizabeth abrió mucho los ojos, horrorizada. ¿Mayor como ella? ¿Qué clase de amigo imaginario había creado su sobrino?

# 12

Los amigos son de formas y tamaños distintos, todo el mundo lo sabe, así que ¿por qué no iba a suceder lo mismo con los amigos «imaginarios»? Elizabeth estaba equivocada. En realidad Elizabeth estaba completamente equivocada, porque, que yo supiera, ella no tenía ningún amigo. Tal vez se debiera a que sólo buscaba a mujeres de treinta y cuatro años que tuvieran el mismo aspecto que ella, la misma forma de vestir y comportarse. A juzgar por la expresión de su rostro al ver el dibujo,

pensaba que Luke tendría que haber encontrado a alguien exactamente igual que él. Y ésa no es manera de hacer amigos.

Lo que importa no es el aspecto que tengamos, sino el papel que desempeñamos en la vida de nuestro amigo íntimo. Los amigos eligen a determinados amigos porque éstos son la clase de compañero que buscan en un momento dado, no porque tengan la estatura, la edad o el color de pelo correctos. No siempre se da el caso, pero con frecuencia ésa es la razón por la que Luke, por ejemplo, me ve a mí y no vería a mi colega Tommy, que aparenta tener seis años y a quien la

nariz le moquea sin parar. O sea, no veo que haya ningún otro hombre que se relacione con Luke, ¿vosotros sí? El hecho de ver amigos «imaginarios» no significa que los veas a todos. Tienes la capacidad de verlos a todos, pero como los seres humanos sólo utilizamos el diez por ciento del cerebro, poseemos un sinfín de habilidades que no aprovechamos. Nuestros ojos verían multitud de cosas maravillosas si realmente enfocaran como es debido. La vida es como una especie de cuadro. Un cuadro abstracto realmente estrambótico. Puedes mirarlo y pensar que no es más que un manchón. Y puedes seguir viviendo toda tu vida creyendo



que no es más que un manchón. Pero si lo miras de verdad, si lo enfocas bien y usas la imaginación, la vida puede dar mucho más de sí. Porque de hecho el cuadro quizá represente el mar, el cielo, personas, edificios, una mariposa posada en una flor o cualquier otra cosa excepto el manchón que una vez estuviste convencido que era.

Después de lo ocurrido en la oficina de Elizabeth yo necesitaba convocar una reunión de emergencia. Llevo años haciendo este trabajo y creía que ya lo había visto todo, pero resultaba obvio que no estaba en lo cierto. Que Saoirse me viera y me hablara me había dejado verdaderamente perplejo. Quiero decir

que era algo completamente inaudito. Bueno, Luke podía verme, pero eso era normal. Elizabeth tenía una especie de presentimiento de mi existencia, cosa harto extraña de por sí, pero a la que me estaba comenzando a acostumbrar. Ahora bien, que Saoirse me viera ya era harina de otro costal. Por supuesto era corriente ser visto por más de una persona durante un trabajo, pero nunca por un adulto y mucho menos por dos. El único amigo de la empresa que trataba con adultos era Olivia, pero eso no obedecía a ninguna clase de regla, sino simplemente a lo que le ocurría constantemente. Debo confesar que estaba confundido, de modo que pedí a

«la jefa» que convocara a todos los sospechosos habituales para celebrar una reunión no programada.

Nuestras reuniones se organizaban para comentar cómo marchaba la tarea de cada uno de nosotros y dar vueltas a algunas ideas y sugerencias para ayudar a quienes se encontraban atascados. Yo nunca había tenido que convocar una para mi provecho, por eso me consta que la jefa se quedó asombrada cuando lo hice. El nombre que habíamos dado a esta clase de reuniones era «ensalada de sugerencias», porque todos podíamos proponer ideas que hicieran más fácil nuestra situación de «amigos imaginarios», como nos llamaban la

gente y los medios de comunicación.

Las seis personas que se reúnen son las más veteranas de la empresa. Cuando llegué a la sala de «ensalada de sugerencias», todos estaban riendo y bromeando. Saludé a la concurrencia y nos sentamos a esperar a la jefa. No nos instalamos en torno de largas mesas de reuniones con sillones de cuero en una sala de juntas sin ventanas. Nuestro planteamiento es mucho más desenfadado y lo cierto es que tiene un efecto mucho más positivo, porque cuanto más a gusto nos sentimos, más podemos aportar. Nos sentamos en círculo en asientos cómodos. El mío es un saco de alubias. El de Olivia una

mecedora. Sostiene que así le resulta más fácil hacer labor de punto.

La jefa no es nada autoritaria, pero nos gusta llamarla así. En realidad es una de las personas más buenas, simpáticas y amables que uno puede llegar a conocer en toda su vida. Y ella sí que ha visto cuanto hay que ver: sabe todo lo que puede saberse acerca de cómo ser un amigo íntimo. Es paciente y afectuosa, escucha con atención y es capaz de percibir como nadie lo que la gente no dice. Se llama Opal y es encantadora. Cuando entró en la habitación llevaba una túnica morada y las guedejas rizadas al estilo rastafari recogidas en media cola de caballo para

apartarlas de la cara. Toda ella iba cubierta de diminutas cuentas chispeantes que resplandecían al moverse, llevaba una hilera de margaritas clavada en el pelo a modo de tiara y cadenas de margaritas le adornaban el cuello y las muñecas. Unas gafas redondas con los cristales tintados de morado se apoyaban en su nariz y, cuando sonreía, el rayo de luz que desprendía habría bastado para guiar a los barcos hasta la orilla en la noche más oscura.

—Bonito aderezo de margaritas, Opal —dijo Caléndula dulcemente a mi lado.

—Gracias, Caléndula —respondió

Opal sonriendo—. La pequeña Tara y yo lo hemos hecho esta mañana en el jardín. Vas de punta en blanco hoy. Qué color tan bonito.

Caléndula sonrió radiante. Hace siglos que ejerce de amiga íntima, igual que yo, pero aparenta tener la misma edad que Luke. Es menuda, rubia y de voz dulce. Para la ocasión se había peinado con tirabuzones y lucía un vestido amarillo de verano con lazos a juego en el pelo. Calzaba relucientes y nuevos zapatos blancos que balanceaba sentada en su silla de madera hecha a mano. Aquella silla pintada de amarillo con corazones y barras de caramelo siempre me recordaba una silla de

Hansel y Gretel.

—Gracias, Opal. —Las mejillas de Caléndula se sonrosaron—. Después de la reunión iré a merendar con mi nueva amiga íntima.

—Caramba —Opal levantó las cejas, impresionada—, qué bien. ¿Dónde será?

—En el jardín de atrás. Ayer le regalaron un juego de té por su cumpleaños —respondió Caléndula.

—Bonito regalo. ¿Qué tal van las cosas con la pequeña Maeve?

—Muy bien, gracias.

Caléndula bajó la vista a su regazo. La charla de los demás asistentes se fue apagando y toda la atención se centró en



Opal y Caléndula. Opal no era la clase de persona que pedía a todo el mundo que se callara para comenzar la reunión. Siempre la comenzaba sin levantar la voz, sabiendo que los demás pronto terminarían sus conversaciones y se dispondrían a participar, cada cual en su momento. Siempre decía que lo único que necesitaban todas las personas era tiempo y que entonces eran capaces de entenderlo casi todo por sí mismas.

Opal seguía observando cómo Caléndula jugueteaba con una cinta de su vestido.

—¿Maeve sigue mangoneándote, Caléndula?

Caléndula asintió torciendo el gesto

con tristeza.

—Sigue diciéndome todo el rato lo que tengo que hacer, y cuando rompe algo y sus padres se enfadan me echa la culpa a mí.

Olivia, una amiga íntima de aspecto avejentado que se balanceaba en su mecedora mientras hacía punto, chasqueó sonoramente la lengua en señal de desaprobación.

—Sabes por qué Maeve hace eso, ¿verdad Caléndula? —preguntó Opal en voz baja.

Caléndula asintió con la cabeza y dijo:

—Me consta que tenerme a mano le brinda la oportunidad de ser la que

manda y está reflejando el comportamiento de sus padres. Entiendo por qué lo hace y la importancia de que lo haga, pero esa clase de trato un día tras otro a veces resulta un tanto descorazonador.

Los demás le dimos la razón. Todos habíamos estado en su situación en algún momento. A la mayoría de los niños pequeños les gustaba mangonearnos, seguramente porque con nosotros no temían suscitar represalias.

—En fin, ya sabes que no lo seguirá haciendo durante mucho más tiempo, Caléndula —dijo Opal en tono alentador, y Caléndula asintió con la cabeza y sus tirabuzones se balancearon.

—Bobby. —Opal se volvió hacia un chiquillo sentado en un monopatín con la visera de la gorra hacia atrás. Había estado moviendo la tabla adelante y atrás mientras escuchaba la conversación. Al oír su nombre se detuvo—. Tendrías que dejar de jugar a juegos de ordenador con el pequeño Anthony. Sabes por qué, ¿verdad?

El chiquillo con cara de ángel asintió con la cabeza y cuando habló su voz sonó mucho más adulta que sus aparentes seis años.

—Bueno, porque Anthony sólo tiene tres años y no debería verse obligado a ajustarse a papeles de uno y otro sexo. Necesita juguetes que le permitan tener

el control, utilizar su inventiva y que sirvan para más de una cosa. Un exceso de juguetes técnicos atrofiaría su desarrollo psicológico.

—¿Con qué clase de cosas crees que podríais jugar? —preguntó Opal.

—Bueno, voy a dedicarme a jugar..., bueno, con nada, en realidad, así podremos hacer teatro improvisado o usar cajas, utensilios de cocina o esos tubos de cartón que hay dentro de los rollos de papel higiénico.

Todos reímos al oír esto último. Los rollos de papel higiénico son mi favorito absoluto. Puedes hacer un montón de cosas con ellos.

—Muy bien, Bobby. Procura no

olvidarlo cuando Anthony intente hacerte jugar con el ordenador otra vez. Tal como hace Tommy con... —Se calló sin acabar la frase mirando en derredor —. Por cierto, ¿dónde está Tommy?

—Siento llegar tarde —dijo una voz desde la puerta. Tommy irrumpió en la sala con los hombros hacia atrás y balanceando los brazos como haría un hombre cincuenta años mayor que él. Tenía mugre por toda la cara, manchas de hierba en las rodillas y las espinillas, cortes, costras y barro en los codos. Se desplomó en su saco de alubias imitando el ruido de un choque con la boca.

Opal se rió.

—Bienvenido, Tommy. Parece que

has estado muy ocupado.

—Pues sí —contestó Tommy muy gallito—. He estado con John en el parque desenterrando larvas.

Se limpió los mocos de la nariz con el brazo desnudo.

—¡Ecs!

Caléndula arrugó la nariz con cara de asco y arrimó su asiento al de Ivan.

—No pasa nada, princesa.

Tommy le guiñó el ojo a Caléndula apoyando los pies en la mesa que tenía delante y en la que había refrescos con gas y galletas de chocolate. Caléndula apartó la vista de él y la fijó en Opal.

—O sea que John sigue como de costumbre —sentenció Opal divertida.

—Sí, todavía me ve —contestó Tommy como si eso fuese algún tipo de victoria—. Los matones de la clase se están metiendo con él, Opal, y lo han amenazado para que lo mantenga en secreto; no piensa decir nada a sus padres. —Meneó la cabeza con tristeza—. Le da miedo que le critiquen o intervengan, lo cual empeoraría las cosas, y también le avergüenza haber permitido que sucediera. Es un compendio de las emociones típicas en los casos de acoso.

Se lanzó un caramelo a la boca.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?  
—preguntó Opal con preocupación.

—Lamentablemente, antes de que yo



entrara en escena John ya estaba padeciendo intimidación crónica. De modo que había adoptado una postura de conformidad con las injustas exigencias de quienes creía más fuertes y estaba comenzando a identificarse con los bravucones y a convertirse en uno de ellos. Pero yo no permití que me acosara —dijo Tommy con chulería—. Hemos estado trabajando la postura, la voz y el contacto visual; como sabéis, éstos dan mucha información sobre tu vulnerabilidad. Estoy enseñándole a vigilar a los sujetos sospechosos y cada día repasamos una lista de posibles indicios. —Se recostó y cruzó los brazos detrás de la cabeza—. Estamos

trabajando para que madure su sentido de la justicia.

—Y habéis estado desenterrando larvas —agregó Opal con una sonrisa.

—Siempre hay tiempo para desenterrar larvas, ¿no es cierto, Ivan?

—Tommy me guiñó el ojo.

—Jamie-Lynn. —Opal se volvió hacia una niña con un pantalón de peto tejano y zapatillas de deporte sucias. Llevaba el pelo corto y meneaba el trasero sobre una pelota de fútbol—. ¿Cómo le va a la pequeña Samantha? Espero que no andéis escarbando en los parterres de su madre.

Jamie-Lynn era como un chico y siempre andaba metiendo en líos a sus

amigas, mientras que Caléndula era más dada a asistir a meriendas con lindos vestidos y a jugar con muñecas Barbie y My Little Pony. Jamie-Lynn abrió la boca y comenzó a parlotear en un idioma misterioso.

Opal enarcó las cejas.

—Observo que tú y Samantha seguís hablando vuestro propio idioma.

Jamie-Lynn asintió con la cabeza.

—Muy bien, pero ten cuidado. No es buena idea que sigáis hablando así durante mucho más tiempo.

—No te preocupes, me consta que Samantha está aprendiendo a formar frases y a ejercitar la memoria, así que no lo voy a alargar —dijo Jamie-Lynn

volviendo a hablar normalmente. Añadió en tono entristecido—: Samantha no me ha visto esta mañana al despertar. Pero volvió a verme a la hora de almorzar.

Todos nos apenamos por Jamie-Lynn y le dimos muestras de condolencia ya que sabemos muy bien qué se siente. Aquello era el principio del fin.

—Olivia, ¿cómo está la señora Cromwell? —preguntó Opal con más ternura.

Olivia dejó de hacer punto y mecerse y movió la cabeza con tristeza.

—No le queda mucho. Anoche tuvimos una charla fantástica sobre una excursión que hizo con su familia hace

setenta años a la playa de Sandymount. Eso la puso de un humor excelente. Pero esta mañana en cuanto ha contado a su familia que había estado hablando conmigo de ello todos se han marchado dejándola con la palabra en la boca. Piensan que se refiere a su tía abuela Olivia, que falleció hace cuarenta años y están convencidos de que se está volviendo loca. Sea como fuere, permaneceré con ella hasta el final. Como he dicho, no le queda mucho y su familia sólo ha ido a visitarla dos veces durante el último mes. No tiene a nadie por quien resistir.

Olivia siempre hacía amigos en hospitales, hospicios y residencias de

ancianos. Era buena en esa clase de trabajo, pues sabía cómo ayudar a la gente a recordar para llenar el tiempo cuando no podían dormir.

—Gracias, Olivia.

Opal sonrió y entonces se volvió hacia mí.

—Bueno, Ivan, ¿cómo va todo por Fucsia Lane? ¿Cuál es esa gran emergencia? El pequeño Luke da la impresión de estar bien.

Me arrellané en el saco de alubias.

—Sí, está muy bien. Aún tenemos que trabajar algunas cosillas, como lo que siente a propósito de su montaje familiar, pero nada que suponga un gran trastorno.

—Me alegre —dijo Opal, complacida.

—Pero ése no es el problema. — Miré a todos los presentes—. Su tía, que lo adoptó, tiene treinta y cuatro años y a veces percibe mi presencia.

Todos dieron un grito ahogado e intercambiaron miradas de horror. Sabía que iban a reaccionar de aquella manera.

—Pero eso no es ni la mitad del asunto —proseguí, procurando no disfrutar demasiado con el drama, ya que, al fin y al cabo, el problema era mío—. ¡La madre de Luke, que tiene veintidós, ha entrado hoy en la oficina de Elizabeth y me ha visto y hablado!

Doble grito ahogado de todos excepto de Opal cuyos ojos me miraron chispeantes de complicidad. Me sentí mejor al verlo, porque entonces supe que Opal sabría qué hacer. Siempre se las arreglaba para que uno saliera de la confusión.

—¿Dónde estaba Luke mientras tú estabas en la oficina de Elizabeth? —preguntó Opal insinuando una sonrisa.

—En la granja de su abuelo —expliqué—. Elizabeth no me ha dejado bajar del coche para ir con él porque le daba miedo que a su papá le enojara que Luke tuviera un amigo a quien no podría ver.

Me quedé sin aliento al terminar la



frase.

—¿Y por qué no regresaste a pie a reunirse con Luke cuando llegaste a la oficina? —preguntó Tommy despatarrado en su saco de alubias con los brazos detrás de la cabeza.

Los ojos de Opal chispearon otra vez.

—Porque no —contesté.

—¿Porque no qué? —preguntó Caléndula.

«Ella también, no», pensé.

—¿A qué distancia está la granja de la oficina? —preguntó Bobby.

¿Por qué me hacían todas aquellas preguntas? ¿Acaso el meollo del asunto no era que esas dos mujeres percibieran

mi existencia?

—Queda a un par de minutos en coche y a unos veinte caminando —expliqué un poco confundido—. ¿A qué vienen todas estas preguntas?

—Ivan —dijo Olivia sonriendo—, no te hagas el loco. Sabes de sobra que cuando te separan de un amigo vas en su busca. Una caminata de veinte minutos no es nada comparada con lo que hiciste para dar con el último amigo que tuviste —sentenció riendo entre dientes.

—Venga, chicos, ya es suficiente. —Levanté las manos con un ademán de impotencia—. Intentaba averiguar si Elizabeth podía verme o no. Estaba hecho un lío. Es la primera vez que me

ocurre algo así.

—No te preocupes, Ivan —terció Opal sonriendo, y cuando habló su voz fue dulce como la miel—. Es poco frecuente, pero no es la primera vez que sucede.

Todos dieron otro grito ahogado.

Opal se levantó, apiló sus carpetas y se dispuso a abandonar la reunión.

—¿Adónde vas? —pregunté sorprendido—. Aún no me has dicho qué tengo que hacer.

Opal se quitó las gafas de cristales morados y sus ojos castaño oscuro me miraron.

—Esto no es ni mucho menos una emergencia, Ivan. No puedo darte ningún

consejo. Tendrás que confiar en ti mismo para dilucidar si tomas la decisión correcta cuando llegue el momento.

—¿Qué decisión? ¿Acerca de qué?  
—pregunté sintiéndome más perdido que al principio.

Opal me sonrió.

—Cuando llegue el momento lo sabrás. Buena suerte.

Y dicho esto salió de la reunión dejando a todos los demás mirándome desconcertados. Sus rostros inexpresivos bastaron para que me guardara de pedir consejo a ninguno de ellos.

—Lo siento, Ivan, estoy tan confundida como puedas estarlo tú —

dijo Caléndula levantándose y alisando las arrugas de su vestido de verano. Me dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla—. Ahora tengo que irme si no quiero llegar tarde.

La observé ir dando saltitos hacia la puerta con los tirabuzones rebotando a cada paso.

—¡Pásalo bien en la merienda! —grité.

Tomar la decisión correcta, rezongué para mis adentros pensando en lo que había dicho Opal. ¿La decisión correcta sobre qué? Y entonces me sobrevino una idea que me dejó helado. ¿Y si no tomaba la decisión correcta? ¿Acaso alguien se vería perjudicado?

# 13

Elizabeth se dio impulso en el balancín de su jardín trasero. Sostenía un café caliente envolviendo con sus finos dedos el tazón color tiza. El sol se ponía lentamente y un ligero helor salía reptando de su escondite para ocupar su lugar. Elizabeth contemplaba el cielo, una vista perfecta de algodonasas nubes rosas, rojas y naranjas como salidas de un cuadro al óleo. Un resplandor ambarino se alzaba desde detrás de la montaña que tenía delante, semejante al resplandor secreto que emergía de entre

las sábanas de Luke cuando éste leía en la cama a la luz de la linterna. Inhaló profundamente el aire refrescante.

«Cielo rojo por la noche», oyó decir a una voz en su interior.

—Anuncio de buen tiempo —susurró en voz baja.

Se levantó una brisa leve como si el aire, igual que ella, estuviera suspirando. Hacía una hora que estaba sentada allí fuera. Luke estaba arriba jugando con su amigo Sam después de pasar el día en casa de su abuelo. Elizabeth aguardaba a que el padre de Sam, a quien no había visto nunca, viniera a recoger a su hijo. Normalmente era Edith quien trataba con los padres de

los amigos de Luke, de ahí que a Elizabeth no le apeteciera lo más mínimo ponerse a charlar sobre los niños.

Eran las diez menos cuarto y la luz, al parecer, daba por concluida la jornada. Elizabeth había estado meciéndose adelante y atrás mientras combatía las lágrimas que amenazaban con caer, se tragaba el nudo que amenazaba con cerrarle la garganta, y ahuyentaba los pensamientos que amenazaban con anegar su mente. Tenía la impresión de luchar contra el mundo que amenazaba con poner en peligro sus planes. Luchaba contra las personas que irrumpían en su universo sin su permiso;



luchaba contra Luke y su mentalidad infantil, contra su hermana y sus problemas, contra Poppy y sus ideas en el trabajo, contra Joe y su cafetería, contra los competidores de su negocio. Sentía que siempre estaba luchando, luchando, luchando. Y ahora allí estaba sentada luchando contra sus propias emociones.

Se sentía como si hubiese aguantado cien asaltos en el cuadrilátero, como si hubiese encajado todos los puñetazos, golpes y patadas que sus oponentes le habían propinado. Ahora estaba cansada. Los músculos le dolían, estaba bajando la guardia y las heridas tardaban en cicatrizar. Un gato saltó de

la alta tapia que separaba a Elizabeth de sus vecinos y aterrizó en su jardín. Echó un vistazo a Elizabeth; la cerviz en alto, los ojos brillantes en la oscuridad. Caminó lentamente a través de la hierba con absoluta despreocupación. Tan seguro de sí mismo, tan confiado, tan henchido de su propia importancia. Se encaramó a la tapia de enfrente y desapareció en la noche. Elizabeth envidió su capacidad para ir y venir a su antojo sin deberle nada a nadie, ni siquiera a los seres más próximos, quienes lo amaban y cuidaban de él.

Elizabeth se sirvió del pie para darse impulso otra vez. El balancín emitió un leve chirrido. A lo lejos la

montaña parecía estar ardiendo mientras el sol se hundía y se perdía de vista. Al otro lado del cielo la luna llena aguardaba la última llamada para salir a escena. Los grillos continuaban parloteando ruidosamente entre sí, los últimos niños corrían a sus hogares para pasar la noche. Los motores de los coches se paraban, sus portezuelas se cerraban de golpe, las puertas y las ventanas se atrancaban y las cortinas se corrían. Y luego se hizo el silencio y Elizabeth volvió a quedarse sola sintiéndose como una visita en su propio jardín trasero, el cual había cobrado nueva vida en la creciente oscuridad.

Su mente comenzó a rebobinar los

acontecimientos del día. Se detuvo y reprodujo la visita de Saoirse. La reprodujo una y otra vez aumentando el volumen a cada repetición. «Al final todos se marchan, ¿no es cierto, Lizzie?» La frase se repetía como un disco rayado. Le fastidiaba como un dedo que alguien le clavara repetidamente en el pecho. Cada vez con más fuerza, primero raspando la piel, luego rajándola, pinchando y pinchando hasta que por fin la desgarraba y le alcanzaba el corazón. El punto donde más dolía. La brisa sopló y la herida en carne viva le escoció.

Cerró los ojos apretando los párpados. Por segunda vez aquel día

Elizabeth lloró. «Al final todos se marchan, ¿no es cierto, Lizzie?»

La frase se repetía sin tregua aguardando una respuesta de Elizabeth. Su mente explotó. «¡Sí!», gritó. Sí, al final todos se marchan. Todos y cada uno de ellos, todas y cada una de las veces. Cada una de las personas que alguna vez conseguía alegrarle la vida y animarle el corazón desaparecía tan aprisa como un gato en la noche. Como si la felicidad sólo pudiera ser una suerte de capricho que te permitieras el fin de semana, igual que un helado. Su madre lo había hecho, justo como lo había hecho el sol de aquel atardecer, la había abandonado llevándose consigo la

luz y la calidez y reemplazándolas con frío y oscuridad.

Los tíos y tías que iban de visita a la granja y ayudaban se habían mudado o habían fallecido. Los maestros que simpatizaban con ella sólo podían atenderla durante un curso escolar; los amigos del colegio crecían y también trataban de encontrarse a sí mismos. Siempre eran las buenas personas las que se marchaban, la gente que no tenía miedo de sonreír ni de amar.

Elizabeth se abrazó las rodillas y lloró desconsoladamente como una chiquilla que se hubiese caído y hecho un corte en la rodilla. Deseó que su madre viniera y la levantara, que la

llevara en brazos y la sentara en la encimera de la cocina para ponerle una tiritita. Y luego, como siempre hacía, la arrastrase por la habitación bailando y cantando hasta que ella olvidara el dolor y las lágrimas se secaran.

Deseó que Mark, su único amor, la tomara entre sus brazos, unos brazos tan grandes que la hacían sentirse como una enana cuando la abrazaba. Deseó estar envuelta por su amor mientras la mecía despacio y con ternura, como acostumbraba hacer, calmándola con susurros tranquilizantes al oído y acariciándole el pelo con los dedos. Elizabeth le creía cuando le decía esas cosas. Él le hacía creer que todo iría

bien y, acostada entre sus brazos, sabía que sería así, sentía que sería así.

Y cuanto más deseaba más lloraba porque se daba cuenta de que estaba rodeada por un padre que casi nunca la miraba a los ojos por temor a recordar a su esposa, una hermana que se había olvidado de su propio hijo y un sobrino que a diario fijaba en ella sus ojos azules llenos de esperanza pidiendo ser amado y abrazado. Pero ella sabía que si no era capaz de compartir estos sentimientos era porque nunca le habían dado suficiente de ellos.

Y mientras Elizabeth estaba allí sentada y meciéndose, temblando en la brisa, se preguntó por qué permitía que



una frase que había salido de los labios de una muchacha que nunca había recibido suficientes besos de amor ni sentido cálidos abrazos y que nunca se había permitido pronunciar palabras de amor fuese precisamente la que de golpe y porrazo la había derribado tirándola al suelo. Tal como había hecho con el trozo de seda negra en su despacho.

Maldita fuese Saoirse. Malditos fuesen ella y su odio a la vida, maldita por no esforzarse cuando lo único que hacía Elizabeth era esforzarse con toda su alma. ¿Qué le daba valor para hablar con tanta grosería? ¿Cómo podía ser tan descarada con sus insultos? Y una voz interior recordó a Elizabeth que no era

la bebida la que hablaba, nunca había sido la bebida. Era el dolor.

Y su propio dolor la estaba desazonando esa noche.

—Socorro. —Lloró quedamente tapándose la cara con las manos—. Socorro, socorro, socorro... —susurró entre sollozos.

Un ligero chirrido en la puerta corredera de la cocina le hizo levantar la cabeza, que tenía apoyada en las rodillas. En la puerta había un hombre iluminado desde detrás como un ángel por la luz de la cocina.

—Oh. —Elizabeth tragó saliva, el corazón le palpitó al verse sorprendida. Se enjugó las lágrimas de cualquier

manera y se alisó el pelo revuelto. Se puso de pie—. Usted debe de ser el padre de Sam. —La emoción que bullía en su fuero interno hizo que le temblara la voz—. Soy Elizabeth.

Hubo un silencio. Probablemente aquel hombre se estuviera preguntando cómo se le había ocurrido dejar a su hijo de seis años al cuidado de aquella mujer, una mujer que permitía que su joven sobrino abriera la puerta principal por su cuenta a las diez de la noche.

—Perdone, no he oído el timbre. — Se ciñó la rebeca a la cintura y cruzó los brazos. No quería acercarse a la luz. No quería que él viera que había estado llorando—. Seguro que Luke ya le ha

dicho a Sam que está aquí, pero... — Pero ¿qué, Elizabeth?—, pero de todos modos iré a avisarle —farfulló. Caminó por el césped hacia la casa con la cabeza gacha, frotándose la frente con la mano para ocultar los ojos.

Cuando alcanzó la puerta de la cocina los entrecerró para protegerlos de la luz intensa del interior, pero mantuvo la cabeza gacha, ya que no deseaba mirar a los ojos a aquel hombre. Lo único que veía de él era un par de deportivas azules marca Converse al final de unos tejanos desteñidos.

# 14

—¡Sam, tu papá ha venido a buscarte!  
—gritó Elizabeth con voz débil hacia lo alto de la escalera. No obtuvo respuesta, sólo el sonido de unos pies menudos corriendo por el descansillo. Suspiró y miró su reflejo en el espejo. No reconoció a la mujer que vio. Tenía el rostro hinchado y el pelo revuelto por la brisa y húmedo de atusarlo con las manos mojadas de lágrimas.

Luke apareció en lo alto de la escalera con cara soñolienta y vestido con el pijama de Spiderman que se

negaba a dejar que le lavara y que escondía detrás de su oso de peluche favorito, *George*, para protegerlo. Se frotó los ojos cansinamente con los puños y la miró confundido.

—¿Eh?

—Luke, se dice perdón, no eh —le corrigió Elizabeth, y acto seguido se preguntó qué importancia tenía en las presentes circunstancias—. El padre de Sam todavía espera. ¿Puedes decirle a tu amigo que se dé prisa en bajar, por favor?

Luke, aturdido, se rascó la cabeza.

—Pero... —se interrumpió y se frotó el rostro con aire cansado.

—Pero ¿qué?

—El papá de Sam ha venido a buscarle mientras te encontrabas en el jar...

Se calló y desvió la mirada por encima del hombro de Elizabeth. Sonrió mostrando un hueco entre los dientes.

—Vaya, hola, papá de Sam. — Sofocó a duras penas una risita—. Sam bajará enseguida —agregó aguantándose la risa, y se fue corriendo por el descansillo.

Elizabeth no tuvo más remedio que volverse despacio y enfrentarse al padre de Sam. No podía seguir evitándole mientras él aguardaba a su hijo en su casa. Al primer vistazo reparó en la expresión de perplejidad con que el

hombre miraba a Luke desaparecer por el descansillo a la carrera y riendo tontamente. El padre de Sam se volvió de cara a ella, a todas luces preocupado. Estaba apoyado contra el marco de la puerta con las manos en los bolsillos traseros de unos tejanos desteñidos que hacían juego con una camiseta azul. Unos mechones de pelo negro azabache escapaban de debajo de su gorra también azul. A pesar de aquel atuendo juvenil Elizabeth supuso que tenía su misma edad.

—No le haga mucho caso a Luke —dijo Elizabeth un tanto apurada por la conducta de su sobrino—. Es sólo que está un poco excitado esta noche y... —



No supo cómo seguir—. Lamento que me sorprendiera en un mal momento en el jardín. —Se envolvió el torso con los brazos en un ademán protector—. Normalmente no estoy así. —Se secó los ojos con las manos temblorosas y las entrelazó para disimular el temblor. El exceso de emociones la había desorientado.

—No pasa nada —respondió la voz grave con ternura—. Todos tenemos días malos.

Elizabeth se mordió el interior de la boca e intentó en vano recordar su último día bueno.

—Edith se ha marchado durante unos días. Seguro que ha tratado con ella. Por

eso no nos habíamos conocido antes.

—Ah, Edith —sonrió—. Luke la menciona muy a menudo. Le tiene mucho cariño.

—Sí. —Esbozó una sonrisa y se preguntó si Luke la habría mencionado a ella alguna vez—. ¿Quiere sentarse? —preguntó indicando la sala de estar. Después de ofrecerle una bebida regresó de la cocina con un vaso de leche para él y un expreso para ella. Se detuvo un momento en la puerta del salón, sorprendida al pillarle dando vueltas en la silla giratoria de cuero. Verlo de aquella guisa la hizo sonreír.

Al verla en la puerta él sonrió a su vez, dejó de girar, cogió el vaso de

leche y se dirigió al sofá de cuero. Elizabeth tomó asiento en su sillón acostumbrado, tan enorme que casi se la tragó, y se odió a sí misma por esperar que las deportivas de él no ensuciaran la alfombra color crema.

—Tendrás que perdonarme, pero no sé cómo te llamas —dijo Elizabeth procurando alegrar su apagado tono de voz.

—Me llamo Ivan.

Elizabeth se atragantó y espurreó café por toda su blusa.

Ivan corrió a su lado para darle palmaditas en la espalda. Sus ojos preocupados miraron directamente a los de ella. Arrugó la frente con inquietud.

Elizabeth tosió sintiéndose estúpida, apartó la vista enseguida y carraspeó.

—No te preocupes, estoy bien —murmuró—. Sólo es que resulta curioso que te llames Ivan porque... —Se interrumpió. ¿Qué iba a decir? ¿Iba a contarle a un desconocido que su sobrino deliraba? A pesar de los consejos de Internet todavía no estaba convencida de que el comportamiento de Luke pudiera considerarse normal—. Bueno, es una larga historia. —Hizo un gesto con la mano como descartándola y tomó otro sorbo—. ¿A qué te dedicas, Ivan, si no es indiscreción preguntarlo?

El café caliente corría por su organismo llenándola de una

reconfortante y conocida sensación. Notó que volvía en sí y salía del coma de la tristeza.

—Supongo que podría decirse que estoy en el negocio de hacer amigos, Elizabeth.

Elizabeth asintió como si lo entendiera perfectamente.

—¿No lo estamos todos, Ivan?

Ivan consideró esa idea.

—¿Cómo se llama tu empresa? —preguntó ella.

Los ojos de Ivan se iluminaron.

—Es una compañía excelente. Lo cierto es que me encanta mi trabajo.

—¿«Compañía excelente»? —repitió Elizabeth frunciendo el ceño—.

No me suena. ¿Tiene su sede aquí, en Kerry?

Ivan pestañeó.

—Tiene sedes por doquier, Elizabeth.

Elizabeth enarcó las cejas.

—¿Es internacional?

Ivan asintió con la cabeza y bebió un poco de leche.

—¿Y a qué se dedica la compañía?

—A los niños —contestó Ivan—.

Excepto Olivia, que trabaja con los ancianos, pero yo trabajo con niños. Les ayudo, ¿sabes? Bueno, antes eran sólo niños, pero ahora parece que nos estamos diversificando..., creo...

No supo cómo proseguir, dio unos

golpecitos al vaso con la uña y se quedó mirando al vacío.

—Vaya, eso está muy bien —terció Elizabeth sonriendo. Aquello explicaba la ropa juvenil y el carácter juguetón—. Me figuro que si ves sitio en otro mercado tienes que ocuparlo, ¿no es así? Expandir la empresa, aumentar los beneficios. Yo siempre ando buscando la manera de hacerlo.

—¿Qué mercado?

—El de los ancianos.

—¿Tienen un mercado? Fantástico, me pregunto cuándo lo celebran. ¿Los domingos, supongo? Siempre se pueden encontrar buenas gangas en esos mercadillos. El padre de mi viejo amigo

Barry compraba coches de segunda mano y los restauraba. Su madre compraba cortinas y las transformaba en prendas de vestir; parecía un personaje de *Sonrisas y lágrimas*, y además es estupendo que viva aquí, porque cada domingo quería «escalar todas las montañas»<sup>[1]</sup>, y como Barry era mi mejor amigo no me quedaba más remedio que hacerlo, figúrate. ¿Cuándo crees que se puede ir? No a ver la película, me refiero al mercado.

Elizabeth apenas le oía; su mente había vuelto al modo pensamiento. No podía detenerse.

—¿Estás bien? —preguntó la voz amable.



Elizabeth dejó de mirar el fondo de su taza de café para verle la cara. ¿Por qué parecía que ella le importara tanto? ¿Quién era aquel desconocido que le hablaba con ternura y la hacía sentirse tan a gusto en su presencia? Cada chispa de sus ojos azules añadía un puntito de piel de gallina a los brazos de Elizabeth, su mirada era hipnótica y el tono de su voz era como una canción favorita que ella habría querido poner a todo volumen pulsando el botón «Repetir». ¿Quién era aquel hombre que había entrado en su casa y le había hecho una pregunta que ni siquiera su propia familia era capaz de hacerle? «¿Estás bien?» ¿Y qué? ¿Estaba bien? Hizo dar

vueltas al café en la taza y lo observó alzarse en espuma contra los bordes, igual que el mar contra los acantilados de Slea Head. Pensó en la pregunta y llegó a la conclusión de que si habían transcurrido años desde la última vez que oyera a alguien pronunciar aquellas palabras seguramente la respuesta era que no. No estaba bien.

Estaba cansada de abrazar almohadas, de confiar en las mantas para darse calor y de revivir momentos románticos sólo en sueños. Estaba cansada de esperar que cada día transcurriera deprisa para pasar al siguiente. De esperar que fuese un día mejor, un día más fácil. Pero nunca lo

era. Trabajaba, pagaba las facturas y se acostaba, pero nunca dormía. Cada mañana la carga que pesaba sobre sus hombros era mayor y cada mañana deseaba que anoheciera cuanto antes para poder regresar a la cama y abrazarse a sus almohadas y envolverse en el calor de sus mantas.

Miró al amable desconocido de ojos azules que la estaba observando y vio más preocupación en aquellos ojos que en los de cualquier otra persona que ella hubiese conocido hasta entonces. Deseaba decirle cómo se sentía, deseaba oírle decir que todo iría bien, que no estaba sola y que todos vivirían felices y comerían perdices y... se

interrumpió. Los sueños, los deseos y las esperanzas eran poco realistas. Debía impedir que la mente la llevara por aquellos derroteros. Tenía un buen trabajo y ella y Luke gozaban de buena salud. Eso era cuanto necesitaba. Levantó la vista hacia Ivan y pensó sobre cómo contestar a su pregunta. ¿Estaba bien?

Ivan bebió un sorbo de leche.

Elizabeth sonrió y se echó a reír, ya que encima del labio le había quedado un bigote blanco tan grande que le llegaba hasta las ventanas de la nariz.

—Sí, gracias, Ivan, estoy bien.

Él no parecía tenerlas todas consigo mientras se limpiaba la boca y, tras

estudiarla un ratito, reanudó la conversación.

—Así pues, eres diseñadora de interiores.

Elizabeth frunció el ceño.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Los ojos de Ivan chispearon maliciosos.

—Lo sé todo.

Elizabeth sonrió.

—Como todos los hombres. —Miró la hora—. No me explico por qué tarda tanto Sam. Seguro que tu esposa ya estará pensando que os he raptado a los dos.

—Oh, no estoy casado —contestó Ivan enseguida—. Chicas, ¡puf!

Hizo una mueca.

Elizabeth se rió.

—Lo siento, no sabía que tú y Fiona no seguíais juntos.

—¿Fiona? —Ivan parecía confundido.

—¿La madre de Sam? —preguntó Elizabeth sintiéndose estúpida.

—Ah, ¿ella? —Ivan hizo otra mueca —. Ni hablar. —Se inclinó hacia delante en el sofá de piel y éste crujió bajo sus tejanos. Un ruido que Elizabeth conocía —. ¿Sabes?, le encanta preparar ese espantoso plato de pollo. La salsa echa a perder la carne de pollo, en serio.

Elizabeth se encontró riendo de nuevo.

—Ésa es una razón poco frecuente para que no te guste alguien. —Aunque curiosamente Luke se había quejado de lo mismo después de cenar en casa de Sam durante el fin de semana.

—No, si te gusta el pollo es una razón de peso —respondió Ivan con sinceridad—. El pollo es con mucho mi plato favorito —agregó sonriendo.

Elizabeth asintió con la cabeza tratando de aguantarse la risa.

—Bueno, desde luego mi carne de ave favorita.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Elizabeth rompió a reír otra vez. Sin duda Luke había copiado algunas de sus frases.

—¿Qué pasa?

Ivan sonrió de oreja a oreja mostrando una dentadura blanca y reluciente.

—Eres tú —dijo Elizabeth tratando de serenarse y controlar la risa. No podía creer que estuviera comportándose de aquel modo con un perfecto desconocido.

—¿Qué pasa conmigo?

—Eres divertido.

Elizabeth sonrió.

—Eres preciosa —dijo Ivan con calma y ella volvió a mirarle sorprendida.

Se ruborizó. ¿Cómo se atrevía a decirle algo semejante? Hubo otro



silencio por parte de ella mientras se preguntaba si tenía que ofenderse o no. La gente no acostumbraba hacer tales comentarios a Elizabeth. No sabía cómo se suponía que debía reaccionar.

Miró de reojo a Ivan y la intrigó ver que no se mostraba en absoluto perplejo ni avergonzado. Como si para él fuese normal decir esas cosas. Para un hombre como él seguramente lo era, pensó con cinismo. Un seductor, eso era lo que era. Aunque por más que lo mirara con forzado desdén, en realidad no conseguía creérselo. Aquel hombre no sabía nada acerca de ella, la había conocido hacía escasos diez minutos, le había dicho que era preciosa y sin

embargo seguía sentado en su sala de estar como si fuese su mejor amigo, inspeccionando la habitación como si fuese el lugar más interesante que había visto en su vida. Era de natural muy afable, resultaba muy fácil hablar con él y escucharle, y a pesar de haberle dicho que era guapa sentada allí con su ropa vieja, los ojos enrojecidos y el pelo grasoso, lo cierto era que no la incomodaba lo más mínimo. Cuanto más se prolongaba el silencio más claro tuvo que simplemente le había hecho un cumplido.

—Gracias, Ivan —dijo Elizabeth educadamente.

—Gracias a ti.

—¿Por qué?

—Has dicho que yo era divertido.

—Ah, sí. Bueno..., de nada.

—No suelen hacerte cumplidos, ¿verdad?

Elizabeth tendría que haberse levantado en aquel preciso instante y ordenarle que saliera de su sala de estar por ser tan entrometido, sin embargo no lo hizo porque por más que pensara que técnicamente, según sus propias reglas, debería sentirse molesta, la verdad era que no lo estaba. Suspiró.

—No, Ivan, más bien no.

Él le sonrió.

—Bueno, pues que éste sea el primero de muchos.

La miró fijamente y a Elizabeth comenzaron a temblarle los párpados por haberle sostenido la mirada tanto rato.

—¿Sam duerme contigo esta noche?

Ivan puso los ojos en blanco.

—Espero que no. Para ser un crío de sólo seis años, no te imaginas cómo ronca.

Elizabeth sonrió.

—Seis años son bastantes a... —Se interrumpió y tomó un trago de café.

Ivan enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Nada —masculló Elizabeth.

Mientras Ivan seguía estudiando la habitación Elizabeth le echó otro vistazo

por el rabillo del ojo. Le costaba calcular qué edad tenía. Era alto y musculoso, viril pero con un encanto juvenil. Estaba confundida. Decidió salir de dudas.

—Ivan, hay algo que me tiene confundida.

Tomó aliento para hacer la pregunta.

—Pues no lo estés. Nunca estés confundida.

Curiosamente, Elizabeth frunció el ceño y sonrió a la vez. Hasta su propio rostro estaba confundido ante semejante declaración.

—De acuerdo —dijo despacio—. ¿Te importa que te pregunte qué edad tienes?

—No —contestó Ivan alegremente

—. No me importa lo más mínimo.

Silencio.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué edad tienes?

Ivan sonrió.

—Digamos que una persona me ha dicho que tengo la misma edad que tú.

Elizabeth se rió. Ya lo había supuesto. Obviamente Ivan no se había librado de los comentarios poco sutiles de Luke.

—Los niños te mantienen joven, Elizabeth. —Su voz se volvió seria, sus ojos profundos y meditabundos—. Mi trabajo consiste en cuidar de los niños,

ayudarlos a crecer y brindarles apoyo.

—¿Eres asistente social? —preguntó Elizabeth.

Ivan lo meditó.

—Puedes llamarme asistente social, amigo íntimo profesional, consejero...

—Extendió las manos y se encogió de hombros—. Los niños son quienes saben exactamente lo que está ocurriendo en el mundo, ¿sabes? Ven más cosas que los adultos, creen en más cosas, son sinceros y siempre te harán saber a qué debes atenerte, cuál es tu posición.

Elizabeth asintió con la cabeza. Saltaba a la vista que Ivan adoraba su trabajo, como padre y como asistente social.

—Resulta muy interesante, ¿sabes?  
—Él volvió a inclinarse hacia delante  
—. Los niños aprenden muchísimo más deprisa que los adultos. ¿Adivinas por qué?

Elizabeth supuso que existía alguna explicación científica, pero negó con la cabeza.

—Porque no tienen prejuicios. Porque desean saber y desean aprender. Los adultos... —negó tristemente con la cabeza— piensan que lo saben todo. Crecen y olvidan fácilmente y en vez de abrir la mente y desarrollarla, eligen qué deben creer y qué no. No es posible elegir esa clase de cosas: o crees o no crees. Por eso su aprendizaje es más



lento. Son más cínicos, pierden la fe y sólo desean saber las cosas que los ayudarán a seguir adelante día tras día. No les interesan los extras. Pero, Elizabeth... —agregó en un audible susurro, con los ojos muy abiertos y chispeantes, y Elizabeth se estremeció al tiempo que se le ponía la piel de gallina. Tenía la impresión de que estaba contándole el secreto más grande del mundo. Acercó la cabeza a la de Ivan—. Son esos extras los que hacen la vida.

—¿Que hacen la vida qué? —susurró Elizabeth.

Ivan sonrió.

—Que hacen la vida.

Elizabeth tragó saliva para deshacer

el nudo que tenía en la garganta.

—¿Eso es todo?

Ivan volvió a sonreír.

—¿Qué quieres decir con que si eso es todo? ¿Qué puedes conseguir mejor que la vida, qué más le puedes pedir a la vida? La vida es el regalo. La vida lo es todo. Y no la habrás vivido como es debido hasta que creas.

—¿Hasta que crea en qué?

Ivan puso los ojos en blanco y sonrió.

—Bueno, Elizabeth, ya lo irás viendo.

Elizabeth quería más extras de esos de los que le estaba hablando. Quería la chispa y el entusiasmo de la vida, quería

soltar globos en un campo de cebada y llenar una habitación con pastelillos de color rosa. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas y el corazón le palpitó en el pecho ante la idea de romper a llorar delante de él. Pero no tendría que haberse apurado, ya que él se puso de pie lentamente.

—Elizabeth —dijo Ivan con delicadeza—, ahora tengo que dejarte. Ha sido un placer pasar este rato contigo.

Le tendió la mano.

Cuando Elizabeth tendió la suya para tocar su suave piel, él la asió con ternura y la apretó hipnóticamente. Elizabeth no pudo articular palabra

debido al nudo que se le había hecho en la garganta.

—Buena suerte con tu reunión de mañana —añadió Ivan sonriendo alentadoramente. Y dicho eso salió de la sala de estar. Luke cerró la puerta principal a sus espaldas después de gritar «¡Adiós, Sam!» a pleno pulmón y luego, muerto de risa, subió la escalera haciendo retumbar los escalones.

Entrada la noche Elizabeth estaba tumbada en la cama con la cabeza caliente, la nariz tapada y los ojos escocidos de tanto llorar. Abrazó la almohada y se acurrucó debajo del edredón. Las cortinas descorridas dejaban que la luna pintara una senda de

luz azul plateada a través de su dormitorio. Miró por la ventana la misma luna que había contemplado de niña, las mismas estrellas a las que había pedido deseos y de súbito cayó en la cuenta.

A Ivan no le había dicho ni una palabra acerca de su reunión del día siguiente.

Elizabeth sacó su equipaje del maletero del taxi y lo arrastró hasta el vestíbulo de salidas y llegadas del aeropuerto de Farranfore. Suspiró aliviada. Ahora sí que sentía que se iba a casa. Después de pasar sólo un mes en Nueva York encontraba que allí encajaba mucho más de lo que jamás había encajado en Baile na gCroíthe. Estaba comenzando a hacer amigos y, más importante aún, estaba comenzando a desear hacer nuevos amigos.

—Al menos el avión saldrá a la hora

prevista —dijo Mark situándose en la breve cola de facturación.

Elizabeth le sonrió y apoyó la frente contra su pecho.

—Necesitaré otras vacaciones para recuperarme de éstas —bromeó cansada.

Mark se rió entre dientes, la besó en lo alto de la cabeza y le acarició los oscuros cabellos.

—¿Llamas vacaciones a venir a casa a visitar a nuestras familias? Vayámonos a Hawai cuando regresemos.

Elizabeth levantó la cabeza y enarcó una ceja.

—Por supuesto, Mark, puedes anunciárselo tú mismo a mi jefe. Sabes

de sobra que tengo que reincorporarme a ese proyecto de inmediato.

Mark estudió su expresión decidida.

—Deberías realizarlo por tu cuenta.

Elizabeth puso los ojos en blanco y volvió a apoyar la frente contra el pecho de Mark.

—No me vengas otra vez con ésas —dijo con la voz amortiguada por el grueso abrigo de lana de Mark.

—Sólo te pido que me escuches. —Mark le levantó el mentón con el dedo índice—. Trabajas de sol a sol, rara vez te tomas tiempo libre y siempre vas estresada. ¿Para qué?

Elizabeth abrió la boca para contestar.



—¿Para qué? —repitió Mark sin darle tiempo a hablar.

Elizabeth volvió a abrir la boca para contestar, pero él se le adelantó.

—Bueno, visto que eres tan reacia a contestar —sonrió— te diré para qué. Para otras personas. Así ellos se llevan todo el mérito. Tú haces todo el trabajo, ellos se llevan todo el mérito.

—Perdona —replicó Elizabeth medio en broma—, pero como sabes de sobra es un trabajo extremadamente bien pagado y, al paso que voy, el año que viene por estas fechas, si decidimos quedarnos en Nueva York, podré permitirme comprar esa casa que vimos...

—Queridísima Elizabeth —

interrumpió Mark—, al paso que vas, el año que viene por estas fechas ya habrán vendido esa casa y en su lugar habrá un rascacielos o un bar tremendamente moderno que no servirá alcohol o un restaurante que no servirá comida «sólo para ser diferente» —dijo indicando las comillas con los dedos, cosa que hizo reír a Elizabeth—. Y sin duda lo pintarás todo de blanco, pondrás luces fluorescentes en el suelo y te negarás a comprar muebles por si acaso abarrotan el espacio —añadió tomándole el pelo—. Y otras personas se llevarán todo el mérito. —La miró con fingida indignación—. Figúrate. Esa tela en

blanco es tuya, de nadie más, y no deberían arrebatártela. Quiero poder llevar a mis amigos allí y decir, «mirad, esto lo ha hecho Elizabeth. Tardó tres meses en hacerlo, no hay más que paredes blancas y ningún asiento, pero estoy orgulloso de ella. ¿Verdad que lo ha hecho bien?».

Elizabeth se reía tanto que tuvo que sujetarse el estómago.

—Nunca permitiré que derriben esa casa. Sea como fuere, gano un montón de dinero en este trabajo —explicó.

—Es la segunda vez que mencionas el dinero. Pero, si a los dos nos va bien, ¿para qué necesitas todo ese dinero? —preguntó Mark.

—Para cuando lleguen las vacas flacas —dijo Elizabeth. Su risa se fue extinguiendo y su sonrisa desvaneciendo mientras sus pensamientos derivaban hacia Saoirse y su padre. Vacas muy flacas, desde luego.

—Menos mal que ya no vivimos aquí, entonces —dijo Mark sin reparar en su expresión al estar mirando por la ventana—, o estarías arruinada.

Elizabeth miró a su vez por la ventana el día lluvioso y fue incapaz de reprimir la sensación de que aquella semana había sido una absoluta pérdida de tiempo. Tampoco era que hubiese esperado exactamente un comité de bienvenida y banderitas colgadas en los

escaparates de las tiendas, pero ni Saoirse ni su padre habían demostrado el más mínimo interés en que estuviera en casa o dejara de estarlo, como tampoco en lo que había hecho durante su ausencia. Aunque no había regresado para referirles cómo era su nueva vida en Nueva York; había regresado para averiguar cómo se las arreglaban ellos.

Su padre seguía sin dirigirle la palabra por haberse marchado de casa abandonándolo. En su momento, trabajar unos cuantos meses seguidos en distintos condados había parecido el peor de los pecados, pero que ahora hubiese abandonado el país ya rayaba en pecado mortal. Antes de marcharse Elizabeth lo

había dispuesto todo para asegurarse de que ambos estarían atendidos. Para su gran decepción, Saoirse había dejado de estudiar el año anterior y Elizabeth había tenido que buscarle su octavo empleo en dos meses, colocándola como responsable de reponer los productos en los estantes del supermercado del pueblo. También había acordado con un vecino que la acompañaría en coche dos veces al mes a ver a su consejero. Para Elizabeth esa parte era mucho más importante que el trabajo, aunque le constaba que Saoirse sólo había aceptado acudir a esas visitas porque le brindaban la oportunidad de escapar de su jaula dos veces al mes. Llegado el

improbable caso de que Saoirse alguna vez decidiera hablar sobre cómo se sentía, al menos allí habría alguien dispuesto a escucharla.

Al llegar, Elizabeth no vio ni rastro de la asistenta que había contratado para su padre. Encontró la granja desordenada, polvorienta, maloliente y húmeda, y después de pasar dos días fregando se dio por vencida al darse cuenta de que ningún producto de limpieza devolvería el brillo a la casa. Cuando su madre se fue, se llevó el brillo con ella.

Saoirse se había mudado de la granja a una casa con un grupo de desconocidos con quienes había trabado

amistad estando de acampada en un festival de música. Al parecer, lo único que hacían era sentarse en corro junto a la torre cercana al pueblo, tumbarse en la hierba con sus melenas y barbas, rasguear la guitarra y cantar canciones sobre el suicidio.

Elizabeth sólo había conseguido pescar a su hermana dos veces durante su estancia. El primer encuentro fue muy breve. El día de la llegada de Elizabeth ésta recibió una llamada de la única tienda de ropa femenina de Baile na gCroíthe. Tenían retenida a Saoirse tras haberla sorprendido robando camisetas. Elizabeth se personó en el establecimiento, se deshizo en



disculpas, pagó las camisetas y en cuanto salieron a la calle Saoirse enfiló de nuevo hacia las colinas. La segunda vez que se encontraron duró sólo lo justo para que Elizabeth prestara un poco de dinero a Saoirse y quedara para almorzar con ella al día siguiente, almuerzo que Elizabeth terminó tomando sola. Al menos la alegró constatar que Saoirse por fin había engordado un poco. Tenía la cara más llena y su ropa no parecía que colgara de sus huesos como antaño. Tal vez vivir sola le estuviera haciendo bien.

Noviembre en Baile na gCroíthe era un mes solitario. Los jóvenes del lugar estaban fuera estudiando en el instituto y

la universidad, los turistas estaban en su casa o visitando otros países, las tiendas estaban vacías y silenciosas, unas cerradas y las demás haciendo lo posible para ir tirando. El pueblo se veía gris, frío y lóbrego, pues aún no habían crecido las flores que alegrarían las calles. Era como un pueblo fantasma. Pero Elizabeth estaba contenta de haber regresado. A su reducida familia quizá le importase un comino que estuviera en casa o no, pero así supo con absoluta certeza que no podía pasarse la vida preocupada por ellos.

Mark y Elizabeth avanzaron con la cola. Sólo tenían una persona delante y entonces ya serían libres. Libres de

coger su vuelo a Dublín para desde allí proseguir hasta Nueva York.

El teléfono de Elizabeth sonó y el estómago se le encogió instintivamente.

Mark se volvió de inmediato.

—No contestes.

Elizabeth sacó el teléfono del bolso y miró el número.

—No contestes, Elizabeth —insistió él con voz firme y seria.

—Es un número irlandés.

Elizabeth se mordió el labio.

—No lo hagas —dijo Mark con ternura.

—Pero puede que haya ocurrido al...

El teléfono dejó de sonar. Mark

sonrió aliviado.

—Bien hecho.

Elizabeth sonrió débilmente y Mark se volvió de cara al mostrador de facturación. Dio un paso al frente para acercarse al mostrador y al hacerlo volvió a sonar el teléfono.

Era el mismo número.

Mark estaba hablando con la mujer de detrás del mostrador, tan simpático y encantador como de costumbre. Elizabeth estrujó el teléfono con la mano mirando el número de la pantalla hasta que desapareció y el aparato dejó de sonar; después emitió un par de pitidos anunciando un mensaje de voz.

—Elizabeth, esta señorita necesita tu

pasaporte —dijo Mark dándose la vuelta. Se le demudó el semblante.

—Sólo estoy escuchando los mensajes —dijo Elizabeth enseguida, y se puso a revolver el bolso en busca de su pasaporte, con el teléfono pegado a la oreja.

—Hola, Elizabeth, soy Mary Flaherty. Llamo desde la sala de maternidad del Hospital de Killerney. Tu hermana Saoirse ha ingresado con dolores de parto. Es un mes antes de lo previsto, como sabrás, así que Saoirse ha querido que te llamáramos para hacértelo saber por si querías estar aquí con ella...

Elizabeth no oyó el resto. Se quedó

allí clavada. ¿Dolores de parto? ¿Saoirse? Si ni siquiera estaba embarazada. Volvió a poner el mensaje pensando que quizá fuese un número equivocado, haciendo caso omiso de las súplicas de Mark para que le diera el pasaporte.

—Elizabeth —dijo Mark en voz alta interrumpiendo sus pensamientos—, el pasaporte. Estás haciendo esperar a todo el mundo.

Elizabeth se volvió y la saludó una fila de rostros enojados.

—Lo siento —susurró pasmada, temblando de la cabeza a los pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mark, de cuyo semblante se desvanecía el

enojo para dar paso a la preocupación.

—Disculpe —llamó la empleada de facturación—. ¿Va a coger este vuelo? —preguntó con tanta educación como pudo.

—Pues... —Elizabeth, presa de la confusión, se frotó los ojos y miró alternativamente la tarjeta de embarque de encima del mostrador y el rostro de Mark—. No, no, no puedo. —Dio un paso atrás y salió de la cola—. Lo siento. —Se volvió hacia los pocos pasajeros que formaban la cola y éstos la miraron con menos severidad—. Lo siento mucho. —Miró a Mark, que seguía en la cola mostrándose muy... muy decepcionado. No decepcionado

porque no fuera a viajar con él, sino decepcionado con ella.

—Señor —dijo la señorita entregándole la tarjeta de embarque.

Mark la cogió con ademán distraído y salió muy despacio de la cola.

—¿Qué ha sucedido?

—Es Saoirse —dijo Elizabeth con un hilo de voz. Se le hizo un nudo en la garganta—. La han llevado al hospital.

—¿Ha vuelto a beber más de la cuenta? —La preocupación se había esfumado ipso facto de la voz de Mark.

Elizabeth reflexionó sobre aquella respuesta un buen rato y la vergüenza y el bochorno de no estar enterada del embarazo de Saoirse se adueñaron de



ella y le gritaron que mintiera.

—Sí, eso parece. No estoy segura.

Negó con la cabeza tratando de alejar sus pensamientos.

Mark relajó los hombros.

—Oye, lo más probable es que simplemente tengan que hacerle un lavado de estómago otra vez. No es nada nuevo, Elizabeth. Saquemos tu tarjeta de embarque y lo hablamos en la cafetería.

Elizabeth volvió a negar con la cabeza.

—No, no, Mark, tengo que ir —dijo con voz temblorosa.

—Elizabeth, seguramente no será nada —sonrió—. ¿Cuántas llamadas como ésta recibes al cabo del año y

siempre acaba siendo lo mismo?

—Puede que esté ocurriéndole algo, Mark.

Algo que una hermana en su sano juicio habría sabido, algo que tendría que haber descubierto.

Mark apartó las manos de la cara de Elizabeth.

—No dejes que te haga esto.

—¿Hacer qué?

—No dejes que te obligue a elegir su vida por encima de la tuya.

—No seas ridículo, Mark, es mi hermana, forma parte de mi vida. Tengo que cuidar de ella.

—Pese a que ella nunca cuida de ti. Pese a que no podría importarle menos

que estés aquí para apoyarla o no.

Fue como un puñetazo en la boca del estómago.

—No, te tengo a ti para que cuides de mí.

Trataba de ponerlo de buen humor, trataba de hacer que todos fueran felices como de costumbre.

—Pero no puedo hacerlo si no me dejas —protestó Mark. La pena y el enojo le ensombrecieron la mirada.

—Mark —Elizabeth intentó reír sin conseguirlo—, te prometo que cogeré el primer vuelo que pueda. Sólo necesito averiguar qué ha sucedido. Piénsalo. Si se tratara de tu hermana ya te habrías marchado de este aeropuerto hace rato,

estarías a su lado mientras hablamos y no te habrías detenido ni un instante a pensar en tener esta estúpida conversación.

—Entonces ¿qué demonios haces aún aquí? —repuso Mark con frialdad.

El enojo y el llanto anidaron en Elizabeth de repente. Agarró su maleta y se alejó de él. Salió del aeropuerto y fue a toda prisa hasta el hospital.

Regresó a Nueva York, en efecto, tal como le había prometido. Tomó el avión para allí dos días después que él, recogió sus efectos personales del apartamento que compartían, presentó su dimisión en el trabajo y volvió a Baile na gCroíthe con una pena tan amarga en

el corazón que casi le impedía respirar.

# 16

Elizabeth tenía trece años y se estaba empezando a adaptar a sus primeras semanas de enseñanza secundaria. Eso significaba que tenía que viajar más allá del pueblo para ir al instituto, de modo que se levantaba y salía más temprano que todos los demás por la mañana y, como las clases terminaban tarde, regresaba a casa cuando ya había oscurecido. Pasaba muy poco tiempo con la pequeña Saoirse, que contaba a la sazón once meses. A diferencia del autocar de la escuela primaria, el

autocar del instituto paraba al final de la larga carretera que conducía a la granja, dejándola sola ante la caminata hasta la puerta de casa, donde nunca la aguardaba nadie para recibirla. Era invierno y las mañanas y atardeceres oscuros extendían su manto de terciopelo negro sobre el campo. Elizabeth, por tercera vez aquella semana, había recorrido el camino a pie bajo la lluvia y el viento, con la falda del uniforme arremolinándose en torno a sus piernas mientras la cartera, cargada de libros, le encorvaba la espalda.

Ahora estaba sentada en pijama junto al fuego intentando entrar en calor, con un ojo puesto en los deberes y el

otro en Saoirse, que gateaba por el suelo metiéndose cuanto quedara al alcance de sus regordetas manos en la boca babeante. Su padre, en la cocina, calentaba su estofado casero de verduras una vez más. Era lo que comían a diario. Gachas para desayunar, estofado para la cena. De vez en cuando tomaban un grueso bistec de ternera o algún pescado fresco que su padre hubiese capturado ese día. A Elizabeth le encantaban esos días.

Saoirse gorjeaba y babeaba agitando las manos en derredor y observando a Elizabeth, contenta de ver a su hermana mayor en casa. Elizabeth le sonreía y hacía ruidos alentadores antes de volver



a concentrarse en los deberes. Usando el sofá como punto de apoyo, Saoirse se puso de pie tal como llevaba haciendo durante las últimas semanas. Poco a poco avanzó hacia un lado, yendo adelante y atrás, adelante y atrás antes de dar media vuelta hacia Elizabeth.

—Venga, Saoirse, puedes hacerlo.

Elizabeth soltó el lápiz y fijó la atención en su hermanita. Desde hacía unos días Saoirse cada tarde intentaba cruzar la habitación caminando hasta su hermana, pero acababa desplomándose sobre su trasero almohadillado. Elizabeth estaba decidida a estar presente cuando por fin diera aquel salto adelante. Quería inventar una canción y

un baile sobre aquel momento, tal como su madre habría hecho si no se hubiese marchado.

Saoirse soltaba el aire por la boca formando burbujas en sus labios y chapurreaba en su misterioso lenguaje.

—Sí —asentía Elizabeth—, ven con Elizabeth. Le tendió los brazos.

Muy despacio, Saoirse se soltó y con una mirada resuelta en su rostro comenzó a dar unos pasos. Avanzaba inexorablemente mientras Elizabeth contenía el aliento esforzándose por no gritar de entusiasmo por miedo a hacerle perder el equilibrio. Saoirse sostuvo la mirada de Elizabeth todo el trayecto. Elizabeth nunca olvidaría aquella

mirada en los ojos de su hermana bebé, cargada de determinación. Finalmente alcanzó a Elizabeth y ésta la tomó en brazos y se puso a bailar de aquí para allá cubriéndola de besos mientras Saoirse reía y hacía más burbujas.

—¡Papá, papá! —llamó Elizabeth.

—¿Qué? —gritó su padre, malhumorado.

—¡Ven aquí, corre! —instó Elizabeth ayudando a Saoirse a aplaudirse a sí misma.

Brendan se asomó a la puerta torciendo el gesto con preocupación.

—¡Saoirse ha caminado, papá! ¡Mira, hazlo otra vez, Saoirse; camina para que te vea papá!

Puso a su hermana en el suelo y la alentó a repetir la proeza.

Brendan resopló.

—Jesús, pensaba que era algo importante. Creía que te pasaba algo malo. Deja de fastidiarme con chorradas.

Le dio la espalda y regresó a la cocina.

Cuando Saoirse levantó la vista durante su segundo intento por mostrar a su familia lo lista que era y vio que su papá se había marchado, puso cara de disgusto y enseguida dio con el trasero en el suelo otra vez.

Elizabeth había estado en el trabajo el día que Luke aprendió a caminar.

Edith la había llamado en medio de una reunión y ella no pudo ponerse al teléfono, de modo que sólo se enteró cuando llegó a casa. Al recordarlo, cayó en la cuenta de que había reaccionado de forma muy similar a su padre y, una vez más, se odió por ello. Como adulta podía comprender la reacción de su padre. No era que no estuviera orgulloso o que no le importase, era sólo que le importaba demasiado. Primero caminan, luego se largan.

La idea alentadora era que si Elizabeth había conseguido ayudar a su hermana a caminar una vez, seguramente podría ayudarla a hacer pie una segunda vez.

Elizabeth se despertó sobresaltada, muerta de frío y miedo después de una pesadilla. La luna había finalizado su turno en aquella parte del mundo y se había desplazado dejándole sitio al sol. El sol contemplaba a Elizabeth con aire paternal sin quitarle el ojo de encima mientras ésta dormía. El haz de luz azul plateada que atravesaba la cama había sido reemplazado por un reguero amarillo. Eran las cuatro y treinta y cinco y Elizabeth se sintió bien despierta de inmediato. Se apoyó en los codos. Tenía medio edredón caído al suelo y el otro medio hecho un lío entre

las piernas. Había dormido de manera irregular con sueños que empezaban antes de concluir los anteriores, solapándose unos con otros, creando una estrambótica sucesión de rostros, lugares y palabras aleatorios. Estaba agotada.

Echó un vistazo al dormitorio y la irritación se apoderó de su ser. Aunque había hecho la limpieza en la casa de arriba abajo hasta dejarla reluciente dos días atrás, sintió la urgente necesidad de volver a hacerlo. Había cosas fuera de sitio que le llamaban la atención por el rabillo del ojo. Se frotó la nariz, que estaba comenzando a picarle ante tanta contrariedad y apartó de un tirón la ropa

de encima de la cama.

Se puso a ordenar todo de inmediato. Tenía un total de doce almohadones que disponer en la cama, seis filas de dos consistentes en almohadas convencionales seguidas por otras oblongas y redondas en la parte de delante. Todas eran de texturas diferentes, abarcando desde la piel de conejo a la gamuza, en distintas tonalidades de crema, beis y café. Una vez satisfecha con la cama comprobó que sus prendas de vestir estuvieran colgadas en el orden correcto, con los tonos más oscuros a la izquierda y los claros a la derecha, aunque su guardarropa tenía muy poco colorido.



Ponerse el más ligero toque de color le daba la impresión de ir por la calle envuelta en destellos de neón. Aspiró el suelo, quitó el polvo y sacó brillo a los espejos, enderezó las tres toallas de mano del cuarto de baño, tarea que la entretuvo varios minutos hasta alinear a la perfección las rayas que las cruzaban. Los grifos refulgían y no dejó de fregar febrilmente las baldosas hasta que logró ver su reflejo en ellas. A las seis y media había terminado la sala de estar y la cocina y, algo menos inquieta, salió al jardín, donde se sentó con una taza de café a repasar sus diseños para preparar la reunión de aquella mañana. En total había dormido solamente tres horas

aquella noche.

Benjamin West puso los ojos en blanco e hizo rechinar los dientes un poco contrariado mientras su jefe iba de un lado al otro del Portakabin<sup>[2]</sup>, despotricando con su marcadísimo acento de Nueva York.

—Mira, Benji, estoy...

—Benjamin —interrumpió Benjamin.

—... más que harto —prosiguió sin hacerle el menor caso— de oír la misma mierda en boca de todos. Todos esos diseñadores son iguales. Quieren esto contemporáneo y aquello minimalista.

¡Me tienen hasta las pelotas con el *art déco*, Benji!

—Me llam...

—Vamos a ver. ¿Con cuántas empresas de ésas nos hemos reunido hasta ahora?

Dejó de caminar y miró a Benjamin. Benjamin hojeó su agenda.

—Em... Con ocho, sin contar a la mujer que tuvo que marcharse de improviso el viernes, Elizabeth...

—No importa —interrumpió el jefe —, es igual que el resto.

La descartó con un gesto desdeñoso de la mano y dio media vuelta para mirar por la ventana hacia el edificio en construcción. Su delgada trenza gris

osciló con su cabeza.

—Bueno, tenemos otra reunión con ella dentro de media hora —dijo Benjamin echando un vistazo a su reloj de pulsera.

—Cancélala. Me importa un bledo lo que tenga que contarnos. Es tan mojigata como los demás. ¿Cuántos hoteles hemos construido juntos, Benji?

Benjamin suspiró.

—Me llamo Benjamin y hemos trabajado juntos un montón de veces, Vincent.

—Un montón —asintió Vincent para sí—. Justamente lo que pensaba. ¿Y en cuántos hemos tenido unas vistas tan buenas como en éste?

Tendió la mano para mostrar el panorama que ofrecía la ventana. Benjamin se dio la vuelta en la silla, indiferente, y a duras penas logró ver más allá del ruido y el caos de la obra. Iban con retraso. Sin duda era una vista bonita, pero habría preferido mirar por aquella ventana y contemplar un hotel terminado, no una sucesión de verdes colinas y lagos. Ya llevaba dos meses en Irlanda y según lo previsto el hotel debía estar terminado en agosto, al cabo de tres meses. Nacido en Haxton, Colorado, pero residente en Nueva York, creía haber escapado hacía mucho a la sensación de claustrofobia que sólo se daba en las poblaciones pequeñas. Al

parecer no era así.

—¿Y bien?

Vincent había encendido un puro y lo chupaba con deleite.

—Es una vista fantástica —dijo Benjamin en un tono aburrido.

—Es una vista de puta madre, joder, y no pienso permitir que un interiorista cursilón y pretencioso venga aquí y haga que esto parezca un hotel urbano cualquiera como los que hemos hecho a millones.

—¿Qué tienes en mente, Vincent?

Lo único que Benjamin había estado oyendo a lo largo de los dos últimos meses era lo que Vincent no quería que hicieran con «su» hotel.

Vincent, enfundado en un traje gris brillante, fue con paso decidido hasta su maletín, sacó una carpeta y la lanzó a la mesa delante de Benjamin.

—Mira estos recortes de periódicos. Este lugar es una puñetera mina de oro, quiero lo mismo que quieren ellos. La gente no quiere un hotel del montón; ha de ser romántico, divertido, artístico, nada que ver con la asepsia hospitalaria de lo que llaman moderno. Si la próxima persona que entre en esta habitación tiene las mismas ideas de mierda, yo mismo me encargaré de diseñar este maldito lugar.

Volvió el rostro sonrojado de cara a la ventana y dio una calada a su puro.

Benjamin puso los ojos en blanco ante el histrionismo de Vincent.

—Quiero a un artista de verdad —prosiguió Vincent—, a un loco de atar. Alguien creativo con un poco de estilo. Estoy harto de esos trajes de ejecutivo que hablan de colores de pintura como si fuesen diagramas de tartas y que no han utilizado una brocha en su puñetera vida. Quiero al Van Gogh del interiorismo...

Unos golpes a la puerta le interrumpieron.

—¿Quién es ahora? —dijo Vincent con aspereza, aún con el rostro colorado debido a su perorata.

—Supongo que Elizabeth Egan, que



viene para la reunión.

—Creía haberte dicho que la cancelaras.

Benjamin hizo caso omiso de él y se dirigió a la puerta para abrir a Elizabeth.

—Hola —dijo Elizabeth entrando en la habitación seguida por el pelo ciruela de Poppy, toda salpicada de pintura y cargada de carpetas rebosantes de muestras de alfombras y tejidos.

—Hola, soy Benjamin West, director del proyecto. Nos conocimos el viernes. Estrechó la mano de Elizabeth.

—Sí, lamento haber tenido que irme tan pronto —contestó Elizabeth resueltamente sin mirarle a los ojos—.

No es algo que me ocurra con frecuencia, se lo aseguro. —Se volvió de cara a la apurada señorita que tenía detrás—. Ella es Poppy, mi ayudante. Confío en que no les importe que se sienten con nosotros —agregó en tono cortante.

Poppy forcejeó con las carpetas para darle la mano a Benjamin y como resultado unas cuantas carpetas se le cayeron al suelo.

—Mierda —dijo Poppy en voz alta, y Elizabeth se volvió a mirarla echando chispas.

Benjamin se rió.

—No pasa nada. Permítame ayudarla.

—Señor Taylor —dijo Elizabeth levantando la voz y cruzando la habitación con la mano extendida—, me alegra volver a verle. Lamento lo de la última reunión.

Vincent se apartó de delante de la ventana, miró de arriba abajo el traje chaqueta negro de Elizabeth y dio una calada a su puro. No le estrechó la mano, sino que se volvió de nuevo de cara a la ventana.

Benjamin ayudó a Poppy a dejar sus carpetas encima de la mesa e intervino para disipar el mal ambiente de la habitación.

—¿Por qué no nos sentamos todos?  
Elizabeth, sonrojada, bajó despacio

la mano y se volvió hacia la mesa. Su voz subió una octava.

—¡Ivan!

Poppy arrugó el semblante y miró a ver si había alguien más.

—No pasa nada —le dijo Benjamin—, la gente se confunde con mi nombre constantemente. Me llamo Benjamin, señora Egan.

—Oh, no me dirigía a usted —rió Elizabeth—. Hablo con el hombre que está sentado a su lado. —Se aproximó a la mesa—. ¿Qué estás haciendo aquí? No sabía que estuvieras metido en el proyecto del hotel. Creía que trabajabas con niños.

Vincent enarcó las cejas y la

observó asentir y sonreír con cortesía en el silencio reinante. El empresario se echó a reír; una sonora carcajada que acabó en un ataque de tos perruna.

—¿Se encuentra bien, señor Taylor?  
—preguntó Elizabeth con preocupación.

—Sí, señora Egan, muy bien. La mar de bien, diría yo. Es un placer conocerla.

Le tendió la mano.

Mientras Poppy y Elizabeth ordenaban sus carpetas, Vincent se dirigió a Benjamin entre dientes.

—A ésta quizá no le falte mucho para cortarse la oreja, después de todo.

La puerta se abrió y entró la recepcionista con una bandeja de tazas

de café.

—En fin, me ha encantado volver a verte. Adiós, Ivan —se despidió Elizabeth antes de que la mujer saliera cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Ya se ha marchado? —preguntó Poppy con acritud.

—No se preocupe —dijo Benjamin a Poppy riendo por lo bajo mientras observaba admirado a Elizabeth—, ella encaja en el perfil a la perfección. Han estado escuchando al otro lado de la puerta, ¿verdad?

Poppy le miró confundida.

—No se preocupe más, no van a meterse en líos ni nada por el estilo —dijo Benjamin con aire un poco festivo

—. Pero nos han escuchado hablar, ¿no?

Poppy reflexionó un ratito y luego asintió lentamente con la cabeza mostrándose todavía bastante perpleja.

Benjamin chasqueó la lengua y apartó la vista.

—Lo sabía. Chica lista —pensó en voz alta mirando a Elizabeth enfrascada en la conversación con Vincent.

Ambos prestaron atención a la charla.

—Me gusta usted, Elizabeth, en serio —estaba diciendo Vincent con franqueza—. Me gusta su excentricidad.

Elizabeth frunció el ceño.

—Ya sabe, su extravagancia. Así es como uno sabe que alguien es un genio y

me agrada tener genios en mi equipo.

Elizabeth asintió despacio, absolutamente desconcertada con lo que estaba sucediendo.

—Pero —prosiguió Vincent— no me acaban de convencer sus ideas. En realidad, no estoy nada convencido. No me gustan.

Se hizo el silencio.

Elizabeth se revolvió incómoda en el asiento.

—Muy bien —dijo tratando de demostrar profesionalidad—, ¿qué tiene usted pensado exactamente?

—Amor.

—Amor —repitió Elizabeth desanimada.



—Sí. Amor.

Vincent se recostó en el respaldo del asiento con los dedos entrelazados encima del estómago.

—Tiene pensado amor —dijo Elizabeth impávidamente mirando a Benjamin para asegurarse.

Benjamin puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Eh, a mí me importa una mierda el amor —aclaró Vincent—. He estado unos veinticinco años casado —añadió a modo de explicación—. Es el público irlandés quien lo quiere. ¿Dónde he podido meter eso?

Buscó con la mirada y acercó a Elizabeth la carpeta de recortes de

prensa deslizándola por la mesa.

Después de pasar unas páginas Elizabeth habló. Por su tono de voz Benjamin comprendió que estaba decepcionada.

—Ah, ya lo veo. Usted quiere un hotel temático.

—Dicho así suena vulgar —repuso Vincent quitándole importancia con un ademán.

—Es que considero que los hoteles temáticos son vulgares —replicó Elizabeth con firmeza. No podía renunciar a sus principios, ni siquiera por un encargo tan fantástico como aquél.

Benjamin y Poppy miraron a Vincent

para ver qué contestaba. Era como seguir un partido de tenis.

—Elizabeth —dijo Vincent con un esbozo de sonrisa—, usted es una joven muy guapa, seguro que sabe esto de sobra. El amor no es un tema. Es una atmósfera, un estado de ánimo.

—Entiendo —dijo Elizabeth dando la impresión de no estar entendiendo absolutamente nada—. Usted quiere un hotel donde se respire amor en el ambiente.

—¡Exacto! —exclamó Vincent mostrándose complacido—. Pero no se trata de lo que yo quiero, es lo que ellos quieren.

Golpeó con el dedo los recortes de

prensa. Elizabeth carraspeó y habló como si se estuviera dirigiendo a un niño.

—Señor Taylor, estamos en junio, lo que llamamos la estación tonta, cuando no hay nada más sobre lo que escribir. Los medios de comunicación sólo ofrecen una imagen distorsionada de la opinión pública; distan de ser exactos, como bien sabe. No representan los deseos y expectativas del pueblo irlandés. Esforzarse por alcanzar algo que encaje con las necesidades de los medios de comunicación constituiría una equivocación descomunal.

Vincent no parecía nada impresionado.

—Mire —prosiguió ella—, este hotel cuenta con una ubicación realmente maravillosa y unas vistas que quitan el hipo, se encuentra junto a un pueblo precioso con una oferta interminable de actividades al aire libre. Mis diseños pretenden prolongar el exterior en el interior haciendo que el paisaje pase a formar parte del establecimiento. Mediante el uso de tonos semejantes a los del entorno natural, como marrones y verdes oscuros, y empleando piedra podemos...

—Todo eso ya lo he oído mil veces —interrumpió Vincent resoplando—. No quiero que el hotel armonice con las montañas, quiero que destaque. No

quiero que los huéspedes se sientan como puñeteros gnomos que duermen en catres de hierba y barro.

Apagó el cigarrillo aplastándolo con furia en el cenicero.

«Lo ha perdido —pensó Benjamin—. Qué lástima: ésta lo había intentado con ganas.» Observó cómo se transformaba el rostro de Elizabeth mientras el encargo se le escurría de las manos.

—Señor Taylor —replicó Elizabeth enseguida—, todavía no ha oído todas mis ideas.

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Vincent gruñó y miró su Rolex con

corona de diamantes.

—Tiene treinta segundos.

Elizabeth se quedó paralizada durante los veinte primeros y finalmente el semblante se le descompuso y pronunció las palabras siguientes con una expresión de intenso dolor.

—Poppy —suspiró—, cuéntale tus ideas.

—¡Sí! —Poppy se levantó de un salto y bailoteó entusiasmada hasta la otra punta de la mesa para plantarse delante de Vincent—. Muy bien, me imagino camas de agua con forma de corazón, baños calientes, copas de champán que salen de las mesillas de noche. Me imagino una fusión de la era

Romántica con el *art déco*. Una explosión —hizo el gesto de una explosión con las manos— de intensos rojos, borgoñas y granates que te harán sentir arropado por el tapizado aterciopelado de un útero. Velas por doquier. El tocador francés se funde con...

Mientras Poppy disertaba y Vincent asentía animadamente con la cabeza bebiéndose cada palabra suya, Benjamin se volvió para mirar a Elizabeth, quien a su vez, con la cabeza apoyada en una mano, hacía una mueca de dolor ante cada una de las ideas de Poppy. Los ojos de ambos se encontraron y cruzaron una mirada de exasperación a propósito



de sus respectivos colegas.

Luego intercambiaron una sonrisa.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío — chillaba Poppy con deleite dando saltitos camino del coche de Elizabeth —. Me gustaría darle las gracias a Damien Hirst por inspirarme, a Egon Schiele —se secó una lágrima imaginaria del ojo—, Banksy y Robert Rauschenberg por proporcionarme obras de arte tan increíbles que me han ayudado a desarrollar mi mente creativa, abriéndola delicadamente como un capullo en flor y por...

—Ya basta —siseó Elizabeth

apretando los dientes—. Todavía nos están observando.

—Bah, seguro que no, no seas tan paranoica.

El tonillo de Poppy pasó de la euforia a la frustración. Se volvió de cara a la caseta de la obra.

—¡No te vuelvas, Poppy! —ordenó Elizabeth como si le gritara a un niño.

—Venga. ¿Por qué no? No están mi... Oh, sí que miran. ¡ADIÓÓÓÓÓÓ!  
¡GRAAAACIAS!

Saludó con las manos como una loca.

—¿Acaso quieres perder tu empleo?  
—amenazó Elizabeth negándose a darse la vuelta. Sus palabras tuvieron el

mismo efecto que habrían tenido en Luke cuando lo amenazaba con quitarle su Play-Station. Poppy dejó de brincar en el acto y ambas siguieron caminando en silencio hacia el coche. Elizabeth notaba dos pares de ojos clavados en la espalda.

—No puedo creer que hayamos conseguido el trabajo —dijo Poppy jadeando una vez dentro del vehículo, comprimiéndose el corazón con la mano.

—Yo tampoco —rezongó Elizabeth abrochándose el cinturón de seguridad antes de poner el coche en marcha.

—¿Qué te pasa, gruñona? Cualquiera diría que no hemos conseguido el encargo —la acusó Poppy

acomodándose en el asiento del copiloto y sumergiéndose en su propio mundo.

Elizabeth pensó en ello. En realidad no era ella quien había conseguido el encargo, sino Poppy. Se trataba de la clase de victoria que no parecía en lo más mínimo una victoria. ¿Y qué diablos pintaba Ivan allí? Había dicho a Elizabeth que trabajaba con niños. ¿Qué tenía que ver el hotel con los niños? Ni siquiera se había quedado el tiempo suficiente como para que Elizabeth lo averiguara, puesto que había salido de la habitación en cuanto les llevaron los cafés, sin despedirse de nadie aparte de Elizabeth. Caviló sobre este detalle. Quizás estuviera metido en negocios con

Vincent y ella había aparecido durante una reunión importante, cosa que explicaría por qué Vincent se había mostrado tan grosero y ensimismado. En fin, fuera lo que fuese, necesitaba informarse y le enojaba que Ivan no lo hubiese mencionado la víspera. Tenía planes que hacer y la sacaban de quicio semejantes trastornos.

Tras separarse de una sobreexcitada Poppy se encaminó hacia Joe's para tomarse un café y reflexionar.

—Buenas tardes, Elizabeth —gritó Joe.

Los otros tres clientes se sobresaltaron con su repentino arrebató.

—Un café, Joe, por favor.

—¿Para variar?

Elizabeth sonrió con la boca cerrada. Eligió una mesa junto a la ventana que daba a la calle mayor. Se sentó de espaldas a la ventana. No había ido allí a distraerse, necesitaba pensar.

—Disculpe, señora Egan.

La viril voz americana le dio un susto.

—Señor West —dijo Elizabeth sorprendida al levantar la vista.

—Por favor, llámeme Benjamin. — Benjamin sonrió y señaló la silla junto a la de ella—. ¿Le importa que me siente?

Elizabeth apartó sus papeles para hacerle sitio.

—¿Le apetece tomar algo? —

preguntó.

—Un café me vendría de perlas.

Elizabeth agarró su tazón y lo levantó hacia Joe.

—Joe, dos Frappacinos de mango en vaso largo, por favor.

A Benjamin se le encendieron los ojos.

—Me está tomando el pelo. Creía que aquí no servían es... —Se vio interrumpido por Joe, que dejó con desgana dos tazones de café con leche aguado en la mesa. El líquido rebosaba por los lados de los tazones—. Vaya —concluyó decepcionado.

Elizabeth volvió su atención al despeinadísimo Benjamin. Su abundante



cabello oscuro formaba una corona de rizos alrededor de su cabeza y tenía una sombra de barba negra como el azabache que le crecía desde el inicio del peludo pecho hasta los pómulos. Llevaba unos tejanos gastados y mugrientos, una cazadora tejana igualmente sucia, unas botas cubiertas de turba que habían dejado un rastro desde la puerta hasta la mesa bajo la cual estaban formando un montoncito de barro seco. Una raya de mugre negra se acumulaba debajo de sus uñas y, cuando apoyó las manos encima de la mesa delante de Elizabeth, ésta se sintió obligada a desviar la mirada hacia otro lado.

—La felicito por lo de hoy —dijo Benjamin pareciendo sinceramente contento—. Ha sido una reunión muy exitosa para usted. Ha conseguido llevarse el gato al agua. En estos pagos dicen *sláinte*<sup>[3]</sup>, ¿verdad? —Levantó su tazón de café.

—¿Cómo dice? —preguntó Elizabeth con frialdad.

—*Sláinte*. ¿No se dice así?

Parecía preocupado.

—No —dijo Elizabeth contrariada—, quiero decir, sí, pero no me refería a eso. —Negó con la cabeza—. No me he llevado ningún gato al agua, como dice usted, señor West. Conseguir este contrato no ha sido ningún golpe de

suerte.

El cutis tostado por el sol de Benjamin se sonrosó levemente.

—Oh, no pretendía dar a entender eso ni mucho menos y, por favor, llámeme Benjamin. Señor West suena muy formal. —Se revolvió incómodo en su silla—. Su ayudante, Poppy... —desvió la mirada intentando encontrar las palabras adecuadas— es una muchacha con mucho talento, tiene montones de ideas muy pasadas de rosca y Vincent tiene una filosofía bastante parecida a la suya, aunque a veces se deja llevar y nos toca a nosotros decirle que vuele más bajo. Verá, parte de mi trabajo consiste en asegurarme de que

esto se construya a tiempo y respetando el presupuesto, de ahí que me proponga hacer lo que normalmente hago, a saber, demostrar a Vincent que no disponemos de suficiente dinero para trasladar las ideas de Poppy del papel a la práctica.

El pulso de Elizabeth se aceleró.

—Entonces querrá un diseñador que no resulte tan caro. Señor West, ¿ha venido aquí para convencerme de que renuncie al proyecto? —preguntó Elizabeth con frialdad.

—No. —Benjamin suspiró—. Llámeme Benjamin —insistió—, y no, no estoy intentando convencerla de que renuncie al proyecto. —Lo dijo de una manera que hizo que Elizabeth se

sintiera tonta—. Oiga, sólo intento echarle una mano. Me doy perfecta cuenta de que no está contenta con la idea en general y, a decir verdad, tampoco yo creo que los lugareños vayan a quedar muy contentos con ella. —Hizo un gesto que abarcó a toda la clientela de la cafetería y Elizabeth intentó imaginarse a Joe yendo a almorzar un domingo a un «útero de terciopelo». No, decididamente no tendría éxito, al menos no en aquella localidad.

Benjamin prosiguió.

—Me importan mucho los proyectos en los que trabajo y creo que este hotel tiene un enorme potencial. No quiero

que termine pareciendo un santuario de Las Vegas consagrado al Moulin Rouge.

Elizabeth había iniciado el gesto de levantarse de su asiento.

—Bueno —dijo Benjamin muy seguro de sí mismo—, he venido aquí a verla porque me gustan sus ideas. Son sofisticadas al mismo tiempo que confortables, son modernas pero no demasiado modernas, y la ambientación que propone atraerá a un amplio abanico de gente. La idea de Poppy y Vincent resulta demasiado temática y distanciará a tres cuartas partes del país de inmediato. No obstante, usted quizá podría inducirles a poner un poco más de color local. Coincido con Vincent en

que el concepto que usted defiende necesita parecerse menos a un albergue rural y más a un hotel. No queremos que la gente crea que tiene que seguir la tradición consistente en caminar descalza hasta los Macgillicuddy's Reeks para arrojar un anillo justo en medio.

Sintiéndose ofendida, Elizabeth se quedó boquiabierta.

—¿Cree que usted podría trabajar codo con codo con Poppy? —preguntó Benjamin haciendo caso omiso de su reacción—. Ya sabe, ¿atenuando sus ideas... considerablemente?

Elizabeth se había preparado una vez más para repeler un ataque furtivo,

pero resultó que Benjamin estaba allí para ayudarla. Carraspeó para aclarar una garganta que no precisaba ser aclarada y se estiró el faldón de la chaqueta del traje sintiéndose torpe. Una vez compuesta dijo:

—Bueno, me alegra que ambos estemos en el mismo bando, pero aun así...

Indicó a Joe con gestos que le sirviera otro café y pensó en la fusión de sus colores naturales con los tonos chillones de Poppy.

Benjamin rechazó enérgicamente con la cabeza el ofrecimiento que le hizo Joe de otro café. El primer tazón seguía intacto delante de él.



—Bebe mucho café —comentó cuando Joe puso el tercer tazón en la mesa delante de Elizabeth.

—Me ayuda a pensar —respondió Elizabeth tomando un gran sorbo.

Hubo un momento de silencio.

Elizabeth salió de su trance.

—Muy bien, tengo una idea.

—Caramba, eso sí que es un efecto rápido —sonrió Benjamin.

—¿Cómo? —Elizabeth frunció el ceño.

—He dicho que...

—Vale —interrumpió Elizabeth sin siquiera oírle, arrastrada por sus ideas —. Digamos que el señor Taylor tiene razón, que la leyenda sigue viva y que la

gente ve este sitio como un nido de amor y tal y cual. —Hizo una mueca, obviamente nada impresionada por semejante creencia—. Nos encontramos con un mercado que hay que satisfacer, que es donde las ideas de Poppy darán resultado, pero las mantendremos a un nivel mínimo. Quizás una suite de luna de miel y un rincón íntimo aquí y allí; el resto podrían ser mis diseños —añadió, contenta—. Con un poco más de color —añadió con menos entusiasmo.

Benjamin sonrió.

—Yo me encargo de Vincent. Por cierto, cuando antes he dicho que usted se ha llevado el gato al agua en la reunión no he querido decir que

careciera de talento para respaldar sus ideas. Me refería al truco de hacerse la loca. —Se tocó la sien con un dedo manchado y lo hizo girar.

El buen humor de Elizabeth se esfumó.

—¿Cómo dice?

—Ya sabe —Benjamin sonrió de oreja a oreja—, el papel de «veo a los muertos».

Elizabeth le miró de hito en hito sin comprender nada.

—Caray, el tío sentado a la mesa. Ese con el que hablaba. ¿Le suena lo que le estoy diciendo?

—¿Ivan? —preguntó Elizabeth insegura.

—¡Así se llama! —Benjamin chasqueó los dedos y se recostó en el respaldo de su silla riendo—. Eso es, Ivan, el socio silencioso.

Las cejas de Elizabeth subieron hasta casi salirsele de la frente.

—¿Socio?

Benjamin rió aún con más ganas.

—Sí, exacto, pero no le diga que se lo he dicho, por favor. Me resultaría muy violento que se enterara.

—No se preocupe —dijo Elizabeth con sequedad, perpleja ante aquella información—. Tengo que verle más tarde, pero no le diré una palabra.

—Él tampoco —repuso Benjamin con otra carcajada.

—Bueno, eso está aún por ver — contestó Elizabeth, enfurruñada—. Aunque anoche estuve con él y tampoco soltó prenda.

Benjamin se mostró indignado con ella.

—Me parece que esas cosas no están permitidas en Taylor Constructions. Se ven con muy malos ojos las citas entre colegas. Quién sabe, podría ser que Ivan fuese el motivo por el que ha conseguido el contrato. —Se frotó los ojos con aire de cansancio y su risa remitió—. Pensándolo bien, ¿no es sorprendente lo que llegamos a hacer para conseguir un trabajo hoy en día?

Elizabeth se quedó boquiabierta.

—Aunque demuestra lo mucho que a usted le gusta su trabajo, ser capaz de hacer una cosa como ésa. —La miró con admiración—. Creo que yo no sería capaz. —Volvió a reír por lo bajo y sus hombros se estremecieron.

Elizabeth abrió aún más la boca. ¿Estaba acusándola de meterse en la cama con Ivan para conseguir el trabajo? Se quedó sin habla.

—En fin —dijo Benjamin levantándose—, ha sido estupendo conocerla. Me alegra que hayamos resuelto eso del Moulin Rouge. Se lo transmitiré a Vincent y la llamaré en cuanto sepa más cosas. ¿Tiene mi número? —preguntó palpándose los

bolsillos. Abrió un bolsillo delantero de la pechera de la cazadora y sacó un bolígrafo que goteaba y le había dejado una mancha de tinta. Cogió una servilleta de papel del dispensador y garrapateó su nombre y su número sin el menor cuidado.

—Éste es mi número móvil y éste el de la oficina. —Le pasó la nota a Elizabeth junto con su bolígrafo goteante y otra servilleta rota y mojada de café derramado—. ¿Le importa darme el suyo? Así me ahorraré tener que buscarlo en los archivos.

Elizabeth aún estaba enojada y ofendida, pero alcanzó su bolso, sacó un tarjetero de piel y le entregó una de sus

tarjetas de visita con ribetes dorados. Se abstendría de darle una bofetada por aquella vez; necesitaba el trabajo. Por el bien de Luke y del negocio, se mordería la lengua.

Benjamin se ruborizó levemente.

—Muy bien, gracias —recuperó el trozo de servilleta y su bolígrafo goteante y cogió la tarjeta—. Mucho mejor así, me figuro.

Le tendió la mano.

Elizabeth echó un vistazo a su mano manchada de tinta azul y con las uñas sucias y acto seguido se sentó encima de sus propias manos.

Una vez que Benjamin se hubo marchado, Elizabeth miró turbada a su



alrededor preguntándose si alguien más había presenciado la escena. Joe le hizo un guiño y se tocó la nariz como si compartieran un secreto. Después del trabajo ella tenía previsto ir a buscar a Luke a casa de Sam, y aunque sabía que Ivan y la madre de Sam ya no estaban juntos esperó con toda su alma coincidir con él allí.

Para cantarle las cuarenta, naturalmente.

# 18

Error número uno: ir a la reunión de Elizabeth. Yo no tendría que haberlo hecho. Es la misma regla que nos prohíbe entrar en el colegio con nuestros amigos más jóvenes y debería haber tenido el suficiente sentido común como para darme cuenta de que la escuela de Luke es el equivalente del lugar de trabajo de Elizabeth. Me habría dado de patadas. De hecho, lo hice, pero Luke lo encontró tan divertido que comenzó a hacer lo mismo y ahora tiene ambas espinillas magulladas. De modo que

paré.

Cuando me marché de la reunión fui a casa de Sam, donde cuidaban de Luke. Me senté en la hierba en el jardín trasero sin perderlos de vista mientras luchaban, esperando que el combate no acabara en lágrimas y practicando mi deporte mental favorito: pensar.

Además resultó ser una actividad constructiva, ya que me hizo ver unas cuantas cosas. Una de las cosas que aprendí fue que había acudido a la reunión por la mañana obedeciendo a un impulso visceral. Aunque no acertaba a comprender cómo mi presencia allí podría ayudar a Elizabeth, mi instinto me decía que tenía que ir y di por

sentado que Elizabeth no me vería. Mi encuentro con ella la noche anterior había sido tan irreal e inesperado que empecé el día con la sensación de haberlo imaginado. Y sí, soy consciente de lo irónico del caso.

Me puso muy contento que me viera. Cuando la vi columpiándose tan ensimismada en el balancín del jardín supe que si alguna vez iba a verme aquél sería el momento. Se respiraba en el aire. Me constaba que necesitaba verme y me había preparado para el hecho de que un buen día ocurriría, pero para lo que no estaba preparado era para el estremecimiento que me recorrió la columna vertebral la primera vez que

nos miramos a los ojos. Fue extraño, porque había pasado los últimos cuatro días observando a Elizabeth y me había acostumbrado a su cara, me la sabía como la palma de mi mano, podía verla claramente hasta con los ojos cerrados, sabía que tenía un lunar minúsculo en la sien izquierda, un pómullo ligeramente más alto que el otro, el labio inferior más grueso que el superior y una delicada pelusa como de bebé en el nacimiento del pelo. La conocía muy bien, pero ¿no es extraño cómo cambia la gente cuando la miras a los ojos? De repente parece que sean otras personas. Por lo que a mí respecta, considero verdadero el dicho de que los ojos son

las ventanas del alma.

Nunca había experimentado aquella sensación hasta entonces, pero lo atribuí a no haberme encontrado antes en esa situación. Jamás había trabado amistad con alguien de la edad de Elizabeth y supuse que era culpa de los nervios. Para mí era una experiencia nueva, aunque estuve dispuesto a aceptar el reto de inmediato.

Hay dos cosas que rara vez me suceden. La primera es estar confundido y la segunda preocupado, pero mientras aguardaba en el jardín trasero de casa de Sam aquella mañana soleada estaba preocupado. Y eso me confundía y como estaba confundido, todavía me

preocupaba más. Esperaba no haber causado problemas a Elizabeth en el trabajo, aunque aquella misma tarde, mientras el sol y yo jugábamos al escondite, no tardé en averiguarlo.

El sol intentaba ocultarse detrás de la casa de Sam cubriéndome con un manto de sombra. Yo me iba desplazando por el jardín, sentándome en los últimos espacios soleados antes de que desaparecieran por completo. La mamá de Sam se estaba dando un baño después de haber realizado una tanda de ejercicios gimnásticos con ayuda de un vídeo, cosa que había resultado enormemente entretenida, de modo que cuando sonó el timbre de la puerta fue

Sam quien se encargó de abrir. Tenía estrictas instrucciones de no abrir a nadie excepto a Elizabeth.

—Hola, Sam —oí que ella decía al entrar en el vestíbulo—. ¿Está en casa tu papá?

—No —contestó Sam—. Está en el trabajo. Luke y yo estamos jugando en el jardín.

Oí pasos que se acercaban, el ruido de unos tacones sobre el parquet y luego una voz enojada cuando Elizabeth salió al jardín.

—Vaya, conque está en el trabajo, ¿eh? —dijo Elizabeth plantada en lo alto del césped con los brazos en jarras y bajando la vista hacia mí.



—Sí, eso es —dijo Sam, confundido, y se fue corriendo a jugar con Luke.

Había algo tan atractivo en Elizabeth con aquel aire autoritario que me hizo sonreír.

—¿Pasa algo divertido, Ivan?

—Un montón de cosas —respondí sentándome en el único trozo de césped que todavía bañaba el sol. Supongo que gané la partida de escondite—. Gente salpicada por coches que pisan charcos, que te hagan cosquillas justo aquí —me señalé el costado—, Chris Rock, Eddie Murphy en *Superdetective en Hollywood II* y...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó

Elizabeth con el ceño fruncido acercándose a mí.

—Cosas que son divertidas.

—¿Qué estás haciendo?

Se acercó un poco más.

—Intento recordar cómo se hace una cadeneta de margaritas. La de Opal era muy bonita —levanté la vista hacia ella—. Opal es mi jefa y llevaba una en el pelo —expliqué—. La hierba está seca si te apetece sentarte.

Seguí arrancando margaritas del suelo.

Elizabeth tardó un poco en acomodarse en el césped. Parecía incómoda y hacía muecas como si estuviera sentada encima de alfileres.

Tras quitarse una pelusa invisible de los pantalones y tratar de sentarse encima de las manos para que el trasero no se le manchara de hierba volvió a fulminarme con la mirada.

—¿Ocurre algo, Elizabeth? Algo me dice que sí.

—Muy perspicaz por tu parte.

—Gracias. Es parte de mi trabajo, pero aun así te agradezco el cumplido.

—Noté su sarcasmo.

—Tengo que ajustar cuentas contigo, Ivan —dijo.

—Espero que sean divertidas. — Anudé un tallo con el siguiente—. Hete aquí otra cosa divertida: los chistes macabros. Duelen pero también te hacen

reír. Como tantas cosas en la vida, supongo, o incluso la propia vida. La vida es una tragicomedia.

Elizabeth me miró confundida.

—Ivan, he venido a cantarte las cuarenta. Te hablaré con el corazón. Hoy he charlado con Benjamin después de que te marcharas y me ha dicho que eras socio de la empresa. También me ha acusado de otra cosa, pero prefiero no recordarlo siquiera —dijo echando chispas.

—Has venido a cantarme las cuarenta —repetí mirándola—. Esa frase es realmente bonita. No te he oído cantar nunca, ¿sabes? Y además, has dicho que me hablas con el corazón.

Sólo se habla así con alguien de tu confianza. De modo que... gracias, Elizabeth. Me siento muy halagado. Eso significa que te caigo bien. —Hice una lazada con el último tallo y formé una cadeneta—. Te daré una cadeneta de margaritas a cambio de tu confianza.

Le puse el brazalete. Elizabeth se quedó sentada en la hierba. No se movió, no dijo nada, simplemente miró su cadeneta de margaritas. Luego sonrió y cuando habló su voz fue más dulce.

—¿Alguna vez alguien ha conseguido estar enfadado contigo durante más de cinco minutos?

Miré el reloj.

—Sí. Tú, desde las diez de esta

mañana hasta ahora.

Elizabeth se rió.

—¿Por qué no me dijiste que trabajas con Vincent Taylor?

—Porque no trabajo con él.

—Pero si Benjamin me ha dicho que sí.

—¿Quién es Benjamin?

—El director del proyecto. Me ha dicho que eras un socio silencioso.

Sonreí.

—Supongo que lo soy. Estaba siendo irónico, Elizabeth. No tengo nada que ver con la empresa. Soy tan silencioso que no digo nada de nada.

—Bueno, ése es un aspecto tuyo que no he tenido ocasión de conocer —

sonrió—. ¿De modo que no participas activamente en este proyecto?

—Trabajo con personas, Elizabeth, no con edificios.

—De acuerdo. ¿Pues qué diablos ha querido decir Benjamin West? —Estaba perpleja—. Es un tipo raro, ese Benjamin West. ¿De qué negocio estabas hablando con Vincent? ¿Qué tienen que ver los niños con el hotel?

—Eres muy entrometida —comenté riendo—. Vincent Taylor y yo no estábamos hablando de ningún negocio. De todos modos es una buena pregunta. ¿Qué crees tú que los niños deberían tener que ver con el hotel?

—Absolutamente nada —replicó

Elizabeth riendo a su vez, y luego se calló de golpe temiendo haberme ofendido—. En tu opinión el hotel debería tener en cuenta a los niños.

Sonreí.

—¿No opinas que todo y todos deberíamos tener en cuenta a los niños?

—Se me ocurren unas cuantas excepciones —dijo Elizabeth con agudeza dirigiendo la mirada hacia Luke.

Entendí que estaba pensando en Saoirse y en su padre, puede que incluso en sí misma.

—Mañana hablaré con Vincent sobre un posible cuarto de jugar o una zona de juegos... —Se calló—. Nunca he



diseñado un cuarto para los niños. ¿Qué diablos desean los niños?

—Se te ocurrirá fácilmente, Elizabeth. Una vez fuiste niña. ¿Qué deseabas entonces?

Sus ojos castaños se ensombrecieron y apartó la vista.

—Ahora todo es distinto. Los niños no desean lo que yo deseaba entonces. Los tiempos cambian.

—Tampoco tanto. Los niños siempre desean lo mismo, porque todos necesitan las mismas cosas básicas.

—¿Como qué?

—Bueno, ¿por qué no me dices lo que tú deseabas y dejas que te diga si ellos desean las mismas cosas?

Elizabeth se rió un poco.

—¿Siempre estás jugando, Ivan?

—Siempre. —Sonreí—. Cuéntame.

Me estudió los ojos batallando consigo misma sobre si hablar o no y al cabo de unos instantes suspiró.

—Cuando era niña, mi madre y yo nos sentábamos a la mesa de la cocina cada sábado por la noche con nuestros lápices de colores y papel y escribíamos un plan de lo que haríamos al día siguiente. —Sus preciados recuerdos le hacían brillar los ojos—. Cada sábado por la noche me entusiasmaba tanto pensando en cómo pasaríamos el día siguiente que colgaba el programa con chinchetas en la pared de mi dormitorio

y me obligaba a dormir para que la mañana llegara cuanto antes. —La sonrisa se le desvaneció y salió de su trance—. Pero no es posible incorporar esas cosas a un cuarto de jugar; los niños quieren Play Stations y Xboxes y esa clase de cosas.

—¿Por qué no me cuentas qué actividades había en el programa del domingo?

Miró a lo lejos.

—Eran colecciones de sueños imposibles. Mi madre me prometía que nos tumbaríamos en el campo por la noche y que veríamos un sinfín de estrellas fugaces que harían realidad nuestros deseos. Nos imaginábamos

recostadas en grandes bañeras llenas a rebosar de flores de cerezo, tomando duchas de sol, girando alrededor de los aspersores del pueblo que regaban el césped en verano, cenando a la luz de la luna en la playa y bailando zapateado en sordina descalzas por la arena. — Elizabeth rió al recordarlo—. Son tonterías, sobre todo si las dices en voz en alta, pero ella era así. Juguetona y aventurera, alocada y despreocupada, cuando no una pizca excéntrica. Siempre ansiaba cosas nuevas que ver, probar y descubrir.

—Todo eso debía de ser muy divertido —dije intimidado por su madre. Darse una ducha de sol ganaba

de largo a cualquier telescopio hecho con rollos de cartón del papel higiénico.

—No lo sé, la verdad. —Elizabeth apartó la vista y tragó saliva—. En realidad nunca hicimos ninguna de esas cosas.

—Pero apuesto a que las hiciste un millón de veces mentalmente —dije.

—Bueno, hubo una cosa que hicimos juntas. Justo después de tener a Saoirse me llevó al campo, extendió una manta y dispuso una cesta de picnic. Comimos pan moreno recién horneado con mermelada casera de fresa. —Elizabeth cerró los ojos e inspiró—. Todavía recuerdo el olor y el sabor. —Meneó la cabeza maravillada—. Pero mi madre

había elegido tomar la merienda en el campo de nuestras vacas. Allí estábamos las dos, en mitad del campo, merendando rodeadas de vacas curiosas.

Ambos nos echamos a reír.

—Pero eso fue cuando me dijo que se marchaba. Era una persona demasiado grande para este pueblo tan pequeño. No es lo que me dijo entonces, pero me consta que era lo que debía de sentir.

A Elizabeth le tembló la voz y dejó de hablar. Miraba a Luke y Sam persiguiéndose por el jardín, pero no los veía, escuchaba sus infantiles chillidos de alegría pero no los oía. Estaba absorta.

—En fin —su voz sonó seria otra vez y carraspeó—, eso es irrelevante. No tiene nada que ver con el hotel; ni siquiera sé por qué lo he sacado a colación.

Estaba avergonzada. Adiviné que Elizabeth no había contado nunca aquello en voz alta, ni una sola vez en su vida, de modo que dejé que el silencio se prolongara mientras ponía en orden sus ideas.

—¿Tenéis una buena relación tú y Fiona? —preguntó resistiéndose aún a mirarme a los ojos después de lo que me había contado.

—¿Fiona?

—Sí, la mujer con quien no estás

casado.

Sonrió por primera vez y pareció más compuesta.

—Fiona no me habla —respondí sin salir de mi asombro. Aún no comprendía por qué pensaba que era el padre de Sam. Tendría que hablar con Luke para que me lo aclarase. Me incomodaba bastante aquella confusión de identidad.

—¿Acabaron mal las cosas entre vosotros dos?

—Nunca empezaron, así que no podían terminar —contesté con sinceridad.

—Conozco esa sensación. —Puso los ojos en blanco y rió—. Pero al menos salió algo bueno de ello. —



Apartó la vista y miró jugar a Sam y Luke. Se había referido a Sam, pero tuve la impresión de que estaba mirando a Luke y eso me alegró.

Antes de que nos marcháramos de casa de Sam, Elizabeth se volvió hacia mí.

—Ivan, nunca había hablado con nadie de lo que te acabo de contar —tragó saliva—, jamás. No sé qué me ha hecho soltarlo.

—Ya lo sé —sonreí—, así que gracias por hablarme con el corazón. Creo que eso se merece otra cadeneta de margaritas.

Le ofrecí otro brazalete que acababa de hacer.

Error número dos: cuando se lo puse en la muñeca sentí como si le estuviera dando un trozo de mi corazón.

# 19

Después del día en que di a Elizabeth las cadenas de margaritas... y mi corazón, aprendí mucho más acerca de ella aparte de lo que hacía con su madre los sábados por la noche. Me di cuenta de que es como uno de esos berberechos pegados a las rocas en la playa de Fermoy. Al verlos sabes que están sueltos, pero en cuanto los tocas o te acercas se paralizan y adhieren a la superficie de la roca para salvar la vida. Así es como era Elizabeth: abierta hasta que alguien se acercaba y entonces se

ponía tensa y se encerraba en sí misma. Desde luego, se había abierto a mí aquel día en el jardín trasero, pero cuando al día siguiente fui a verla estaba enojada conmigo por haberseme confiado. Pero así era como estaba siempre Elizabeth, enojada con todo el mundo incluida ella misma, y probablemente estaba avergonzada. Elizabeth rara vez hablaba de sí misma salvo cuando lo hacía con sus clientes a propósito de su empresa.

Resultaba complicado pasar tiempo con Luke ahora que Elizabeth podía verme y, a decir verdad, se habría preocupado si yo hubiese llamado a su puerta fucsia para preguntar si Luke iba a salir a jugar. Tenía sus manías en

cuanto a la edad de los amigos de su sobrino. Lo más importante, no obstante, era que a Luke no parecía importarle. Siempre andaba jugando con Sam y cada vez que decidía incluirme en sus juegos el pobre Sam se frustraba porque no podía verme, claro. Me parece que estaba interfiriendo en la amistad entre Luke y Sam y no creo que a Luke le importara demasiado que yo apareciera o no, dado que él no era el motivo de mi presencia allí y si no me equivoco él lo sabía de sobra. Ya he dicho que los niños siempre saben lo que está ocurriendo, a veces incluso antes que nosotros mismos.

En cuanto a Elizabeth, creo que la

habría sacado de quicio que me presentara sin más en su sala de estar a medianoche. Una nueva clase de amistad conllevaba establecer nuevos límites. Tenía que ser sutil, ir a visitarla con menos frecuencia, pero no dejar de estar a su disposición cuando me necesitara. Como si de una amistad entre adultos se tratara.

Una cosa que me desagradaba sobremanera era que Elizabeth creyera que yo era el papá de Sam. No sé cómo comenzó aquello, y sin que yo dijera nada la cosa fue a más. Nunca miento a mis amigos, nunca, por eso intenté decirle muchas veces que yo no era el papá de Sam. En una de esas ocasiones

la conversación fue como sigue.

—Dime, Ivan, ¿de dónde eres?

Era una tarde, poco después de que Elizabeth saliera de trabajar. Acababa de reunirse con Vincent Taylor para tratar del hotel y al parecer, según ella, se dirigió directamente a él y le dijo que había estado hablando con Ivan y que ambos consideraban que el hotel necesitaba una zona infantil para que los padres dispusieran de más tiempo para vivir su romance a solas. Bueno, el caso es que Vincent se rió tanto que dio su brazo a torcer y accedió. Elizabeth aún no entendía por qué Vincent había encontrado tan divertida la propuesta. Le dije que era porque Vincent no tenía

ni la menor idea acerca de quién era yo, pero ella se limitó a poner los ojos en blanco y acusarme de ser demasiado reservado. Sea como fuere, gracias a aquello Elizabeth estaba de muy buen humor y con ganas de conversar, para variar. Yo me preguntaba cuándo empezaría a hacerme preguntas (aparte de las consabidas acerca de mi trabajo, cuánto personal teníamos, la facturación anual... Me aburría como una ostra con todos aquellos asuntos).

Pero finalmente me preguntó de dónde era, tan contenta que le contesté alegremente que de Aisatnaf.

Elizabeth frunció el ceño.

—Ese nombre me suena; lo he oído



alguna vez. ¿Dónde queda?

—A un millón de kilómetros de aquí.

—Baile na gCroíthe está a un millón de kilómetros de todas partes.

Aisatnaf... —pronunció Elizabeth despacio—. ¿Qué significa? No es irlandés ni inglés, ¿verdad?

—Es anticuado.

—¿Anticuado? —repitió enarcando una ceja—. Francamente, Ivan, a veces eres tan malo como Luke. Me parece que saca la mayoría de sus ocurrencias de ti.

Me reí.

—En realidad —Elizabeth se inclinó hacia delante—, no he querido decírtelo antes, pero creo que te admira.

—¿En serio? —Me sentí halagado.

—Bueno, sí, porque..., bueno — buscaba las palabras adecuadas—, por favor, no pienses que mi sobrino esté mal de la cabeza ni nada por el estilo, pero la semana pasada se inventó un amigo. —Rió con nerviosismo—. Su amigo se quedó a cenar unas cuantas veces en casa, correteaban juntos por el jardín y jugaban a toda clase de juegos, de fútbol a naipes pasando por el ordenador, ¿te lo figuras? Pero lo más curioso es que se llamaba Ivan.

Al ver que no reaccionaba lamentó haberlo dicho y se puso muy colorada.

—Bueno, en verdad no tiene nada de divertido, es completamente ridículo, por supuesto, pero se me ocurrió que a

lo mejor quería decir que te admiraba y que te veía como una especie de modelo de conducta masculina... —Se calló—. En fin, ahora Ivan se ha marchado. Nos ha dejado. Por su cuenta. Resultó demoledor, como puedes imaginarte. Me habían dicho que podían prolongar su estancia hasta tres meses. —Hizo una mueca—. Gracias a Dios se marchó. Yo tenía la fecha señalada en el calendario y todo —agregó con el rostro aún colorado—. De hecho, por curioso que resulte, se fue cuando llegaste tú. Creo que asustaste a Ivan..., Ivan. —Trató de reír, pero mi rostro imperturbable hizo que se detuviera y suspirara—. Ivan, ¿por qué sólo estoy hablando yo?

—Porque estoy escuchando.

—Pues ya he terminado así que podrías decir algo —espetó.

Me reí. Cada vez que se sentía estúpida se enfadaba.

—Tengo una teoría.

—Bien, pues por una vez podrías contármela. Salvo que sea para meternos a mi sobrino y a mí en un edificio de hormigón gris dirigido por monjas y con barrotes en las ventanas.

La miré horrorizado.

—Venga —instó Elizabeth riendo.

—Veamos, ¿quién dice que Ivan ha desaparecido?

Elizabeth hizo una mueca de horror.

—Nadie dice que haya

desaparecido, ya que para empezar nunca apareció.

—Lo hizo ante Luke.

—Luke se lo inventó.

—Tal vez no.

—Bueno, yo no le vi.

—A mí me ves.

—¿Qué relación tienes tú con el amigo invisible de Luke?

—Tal vez yo sea el amigo de Luke, sólo que no me gusta que me llamen invisible. No es muy políticamente correcto, que digamos.

—Pero yo te veo.

—Exacto, por eso no entiendo por qué la gente insiste en decir «invisible». Si alguien puede verme está claro que

no soy invisible. Piénsalo. ¿Acaso Ivan, el amigo de Luke, y yo hemos estado alguna vez en el mismo sitio en el mismo momento?

—Bueno, podría estar aquí ahora mismo, por lo que sé, comiendo aceitunas o lo que sea. —Rió y al cabo se calló de golpe al ver que Ivan había dejado de sonreír—. ¿Qué intentas decirme, Ivan?

—Es muy sencillo, Elizabeth. Has dicho que Ivan desapareció cuando yo entré en escena.

—Sí.

—¿No crees que eso significa que yo soy Ivan y que de repente has empezado a verme?

Elizabeth puso cara de pocos amigos.

—No, porque tú eres una persona real con una vida real y tienes una esposa y un hijo y tú...

—No estoy casado con Fiona, Elizabeth.

—Ex esposa, entonces, no importa.

—Nunca he estado casado con ella.

—Bueno, nada más lejos de mi intención que juzgarte.

—No, quiero decir que Sam no es mi hijo.

Mi voz sonó más contundente de lo que me proponía. Los niños entienden mucho mejor estas cosas. Los adultos siempre lo complican todo.

Elizabeth dulcificó su expresión y apoyó una mano en la mía. Sus manos eran delicadas, con la piel suave como la de un bebé y dedos largos y delgados.

—Ivan —dijo con ternura—, tenemos algo en común. Luke tampoco es mi hijo —sonrió—. Pero me parece fantástico que aún quieras ver a Sam.

—No, no, no lo entiendes, Elizabeth. No soy nada para Fiona, no soy nada para Sam. No me ven como tú me ves, ni siquiera me conocen, eso es lo que intento decirte. Para ellos soy invisible. Soy invisible para todo el mundo excepto para ti y para Luke.

Los ojos de Elizabeth se llenaron totalmente de lágrimas y me apretó la



mano.

—Lo entiendo —dijo Elizabeth con voz un poco temblorosa. Puso la otra mano en la mía y me la estrechó con fuerza. Batallaba con sus pensamientos. Me di cuenta de que quería decir algo y no podía. Sus ojos castaños escrutaron los míos y tras unos momentos de silencio por lo visto había encontrado lo que andaba buscando y su rostro por fin se relajó—. Ivan, no tienes ni idea de lo semejantes que somos tú y yo, y es un gran alivio oírte hablar así porque a veces yo también pienso que soy invisible para el resto del mundo, ¿entiendes? —Su voz tenía un deje de soledad—. Es como si nadie me

conociera, como si nadie me viera tal como realmente soy... excepto tú.

Parecía tan disgustada que la estreché entre mis brazos. Aún me decepcionaba sobremanera que me hubiese malinterpretado por completo, cosa bien extraña, ya que se supone que mis amistades no se fundamentan en mí o en lo que yo deseo. Y hasta entonces nunca me había visto involucrado.

Pero aquella noche, mientras estaba tumbado solo en la cama procesando toda la información del día, me di cuenta de que, al fin y al cabo, por primera vez en mi vida Elizabeth era la única amiga que me había comprendido por completo.

Y para cualquier persona que alguna vez haya tenido esa conexión con alguien, aunque sólo haya durado cinco minutos, es importante. Por una vez no tenía la impresión de estar viviendo en un mundo diferente al de todos los demás, sino que, de hecho, existía una persona, una persona que me gustaba y a quien respetaba, alguien a quien había entregado un trozo de mi corazón, que sentía lo mismo que yo.

Todos sabéis exactamente cómo me sentía aquella noche.

No me sentía tan solo. Incluso mejor que eso, me sentía como si estuviera flotando en el aire.

# 20

El tiempo cambió de la noche a la mañana. La última semana de junio el sol había abrasado la hierba, secado el suelo y traído avispas a miles, que pululaban por todas partes molestando a todo quisqui. La noche del sábado todo eso cambió. El cielo se oscureció dando paso a las nubes. Pero eso era típico del clima irlandés: pasar sin solución de continuidad de una ola de calor a un vendaval tormentoso. Era predeciblemente impredecible.

Elizabeth temblaba en la cama y se

subió el edredón hasta la barbilla. No había puesto la calefacción y pese a que la necesitara se negaba a ponerla durante los meses de verano por una cuestión de principios. Fuera los grandes árboles temblaban también; el viento agitaba sus hojas. Proyectaban sombras fabulosas en las paredes del dormitorio. Las fortísimas rachas que soplaban sonaban como olas gigantes estrellándose contra los acantilados. Dentro, las puertas vibraban. El balancín del jardín oscilaba adelante y atrás chirriando. Todo se movía súbita y violentamente, sin ningún ritmo ni coherencia.

Elizabeth pensaba en Ivan. Se

preguntaba por qué se sentía atraída hacia él y por qué cada vez que abría la boca soltaba sin tapujos los secretos mejor guardados del mundo. Se preguntaba por qué le había hecho un sitio en su casa y en su cabeza. A Elizabeth le encantaba estar sola, no ansiaba compañía, pero ansiaba la compañía de Ivan. Se preguntaba si debería retirarse un poco, habida cuenta de que Fiona vivía a un tiro de piedra de su casa. ¿Acaso su proximidad con Ivan, aunque sólo fuesen amigos, podría ser perturbadora para Sam y Fiona? Elizabeth siempre había confiado en Fiona para que ésta cuidara de Luke casi sin aviso previo.

Como de costumbre, Elizabeth intentó hacer caso omiso de tales pensamientos. Intentó fingir que todo seguía siendo como siempre, que nada había cambiado en su fuero interno, que sus murallas no se estaban desmoronando, franqueando el paso a invitados inoportunos. No quería que eso sucediera, no sabía enfrentarse a un cambio.

Finalmente se centró en lo único que permanecía constante e inalterable en las enérgicas rachas. Y a cambio de eso la luna no le quitó el ojo de encima cuando por fin se sumió en un sueño intranquilo.

—¡Quiquiriquí!

Elizabeth abrió un ojo, confundida por el ruido. La habitación estaba llena de luz. Poco a poco abrió el otro ojo y vio que el sol había vuelto y se estaba encaramando en un cielo azul y sin nubes, aunque los árboles seguían bailando como posesos en la discoteca improvisada del jardín trasero.

—¡Quiquiriquí!

Ahí estaba otra vez. Atontada por el sueño, logró levantarse de la cama y acercarse a la ventana. En medio del jardín estaba Ivan haciendo bocina con las manos alrededor de la boca y gritando:



—¡Quiquiriquí!

Elizabeth se tapó la boca, riendo, y abrió la ventana. El viento entró en el dormitorio.

—¡Ivan! ¿Qué estás haciendo?

—¡Es hora de levantarse! —gritó Ivan. El viento le arrebató el final de la frase y se la llevó hacia el norte.

—¡Estás loco! —chilló Elizabeth.

Luke se asomó asustado a la puerta del dormitorio.

—¿Qué está pasando?

Elizabeth hizo señas a Luke para que se acercara a la ventana y éste se tranquilizó en cuanto vio a Ivan.

—¡Hola, Ivan! —gritó Luke.

Éste levantó la vista y sonrió, y

después alzó la mano con la que se sujetaba la gorra para saludar a Luke. La gorra desapareció de su cabeza, arrebatada por una súbita racha fortísima. El niño y Elizabeth estuvieron observando, muertos de risa, cómo Ivan daba caza a la gorra por todo el jardín, corriendo de aquí para allá a tenor de los caprichosos cambios de dirección del viento. Finalmente se sirvió de una rama rota para hacerla caer del árbol donde quedó atrapada.

—¿Qué haces ahí fuera, Ivan? —chilló Luke.

—¡Es el día de Jinny Joe! —anunció Ivan extendiendo los brazos para indicar cuanto le rodeaba.

—¿Y eso qué es? —preguntó Luke mirando confundido a Elizabeth.

—No tengo ni idea —contestó ella encogiéndose de hombros.

—¿Qué es el día de Jinny Joe, Ivan? —chilló Luke.

—¡Si bajáis os lo enseñaré a los dos! —contestó Ivan. Su ropa holgada ondeaba y se pegaba a su cuerpo.

—¡No vamos vestidos! ¡Estamos en pijama! —exclamó Luke riendo.

—¿Pues a qué esperáis? ¡Poneos cualquier cosa, son las seis de la mañana, no nos verá nadie!

—¡Vamos! —exclamó Luke entusiasmado a Elizabeth al tiempo que saltaba del alféizar de la ventana. Salió

corriendo de la habitación y regresó minutos después con una pierna en los pantalones del chándal, un suéter puesto del revés y las zapatillas cambiadas de pie.

Elizabeth se echó a reír.

—¡Venga, date prisa! —instó Luke respirando entre jadeos.

—Cálmate, Luke.

—No. —Luke abrió de golpe el armario ropero de Elizabeth—. ¡Vístete, es el día de Jinny Joe! —gritó con una radiante sonrisa desdentada.

—Pero, Luke —rezongó Elizabeth, incómoda—, ¿adónde se supone que vamos?

Estaba buscando seguridad en un

niño de seis años.

Luke se encogió de hombros.

—¿A un sitio divertido? —apuntó.

Elizabeth lo meditó, vio el entusiasmo en los ojos de Luke, se sintió invadida por la curiosidad, supo que cometía un error, pero se endosó un chándal y salió corriendo con Luke.

Al salir, el viento cálido le dio de pleno y la dejó sin aliento.

—¡Al Batmóvil! —anunció Ivan reuniéndose con ellos junto a la puerta principal.

Luke soltó una risita alborozada.

Elizabeth se quedó paralizada.

—¿Adónde?

—Al coche —explicó Luke.

—¿Adónde vamos?

—Tú conduce que yo ya te avisaré cuando lleguemos. Es una sorpresa.

—No —repuso Elizabeth como si fuese lo más absurdo que hubiese oído en la vida—. Nunca me subo a un coche sin saber exactamente adónde voy —declaró con altanería.

—Lo haces cada mañana —observó Ivan con ternura.

Elizabeth no le hizo caso.

Luke sostuvo la portezuela abierta para que subiera Ivan, y una vez todos a bordo, Elizabeth emprendió muy contra su voluntad aquel viaje hacia un destino desconocido, deseosa de dar media vuelta en cada curva y preguntándose

por qué no lo hacía.

Tras conducir durante veinte minutos por carreteras sinuosas, una nerviosa Elizabeth obedeció la última indicación de Ivan y detuvo el coche junto a un campo que, para ella, era igual a todos los demás que habían dejado atrás por el camino. Sólo que aquél tenía vistas sobre el resplandeciente océano Atlántico. Desentendiéndose del panorama miró por el retrovisor lateral y dio un bufido al ver el barro que salpicaba el reluciente costado del coche.

—¡Uau! ¿Qué son? —Luke se puso de un salto entre los dos asientos delanteros y señaló hacia el parabrisas.

—Amigo Luke —anunció Ivan con alegría—, son lo que la gente llama Jinny Joes.

Elizabeth levantó la vista. Delante de ella cientos de semillas de diente de león revoloteaban en el aire; la luz del sol se reflejaba en sus suaves y esponjosos hilos blancos y flotaban como sueños hacia los tres ocupantes del coche.

—Parecen hadas —dijo atónito Luke.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—¡Hadas! —Chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. ¿Qué clase de libros has estado leyendo? Son semillas de diente de león, Luke.



Ivan la miró con expresión frustrada.

—¿Por qué sabía que dirías eso?

Bueno, por lo menos te he traído aquí.

Algo es algo.

Elizabeth le miró sorprendida.

Nunca hasta entonces se había dirigido a ella con semejante brusquedad.

—Luke —Ivan se volvió hacia él—, también se conocen como la Margarita Irlandesa pero no son sólo semillas de diente de león, son lo que la mayoría de la gente normal —miró con reproche a Elizabeth— llama Jinny Joes. Se encargan de llevar deseos en el viento y la cosa está en atraparlos con la mano, pedir un deseo y luego soltarlos para que puedan entregarlos.

Elizabeth resopló.

—¿De veras? —dijo susurrando Luke—. Pero ¿por qué hace eso la gente?

Elizabeth soltó una carcajada.

—¡Éste es mi chico!

Ivan hizo caso omiso de ella.

—Hace cientos de años la gente comía las hojas verdes del diente de león porque contienen muchas vitaminas —explicó—, lo cual justifica su nombre en latín, que se traduce como la «cura oficial de todos los males». Por eso la gente cree que traen buena suerte y piden deseos a las semillas.

—¿Y los deseos se cumplen? —preguntó Luke esperanzado.

Elizabeth miró a Ivan, enojada al verle llenar la cabeza de su sobrino con falsas esperanzas.

—Sólo los que se entregan en condiciones, así que, ¿quién sabe? Recuerda que a veces hasta el correo se pierde, Luke.

Luke asintió con la cabeza; lo había entendido.

—Vale. Muy bien. ¡Pues vayamos a atraparlos!

—Id vosotros dos. Yo esperaré en el coche —dijo Elizabeth con la mirada clavada al frente.

Ivan suspiró.

—Eliza...

—Esperaré aquí —repitió con

firmeza. Encendió la radio y se acomodó para dejarles claro que no iba a cambiar de opinión.

Luke bajó del coche y ella se volvió hacia Ivan.

—Me parece ridículo que le llenes la cabeza con esa sarta de mentiras —le soltó muy enfadada—. ¿Qué piensas decirle cuando ninguno de sus deseos se haga realidad?

—¿Cómo sabes que no se harán realidad?

—Tengo sentido común. Algo de lo que por lo visto tú careces.

—Tienes razón, no tengo sentido común. No quiero creer lo mismo que creen todos los demás. Tengo mis

propios pensamientos, cosas que nadie me ha enseñado y que tampoco he leído en ningún libro. Aprendo de la experiencia, en cambio tú... A ti te da miedo experimentar lo que sea y por eso siempre tendrás tu sentido común y nada más que tu sentido común.

Elizabeth miró por la ventanilla y contó hasta diez para no explotar. Detestaba toda aquella verborrea *new age*; contrariamente a lo que él decía, estaba convencida de que aquéllas eran la clase de cosas que sólo podían aprenderse en los libros. Libros escritos y leídos por personas que se pasaban la vida buscando algo, cualquier cosa, con tal de abstraerse del aburrimiento de su

vida real. Personas que necesitaban creer que siempre y para todo existía otro motivo además del más evidente.

—¿Sabes una cosa, Elizabeth? El diente de león también se conoce como filtro de amor. Hay quien dice que si soplas las semillas al viento éstas llevarán tu amor a tu amado. Si soplas la delicada bola blanca mientras pides un deseo y consigues arrancar todas las semillas tu deseo se hará realidad.

Elizabeth torció el gesto, desconcertada.

—Ya basta de esa jerigonza, Ivan.

—Muy bien. Porque hoy Luke y yo nos disponemos a atrapar Jinny Joes. Creía que siempre habías soñado en

querer alcanzar un deseo —dijo Ivan.

Elizabeth apartó la mirada.

—Sé lo que estás haciendo, Ivan, y no dará resultado —dijo—. Te conté cosas de mi infancia en la más estricta confidencialidad. Me costó mucho decir las cosas que dije. Y no lo hice para que tú las convirtieras en una especie de juego —concluyó Elizabeth entre dientes.

—Esto no es un ningún juego —dijo Ivan en voz baja. Se apeó del coche.

—Todo es un juego para ti —le espetó Elizabeth—. Dime, ¿cómo es que sabes tanto sobre las semillas de diente de león? ¿Cuál es la finalidad exacta de toda esa estúpida información tuya?

Ivan se inclinó hacia la puerta abierta y habló en voz baja.

—Bueno, me parece bastante obvio que si vas a confiar en algo que va a acarrear tus deseos en el viento, quizá también quieras saber con exactitud de dónde viene y adónde tiene intención de ir.

La portezuela se cerró de golpe.

Elizabeth los miró correr hacia el campo.

—Pues si es así, ¿de dónde procedes exactamente, Ivan? —preguntó en voz alta—. ¿Y dónde y cuándo tienes intención de ir?



Elizabeth contemplaba cómo Ivan y Luke correteaban por el campo, saltando y zambulléndose en la hierba para atrapar las semillas de diente de león que flotaban en el aire como bolas de plumas.

—¡Tengo una! —oyó chillar a Luke.

—Pide un deseo —le instó Ivan alegremente.

Luke la guardó en una mano y cerró con fuerza los párpados.

—¡Deseo que Elizabeth baje del coche y juegue a Jinny Joes! —chilló.

Levantó la mano regordeta, abrió lentamente los dedos menudos y soltó la bola al viento que se la llevó consigo.

Ivan miró a Elizabeth enarcando las cejas.

Luke se volvió hacia el coche para ver si su deseo se había cumplido.

Por más que Elizabeth viera su carita esperanzada no podía complacerle, ni tampoco podía bajar del coche y hacer que Luke creyera en cuentos de hadas que no eran más que mentiras disfrazadas con florituras. Y no iba a apearse. Pero volvió a ver a Luke corretear por el campo con los brazos extendidos. El niño atrapó otra semilla, la estrechó entre ambas manos y pidió a

voz en grito el mismo deseo.

Elizabeth notó una opresión en el pecho y comenzó a respirar más deprisa. Ambos la miraban con los ojos tan llenos de esperanza que Elizabeth no pudo por menos de sentir el peso de la confianza depositada en ella. Sólo era un juego, se repetía tratando de convencerse; bastaba con que se apeara del coche. Pero para ella significaba bastante más. Significaba llenar la cabeza de un niño con unos pensamientos e ideas que nunca se harían realidad. Significaba sacrificar un rato de diversión por una vida entera de decepción. Agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le

pusieron blancos.

Una vez más un jubiloso Luke se puso a saltar tratando de atrapar otro diente de león. Repitió su deseo a voz en grito y esta vez añadió:

—¡Por favor, por favor, por favor, Jinny Joe!

Con el brazo en alto parecía la Estatua de la Libertad y acto seguido soltó la bola de semillas.

Ivan no hacía nada. Se había quedado plantado en medio del campo observándolo todo con aquella mirada y presencia suyas que tanto atraían a Elizabeth. Ésta reparó en que Luke parecía cada vez más frustrado y desilusionado mientras atrapaba otra

bola, la estrujaba con rabia entre las manos y la soltaba como si quisiera darle una patada.

Su sobrino ya estaba perdiendo la fe y se detestó a sí misma por ser la causante. Inspiró profundamente y alcanzó el tirador de la puerta. El rostro de Luke se iluminó y de inmediato se puso a cazar más semillas. Mientras Elizabeth caminaba hacia el campo, las fucsias bailaban alocadamente como espectadores que agitaran banderines rojos y morados para dar la bienvenida a un deportista que saliera al terreno de juego.

Mientras conducía lentamente su tractor, Brendan Egan estuvo a punto de meterse en la cuneta al fijarse en lo que sucedía en un campo lejano. Contra el telón de fondo del resplandeciente mar y el sol, dos figuras oscuras bailaban sobre la hierba. Una era una mujer cuya larga melena negra ondeaba al viento envolviéndole la cara y el cuello. Gritaba de entusiasmo y alegría al saltar de un lado a otro junto a un niño pequeño, mientras trataban de atrapar las semillas de diente de león que parecían volar en paracaídas.

Brendan detuvo el tractor y la

impresión le hizo contener un momento el aliento: le pareció estar viendo un fantasma. El cuerpo le temblaba mientras contemplaba maravillado y asustado, hasta que un bocinazo detrás de él le dio un susto conminándolo a seguir avanzando.

Benjamin conducía de regreso de Killarney a las 6:30 de la mañana del domingo disfrutando de la vista del océano cuando un tractor detenido en medio de la carretera le obligó a frenar. En la cabina del tractor había un hombre mayor que miraba a lo lejos con la cara blanca como el papel. Benjamin siguió

su mirada. En su rostro se dibujó una sonrisa al localizar a Elizabeth Egan bailando con un niño en un campo lleno de dientes de león. La joven reía y gritaba mientras brincaba de aquí para allá. Iba en chándal y sus cabellos, que de costumbre llevaba severamente recogidos en la nuca, ondeaban sueltos al viento. A Benjamin no se le había ocurrido que ella pudiera tener un hijo, pero vio claramente cómo alzaba al niño en brazos, le ayudaba a alcanzar algo y después lo devolvía al suelo otra vez. El chiquillo rubio reía de puro deleite y Benjamin sonrió disfrutando del espectáculo. Podría haberse pasado toda la mañana contemplando a Elizabeth,



pero un bocinazo detrás de él le sobresaltó y cuando el tractor se puso en marcha y arrancó de nuevo, ambos avanzaron a paso de tortuga sin dejar de mirar a Elizabeth.

Inventar hombres imaginarios y bailar en los campos a las 6:30 de un domingo por la mañana... Benjamin no pudo por menos de reír y admirarla por lo divertida que era y las ganas de vivir que transmitía. Nunca daba muestras de tener miedo a lo que pensaran los demás. Al avanzar por la serpenteante carretera pudo verla con más claridad. El semblante de Elizabeth lucía una expresión de pura dicha. Parecía una mujer completamente distinta.

Elizabeth se sentía ebria de placer mientras conducía de regreso al pueblo, en compañía de Luke e Ivan. Habían pasado las últimas dos horas persiguiendo y atrapando lo que Ivan insistía en llamar Jinny Joes. Después, muy cansados y sin aliento se habían desplomado en la hierba alta inspirando el fresco aire marino de primeras horas del día. Elizabeth no recordaba la última vez que se había reído tanto. De hecho, no creía que hubiese reído tanto en toda su vida.

Ivan parecía tener una energía sin límites y un apetito insaciable por todo lo nuevo y emocionante. Hacía muchísimo tiempo que Elizabeth no se exaltaba; era una sensación que no asociaba con su vida adulta. No había sentido el cosquilleo de la antelación en el estómago desde que era una niña; nunca había anhelado nada hasta el punto de sentir que iba a reventar si aquello no ocurría aquí y ahora. Pero estar con Ivan le devolvía todas esas sensaciones. El tiempo transcurría muy deprisa cuando estaba con él, tanto si andaban dando saltos por el campo como si simplemente se hacían compañía en silencio, cosa que ocurría a

menudo. Siempre deseaba que el tiempo se ralentizara cuando él estaba presente y cuando la abandonaba siempre se quedaba con ganas de más. Había atrapado muchas semillas de diente de león aquella mañana y en su fuero interno muchos de sus deseos habían sido para que el tiempo que estaban pasando juntos ese día se prolongara y que el viento no amainara para poder aferrarse al momento, junto con Luke.

Elizabeth equiparó esas sensaciones tan fuertes, casi obsesivas, a las de un enamoramiento infantil, pero con más profundidad. Se sentía atraída por todo lo de Ivan; la manera de hablar, la manera de vestir, las palabras que

empleaba, su aparente inocencia pese a tener un hondo conocimiento de sabios puntos de vista. Siempre decía lo que había que decir, incluso cuando ella no tenía ganas de oírlo. La oscuridad desaparecía del fondo de los túneles de Elizabeth y de súbito era capaz de ver más allá. Cuando Ivan entraba tan campante en una habitación traía consigo claridad e inteligencia. Era la encarnación de la esperanza, y entonces Elizabeth entendía que para ella las cosas podían no ser fantásticas o maravillosas o el colmo de la felicidad, pero que podían irle bien. Y eso le bastaba.

Ivan ocupaba sus pensamientos en

todo momento; ella repetía sus conversaciones una y otra vez. Le hacía una pregunta tras otra y él siempre se mostraba abierto y sincero en sus respuestas, pero después, tendida en la cama, Elizabeth caía en la cuenta de que no sabía más que antes acerca de él pese a que hubiese contestado a todas sus preguntas. Aun así percibía que eran dos seres muy similares. Dos personas solitarias que volaban llevadas por la brisa como semillas de diente de león, portadores de sus respectivos deseos.

Por descontado, tales sentimientos la asustaban. Por descontado, atentaban contra sus principios, pero por más que lo intentara le era imposible evitar que

el pulso se le acelerara cuando la piel de Ivan rozaba la suya, le era imposible evitar buscarle cuando creía que podía andar cerca. Le era imposible evitar que invadiera sus pensamientos. Ivan se acurrucaba con naturalidad entre sus brazos a pesar de que éstos no estuvieran abiertos; se presentaba en su casa sin estar invitado y no obstante a Elizabeth le era imposible evitar abrirle la puerta una vez tras otra.

La atraía su presencia, lo que le hacía sentir, sus silencios y sus palabras. Se estaba enamorando de él.

El lunes por la mañana Elizabeth entró

en el café de Joe caminando y tarareando la misma canción que había estado tarareando la semana anterior y que al parecer no lograba quitarse de la cabeza.

Eran las ocho y media y la cafetería estaba atestada de turistas que se habían detenido a desayunar antes de regresar a su autocar, el cual les llevaría hasta la parada siguiente de su excursión. La cafetería bullía de conversaciones en alemán. Joe se afanaba recogiendo servicios sucios de las mesas, llevándolos a la cocina y regresando con platos llenos de desayunos irlandeses que su esposa había preparado.

Elizabeth le hizo señas pidiendo



café y él enseguida asintió con la cabeza acusando recibo del pedido, sin tiempo para cotillear. Elizabeth buscó una mesa y el pulso se le aceleró al ver a Ivan en la otra punta del establecimiento. Incapaz de controlar la alegría que se adueñó de ella sonrió de oreja a oreja. Sintió la excitación invadir todo su cuerpo mientras se abría paso entre las mesas en dirección a él. La visión de Ivan la trastornaba.

—Hola —musitó Elizabeth odiándose al notar el cambio de su voz.

—Buenos días, Elizabeth —saludó Ivan sonriendo. Su voz también era distinta.

Ambos lo percibieron, percibieron

algo, y se quedaron mirándose a los ojos.

—Te he guardado una mesa.

—Gracias.

Sonrisas.

—¿Tomo nota de un desayuno? — preguntó Joe, bolígrafo y bloc en mano.

Elizabeth no solía desayunar, pero al ver la manera en que Ivan estudiaba la carta pensó que podía llegar unos minutos más tarde a la oficina para variar.

—¿Me traes otra carta, Joe, por favor?

Joe la fulminó con la mirada.

—¿Por qué quieres otra carta?

—Para poder leerla.

—¿Qué le pasa a la que está encima de la mesa? —preguntó Joe malhumorado.

—Vale, vale —dijo Elizabeth echándose atrás y arrimándose a Ivan para compartir la carta.

Joe la miró con recelo.

—Me parece que tomaré el desayuno irlandés —dijo Ivan relamiéndose.

—Para mí lo mismo —dijo Elizabeth a Joe.

—¿Lo mismo que qué?

—El desayuno irlandés.

—Vale, pues un desayuno irlandés y un café.

—No —repuso Elizabeth arrugando

la frente—, dos desayunos irlandeses y dos cafés.

—¿Estás comiendo por dos? —preguntó Joe mirándola de arriba abajo.

—¡No! —exclamó Elizabeth y se volvió hacia Ivan con una mirada de disculpa en cuanto Joe se alejó—. Siento lo de Joe; a veces hace cosas raras.

Joe puso dos cafés en la mesa, volvió a mirarla con recelo y se fue pitando a servir otra mesa.

—Está muy concurrido este sitio, hoy —dijo Elizabeth sin apenas apartar la vista de Ivan.

—¿En serio? —preguntó Ivan mirándola fijamente a los ojos.

Un hormigueo estremeció todo el cuerpo de Elizabeth.

—Me gusta cuando el pueblo está así. Parece que resucite. No sé cómo será Aisatnaf, pero aquí acabas hartos de ver siempre las mismas caras. Los turistas cambian el escenario, te dan algo tras lo que esconderte.

—¿De qué tienes que esconderte?

—Ivan, todos los lugareños me conocen. Casi saben más que yo misma sobre la historia de mi familia.

—Yo no escucho a los lugareños, te escucho a ti.

—Lo sé. Durante el verano este sitio es como un árbol grande, fuerte y hermoso —trató de explicar—, pero en

invierno le arrebatan las hojas y se queda desnudo, sin nada para taparte o darte intimidad. Siempre me siento como si estuviera expuesta en un escaparate.

—¿No te gusta vivir aquí?

—No es eso. Es sólo que a veces este pueblo necesita animarse un poco, que le den una buena patada en el trasero. Cada mañana me siento aquí y sueño que salgo a la calle y derramo mi café a fin de darle la inyección que necesita para despertarse.

—Muy bien, ¿y por qué no lo haces?

—¿Qué quieres decir?

Ivan se puso de pie.

—Elizabeth Egan, ven conmigo y

trae tu tazón de café.

—Pe...

—No hay peros que valgan. Anda, ven.

Dicho esto salió de la cafetería. Ella lo siguió un tanto confundida llevando el tazón consigo.

—¿Y bien? —preguntó tras tomar un sorbo.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que des a este pueblo una buena inyección de cafeína —anunció Ivan mirando a un lado y al otro de la calle desierta.

Elizabeth le miró sin comprender.

—Venga. —Ivan dio un ligero golpe al tazón derramando café lechoso por la

acera—. Uy —dijo secamente.

Elizabeth se rió.

—Estás como una cabra, Ivan.

—¿Que yo estoy como una cabra?

Eres tú quien lo ha sugerido.

Volvió a golpear el tazón, más fuerte esta vez, salpicando más copiosamente el suelo. Elizabeth soltó un grito y dio un salto hacia atrás para no mancharse los zapatos.

Atrajo unas cuantas miradas del interior de la cafetería.

—¡Venga, Elizabeth!

Aquello resultaba absurdo, ridículo y completamente infantil. No tenía ningún sentido hacerlo, pero al recordar cómo se había divertido la víspera en el



campo, cuánto había reído y cómo había flotado el resto del día anheló revivir aquella sensación. Ladeó el tazón dejando que todo el café cayera al suelo. Al principio formó un charco y luego lo observó llenar las grietas de las losas y fluir lentamente hacia la calzada.

—Eso no habrá despertado ni a los insectos —bromeó Ivan.

—Muy bien, pues, aparte —advirtió Elizabeth enarcando una ceja.

Ivan se apartó mientras Elizabeth extendía el brazo y giraba sobre sí misma. El café salió despedido como de una fuente.

Joe asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Elizabeth?

¿No te he preparado un buen café? — Parecía preocupado—. Me estás haciendo quedar mal delante de esta gente.

Señaló con la cabeza al grupo de turistas que se estaba congregando en la ventana, observándola. Ivan se echó a reír.

—Me parece que esto requiere otro tazón de café —anunció.

—¿Otro café? —preguntó Elizabeth asustada.

—De acuerdo —dijo Joe retrocediendo despacio.

—Perdone, ¿qué está pasando? —preguntó un turista a Joe, que se disponía a volver dentro.

—Ah, esto es, eh... —Joe se quedó sin saber qué decir—. Es una costumbre que tenemos aquí, en Baile na gGroíthe. Los lunes por la mañana, esto, eh... —Se volvió hacia Elizabeth que giraba sobre sí misma riendo y esparciendo café por la acera—. Como ve, nos gusta salpicarlo todo de café. Es bueno para, eh... —observó cómo Elizabeth derramaba el líquido en las jardineras de las ventanas—, para las flores.

Tragó saliva. El turista enarcó las cejas con interés y sonrió divertido.

—En ese caso, otras cinco tazas de café para mis muy queridos amigos.

Tras vacilar un momento, Joe desplegó una amplia sonrisa al ver una

ocasión de ganar dinero.

—Marchando cinco tazas.

Al cabo de un momento su sumaron a Elizabeth cinco extranjeros que empezaron a bailar girando sobre sí mismos, riendo y chillando mientras derramaban café por la acera. Esto hizo que ella e Ivan rieran aún con más ganas hasta que se escabulleron de los turistas. Éstos, aunque en secreto intercambiaban miradas de perplejidad respecto de aquella tonta costumbre irlandesa de derramar café por el suelo, se decían que a fin de cuentas proporcionaba una sana diversión.

Elizabeth contemplaba el pueblo con asombro. Los tenderos habían salido a

la puerta y observaban el alboroto que se había armado delante de Joe's. Los vecinos abrían las ventanas y asomaban la cabeza. Los coches aminoraban la marcha para echar un vistazo, provocando que los conductores que los seguían tocaran contrariados la bocina. En cuestión de instantes la aletargada localidad se había despertado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ivan secándose las lágrimas de risa de los ojos—. ¿Por qué has dejado de reír?

—¿Es que para ti no existen los sueños, Ivan? ¿No puedes hacer que ciertas cosas permanezcan sólo en tu cabeza?

Que ella supiera, Ivan era capaz de

hacer que cualquier cosa ocurriera. Bueno, casi cualquier cosa. Levantó la vista a sus ojos azules y se le disparó el corazón.

Ivan le devolvió la mirada y se arrimó un paso más. Parecía muy serio y mayor de lo que hasta entonces se había mostrado, como si acabara de ver y aprender algo nuevo pocos segundos antes. Tocó suavemente la mejilla de Elizabeth y adelantó la cabeza despacio hacia su rostro.

—No —susurró, y la besó en la boca con tanta ternura que faltó poco para que a Elizabeth le fallaran las piernas—, todo debe hacerse realidad.

Joe miró por la ventana y rió al ver a

los turistas bailando y derramando café delante de su local. Entrevió a Elizabeth al otro lado de la calle y se acercó a la ventana para verla mejor. Tenía la cabeza levantada y los ojos cerrados con una expresión de perfecta dicha. El pelo, de ordinario recogido en la nuca, lo llevaba suelto y ondeaba en la ligera brisa matutina. Parecía deleitarse con el brillo del sol que le bañaba la cara.

Joe habría jurado que el rostro de Elizabeth era el vivo retrato del de su fogosa madre.

Las bocas de Ivan y Elizabeth tardaron un rato en separarse y cuando por fin lo hicieron, Elizabeth, con un cosquilleo en los labios, recorrió dando brincos el camino hasta la oficina. Tenía la impresión de que si levantaba más los pies del suelo comenzaría a flotar. Tarareando mientras intentaba dominar su no-vuelo chocó de pleno contra la señora Bracken que, de pie en su portal, estudiaba a los turistas del otro lado de la calle.

—¡Jesús! —Elizabeth dio un salto



hacia atrás, asustada.

—Es el hijo de Dios, que entregó su vida y murió en la cruz para difundir la palabra del Señor y darnos una vida mejor, así que no tomes su nombre en vano —soltó de un tirón la señora Bracken. Señaló con el mentón en dirección a la cafetería—. ¿Qué diantre están haciendo esos extranjeros?

Elizabeth se mordió el labio y se aguantó la risa.

—No tengo ni idea. ¿Por qué no se une a ellos?

—Al señor Bracken no le habría gustado nada todo este jaleo. —Debió de percibir algo en la voz de Elizabeth, porque levantó la cabeza de golpe,

entrecerró los ojos y la miró de hito en hito—. Te veo distinta.

Elizabeth hizo caso omiso de ella y se echó a reír al ver a Joe fregando con aire culpable el café derramado en la acera.

—¿Has pasado mucho tiempo en la torre de allá arriba? —preguntó la señora Bracken en tono acusatorio.

—Pues claro, señora Bracken. Estoy diseñando el hotel, ¿recuerda? Por cierto, he encargado la tela; debería llegarnos dentro de tres semanas, con lo cual nos quedan dos meses para tenerlo todo listo. ¿Cree que podrá contratar personal de refuerzo?

La señora Bracken entrecerró los

ojos con recelo.

—Te has soltado el pelo.

—¿Y? —preguntó Elizabeth entrando al taller de tapicería para ver si había llegado su pedido.

—Y el señor Bracken solía decir: «cuidado con las mujeres que cambian drásticamente de peinado».

—Yo no diría que soltarse el pelo sea un cambio muy drástico.

—Elizabeth Egan, en tu caso particular, sostengo que soltarse la melena es un cambio drástico. Por cierto —agregó a renglón seguido sin dar pie a que Elizabeth replicara—, tenemos un problema con el pedido que ha llegado hoy.

—¿Qué sucede?

—Es muy colorido. —Pronunció la palabra como si fuese una enfermedad y, abriendo mucho los ojos, lo puso aún más de relieve—: Rojo.

Elizabeth sonrió.

—Es frambuesa, no es rojo, y ¿qué tiene de malo un poco de color?

—Que qué tiene de malo un poco de color, dice. —La señora Bracken subió la voz una octava—. Hasta la semana pasada tu mundo era marrón. Es esa torre lo que te está afectando. El tipo americano, ¿verdad?

—Oh, no me venga usted también con el cuento de la torre. —Elizabeth puso cara de fastidio—. He estado allí

arriba toda la semana y no es más que una muralla que se está viniendo abajo.

—Una muralla que se viene abajo, desde luego —dijo la señora Bracken sin quitarle el ojo de encima—, y es el tipo americano quien la está derribando.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Adiós, señora Bracken.

Subió a la carrera la escalera de la oficina.

En la entrada la recibió un par de piernas que salían de debajo del escritorio de Poppy. Eran piernas de hombre: pantalones de pana marrón con zapatos marrones que se agitaban y retorcían.

—¿Es usted, Elizabeth? —gritó una

VOZ.

—Sí, Harry. —Elizabeth sonrió. Cosa curiosa, estaba encontrando extrañamente adorables a las dos personas que acostumbraban sacarla de quicio a diario. Desde luego Ivan estaba superando muy airoso la prueba de la sonrisa tonta.

—Le estaba apretando los tornillos a esta silla. Poppy me ha contado que les montó un buen numerito la semana pasada.

—Así fue, Harry, gracias.

—De nada.

Las piernas del hombre se deslizaron bajo el escritorio y desaparecieron mientras se ponía

trabajosamente a gatas. Después de darse un coscorrón contra el tablero del escritorio, asomó por fin la cabeza mostrando una calva que intentaba disimular peinando los escasos cabellos de un lado a otro del cráneo.

—Ah, ahí está usted —dijo Harry levantándose, llave inglesa en mano—. Ahora el asiento no tendría que girar por su cuenta. Qué raro que hiciera eso. —Efectuó una última comprobación y luego miró a Elizabeth con la misma expresión que había adoptado para examinar la silla—. La veo distinta.

—Pues soy la misma de siempre —respondió Elizabeth dirigiéndose a su despacho.

—Es el pelo. Se lo ha soltado. Yo siempre he dicho que a las mujeres les queda mejor la melena y...

—Gracias, Harry. ¿Ya ha terminado?  
—preguntó Elizabeth con firmeza, poniendo fin a la conversación.

—Sí, sí, claro.

Harry se sonrojó, y después de despedirse de ella con la mano se fue escaleras abajo, sin duda para cotillear con la señora Bracken sobre la melena suelta de Elizabeth.

Elizabeth se sentó a su escritorio e intentó concentrarse en el trabajo, pero impensadamente se pasó las yemas de los dedos por los labios, reviviendo el beso que acababa de darle Ivan.



—Vale —dijo Poppy entrando sin llamar al despacho de Elizabeth para dejar una hucha encima del escritorio—. ¿Ves esto de aquí?

Elizabeth asintió mirando al cerdito. Becca estaba en la puerta del fondo.

—Bueno, pues se me ha ocurrido un plan. —Poppy hizo rechinar los dientes—. Cada vez que te pongas a tararear esa maldita canción tuya, tendrás que poner dinero en el cerdo.

Elizabeth enarcó las cejas con expresión divertida.

—Poppy, ¿has hecho tú este cerdito? —preguntó sin quitar ojo al cerdo de papel maché que tenía en el escritorio.

Poppy intentó disimular su sonrisa.

—La de anoche fue una noche muy tranquila. Pero, en serio, ya está empezando a ser algo más que irritante, Elizabeth, tienes que creerme —suplicó Poppy—. Hasta Becca está hasta la coronilla.

—¿Es eso cierto, Becca?

Becca se ruborizó y se batió en retirada; no quería verse envuelta en aquella conversación.

—Menudo respaldo —rezongó Poppy.

—¿Y quién se quedará con el dinero? —preguntó Elizabeth.

—El cerdo. Está recaudando fondos para una pocilga nueva. Tararea una canción y apoya a un cerdo —dijo

acercando la hucha a la cara de Elizabeth.

Elizabeth se aguantó la risa.

—Fuera.

Momentos después, una vez que todas reanudaron sus tareas, Becca entró resueltamente al despacho, puso el cerdo encima de la mesa y abriendo mucho los ojos exclamó:

—¡Paga!

—¿Estaba tarareando otra vez? —preguntó Elizabeth, sorprendida.

—Sí —contestó Becca entre dientes, crispada, antes de darse la vuelta.

Entrada la mañana Becca hizo pasar a una visita al despacho de Elizabeth.

—Hola, señora Collins —saludó

Elizabeth con cortesía al tiempo que la aprensión le encogía el estómago. La señora Collins regentaba la pensión en la que se alojaba Saoirse desde hacía unas semanas—. Siéntese, por favor.

Indicó la silla que tenía delante.

—Gracias. —La señora Collins tomó asiento—. Y llámeme Margaret.

Echó un vistazo a la habitación como un niño asustado a quien hubieran llamado al despacho del director del colegio. Mantenía las manos entrelazadas en el regazo como si temiera tocar algún objeto. Llevaba la blusa abotonada hasta el mentón.

—He venido a hablarle de Saoirse. Siento no haber tenido ocasión de

comunicarle ninguna de las notas y mensajes telefónicos que usted le mandó durante estos últimos días —dijo Margaret con evidente embarazo, toqueteando el dobladillo de su blusa—. Lleva tres días sin pasarse por la pensión.

—Vaya —dijo Elizabeth incómoda—. Gracias por informarme, Margaret, pero no hay de qué preocuparse. Seguro que no tardará en llamarme.

Estaba harta de ser la última en enterarse de todo, de ser informada sobre las actividades de su familia por perfectos desconocidos. A pesar de la atención que había prestado a Ivan, Elizabeth había procurado tener a

Saoirse vigilada en la medida de lo posible. Faltaban pocas semanas para la vista, pero Elizabeth no había conseguido dar con ella en ninguna parte, siendo «ninguna parte» el pub, la casa de su padre y la pensión.

—Bueno, en realidad no se trata de eso. Es sólo que, bueno, en esta época tenemos mucho trabajo. Hay un montón de turistas que pasan por aquí buscando alojamiento y necesitamos la habitación de Saoirse.

—Ya. —Se apoyó contra el respaldo como movida por un resorte, sintiéndose estúpida. ¡Claro!—. Eso es perfectamente comprensible —dijo Elizabeth con torpeza—. Pasaré después

del trabajo a recoger sus cosas, si le parece.

—No será necesario. —Margaret sonrió con dulzura y de repente gritó—: ¡Chicos!

Acto seguido entraron los dos hijos adolescentes de Margaret, cada uno con una maleta.

—Me he tomado la libertad de reunir todas sus pertenencias —prosiguió Margaret con su falsa sonrisa estampada en el rostro—. Ahora sólo me falta cobrar tres días de alojamiento y el asunto estará zanjado.

Elizabeth se quedó helada.

—Margaret, sin duda comprenderá que las deudas de Saoirse no son de mi

incumbencia. Que sea su hermana no significa que deba saldarlas yo. No tardará en regresar, estoy convencida.

—Ya lo sé, Elizabeth. —Margaret volvió a sonreír revelando una pequeña mancha de pintalabios de color rosa en un diente delantero—. Pero habida cuenta de que la mía es hoy por hoy la única pensión que aceptaría a Saoirse como huésped, estoy segura de que usted...

—¿Cuánto? —le espetó Elizabeth.

—Quince por noche —dijo Margaret con dulzura.

Elizabeth rebuscó en su billetero. Suspiró.

—Mire, Margaret, ahora no



dispongo de efec...

—Un cheque me va bien —repuso alegremente.

Tras entregar el cheque a Margaret, por primera vez en los últimos días Elizabeth dejó de pensar en Ivan y comenzó a preocuparse por Saoirse. Igual que en los viejos tiempos.

A las diez de la noche, en el centro de Nueva York, Elizabeth y Mark miraban a través de los inmensos ventanales negros del bar del piso ciento catorce que Elizabeth acababa de diseñar. Aquella noche se inauguraba el Club Zoo, un piso entero dedicado a los

estampados de animales, los sofás de piel y los cojines con un poco de verde y bambú colocados en sitios estratégicos. La decoración era un compendio de todo lo que más detestaba Elizabeth en un diseño, pero le habían hecho un encargo muy concreto y se había ceñido a las instrucciones. El éxito era formidable, todo el mundo disfrutaba de la velada, y la actuación en vivo de unos percusionistas tocando ritmos selváticos y el constante rumor de animadas conversaciones redondeaban el ambiente festivo. Elizabeth y Mark entrechocaron sus copas de champán y contemplaron el mar de rascacielos, las luces que punteaban los edificios al azar

y la marea de taxis amarillos circulando a sus pies.

—Por otro de tus éxitos —brindó Mark y bebió un sorbo de la copa llena de burbujas.

Elizabeth sonrió, henchida de orgullo.

—Ahora sí que estamos lejos de casa, ¿verdad? —reflexionó con la vista perdida en el panorama y viendo el reflejo de la fiesta que tenía lugar detrás de ella. Distinguió al propietario, Henry Hakala, que se abría paso entre la concurrencia.

—Elizabeth, por fin te encuentro. —Extendió los brazos a modo de bienvenida—. ¿Qué hace la estrella de

la noche en este rincón, alejada de todo el mundo? —preguntó.

Elizabeth hizo las presentaciones de rigor.

—Henry, te presento a Mark Leeson, mi novio; Mark, él es Henry Hakala, propietario del Club Zoo.

—Entonces usted es la persona que ha estado reteniendo a mi novia hasta las tantas cada noche —bromeó Mark estrechando la mano de Henry.

Henry se rió.

—Me ha salvado la vida. ¿Tres semanas para hacer todo esto? —Con un ademán abarcó la vibrante decoración de la sala con estampados de cebra en las paredes, pieles de oso cubriendo los

sofás, alfombras de falso leopardo a través del suelo entarimado, plantas enormes en maceteros cromados y bambúes delimitando la zona de la barra —. Era un plazo de entrega muy ajustado pero sabía que Elizabeth lo conseguiría. Lo que no me imaginaba es que lo hiciera tan bien. —Parecía agradecido —. En fin, los discursos están a punto de empezar. Sólo quiero decir unas palabras, mencionar los nombres de unos cuantos inversores —murmuró entre dientes—, y dar las gracias a todo el fantástico equipo que ha trabajado tan duro. Así que no te marches, Elizabeth, porque te voy a poner en el punto de mira de todos los presentes dentro de un

momento.

—Oh —Elizabeth se puso colorada —, por favor, no.

—Créeme, te lloverán las ofertas a cientos después de que lo haga —dijo antes de dirigirse hacia el micrófono decorado con una especie de parra.

—Disculpe, señora Egan. —Un miembro del personal se aproximó a ella—. Tiene una llamada en el mostrador de la entrada.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Yo? ¿Una llamada? ¿Está seguro?

—Usted es la señora Egan, ¿verdad?

Elizabeth asintió confundida. ¿Quién la estaría llamando allí?

—Es una muchacha, dice que es su

hermana —explicó el empleado en voz baja.

—Oh. —El pulso se le aceleró mucho—. ¿Saoirse? —preguntó pasmada.

—Sí, eso es —dijo el muchacho mostrándose aliviado—. No estaba seguro de recordarlo bien.

En ese instante sintió que la música sonaba más alto, el ritmo de los tambores le martilleaba la cabeza, los estampados de pieles se juntaban y se hacían borrosos. Saoirse no la llamaba nunca; tenía que estar ocurriendo algo grave.

—Déjalo correr, Elizabeth —instó Mark en un tono bastante convincente—.

Diga a la mujer del teléfono que la señora Egan está ocupada en este momento —dijo Mark al barman—. Ésta es tu noche, disfrútala —añadió en voz baja a Elizabeth.

—No, no, no le diga nada —tartamudeó Elizabeth. Debían de ser las tres de la madrugada en Irlanda. ¿Por qué telefoneaba tan tarde Saoirse?—. Atenderé la llamada, gracias —le dijo al muchacho.

—Elizabeth, el discurso está a punto de empezar —advirtió Mark mientras se iba haciendo el silencio en la sala y los invitados se congregaban delante del micrófono—. No puedes perdértelo —agregó entre dientes—. Éste es tu



momento de gloria.

—No, no, no puedo —replicó Elizabeth con voz temblorosa y se alejó enfilando en dirección al teléfono.

—¿Diga? —dijo instantes después con una voz que ponía en evidencia su preocupación.

—¿Elizabeth? —sollozó la voz de Saoirse.

—Soy yo, Saoirse. ¿Ocurre algo malo? —preguntó notando que el corazón le latía alocadamente.

En el club reinaba el silencio mientras Henry desgranaba su discurso.

—Sólo quería que... —Saoirse se quedó pasmada sin saber qué decir y se calló.

—¿Querías que qué? ¿Va todo bien?

—preguntó Elizabeth con premura.

La voz de Henry atronaba.

—... Y por último pero no por ello menos importante quiero dar las gracias a la maravillosa Elizabeth Egan de Morgan Designs por diseñar tan maravillosamente este lugar en tan poco tiempo. Ha creado algo completamente distinto de lo que hay ahí fuera ahora mismo, convirtiendo el Club Zoo en el más frecuentado, moderno y novedoso de la noche neoyorquina, garantizando que la cola de gente deseosa de entrar dé la vuelta a la manzana. Está en un rincón de allí al fondo. Elizabeth, salúdanos con la mano, deja que todo el

mundo sepa quién eres para que te me puedan arrebatat.

Los presentes se volvieron en silencio buscando a la diseñadora con la mirada.

—Vaya —resonó la voz de Henry—, bueno, estaba allí hace un segundo. Quizás algún avisado ya se la haya llevado para hacerle un encargo.

Todos rieron.

Elizabeth miró hacia la sala y vio a Mark que, con dos copas de champán en las manos, se encogía de hombros en respuesta a cuantos se volvían hacia él y se reía. Fingía reír.

—Saoirse. —A Elizabeth se le quebró la voz—. Por favor, dime si pasa

algo malo. ¿Has vuelto a meterte en líos?

Silencio. En vez del hilo de voz sollozante que Elizabeth había oído antes, la voz de Saoirse sonó con fuerza.

—No —espetó—. No, estoy bien. Todo va bien. Que lo pases bien en la fiesta.

Y colgó.

Elizabeth suspiró y colgó el teléfono lentamente.

Dentro el discurso había terminado y los tambores volvían a llenar la estancia; y las conversaciones así como las bebidas continuaron fluyendo.

Ni ella ni Mark estaban de humor para fiestas.

Elizabeth veía una figura gigantesca erguida en la distancia mientras conducía por el camino que llevaba a la granja de su padre. Había salido temprano del trabajo y andaba buscando a Saoirse. Hacía varios días que nadie la había visto, ni siquiera el dueño del pub del pueblo, lo cual era toda una novedad.

Siempre había resultado complicado indicar a la gente el modo de llegar hasta la granja, ya que quedaba muy aislada del resto de la localidad. El camino ni siquiera tenía nombre, cosa que a Elizabeth le parecía apropiada;

era un camino que todos olvidaban. Los carteros y los repartidores de leche novatos siempre tardaban unos cuantos días en encontrar la dirección, los políticos nunca hacían campaña delante de la casa, los niños nunca llamaban a la puerta la noche de Halloween, víspera de Todos los Santos. Cuando era niña Elizabeth había intentado convencerse de que su madre simplemente se había perdido y no lograba encontrar el camino de la casa.

Recordaba haberle contado esa teoría a su padre, el cual apenas esbozó una sonrisa y contestó:

—¿Sabes qué, Elizabeth? No estás muy equivocada.

Aquella fue la única explicación que recibió, si es que cabía considerarla como tal. Nunca comentaban la desaparición de su madre. Los vecinos y los parientes que iban a visitarlos bajaban la voz cuando Elizabeth estaba cerca. Nadie le contaba lo que había ocurrido y ella se guardaba de preguntar. No quería que aquel incómodo silencio se cerniera sobre ellos ni que su padre saliera hecho una furia de la casa cuando se mencionaba el nombre de su madre. Si no mencionar a su madre garantizaba que todos fueran felices, Elizabeth estaba más que dispuesta a complacerlos, como de costumbre.

De todos modos no creía que

realmente quisiera saberlo. El misterio de no saber resultaba más placentero. Le permitía crear escenas en su mente, pintar a su madre en mundos exóticos y emocionantes y dormirse imaginándola en una isla desierta, comiendo bananas y cocos y enviando a Elizabeth mensajes en botellas. Cada mañana inspeccionaba la costa con los binoculares de su padre en busca de una botella flotante.

Otra teoría era que se había convertido en una estrella de Hollywood. Elizabeth se sentaba con la nariz pegada a la pantalla del televisor durante la función de tarde del domingo aguardando el gran debut de su madre. Pero acabó cansándose de buscar,



esperar, imaginar y no preguntar, y con el tiempo hasta llegó a perder el interés.

La figura no se movía de la ventana del viejo dormitorio de Elizabeth. Habitualmente su padre la esperaba en el jardín. Hacía años que Elizabeth no pisaba el interior de la casa. Aguardó fuera por espacio de unos minutos y tras constatar que ni su padre ni Saoirse daban señales de vida se apeó del coche, empujó despacio la verja cuyo chirrido de goznes le puso la piel de gallina y avanzó tambaleándose sobre las losas irregulares del sendero de entrada por culpa de los tacones altos. La hierba se asomaba a las grietas para estudiar al extraño que entraba sin

autorización en su territorio.

Elizabeth llamó dos veces a la puerta verde y descascarillada y acto seguido apartó el puño, cogiéndoselo con la otra mano como si se hubiese quemado. Aunque no contestó nadie sabía que había alguien en el dormitorio de la derecha. Dentro reinaban la quietud, y el conocido olor a humedad de lo que antaño consideraba su hogar la alcanzó haciéndola parar en seco unos instantes. Una vez se hubo adaptado a las emociones que el olfato había despertado en su fuero interno, se decidió a entrar.

Carraspeó.

—¿Hola?

No obtuvo respuesta.

—¿Hola? —repitió con más fuerza.

Su voz de adulta sonaba mal en el hogar de su infancia.

Comenzó por dirigirse a la cocina confiando en que su padre la oyera y saliera a su encuentro. Lo último que deseaba era volver a ver su antiguo dormitorio. Los tacones altos resonaban en el suelo de piedra, otro ruido característico de la casa. Contuvo el aliento al entrar en la cocina comedor. Todo y nada seguía igual. Los olores, el reloj en la repisa de la chimenea, el mantel de encaje, la estera, el sillón junto al fuego, la tetera roja encima de la cocina Aga, las cortinas. Todo seguía

teniendo su sitio, había envejecido y acusaba el paso del tiempo, pero aún era parte de la casa. Era como si nadie hubiese vivido allí desde que Elizabeth se marchara. Y tal vez nadie lo había hecho de verdad.

Se quedó un rato plantada en medio de la habitación pasando revista a los adornos, extendiendo el brazo para tocarlos, pero haciéndolo sólo con las puntas de los dedos. Todo seguía igual. Se sintió como si estuviera en un museo; hasta el sonido de los llantos, las risas, las disputas y el amor habían sido conservados y flotaban en el aire como el humo de un cigarrillo.

Finalmente no aguantó más;

necesitaba hablar con su padre, averiguar dónde estaba Saoirse, y para ello tendría que ir a su dormitorio. Giró lentamente el pomo de latón que todavía colgaba suelto de la puerta como en su infancia. Abrió la puerta empujándola, no entró ni miró en derredor. Sólo miró directamente a su padre, sentado en un sillón delante de la ventana, inmóvil.

Elizabeth no apartó los ojos del cogote de su padre, le resultaba imposible dirigirlos a otra parte. Trató de no inhalar el olor, pero éste se le acumuló en la garganta, obturándole la tráquea.

—Hola —dijo con voz ronca.

Su padre no se movió. Permaneció con la vista al frente.

El corazón de Elizabeth dejó de latir un instante.

—¿Hola? —repitió detectando un matiz de pánico en su propia voz.

Sin pensarlo dos veces entró en la

habitación y corrió hacia él. Se arrodilló y le escrutó el rostro. Su padre no se movió y siguió mirando al frente. El pulso de Elizabeth se aceleró.

—¿Papi? —El apelativo infantil le salió sin querer, debido al pánico. Antaño le parecía normal. Esa palabra significaba algo. Tendió los brazos hacia su padre para tocarlo, le puso una mano en la cara y otra en el hombro—. Papá, soy yo. ¿Estás bien? Háblame —instó con voz temblorosa. Notó que él tenía la piel cálida.

Su padre parpadeó y Elizabeth soltó un suspiro de alivio. Poco a poco él se volvió hacia su hija.

—Ah, Elizabeth, no te he oído

entrar.

Su voz sonaba como si llegara de otra habitación. Era amable; ni rastro del tono de aspereza.

—Te he llamado —dijo Elizabeth en voz baja—. He entrado por el camino en coche. ¿No me has visto?

—No —contestó sorprendido volviéndose de cara a la ventana.

—¿Pues qué mirabas entonces?

También ella se volvió hacia la ventana y el panorama la dejó sin aliento. La escena (el sendero, la verja del jardín y el largo trecho de camino) la sumió por un momento en el mismo trance que a su padre. Las mismas esperanzas y deseos del pasado



regresaron en ese instante. En el alféizar de la ventana había una fotografía de su madre que nunca antes había estado allí. De hecho, Elizabeth creía que su padre se había deshecho de todas las fotografías después de que su madre se marchara.

Pero aquella imagen suya silenció a Elizabeth. Hacía mucho tiempo que no veía a su madre; carecía de rostro en la mente de Elizabeth. Ya sólo era un recuerdo borroso, más un sentimiento que una imagen. Verla le causó una gran impresión. Fue como mirarse a sí misma, su perfecta imagen reflejada. Cuando recobró la voz habló trastornada en voz baja.

—¿Qué estás haciendo, papá?

Él no movió la cabeza, no pestañeó, sólo tenía la mirada ausente y una voz desconocida que le salía de lo más hondo.

—La he visto, Elizabeth.

Palpitaciones.

—¿A quién? —Pero ella sabía a quién.

—A Gráinne, tu madre. La he visto. Al menos eso es lo que creo. Hacía tanto tiempo que no la veía que no estoy seguro. Busqué la foto para que me ayudara a recordar. Para que cuando venga a pie por el camino me acuerde.

Elizabeth tragó saliva.

—¿Dónde la viste, papá?

Su voz sonó más aguda y ligeramente perpleja:

—En un campo.

—¿En un campo? ¿Qué campo?

—Un campo de sueños, lo llaman.

Se la veía tan contenta bailando y riendo tal como hacía siempre. No ha envejecido ni un día —añadió perplejo—. Pero tendría que haberlo hecho, ¿no? Tendría que ser mayor, como yo.

—¿Seguro que era ella, papá?

Elizabeth se estremeció.

—¡Claro que sí! Se balanceaba en el viento como los dientes de león, el sol resplandecía sobre ella como si fuese un ángel. Era ella, seguro.

Ocupaba muy erguido el sillón,

ambas manos apoyadas en los brazos, y parecía más relajado que nunca.

—Aunque iba un niño con ella y no era Saoirse. No, Saoirse ya es adulta —se recordó a sí mismo—. Era un chaval, me parece. Un crío rubio, como el chico de Saoirse...

Sus pobladas cejas semejantes a orugas se fruncieron por primera vez.

—¿Cuándo la has visto? —preguntó Elizabeth sintiendo a un tiempo miedo y alivio al darse cuenta de que era a ella a quien su padre había visto en el campo.

—Ayer —dijo él sonriendo al recordar—. Ayer por la mañana temprano. Vendrá a verme pronto.

Las lágrimas inundaron los ojos de

Elizabeth.

—¿Has estado sentado aquí desde ayer, papá?

—Sí, no me importa. No tardará en venir, pero tengo que recordar su cara. A veces no me acuerdo, ¿sabes?

—Papá —la voz de Elizabeth era un susurro—, ¿no había nadie con ella en el campo?

—No —Brendan sonrió—, sólo ella y el chico, que también parecía muy feliz.

—Lo que quiero decir es —Elizabeth le estrechó la mano; la suya parecía infantil al lado de la piel curtida de su padre— que yo estuve en el campo ayer. Era yo, papá, estuve cazando

semillas de diente de león con Luke y un hombre.

—No. —Negó con la cabeza y puso cara de pocos amigos—. No había ningún hombre. Gráinne no estaba con ningún hombre. Pronto vendrá a casa.

—Papá, te prometo que éramos yo, Luke e Ivan. Quizá te confundiste — insistió con toda la delicadeza que pudo.

—¡No! —chilló él para sobresalto de Elizabeth. La miró indignado—. ¡Vendrá a verme a casa! —La fulminó con la mirada—. ¡Márchate! —gritó al final soltando de un manotazo la menuda mano de Elizabeth.

—¿Qué? —Le palpitaban las sienes—. ¿Por qué, papá?

—Eres una mentirosa —le espetó él—. Yo no vi a ningún hombre en el campo. Sabes que ella está aquí y la mantienes apartada de mí —dijo entre dientes—. Tú te pones trajes y te sientas en despachos, no tienes ni idea de lo que es bailar en los campos. Eres una mentirosa, corrompes el aire que respiras. Márchate —repitió en voz baja.

Elizabeth lo miró, consternada.

—He conocido a un hombre, papá, un hombre guapo y maravilloso que me ha estado enseñando todas esas cosas —comenzó a explicar.

Su padre acercó la cara a la de ella hasta que las narices de ambos casi se

tocaron.

—¡¡Márchate!! —gritó.

A Elizabeth se le saltaron las lágrimas y la recorrió un temblor al ponerse de pie con precipitación. Su dormitorio pareció girar como un remolino cuando vio todas las cosas que no quería ver en su desorientado estado: viejos ositos de peluche, muñecas, libros, un pupitre, la misma funda de edredón. Salió disparada hacia la puerta, sin querer ver nada más, incapaz de ver nada más. Con mano temblorosa buscó a tientas la cerradura mientras los gritos de su padre para que se marchara iban en aumento.

Abrió la puerta de un tirón y salió



corriendo al jardín llenándose los pulmones de aire fresco. Unos golpes en la ventana la hicieron girar en redondo. Quedó de cara a su padre, que gesticulaba enojado echándola del jardín. Se le cortó el aliento, y mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, abrió la verja y la dejó abierta porque no quería oír el chirrido de los goznes al cerrarse.

Condujo el coche camino abajo a toda velocidad sin mirar por el retrovisor, sin querer volver a ver aquel lugar, deseosa de no tener que conducir por el camino de la decepción nunca más.

No volvería a mirar atrás.

—¿Te pasa algo malo? —preguntó una voz desde la puerta del patio trasero.

Elizabeth estaba sentada a la mesa de la cocina con la cabeza en las manos y tan quieta como el lago Muckross en un día de calma.

—Jesús —dijo Elizabeth entre dientes sin levantar la vista y preguntándose cómo era que Ivan siempre se las arreglaba para aparecer cuando menos lo esperaba y más le necesitaba.

—¿Jesús? ¿Te está él mortificando?

Ivan entró en la cocina. Elizabeth levantó la cara de las manos.

—En realidad es con su padre con quien realmente tengo un conflicto.

Ivan dio otro paso hacia ella; tenía la habilidad de traspasar los límites, pero nunca de una manera amenazante o entrometida.

—Eso suele ocurrir.

Elizabeth se enjugó los ojos con un pañuelo de papel arrugado y manchado de rimel.

—¿No trabajas nunca?

—Trabajo sin parar. ¿Puedo? —dijo señalando la silla enfrente de la suya. Elizabeth asintió con la cabeza.

—¿Sin parar? ¿Entonces esto es

trabajo para ti? ¿No soy más que otro caso perdido a quien te toca atender hoy? —preguntó Elizabeth con sarcasmo, atrapando una lágrima a media mejilla con el pañuelo de papel.

—De perdida no tienes nada, Elizabeth. No obstante, eres un caso; ya te lo he dicho —dijo Ivan seriamente.

Elizabeth se echó a reír.

—Una chiflada.

Ivan se mostró triste. Incomprendido otra vez.

—¿Éste es tu uniforme? —preguntó Elizabeth indicando su atuendo. Ivan se miró a sí mismo un poco sorprendido—. Siempre te he visto con esa misma ropa —prosiguió ella sonriendo—, o sea que

o bien es un uniforme o bien no eres muy higiénico y te falta imaginación.

Ivan abrió mucho los ojos.

—Vamos, Elizabeth, imaginación tengo de sobra. —Sin darse cuenta de lo que había dado a entender, agregó—: ¿Quieres que hablemos de por qué estás tan triste?

—No, siempre hablamos de mí y de mis problemas —replicó Elizabeth—. Hablemos de ti, un poco para variar. ¿Qué has hecho hoy? —preguntó tratando de animarse. Parecía que hubiese transcurrido mucho tiempo desde que había besado a Ivan en la calle mayor aquella mañana. Llevaba todo el día pensando en ello y le

preocupaba quién los habría visto, pero asombrosamente, tratándose de un pueblo que se enteraba de todo antes que el programa Sky News, nadie había dicho ni pío acerca del hombre misterioso.

Deseosa de volver a besar a Ivan y temerosa de ese anhelo, había intentado adormecer en su corazón cualquier sentimiento hacia él, pero no lo había conseguido. Había en Ivan algo puro y sin tacha y, no obstante, era un hombre de carácter y buen conocedor de la vida. Era como una droga que ella sabía que no debía tomar pero que la hacía regresar una y otra vez a nutrir su adicción. Cuando la fatiga se apoderó de

ella al final del día, el recuerdo del beso se convirtió en un consuelo y su desazón se esfumó. Lo único que quería ahora era repetir aquel momento durante el que sus problemas habían desaparecido.

—¿Qué he hecho hoy? —Ivan hizo girar los pulgares y pensó en voz alta—. Bueno, hoy he dado un buen toque de diana a todo Baile na gGroíthe, he besado a una mujer preciosa y luego me he pasado el resto del día sin lograr hacer otra cosa que pensar en ella.

El rostro de Elizabeth se iluminó y los penetrantes ojos azules de Ivan le caldearon el corazón.

—Y como no podía dejar de pensar —prosiguió Ivan—, pues me he pasado

el día sentado pensando.

—¿Sobre qué?

—¿Aparte de la mujer preciosa?

—Aparte de ella. —Elizabeth desplegó una amplia sonrisa.

—Mejor no te lo cuento.

—Podré soportarlo.

Ivan no las tenía todas consigo.

—Vale, si de verdad quieres saberlo —suspiró profundamente—, he estado pensando en los Borrowers.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Qué?

—Los Borrowers —repitió Ivan con aire pensativo.

—¿El programa de televisión? —exclamó Elizabeth, airada. Se había



dispuesto a oír dulces susurros sobre naderías como hacían en las películas, no aquella improvisada conversación falta de amor.

—Sí —Ivan puso los ojos en blanco sin reparar en el tono de Elizabeth—, si quieres referirte a ese aspecto comercial de su carrera. —Parecía enojado—. Pero después de pensar largo y tendido acerca de ellos he llegado a la conclusión de que no tomaban prestado<sup>[4]</sup>. Lo que hacían era robar. Robaban descaradamente, y todo el mundo lo sabe, pero nadie dice nada al respecto. Tomar prestado significa hacer uso de algo que pertenece a otro y luego devolvérselo. Vamos a ver, ¿cuándo les

has visto devolver algo? No recuerdo que Pocho devolviera nada a los Prestamistas. Sobre todo la comida. ¿Cómo vas a pedir que te presten comida? Te la comes y desaparece; no se puede devolver. Al menos cuando tomas la cena sabes adónde va. —Se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos con aire enojado—. Y consiguen que hagan una película sobre ellos, un atajo de ladrones, mientras que nosotros... No hacemos más que el bien, pero nos etiquetan como producto de la imaginación de la gente y todavía somos —hizo una mueca e indicó las comillas con los dedos— «invisibles». Por favor...

Elizabeth lo contempló con la boca abierta.

Hubo un largo silencio mientras Ivan recorría con la vista la cocina meneando con enfado la cabeza. Luego volvió su atención hacia Elizabeth.

—¿Qué te parece?

Silencio.

—Bueno, no importa —comentó él agitando la mano como para desechar el asunto—. Ya te dije que era mejor que no te lo contara. Dejemos, pues, mis problemas. Dime, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Elizabeth hizo una profunda inspiración. La cuestión de Saoirse le hizo olvidar la charla desconcertante

sobre los Borrowers.

—Saoirse ha desaparecido. Joe, el hombre que sabe todo lo que sucede en Baile na gCroíthe, me ha dicho que se ha marchado con el grupo con el que se juntaba. Él lo ha sabido a través de un pariente del tipo que era la pareja de mi hermana. Pero ella lleva tres días sin aparecer y nadie sabe adónde se han ido.

—¡Oh! —exclamó sorprendido Ivan—. Y yo venga a darte la lata con mis problemas. ¿Se lo has comunicado al *gardai*?

—Tuve que hacerlo —contestó Elizabeth con tristeza—. Me sentí como una soplona, pero la policía debe

saberlo por si acaso Saoirse no se presenta a la vista que tendrá lugar dentro de unas semanas, cosa de la que no me cabe la menor duda. Habré de contratar a un abogado que la represente, y eso la va a perjudicar. — Se frotó la cara con aire cansado.

Ivan le tomó las manos entre las suyas.

—Volverá —le dijo en tono convencido—. Quizá no llegue a tiempo para la vista, pero volverá. Créeme. No debes preocuparte. —Su voz suave sonaba muy firme.

Elizabeth le miró al fondo de los ojos, buscando saber si decía la verdad.

—Te creo —dijo. Pero en lo más

hondo de su corazón tenía miedo. Miedo de creer a Ivan, pero también miedo de creer a secas, pues cada vez que lo hacía sus esperanzas eran tan ostensibles como un banderín que ondeara en lo alto de un mástil, de un modo bien visible para todo el mundo. Allí arriba soportaba los vientos y las tormentas, sólo para acabar siendo arriado, descolorido y hecho jirones.

Además, Elizabeth no se veía capaz de pasar más años escudriñando el camino a través de la ventana de su habitación, esperando el regreso de una segunda persona. Estaba exhausta y tenía necesidad de cerrar los ojos.

En cuanto salí de casa de Elizabeth a la mañana siguiente decidí ir directamente a ver a Opal. En realidad había decidido hacerlo mucho antes de salir de casa de Elizabeth. Algo de lo que había dicho me había tocado en lo más vivo. En realidad, todo lo que decía me tocaba en lo más vivo. Cuando estaba con ella me volvía como un erizo, quisquilloso y susceptible, como si tuviera todos los sentidos alerta. Lo más divertido del caso es que yo creía que todos mis sentidos ya estaban alerta, pues como

amigo íntimo profesional deberían de haberlo estado, pero sentía una emoción que no había experimentado antes y esa emoción era amor. Por descontado yo amaba a todos mis amigos, pero no de este modo, no del modo que me hacía palpar el corazón cuando miraba a Elizabeth, no de un modo que me hiciera desear estar con ella todo el rato. Y lo bueno era que no quería estar con ella por ella, sino que me di cuenta de que era por mí. Ese amor había despertado en mi cuerpo un grupo de sentidos adormecidos cuya existencia yo desconocía.

Me aclaré la garganta, comprobé mi aspecto y entré en el despacho de Opal.



En Aisatnaf no había puertas porque nadie podía abrirlas, pero había otra razón: las puertas actuaban como barreras; eran cosas gruesas y poco gratas que podías utilizar para encerrar a la gente dentro o fuera y nosotros no estábamos de acuerdo con eso.

Optamos por oficinas de planta abierta en aras de una atmósfera más abierta y agradable. Aunque eso era lo que siempre nos enseñaron, últimamente encontraba que la puerta principal fucsia de Elizabeth, con su buzón sonriente, era la puerta más simpática que había visto en la vida, y eso dio al traste con aquella teoría en concreto. Elizabeth hacía que me cuestionara toda suerte de

cosas.

Sin siquiera levantar la vista, Opal me llamó.

—Adelante, Ivan.

Estaba sentada a su escritorio vestida de morado como de costumbre y llevaba los rizos de rastafari recogidos en lo alto y sembrados de purpurina, de modo que con cada movimiento su cabeza resplandecía. En cada una de las paredes había fotos enmarcadas de cientos de niños, todos sonriendo felices. Las fotos cubrían incluso los estantes, la mesa de centro, el aparador, la repisa de la chimenea y el alféizar de la ventana. Allí donde mirara había filas y más filas de retratos de personas con

quienes Opal había trabajado y compartido amistad en el pasado. Su escritorio era la única superficie despejada y encima sólo había una foto en su marco. El marco llevaba años puesto allí de cara a Opal, de modo que en realidad nadie tuviera ocasión de ver quién o qué salía en la foto. Sabíamos que si se lo preguntábamos nos lo diría, pero nadie había cometido nunca la grosería de preguntar. Porque lo que no necesitábamos saber, no necesitábamos preguntarlo. Hay gente que no capta el meollo de esa cuestión. Puedes mantener un sinfín de conversaciones con la gente, conversaciones profundas, sin ponerte en un terreno demasiado personal.

Existe un límite, ¿sabes? Una especie de campo invisible que rodea a las personas y que por instinto sabes que no debes traspasar, y yo jamás lo he cruzado con Opal; ni con nadie más, si a eso vamos. Hay personas que no alcanzan a ver ni eso.

Elizabeth habría aborrecido aquella habitación, pensé echando un vistazo en derredor. La habría vaciado en un instante, dispuesta a quitar polvo y sacar brillo hasta que todo relumbrara con los destellos clínicos de un hospital. Hasta en la cafetería había tenido que disponer la sal, la pimienta y el azucarero formando un triángulo equilátero en el centro de la mesa. Siempre movía las

cosas un par de centímetros a la izquierda o a la derecha, adelante y atrás hasta que dejaban de fastidiarla permitiéndole concentrarse de nuevo. Lo más gracioso era que a veces terminaba volviendo a poner las cosas exactamente tal como estaban antes de empezar y entonces tenía que convencerse de que le agradaban de ese modo. Eso decía mucho acerca de Elizabeth.

Pero ¿por qué me puse a pensar en Elizabeth justo entonces? La verdad es que no paraba de hacerlo. En situaciones que no guardaban ninguna relación con ella, me ponía a pensar en ella y ella terminaba siendo parte del guión. De repente me preguntaba qué pensaría,

cómo se sentiría, qué haría o diría si estuviera conmigo. Todo era consecuencia de entregar un trozo de tu corazón; acababan por coger todo un pedazo de tu mente y por quedárselo.

En fin; me di cuenta de que, desde que había entrado, me mantenía de pie delante del escritorio sin decir esta boca es mía.

—¿Cómo has sabido que era yo? — dije por fin.

Opal levantó la vista y esgrimió una de aquellas sonrisas que hacían que pareciera saberlo todo.

—Te estaba esperando.

Sus labios eran como dos grandes almohadones y los llevaba pintados de

color púrpura a juego con el vestido. Pensé en lo que había sentido al besar los labios de Elizabeth.

—Pero si no había pedido cita —protesté. Sabía que, aunque a mí no me faltaba intuición, Opal me daba cien mil vueltas. Volvió a sonreír.

—¿En qué puedo servirte?

—Pensaba que lo sabrías sin necesidad de preguntármelo —bromeé sentándome en la silla giratoria. Y al recordar la silla giratoria del despacho de Elizabeth, la evoqué a ella, evoqué lo que sentía al abrazarla, reír con ella y oír su entrecortada respiración mientras dormía anoche.

—¿Recuerdas el vestido que llevaba

Caléndula en la reunión de la semana pasada? —pregunté.

—Sí.

—¿Sabes dónde lo consiguió?

—¿Por qué, tú también quieres uno?

—preguntó Opal con ojos chispeantes.

—Sí —contesté retorciéndome los dedos—. O sea, no —agregué enseguida. Suspiré—. Quiero decir que sí, en realidad. Me gustaría saber dónde puedo conseguir ropa nueva.

¡Ea!, ya lo había soltado.

—Departamento de vestuario, dos pisos más abajo —indicó Opal.

—No sabía que hubiera un departamento de vestuario —dije sorprendido.



—Siempre ha estado ahí —dijo Opal entrecerrando los ojos—. ¿Puedo preguntar para qué lo necesitas?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Es sólo que Elizabeth, ¿sabes?, es, em, es diferente de todos mis demás amigos. Se fija en esas cosas, ¿sabes?

Opal cabeceó lentamente.

Sentí que debía explicarme mejor. El silencio me hacía sentir violento.

—Verás, Elizabeth hoy me ha dicho que cree que si llevo siempre la misma ropa es porque se trata de un uniforme, o bien porque soy antihigiénico o porque carezco de imaginación. —Suspiré, meditándolo—. Pero si algo no me falta

es imaginación.

Opal sonrió.

—Y me consta que no soy antihigiénico —proseguí—. Por eso me puse a pensar en lo del uniforme —me miré de arriba abajo—, y tal vez tenga razón, ¿sabes?

Opal frunció los labios.

—Una de las peculiaridades de Elizabeth es que ella también va de uniforme. Viste de negro, siempre los mismos trajes recatados, su maquillaje no la favorece, lleva el pelo siempre recogido, todo es muy convencional. Trabaja sin parar y se toma su trabajo muy en serio. —Levanté la mirada hacia Opal, pasmado al caer en la cuenta de

algo—: ¡Es exactamente como yo, Opal!

Opal permaneció callada.

—Y todo este tiempo he estado llamándola adirrua.

Opal soltó una risita.

—Quería enseñarle a pasarlo bien, a vestirse de otro modo, a maquillarse con gracia, a que cambiara su vida para estar en condiciones de hallar felicidad, pero ¿cómo voy a hacerlo si soy exactamente como ella?

Opal asintió levemente con la cabeza.

—Te comprendo, Ivan. Tú también estás aprendiendo mucho de Elizabeth, eso es evidente. Ella te ayuda a sacar algo de tu interior mientras tú le enseñas

toda una nueva forma de vida.

—El domingo estuvimos cazando Jinny Joes —dije en voz baja, corroborando así la teoría de Opal.

Ella abrió un armario a sus espaldas y sonrió.

—Ya lo sé.

—¡Vaya, qué bien, ya llegaron! —exclamé con alegría al ver los Jinny Joes que flotaban dentro de un tarro en el armario.

—También llegó uno de los tuyos, Ivan —anunció Opal con seriedad.

Me puse colorado. Cambié de tema.

—Anoche consiguió dormir seis horas seguidas sin interrupción. Es la primera vez que lo hace.

La expresión de Opal no se dulcificó.

—¿Te lo ha contado ella, Ivan?

—No, la vi... —Me interrumpí, sin saber qué decir—. Oye, Opal, me quedé a pasar la noche, sólo la sostuve entre mis brazos hasta que se quedó dormida, no ocurrió nada especial. Ella me lo pidió. —Procuré sonar convincente—. Y pensándolo bien, lo hago cada dos por tres con otros amigos. Les leo cuentos, les hago compañía hasta que se duermen y a veces hasta duermo en el suelo junto a sus camas. Lo de Elizabeth no es diferente.

—¿Ah, no?

No contesté.

Opal cogió su estilográfica rematada con una gran pluma de color púrpura, bajó la vista y reanudó su escritura caligráfica.

—¿Cuánto tiempo más crees que necesitarás trabajar con ella?

Me quedé de una pieza. El corazón me dio un brinco. Opal nunca me había preguntado eso hasta ahora. Nunca abordábamos un caso como una cuestión de tiempo, siempre era una progresión natural. A veces bastaba con que pasaras un solo día con alguien, otras veces debías dedicarle meses. Cuando tus amigos estaban listos, estaban listos, y nunca antes habíamos tenido que fijar una fecha.

—¿Por qué lo preguntas?

—Oh —estaba nerviosa, inquieta—, sólo me lo preguntaba. Como cuestión de interés... Eres el mejor que tengo aquí, Ivan, y simplemente quiero que recuerdes que hay muchas otras personas que te necesitan.

—Eso ya lo sé —contesté con energía. La voz de Opal presentaba toda una gama de tonos que no había oído antes, tonos negativos que lanzaban colores azules y negros al aire y que no me gustaban ni pizca.

—Fantástico —dijo Opal con intencionado y excesivo desenfado—. ¿Puedes entregar esto en el laboratorio de análisis camino del vestuario?

Me alcanzó el tarro de Jinny Joes.

—Claro —cogí el tarro de sus manos. Había tres Jinny Joes dentro, uno de Luke, uno de Elizabeth y un tercero mío. Yacían en el fondo del tarro, descansando de su viaje en el viento—. Adiós —dije a Opal con notable torpeza retirándome del despacho. Me sentía como si acabásemos de discutir, aunque no había sido así.

Crucé el vestíbulo y me encaminé al laboratorio de análisis manteniendo la tapa del tarro bien cerrada para que no pudieran escapar. Cuando llegué a la entrada del laboratorio, Oscar corría de un lado a otro con cara de pánico.

—¡Abre la trampilla! —me gritó al



pasar frente a la puerta con los brazos extendidos y la bata blanca aleteando como la de un personaje de dibujos animados.

Dejé el tarro apartado del peligro y corrí hacia la trampilla. Oscar se precipitó hacia mí y en el último instante saltó hacia un lado engañando así a la cosa que le perseguía para que se metiera derecho en la jaula.

—¡Ja! —exclamó dando vuelta a la llave y agitándola frente a la jaula. Tenía la frente perlada de sudor.

—¿Qué bicho es ése? —pregunté acercándome a la jaula.

—¡Ten cuidado! —gritó Oscar, y di un salto hacia atrás—. Te equivocas al

preguntar qué bicho es porque no lo es.

Se secó la frente dándose toques con un pañuelo.

—¿No es qué?

—Un bicho —contestó—. ¿No has visto nunca una estrella fugaz, Ivan?

—Por supuesto que las he visto. —Rodeé la jaula—. Pero no tan de cerca.

—Por supuesto —repitió Oscar en un tono más bien empalagoso—. Sólo las veis a lo lejos, tan bonitas y brillantes, atravesando el firmamento, y les pedís vuestros deseos. Pero —añadió en tono desagradable— nadie se acuerda de Oscar, que tiene que recoger vuestros deseos de la estrella.

—Lo siento, Oscar, de verdad que lo

había olvidado. No sabía que las estrellas fuesen tan peligrosas.

—¿Cómo? —espetó Oscar—.

¿Creías que un asteroide incandescente, situado a millones de kilómetros y visible desde la Tierra, bajaría disparado hacia mí para darme un beso en la mejilla? En fin, da igual. ¿Qué me has traído? Hombre, genial, un tarro de Jinny Joes. Justo lo que necesitaba después de esa bola de fuego —gritó levantando la voz en dirección a la jaula—, algo que tenga un poco de respeto.

La bola de fuego respondió dando botes, enojada.

Me alejé un paso más de la jaula.

—¿Qué clase de deseo traía

consigo?

Me costaba creer que aquella ardiente bola de luz pudiera servirle para algo a nadie.

—Tiene gracia que lo preguntes —dijo Oscar haciendo patente que no tenía ninguna gracia—. Esta en concreto traía el deseo de perseguirme por el laboratorio.

—¿Ha sido cosa de Tommy? —pregunté aguantándome la risa.

—Sólo puedo suponerlo —contestó Oscar, enojado—, pero en realidad no puedo ir a quejarme a él, porque eso fue hace veinte años, o sea cuando Tommy aún no sabía comportarse y apenas estaba empezando.

—¿Hace veinte años? —pregunté sorprendido.

—Es lo que esa bola ha tardado en llegar hasta aquí —explicó Oscar abriendo el tarro y sacando un Jinny Joe con un instrumento muy raro—. Al fin y al cabo, estaba a millones de años luz de aquí. Pensé que veinte años era un tiempo de viaje muy corto.

Dejé a Oscar estudiando los Jinny Joes y me dirigí al vestuario, donde encontré a Olivia, a quien le estaban tomando medidas.

—Hola, Ivan —saludó, sorprendida.

—Hola, Olivia, ¿qué estás haciendo? —pregunté viendo cómo una mujer medía su cintura de avispa.

—Me toman medidas para un vestido, Ivan. La pobre señora Cromwell falleció anoche —dijo con tristeza—. El funeral es mañana. He asistido a tantos funerales que mi único vestido negro está muy ajado.

—Lamento la noticia —dije sabiendo que Olivia apreciaba mucho a la señora Cromwell.

—Gracias, Ivan, pero hay que seguir adelante. Esta mañana ha llegado al hospicio una señora que necesita mi ayuda y ahora tengo que centrarme en ella.

Asentí con la cabeza mostrando comprensión.

—¿Qué te trae por aquí? —dijo ella.

—Mi nueva amiga, Elizabeth, es una mujer. Se ha fijado en mis ropas.

Olivia rió.

—¿Quieres una camiseta de otro color? —preguntó la mujer que tomaba medidas. Sacó una camiseta roja de un cajón.

—Em, no. —Me apoyé alternativamente en uno y otro pie mientras inspeccionaba las estanterías que cubrían las paredes del suelo al techo. Cada una iba marcada con un nombre y vi el de Caléndula bajo una hilera de lindos vestidos—. Estaba pensando en algo mucho más... elegante.

Olivia enarcó las cejas.

—Pues entonces tendrán que tomarte

medidas para un traje, Ivan.

Convinimos en que me harían un traje negro para llevarlo con camisa y corbata azules, porque eran mis colores favoritos.

—¿Algo más, o esto es todo? —preguntó Olivia con un centelleo en los ojos.

—En realidad... —Bajé la voz y miré alrededor para asegurarme de que la mujer no alcanzaría a oírme. Olivia acercó su cabeza a la mía—. Me preguntaba si podrías enseñarme a bailar zapateado.



Elizabeth miraba fijamente la pared desnuda, sin enlucir y con salpicaduras de cemento seco. Se sentía perdida. La pared no le estaba diciendo nada. Eran las nueve de la mañana, y la obra ya estaba invadida por hombres con casco, vaqueros caídos, camisas a cuadros y botas de montaña. Parecían un ejército de hormigas mientras iban de aquí para allá cargando a hombros toda clase de materiales. Sus exclamaciones, risas, canciones y silbidos resonaban en el almacén de cemento que era el hotel

vacío de lo alto de la colina, todavía pendiente de ser llenado con ideas surgidas de la cabeza de Elizabeth. Los ruidos retumbaban como truenos por los corredores hasta llegar a lo que sería la zona reservada para los niños.

Por el momento sólo era una pálida lona blanqueada que al cabo de unas pocas semanas estaría llena de niños retozando en la sala recreativa, mientras que fuera de sus límites habría un remanso de paz. Elizabeth se dijo que quizá tendría que haber insonorizado las paredes. No tenía ni idea de qué debería añadir a aquellas paredes para que las caritas de los niños se iluminaran con una sonrisa cuando entraran allí

nerviosos y disgustados al verse separados de sus padres. Sabía cuanto había que saber sobre canapés, pantallas de plasma, suelos de mármol y maderas de cualquier clase. Se le daba bien lo chic, lo funky y lo sofisticado y también tenía mano con los salones que irradiaban esplendor y grandeza. Pero ninguna de esas cosas emocionaría a un niño, y ella se sabía capaz de aportar algo más que los consabidos juegos de construcción, rompecabezas y sacos de alubias.

Era consciente de que tenía todo el derecho de contratar a un muralista, pedir a los pintores de la obra que se ocuparan de las paredes y hasta de

solicitarle un pequeño consejo a Poppy, pero Elizabeth disfrutaba haciendo las cosas personalmente. Le gustaba abstraerse en su trabajo y no quería tener que pedir ayuda a nadie. Desde su punto de vista, pasarle el pincel a otro constituía una señal de derrota.

Elizabeth alineó diez botes de colores primarios en el suelo, abrió las tapas y dejó junto a ellos los pinceles. Extendió una sábana blanca sobre el suelo y, tras asegurarse de que los vaqueros que sólo se ponía como ropa de trabajo no tocarían en ningún momento el suelo, se sentó con las piernas cruzadas en medio de la habitación y se puso a mirar la pared.

Pero todo lo que se le ocurría era que no podía pensar en otra cosa que no fuera Saoirse. Saoirse, que ocupaba en su mente cada segundo de cada día.

Al cabo se preguntó cuánto tiempo llevaba sentada allí. Recordaba vagamente haber visto a una serie de obreros que entraban y salían de la habitación, recogían sus herramientas, y observaban desconcertados cómo miraba la pared desnuda. Tuvo la sensación de estar padeciendo un bloqueo de escritor en versión diseñador de interiores. No le acudirían ideas, no podría crear imágenes y, así como la tinta se seca en la pluma, la pintura no fluiría de sus pinceles. Tenía

la cabeza llena de... nada. Era como si sus pensamientos se reflejaran en aquella sosa pared recién enyesada que probablemente estuviera pensando las mismas cosas que ella.

Notó una presencia a sus espaldas y se dio media vuelta. Benjamin estaba en el umbral.

—Perdón, habría llamado, pero — levantó las manos— no hay puerta.

Elizabeth le dedicó una sonrisa de bienvenida.

—¿Admirando mi trabajo?

—¿Usted ha hecho esto? —Elizabeth se volvió de nuevo de cara a la pared.

—Creo que es mi mejor trabajo — afirmó Benjamin. Y ambos la

contemplantos en silencio.

Elizabeth suspiró.

—No me está diciendo nada.

—Ah. —Benjamin dio un paso hacia el interior de la habitación—. No se figura lo difícil que resulta crear una obra de arte que no diga nada de nada. Siempre hay alguien que tiene alguna clase de interpretación, pero con esto... —se encogió de hombros—, nada. Sin comentarios.

—Un signo de verdadero genio, señor West.

—Benjamin —le guiñó el ojo—. No paro de pedirle por favor que me llame Benjamin; hace que parezca mi profesor de matemáticas.

—De acuerdo, usted puede seguir llamándome señorita Egan.

Cuando Elizabeth se volvió de nuevo hacia la pared, él alcanzó a ver de refilón, por la contracción de su mejilla, que la joven sonreía.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que a los niños les guste esta habitación tal como está? —preguntó esperanzada.

—Hummm —pensó Benjamin en voz alta—, quizá les divertiría jugar con los clavos que sobresalen del rodapié. No lo sé —admitió—. Se ha equivocado al preguntarme a mí sobre niños. Son como otra especie para mí. No tengo con ellos una relación muy estrecha.



—Yo tampoco —dijo Elizabeth entre dientes con aire de culpabilidad, pensando en su incapacidad para conectar con Luke como lo hacía Edith. Aunque desde que conocía a Ivan había descubierto que le dedicaba más tiempo a su sobrino. Aquella mañana pasada en el campo con Ivan y Luke había marcado el comienzo de una nueva etapa para ella, aunque cuando estaba a solas con Luke todavía no conseguía soltarse. Era Ivan quien lograba que saliera a la luz la parte infantil de sí misma.

Benjamin se puso en cuclillas y apoyó una mano en el suelo polvoriento para equilibrarse.

—Vaya, eso no me lo creo ni en

broma. Usted tiene un hijo, ¿no?

—No, no, qué va... —comenzó a decir Elizabeth y luego se calló—. Es mi sobrino. Lo adopté, es verdad, pero si hay algo que no entiendo en este mundo son los niños.

Hoy en día soltaba cualquier cosa cada vez que abría la boca.

Echó de menos a la Elizabeth que sabía mantener una conversación sin desvelar el menor detalle sobre sí misma, pero al parecer de un tiempo a esta parte le habían abierto las compuertas del corazón y las cosas salían corriendo de allí con impulso propio.

—Vaya, pues parecía tener una idea

bastante aproximada de lo que quería su sobrino el domingo por la mañana — dijo Benjamin en voz baja, mirándola de otra manera—. Pasé en coche cerca de ustedes mientras correteaban por aquel campo.

Elizabeth puso los ojos en blanco y su piel cetrina se sonrosó.

—Usted y el resto del pueblo, según parece. Pero eso fue idea de Ivan —se apresuró a añadir.

Benjamin se rió.

—¿Siempre le da todo el mérito a Ivan?

Elizabeth se puso a pensarlo, pero Benjamin no aguardó su respuesta.

—Supongo que en ese caso tendrá

que quedarse aquí sentada tal como está y colocarse en el lugar de los chicos. Saque partido a esa imaginación suya tan portentosa. Si fuese un niño, ¿qué le gustaría hacer en esta habitación?

—¿Aparte de salir y hacerme mayor enseguida?

Benjamin volvió a ponerse de pie.

—¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse en la gran urbe de Baile na gGroíthe? —preguntó Elizabeth enseguida. Calculó que mientras él se quedara allí charlando, ella no tendría que reconocer ante sí misma que por primera vez en su vida no sabía qué hacer con una habitación.

Benjamin, percibiendo las ganas que

tenía de conversar, se sentó en el suelo mugriento y Elizabeth tuvo que apartar de su mente la imagen de millones de ácaros del polvo arrastrándose sobre su cuerpo.

—Mi plan es marcharme en cuanto se haya dado la última mano de pintura en las paredes y el último clavo haya sido clavado.

—Salta a la vista que está perdidamente enamorado de este lugar —dijo Elizabeth con sarcasmo—. ¿No le impresionan las despampanantes vistas panorámicas de Ferry?

—Sí, las vistas están bien, pero ya llevo seis meses viendo hermosos paisajes y lo cierto es que me

conformaría con poder tomar una taza de café aceptable, poder elegir entre más de una tienda de ropa y poder andar por la calle sin que todos me miren fijamente como si me hubiese escapado de un zoo.

Elizabeth se echó a reír. Benjamin levantó las manos.

—No es con ánimo de ofender ni nada, Irlanda es fantástica, pero no me entusiasman los pueblos pequeños.

—A mí tampoco... —La sonrisa de Elizabeth se desvaneció al pensarlo—. Entonces, ¿de dónde se escapó usted?

—De Nueva York.

Elizabeth sacudió la cabeza.

—No es acento de Nueva York lo

que oyen mis oídos.

—No, me ha pillado; soy de un lugar que se llama Haxtun, en Colorado, seguro que lo ha oído mencionar. Es muy conocido por un montón de cosas.

—¿Por ejemplo?

Benjamin enarcó las cejas.

—Absolutamente nada. Es un villorrio en un terreno semidesértico expuesto a la erosión del viento, un asentamiento estable de buenos granjeros con una población de mil almas.

—¿No le gustaba aquello?

—No, no me gustaba nada —dijo él con firmeza—. Podría decirse que sufría claustrofobia —agregó con una sonrisa.

—Sé lo que se siente —dijo Elizabeth asintiendo con la cabeza—. Se parece a lo de aquí.

—Es un poco como aquí, sí. — Benjamin miró por la ventana. Entonces se relajó—. Todo el mundo te saluda al pasar. No tienen la más remota idea de quién eres, pero te saludan.

Elizabeth no se había dado cuenta de ello hasta entonces. Imaginó a su padre en el campo, con la gorra sombreándole la cara, levantando el brazo en forma de L a los coches que pasaban.

—Saludan en los campos y por la calle —prosiguió Benjamin—, granjeros, ancianas, niños, adolescentes, recién nacidos y asesinos en serie. Y he



estudiado esa costumbre hasta elevarla a la categoría de arte. —Los ojos le chispearon al mirarla—. Los conductores aún te saludan alzando el índice por encima del volante al cruzarte con su coche. Caray, acabarías saludando a las vacas si no fueras con cuidado.

—Y las vacas probablemente te saludarían a su vez.

Benjamin rió a carcajadas.

—¿Alguna vez ha pensado en marcharse? —preguntó.

—Hice algo más que pensarlo. —La sonrisa de Elizabeth se esfumó—. Yo también me fui a Nueva York, pero tengo compromisos aquí —dijo apartando la

vista con rapidez.

—Su sobrino, ¿verdad?

—Sí —contestó Elizabeth en voz baja.

—Bueno, lo de vivir en un pueblo pequeño tiene una cosa buena. Todos te extrañan cuando no estás. Todos se dan cuenta.

Se miraron de hito en hito.

—Supongo que tiene razón —dijo Elizabeth—. Aunque no deja de ser irónico que, con la intención de aislarnos, ambos nos mudáramos a una gran ciudad donde estábamos rodeados por más gente y más edificios de los que habíamos visto jamás.

—Ajá. —Benjamin la miraba sin

pestañear. Elizabeth fue consciente de que él no veía su cara; estaba absorto en su propio mundo. Y por un momento pareció estar en efecto perdido—. En fin —espetó saliendo del trance—, ha sido un placer volver a conversar con usted, señorita Egan.

Elizabeth se sonrió por su manera de dirigirse a ella.

—Mejor será que me vaya y la deje mirando la pared un rato más. —Al llegar al umbral se detuvo y se volvió—. Ah, por cierto —a Elizabeth se le encogió el estómago—, sin la menor intención de incomodarla, le digo esto del modo más inocente posible. ¿Le apetecería que quedáramos fuera del

trabajo? Resultaría agradable conversar con una persona de ideas afines para variar.

—Por supuesto.

Le gustó aquella invitación informal. Nada de expectativas.

—Seguro que conoce los mejores sitios del lugar. Seis meses atrás, estando recién llegado, cometí el error de preguntar a Joe dónde estaba el bar de sushi más cercano. Tuve que explicarle que era pescado crudo, y me indicó el modo de llegar a un lago que queda como a una hora de aquí en coche y me aconsejó que preguntara por un tipo que se llama Tom.

Elizabeth se echó a reír. El sonido

de su risa, que últimamente estaba empezando a resultarle familiar, levantó un eco en la habitación.

—Es su hermano, el pescador.

—Pues eso, hasta la vista.

La habitación se quedó vacía otra vez y Elizabeth se enfrentó al mismo dilema. Pensó en lo que Benjamin había dicho a propósito de que usara su imaginación y se pusiera en el lugar de un niño. Cerró los ojos e imaginó el alboroto de niños chillando, riendo, llorando y peleando. El ruido de los juguetes al chocar, el tabaleo de los piececitos en el suelo durante las infantiles carrerillas, los golpes sordos de los cuerpos al caer, un silencio

pasmado y luego sollozos. Se vio a sí misma como una niña sentada sola en una habitación, sin conocer a nadie, y de pronto se le ocurrió lo que habría deseado.

Un amigo.

Abrió los ojos y vio una tarjeta en el suelo a su lado, aunque la habitación estaba vacía y silenciosa. Alguien tenía que haber entrado subrepticamente mientras tenía los ojos cerrados y la había dejado allí. Recogió la tarjeta, que presentaba la huella dactilar negra de un pulgar. No le hizo falta leerla para saber que era la nueva tarjeta de visita de Benjamin.

Quizás ese ejercicio de imaginación

había dado resultado después de todo. Al parecer, acababa de hacer un amigo en el cuarto de jugar.

En cuanto se hubo metido la tarjeta en un bolsillo trasero, se olvidó de Benjamin y siguió contemplando las cuatro paredes.

Ni por éstas. Aún no se le ocurría nada.

Elizabeth estaba sentada a la mesa de cristal en la cocina impoluta, rodeada de resplandecientes encimeras de granito, armarios de roble pulido y brillantes losas de mármol. Acababa de darle uno de sus arrebatos de limpieza y aún no tenía las ideas en orden. Cada vez que sonaba el teléfono se precipitaba a contestar pensando que sería Saoirse, pero era Edith interesándose por Luke. Elizabeth aún no había recibido noticias de su hermana, su padre seguía aguardando en su antiguo dormitorio;



llevaba casi dos semanas sentado, comiendo y durmiendo en el mismo sillón. Se negaba en redondo a hablar con Elizabeth, ni siquiera permitía que cruzara el umbral de la puerta principal, de modo que Elizabeth tuvo que contratar a una asistente que fuera a cocinar algo a diario y a limpiar de vez en cuando. Algunos días su padre la dejaba entrar, otros no. El muchacho que trabajaba con él en la granja había asumido todas las tareas. Todo aquello le estaba costando a Elizabeth un dinero que no se podía permitir, pero no había otra cosa que pudiera hacer. No podía ayudar a los otros dos miembros de su familia si no se dejaban ayudar. Y por

primera vez se preguntó si tenía algo en común con ellos después de todo.

Habían vivido juntos, las niñas se habían criado juntas, pero por separado, y todavía permanecían juntos en el mismo pueblo. Se comunicaban más bien poco entre sí, pero cuando uno de ellos se ausentaba..., bueno, importaba. Estaban atados por una cuerda vieja y desgastada que había terminado siendo objeto de tira y afloja.

Elizabeth no se veía con ánimos de contar a Luke lo que estaba pasando y, por supuesto, él sabía que ocurría algo. Ivan tenía razón, las criaturas poseían un sexto sentido para esa clase de cosas, pero Luke era tan buen niño que en

cuanto percibió la tristeza de Elizabeth se retiró al cuarto de jugar. Por eso ella oía el ruido amortiguado de los bloques de construcción. Sólo conseguía hablarle para decirle que se lavara las manos, que se expresara correctamente y que dejara de arrastrar los pies. Era incapaz de tenderle los brazos abiertos, sus labios no podían formar las palabras «te quiero», pero a su manera se esforzaba por hacerle sentir seguro y querido. Ella había estado en su lugar, sabía lo que era desear que te sostuvieran, te abrazaran, te besaran en la frente y te acunaran. Que te hicieran sentir a salvo aunque sólo fuese un momento, que te hicieran saber que

había alguien que te protegía, que la vida no sólo dependía de ti y que no estabas obligado a vivirla con tu fantasía.

Ivan le había proporcionado unos cuantos momentos así durante las últimas semanas. Le había dado un beso en la frente y la había acunado hasta que se durmió, de modo que cerró los ojos sin experimentar el impulso de mirar por la ventana y buscar a otra persona más allá. Pero Ivan, el encantador Ivan, estaba envuelto en un velo de misterio. Aunque ella nunca había conocido a nadie que tuviera la habilidad de hacerle reconocer su propia y auténtica personalidad, y que la ayudara a

adquirir más aplomo, no dejaba de admirarla la ironía de que aquel hombre que hablaba en broma de la invisibilidad llevara de hecho una capa de invisibilidad. Ciertamente Ivan la estaba situando en el mapa y le mostraba el camino, sin embargo él mismo no tenía ni idea de hacia dónde iba, de dónde venía, quién era. Le gustaba hablar de los problemas de ella, ayudarla a curarse y a comprenderse, pero él no le había hablado ni una sola vez de sus propias dificultades. Daba la impresión de que ella sólo era un entretenimiento para él, y Elizabeth se preguntaba qué ocurriría cuando acabase la diversión y alboreara la comprensión.

Algo le decía que el tiempo que pasaban juntos era valioso, como si necesitara atesorar cada minuto porque acaso fuera el último con él. Ivan era demasiado bueno para ser verdad, en su compañía vivía la magia de cada momento, tanto así que concluyó que aquello no podía durar para siempre. Ninguna de sus buenas épocas había durado; ninguna de las personas que habían iluminado su vida había logrado permanecer a su lado. Basándose en su suerte hasta la fecha, por puro miedo a perder algo tan especial, se limitaba a aguardar el día en que Ivan se marcharía. Fuera quien fuese él, la estaba curando, le estaba enseñando a

sonreír, a reír, y ella se preguntaba qué podía enseñarle a él. Lo que más temía era que algún día Ivan, aquel hombre cariñoso de ojos tiernos, se daría cuenta de que ella no tenía nada que ofrecer, y que él tampoco podía darle nada porque Elizabeth había acabado por dejarle sin recursos.

Era lo que había ocurrido con Mark. Con el tiempo, Elizabeth simplemente no pudo seguir dándole más de sí misma sin desatender a su propia familia. Eso era lo que él quería que hiciera, por supuesto, cortar los cordones que la conectaban con su familia, pero ella era incapaz de hacerlo y nunca lo haría. Saoirse y su padre sabían cómo tirar de

esos cordones y por eso se convirtió en su marioneta. Como resultado se encontró sola, criando a un niño que nunca había deseado, mientras que el amor de su vida residía en Estados Unidos felizmente casado y era padre de un hijo. Ella llevaba cinco años sin saber nada de él. Pocos meses después de que Elizabeth regresara a Irlanda él había ido a verla aprovechando una escapada a la isla para visitar a su familia.

Aquellos primeros meses fueron los más duros. Elizabeth se había empeñado en hacer que Saoirse criara al bebé y por más que Saoirse protestara y asegurara que le importaba un bledo,



Elizabeth no estaba dispuesta a permitir que su hermana desaprovechara la oportunidad de educar a su hijo.

El padre de Elizabeth no tuvo paciencia para aguantarlo; no soportaba oír los gritos del bebé toda la noche mientras Saoirse andaba por ahí de parranda. Elizabeth suponía que le recordaba demasiado aquellos años en que se vio solo con un bebé en brazos, bebé que más tarde se quitó de encima pasándoselo a su hija de doce años. Bueno, pues volvió a hacer lo mismo. Echó a Saoirse de la granja obligándola a presentarse en casa de Elizabeth con cuna y todo. El día en que esto sucedía fue el día en que Mark decidió salir de

excursión para visitarla.

En cuanto éste echó un vistazo al estado de su vida, ella supo que lo había perdido para siempre. Poco tiempo después Saoirse desapareció de casa dejando al bebé con Elizabeth. Ésta pensó en dar el bebé en adopción, y lo pensó en serio. Cada noche de insomnio y cada día de estrés se prometía que haría aquella llamada. Pero no podía hacerlo. Quizá tuviese algo que ver con su rechazo a rendirse. Era obsesiva en su esfuerzo por alcanzar la perfección y no desistiría en su intento de ayudar a Saoirse. Además había una parte de ella empeñada en demostrar que era capaz de educar a un niño, que no era culpa

suya que Saoirse hubiese salido como había salido. Con Luke no cabía equivocarse. El chico se merecía algo mucho mejor.

Elizabeth maldijo al recoger otro de sus bocetos, lo estrujó como una bola y lo lanzó a la papelera. El tiro resultó corto y como era incapaz de aguantar que algo estuviera fuera de sitio cruzó la habitación y lo echó donde correspondía.

La mesa de la cocina estaba cubierta de papel, lápices de colores, libros infantiles, personajes de tebeo... Lo único que había conseguido hacer era llenar la hoja de garabatos. Eso no bastaba para el cuarto de jugar y desde

luego tampoco para el nuevo mundo que aspiraba a crear. Como de costumbre, ocurrió lo mismo que ocurría siempre que pensaba en Ivan: sonó el timbre y supo que era él. Se levantó, se arregló el pelo y la ropa mirándose en el espejo. Recogió los lápices de colores y el papel, pero se quedó plantada presa del pánico intentando decidir dónde meterlos. Entonces, se le resbalaron de las manos; y cuando renegando, trató de cogerlos, los papeles se le escaparon y cayeron planeando al suelo como hojas en una brisa de otoño.

Mientras estaba en cuclillas, percibió unas zapatillas rojas Converse cruzadas con desenfado en el umbral.

Elizabeth se desplomó, con las mejillas sonrosadas.

—Hola, Ivan —dijo negándose a mirarlo.

—Hola, Elizabeth. ¿Tienes avispas en el culo? —preguntó con alegre ironía.

—¡Qué amable ha sido Luke al abrirte la puerta! —respondió Elizabeth con sarcasmo—. Es curioso, nunca lo hace cuando necesito que lo haga. —Alcanzó las hojas de papel del suelo y se puso de pie—. Vas de rojo —constató examinando la gorra roja, la camiseta roja y las zapatillas rojas.

—Así es —convino Ivan—. Vestirme de colores distintos es ahora mi distracción favorita. Hace que aún

esté más contento.

Elizabeth bajó la vista a su negro atuendo y pensó en ello.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó Ivan irrumpiendo en sus pensamientos.

—Oh, no es nada —farfulló Elizabeth doblando las hojas que tenía juntas.

—Déjame verlo. —Ivan le arrebató los papeles—. ¿Qué tenemos aquí? El Pato Donald, Mickey Mouse —iba pasando páginas—, Winnie-the-Pooh, un coche de carreras y... ¿esto qué es?

Giró la hoja por completo para verla mejor.

—Nada —le espetó Elizabeth

arrancándosela de la mano.

—No puede no ser nada; nada es algo así. —La miró inexpresivamente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elizabeth tras un momento de silencio.

—Nada, ¿lo ves? —contestó Ivan mostrándole las manos.

Elizabeth se apartó de él poniendo los ojos en blanco.

—A veces eres peor que Luke. Voy a tomar una copa de vino. ¿Te apetece algo? ¿Vino, cerveza, brandy?

—Un osav de echel, por favor.

—Me encantaría que dejaras de hablar al revés —le soltó ella al darle el vaso de leche—. ¿Es para variar? —preguntó irritada arrojando las hojas a la

papelera.

—No, es lo que tomo siempre — contestó Ivan con alegre desparpajo estudiándola con recelo—. ¿Por qué está cerrado con llave ese armario?

—Em... —titubeó Elizabeth—, es para que Luke no tenga acceso al alcohol.

No podía decir que era por Saoirse. Luke había adquirido el hábito de esconder la llave en su cuarto cada vez que oía llegar a su madre.

—Vaya. ¿Tienes planes para el veintinueve?

Ivan giró sobre sí mismo en un taburete de la mesa de desayuno y observó cómo Elizabeth hurgaba entre



las botellas de vino torciendo el gesto con concentración.

—¿Cuándo cae el veintinueve? — preguntó ella a su vez. Cerró el armario y buscó un sacacorchos en un cajón.

—El sábado.

Elizabeth se sonrojó y apartó la vista centrando toda su atención en abrir la botella.

—Este sábado salgo.

—¿Adónde vas?

—A un restaurante.

—¿Con quién?

Elizabeth sintió como si fuese Luke quien la acribillaba a preguntas.

—He quedado con Benjamin West —dijo sin dejar de darle la espalda. No

se atrevía a mirarle de frente en ese momento, pero tampoco sabía por qué se sentía tan incómoda.

—¿Por qué has quedado con él en sábado? Tú no trabajas los sábados —aseveró Ivan.

—No es una cita de trabajo, Ivan. No conoce a nadie aquí y saldremos a cenar como es debido. —Se sirvió vino tinto en una copa.

—¿A cenar? —preguntó Ivan un poco incrédulo—. ¿Vas a comer con Benjamin?

Su voz subió unas cuantas octavas. Elizabeth abrió los ojos de par en par y se volvió en redondo, copa en mano.

—¿Algún problema?

—Va sucio y huele mal —aseveró Ivan.

Elizabeth se quedó literalmente boquiabierta; no sabía qué responder a aquello.

—Seguramente come con las manos. Como un animal o un cavernícola, medio hombre medio animal. Seguramente caza su...

—Basta, Ivan —ordenó Elizabeth echándose a reír. Él se calló—. ¿Qué pasa en realidad? —preguntó ella enarcando una ceja sin perderle de vista. Después tomó un sorbo de vino.

Ivan dejó de dar vueltas en el taburete y la miró fijamente. Ella le sostuvo la mirada y le vio tragar saliva

mientras la nuez le bajaba por el cuello. Su puerilidad desapareció y se le apareció como un hombre, grande, fuerte, con mucha presencia. El pulso de Elizabeth se aceleró. Los ojos de Ivan no se apartaban de su cara y ella no podía mirar a otra parte, incapaz de moverse.

—No pasa nada.

—Ivan, si tienes algo que decirme deberías decirlo —dijo Elizabeth con firmeza—. Ahora ya somos niños y niñas mayores. —Esbozó una sonrisa.

—Elizabeth, ¿querrás salir conmigo el sábado?

—Ivan, sería una grosería por mi parte cancelar la cita con tan poca

antelación. ¿No podemos salir otra noche?

—No —replicó Ivan categóricamente saltando del taburete—. Tiene que ser el veintinueve de julio. Ya verás por qué.

—No puedo...

—Puedes —la interrumpió con gran firmeza. La agarró por los codos—. Puedes hacer todo lo que quieras. Reúnete conmigo en Cobh Cúin el sábado a las ocho de la tarde.

—¿En Cobh Cúin?

—Ya verás por qué —repitió Ivan.

Saludó tocándose la visera de la gorra y desapareció tan deprisa como había llegado.

Antes de salir de la casa fui a ver a Luke al cuarto de jugar.

—Hola, forastero —dije dejándome caer en el saco de alubias.

—Hola, Ivan —dijo Luke mirando el televisor.

—¿Me has echado de menos?

—No —dijo Luke sonriendo.

—¿Quieres saber dónde he estado?

—Enrollándote con mi tía.

Luke cerró los ojos y dio besitos al aire antes de que le diera un ataque de risa histérica. Me quedé pasmado.

—¡Oye! ¿Por qué dices eso?

—Porque la amas —rió Luke y

siguió mirando los dibujos animados.  
Medité un rato sobre aquello.

—¿Sigues siendo mi amigo?

—Sí —contestó Luke—, pero Sam es mi amigo íntimo.

Fingí que recibía un balazo en el corazón. Luke apartó la vista de la tele para mirarme a la cara con sus ojazos azules rebosantes de esperanza.

—¿Mi tía es tu amiga íntima ahora?

Reflexioné con sumo cuidado.

—¿Te gustaría que lo fuese?

Luke asintió enérgicamente.

—¿Por qué?

—Está mucho más divertida, no se mete tanto conmigo y me deja pintar con lápices en el salón blanco.

—El día de Jinny Joe fue divertido, ¿verdad?

Luke asintió con la cabeza otra vez.

—Nunca la había visto reír tanto — dijo.

—¿Te da grandes abrazos y juega a un montón de diversos juegos contigo?

Luke me miró como si fuese una idea absurda y suspiré, preocupado por la pequeña parte de mí que se sentía aliviada.

—Ivan.

—Dime, Luke.

—¿Te acuerdas de que me dijiste que no podrías quedarte para siempre, que tendrías que irte a ayudar a otros amigos y que por eso no tenía que



ponerme triste?

—Sí. —Tragué saliva. Le tenía pavor a ese día.

—¿Qué os pasará a ti y a tía Elizabeth cuando eso ocurra?

Y entonces me preocupó el dolor que sentía en el centro del pecho cuando pensaba en ello.

Entré en el despacho de Opal con las manos en los bolsillos, luciendo mi camiseta roja nueva y unos vaqueros negros también nuevos. El rojo me sentaba bien aquel día. Estaba enojado. No me había gustado el tono de voz que había empleado Opal al llamarme.

—Ivan —dijo posando la estilográfica adornada con una pluma y levantando la vista hacia mí. Ni rastro de la sonrisa radiante con la que solía recibirme. Se la veía cansada, tenía profundas ojeras y llevaba las trenzas de rastafari sueltas a ambos lados de la cara en vez de recogidas en su peinado habitual.

—Opal —dije a mi vez imitando su tono al tiempo que cruzaba las piernas tras sentarme delante de ella.

—¿Qué les enseñas a tus alumnos antes de que pasen a formar parte de la vida de su nuevo amigo?

—Hay que ayudar y no entorpecer, apoyar y no oponerse, alentar y escuchar

y no...

—No hace falta que sigas. —  
Levantó la voz interrumpiendo mi salmodia—. Ayudar y no entorpecer, Ivan. —Dejó que las palabras flotaran en el aire—. Le has hecho cancelar una cita para cenar con Benjamin West. Podría haber ganado un amigo, Ivan.

Me miraba fijamente con ojos negros como el carbón. Una pizca más de enojo y se habrían encendido.

—Permíteme recordarte que la última vez que Elizabeth Egan quedó para una cena que no fuera de negocios fue hace cinco años. Cinco años, Ivan —recalcó—. ¿Puedes decirme por qué has deshecho todo eso?

—Porque va sucio y huele mal — dije riendo.

—Porque va sucio y huele mal — repitió Opal haciendo que me sintiera idiota—. Pues deja que ella misma se dé cuenta. No te pases de la raya, Ivan.

Dicho esto bajó de nuevo la vista a su trabajo y continuó escribiendo, agitando la pluma al garabatear con furia.

—¿Qué está pasando, Opal? —le pregunté—. Dime lo que en realidad está pasando.

Me miró con los ojos llenos de rabia y tristeza.

—No damos abasto, Ivan, y necesitamos que trabajes tan deprisa

como puedas y pases a otro caso en vez de hacerte el remolón y destrozar el buen trabajo que ya has hecho. Eso es lo que está pasando.

Aturdido por su reprimenda salí en silencio del despacho. No la creí ni por un instante, pero fuera lo que fuese lo que ocurriera en su vida era asunto suyo. Ya cambiaría de opinión respecto a que Elizabeth cancelara su cena con Benjamin en cuanto viera lo que yo tenía planeado para el veintinueve.

—Ah, Ivan —me llamó Opal.

Me detuve en el umbral y me volví. Sin dejar de concentrarse en lo que estaba escribiendo, Opal me comunicó:

—Necesito que el próximo lunes

vengas aquí y te hagas cargo de todo por un tiempo.

—¿Por qué? —pregunté sin dar crédito a mis oídos.

—Voy a ausentarme unos cuantos días. Necesito que me sustituyas.

Eso no había ocurrido nunca antes.

—Pero si aún estoy en mitad de un trabajo.

—Celebro que sigas llamándolo así —me espetó. Acto seguido suspiró, dejó la estilográfica y levantó la mirada—. Estoy convencida de que la cena del sábado será un éxito tan grande que no será preciso que estés allí la semana siguiente, Ivan.

Su voz sonó tan tierna y sincera que

olvidé que estaba enojado con ella y por primera vez entendí que si aquella situación no me atañera le daría la razón.

Ivan dio los toques finales a la mesa de la cena, cortó una rama de fucsia silvestre y la puso en un jarroncito en el medio. Encendió una vela y observó la llama danzar en la brisa como un perro que corriera por un jardín pero encadenado a su caseta. Cobh Cúin era tan silencioso como su nombre —que significa Cala del Silencio— daba a entender, habiendo sido bautizado por los lugareños cientos de años atrás sin que nadie hubiese osado llamarlo de otra manera desde entonces. El único



sonido era el borboteo del agua que lamía la arena haciéndole cosquillas. Ivan cerró los ojos y se balanceó al ritmo de esa música. Un bote de pesca amarrado al muelle cabeceaba en el mar y golpeaba de vez en cuando el embarcadero añadiendo un tenue son de tambor.

El cielo era azul y comenzaba a oscurecerse a causa de unos jirones de nubes adolescentes que flotaban a la zaga de otras nubes mayores presentes horas atrás. Los astros titilaban brillantes e Ivan les guiñó el ojo; ellas también sabían lo que se avecinaba. Ivan había pedido al cocinero jefe de la cantina del trabajo que le echara una

mano en la organización de la velada. Era el mismo cocinero responsable del servicio de comida y bebida para las fiestas que sus amigos íntimos celebraban en los patios traseros de sus casas, pero esa vez se había excedido a sí mismo. Había preparado el festín más exquisito que Ivan pudiera haber soñado. De entrante había foie gras y tostadas cortadas en cuadraditos perfectos, a continuación salmón salvaje irlandés con espárragos al ajillo y de postre una mousse de chocolate blanco con hilos de salsa de frambuesa. El viento cálido del golfo hacía subir los aromas hasta su nariz excitándole las papilas gustativas.

Jugueteó inquieto con la cubertería poniendo en orden todo lo que precisaba ser ordenado, estrechó el nudo de su corbata nueva de seda azul, volvió a aflojarlo, se desabrochó el botón de la chaqueta azul marino y decidió volver a abrocharlo. Había pasado el día entero tan atareado preparándolo todo que apenas se había detenido a pensar en los sentimientos que se estaban despertando en su interior. Echando un vistazo a su reloj de pulsera y al cielo que se oscurecía esperó que Elizabeth acudiera a la cita.

Elizabeth conducía despacio cuesta abajo por la estrecha carretera sinuosa y a duras penas veía más allá del capó en

la densa negrura del campo. Flores silvestres y brotes de seto rozaban los costados del coche a su paso. Las luces largas de los faros asustaban palomillas, mosquitos y murciélagos mientras avanzaba en dirección al mar. De súbito las tinieblas se abrieron al salir a un claro y vio el mundo entero extendido a sus pies.

Frente a ella, miles de millas de mar negro refulgían a la luz de la luna. Dentro de la cala había una barquita de pesca amarrada junto a los escalones, y la marea incipiente lamía la arena de un marrón aterciopelado jugueteando con ella. Aunque lo que la dejó sin habla no fue la visión del mar, sino la de Ivan de

pie en la playa, vestido con un elegante traje nuevo, junto a una mesita primorosamente puesta para dos en cuyo centro parpadeaba una vela que proyectaba sombras sobre el rostro sonriente de su amigo.

Era una visión arrebatadora, una imagen que su madre le había inculcado en la mente, una escena que le había susurrado entusiasmada al oído describiendo íntimos festines en la playa a la luz de la luna, de tal modo que los sueños de su madre habían pasado a ser los suyos. Y allí estaba Ivan, plantado en el cuadro que Elizabeth y su madre habían pintado tan vividamente y que permanecía grabado en su memoria.

Elizabeth entendió la frase de no saber si reír o llorar y por tanto hizo ambas cosas sin ninguna vergüenza.

Ivan se irguió henchido de orgullo y sus ojos azules brillaron a la luz de la luna. Hizo caso omiso de sus lágrimas o, mejor dicho, las aceptó.

—Querida —le dedicó una reverencia teatral—, tu cena a la luz de la luna te aguarda.

Enjugándose los ojos y exhibiendo una sonrisa tan grande que creyó que podía iluminar el mundo entero, Elizabeth tomó la mano que él le tendía y se apeó del coche.

Ivan hizo una inhalación brusca.

—Caramba, Elizabeth, estás

despampanante.

—Vestir de rojo es mi afición preferida ahora —dijo Elizabeth imitándole, antes de tomarle del brazo y dejar que la condujera hacia la mesa.

Tras muchos titubeos Elizabeth había adquirido un vestido rojo que realzaba su esbelta figura, resaltando unas curvas que hasta entonces ni sabía que poseía. Se lo había puesto y quitado al menos unas cinco veces antes de salir de casa, pues se veía demasiado ostentosa con un color tan llamativo. Para evitar sentirse como un semáforo se había traído una pashmina negra con la que cubrirse los hombros.

La mantelería blanca irlandesa

ondeaba con la brisa ligera y cálida, y el pelo alborotado de Elizabeth le hacía cosquillas en la mejilla. La arena era fresca y mullida bajo los pies, como una alfombra esponjosa protegida del viento cortante por la semicircular ensenada. Ivan apartó la silla de Elizabeth ayudándola a sentarse. Luego le alcanzó la servilleta, enrollada en torno a un tallo de fucsia, y se la puso en el regazo.

—Ivan, esto es una maravilla, gracias —susurró Elizabeth, incapaz de levantar la voz por encima del pacífico murmullo del agua.

—Gracias a ti por venir —respondió Ivan sonriendo al servirle una copa de vino tinto—. Bien, como



entrante tenemos foie gras. —De debajo de la mesa sacó dos platos con tapa de plata—. Espero que te guste el foie gras —dijo arrugando la frente.

—Me encanta. —Elizabeth sonrió.

—¡Uf!, menos mal. —Relajó los músculos del rostro—. La verdad es que no parece carne —dijo examinando su plato de cerca.

—Es hígado de oca, Ivan —rió Elizabeth untando un poco en una tostada—. ¿Qué te ha hecho elegir esta cala? —preguntó arrebujiándose con el chal al notar que la brisa empezaba a refrescar.

—Que es tranquila y está perfectamente ubicada bien lejos de cualquier farola —explicó Ivan

masticando su comida.

Elizabeth pensó que más valía no hacer preguntas, sabedora de que Ivan tenía su propia manera de hacer las cosas.

Después de cenar Ivan se volvió para mirar a Elizabeth, que sostenía entre las manos su copa de tinto y contemplaba con nostalgia la mar.

—Elizabeth —dijo en voz baja—, ¿quieres tumbarte en la arena conmigo?

A Elizabeth se le aceleró el pulso.

—Sí —contestó con voz ronca. No se le ocurría una manera mejor de acabar la velada con él. Estaba deseando tocarlo, que él la estrechara en sus brazos. Elizabeth fue hasta la orilla

del agua y se sentó en la arena fría. Oyó los pasos de Ivan detrás de ella.

—Tendrás que tenderte boca arriba para que esto realmente funcione —dijo Ivan en voz muy alta con la vista bajada hacia ella.

Elizabeth se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dices?

Se envolvió los hombros con la pashmina negra en un gesto protector.

—Si no te tumbas no dará resultado —repitió él poniendo los brazos en jarras—. Mira, así. —Se sentó al lado de ella y se echó de espaldas en la arena—. Tienes que estar bien estirada, Elizabeth. Así es mejor.

—¿En serio? —dijo Elizabeth

fríamente poniéndose en pie con torpeza —. ¿Todo esto —abarcó toda la cala con un gesto— era sólo para tumbarme de espaldas, como tan maravillosamente has expresado? —preguntó dolida.

Ivan levantó la vista hacia ella desde la arena, abriendo mucho los ojos con expresión estupefacta.

—Bueno... —trató de ganar tiempo para encontrar una buena respuesta—, en realidad sí —afirmó con voz aguda—. Es que cuando llega el momento álgido es mejor que estés tumbada de espaldas —balbuceó.

—¡Ja! —espetó Elizabeth y, tras volver a ponerse los zapatos, avanzó penosamente por la arena para regresar

al coche.

—¡Elizabeth, mira! —gritó Ivan con entusiasmo—. ¡Ya está en su punto máximo! ¡Mira!

—¡Puaj! —gruñó Elizabeth trepando a la pequeña duna que la separaba del coche—. ¡De verdad que eres asqueroso!

—¡No es asqueroso! —dijo Ivan con pánico en la voz.

—Eso es lo que dicen todos —rezongó Elizabeth rebuscando en el bolso las llaves del coche. Como a oscuras no veía dentro del bolso lo inclinó hacia la luz de la luna y al levantar los ojos se quedó pasmada. Encima de ella, el cielo negro y sin

nubes bullía de actividad. Las estrellas resplandecían más brillantes que nunca y algunas cruzaban como flechas el firmamento.

Ivan estaba tumbado de espaldas contemplando el firmamento nocturno.

—Vaya —dijo Elizabeth en voz baja, muerta de vergüenza, contenta de que la oscuridad ocultara el tono rojo, semejante al de su vestido, que había adquirido su piel. Bajó a trompicones la duna, se quitó los zapatos, y hundiendo los pies en la arena se acercó unos pasos a Ivan—. Es precioso —susurró.

—Bueno, pues sería mucho más bonito si te tumbaras de espaldas como te he dicho que hicieras —replicó Ivan

enfurrñado, cruzando los brazos en el pecho y sin apartar la vista del cielo.

Elizabeth se tapó la boca con la mano para aguantarse la risa.

—No sé de qué te ríes. Nadie te ha acusado de ser una asquerosa —dijo Ivan con aspereza.

—Creía que te referías a otra cosa —rió Elizabeth sentándose en la arena a su lado.

—¿Para qué otra cosa iba yo a pedirte que te tumbaras de espaldas? —preguntó Ivan en un tono aburrido. Pero luego se volvió hacia ella, la voz le subió varias octavas y con ojos burlones canturreó—: ¡Vaya, vaya...!

—Cállate —ordenó Elizabeth con

dureza arrojándole el bolso, pero mostrando una sonrisa—. Oh, mira. — La distrajo una estrella fugaz—. Me pregunto qué estará pasando ahí arriba esta noche.

—Son los Delta Acuáridos —dijo Ivan como si eso lo explicara todo. El silencio de Elizabeth le hizo continuar—. Son meteoritos que vienen de la constelación de Acuario. Se ven desde el quince de julio hasta el veinte de agosto, pero su apogeo es el veintinueve de julio. Por eso tenía que salir contigo esta noche, lejos de las farolas. —Se volvió hacia ella—. De modo que sí, todo esto era sólo para que te tumbaras de espaldas.



Se miraron de hito en hito sumidos en un grato silencio hasta que la actividad en lo alto atrajo su atención.

—¿Por qué no pides un deseo? —preguntó Ivan.

—No —dijo Elizabeth en voz baja—, aún estoy esperando que mi deseo de los Jinny Joes se haga realidad.

—Bah, yo no me preocuparía por eso —dijo Ivan con seriedad—. Sólo es que tardan un poco en procesarlos. No tendrás que esperar mucho.

Elizabeth se rió y miró esperanzada al cielo.

Al cabo, adivinando que estaría pensando en su hermana, Ivan le preguntó:

—¿Sabes algo de Saoirse?

Elizabeth negó una sola vez con la cabeza.

—Volverá a casa —aseveró Ivan, convencido.

—Sí, pero ¿en qué estado? —contestó Elizabeth vacilante—. ¿Cómo se apañan otras familias para mantenerse unidas? Y cuando tienen problemas, ¿cómo se las arreglan para ocultárselos a los vecinos del barrio? —preguntó confundida recordando el sinfín de cuchicheos que había estado oyendo durante los últimos días sobre la conducta de su padre y la desaparición de su hermana—. ¿Cuál es el secreto?

—¿Ves ese grupo de estrellas de

ahí? —preguntó Ivan señalando hacia arriba.

Elizabeth siguió la dirección de su mano, avergonzada de haberle hecho cambiar de tema con su aburrida parrafada sobre la familia. Asintió con la cabeza.

—Casi todos los meteoritos de una misma lluvia de meteoritos son paralelos entre sí. Parece que emerjan de un mismo punto del cielo que se llama «el radiante» y que viajan en todas direcciones a partir de allí.

—Ah, ya lo entiendo —dijo Elizabeth.

—No, no lo entiendes. —Ivan volvió la cabeza para verle de frente la

cara—. Los astros son como las personas, Elizabeth. Sólo porque parezca que emergen del mismo punto no significa que lo hagan. Eso es una ilusión óptica debida a la perspectiva que genera la distancia. —Y como si Elizabeth no hubiese captado bien el significado, agregó—: No todas las familias se mantienen unidas, Elizabeth. Cada cual avanza en direcciones distintas. Que todos surjamos del mismo punto es una idea falsa, porque el impulso innato de todo ser viviente y toda cosa existente consiste en tomar rumbos distintos.

Elizabeth volvió a mirar el cielo tratando de ver si lo que decía Ivan era

cierto.

—Bueno, pues yo habría creído que partían del mismo sitio —dijo en voz baja observando la constante aparición de más estrellas fugaces desde la negrura.

Se estremeció y se arrebujó estrechamente en el chal: la arena se iba enfriando con el paso de las horas.

—¿Tienes frío? —preguntó Ivan, preocupado.

—Un poco —admitió Elizabeth.

—De acuerdo, bueno, la noche es joven —dijo Ivan poniéndose de pie de un salto—. Es hora de entrar en calor. ¿Te importa prestarme las llaves del coche?

—No; a no ser que intentes largarte  
—bromeó ella al entregárselas.

De nuevo Ivan sacó algo de debajo de la mesa y se lo llevó al coche. Momentos después la música sonaba suavemente saliendo por la puerta abierta del coche.

Ivan comenzó a bailar.

Elizabeth soltó una risita nerviosa.

—Ivan, ¿qué estás haciendo?

—¡Bailar! —contestó ofendido.

—¿Qué clase de baile?

Elizabeth tomó la mano que él le tendía y dejó que le ayudara a levantarse.

—Es un zapateado —anunció Ivan danzando en círculos a su alrededor cual

bailarín consumado—. Te gustará saber que también lo llaman el baile de la arena, lo cual significa que al fin y al cabo tú madre no estaba tan loca por querer marcarse un zapateado en la arena.

A Elizabeth se le fueron las manos a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas de felicidad al darse cuenta de que estaba cumpliendo un deseo más de la lista de actividades que tanto habían ansiado realizar ella y su madre.

—¿Por qué estás haciendo realidad los sueños de mi madre? —preguntó escrutándole el rostro en busca de respuestas.

—Para que no huyas como hizo ella

para ir en su busca —contestó Ivan cogiéndole la mano—. ¡Vamos, acompáñame!

—¡No sé hacerlo!

—Sólo tienes que imitarme.

Le dio la espalda y se alejó de ella contoneando las caderas con exageración.

Subiéndose el vestido por encima de las rodillas, Elizabeth mandó a paseo toda su contención y se puso a bailar zapateado sobre la arena a la luz de la luna, riendo hasta que le dolió el estómago y le faltó el aliento.

—¡Ay, haces que me sienta tan alegre, Ivan! —dijo entrecortadamente al desplomarse en la arena algo más



tarde.

—Sólo hago mi trabajo —comentó Ivan sonriendo. Pero en cuanto esas palabras salieron de su boca se le borró la sonrisa y Elizabeth detectó un atisbo de tristeza en aquellos ojos azules.

Elizabeth dejó que el vestido rojo se le deslizara hasta los pies y se lo quitó dando un simple paso. Se envolvió con un albornoz seco, se recogió el pelo con horquillas y trepó a la cama con una taza de café que se había traído de abajo. Había deseado que Ivan viniera a la cama con ella esa noche; pese a sus protestas de antes había deseado que la estrechara entre sus brazos sobre la arena misma de la cala, pero parecía que cuanto más atraída se sentía hacia él, más se alejaba Ivan de ella.

Después de contemplar la lluvia de estrellas en el cielo y bailar en la arena, Ivan se había ido encerrando en sí mismo durante el trayecto en coche de regreso a casa. Le había pedido a Elizabeth que se detuviera en el casco antiguo desde donde se iría a su casa, dondequiera que estuviera su hogar. Aún no la había llevado allí ni presentado a sus amigos y familiares. Elizabeth nunca hasta entonces había tenido interés por conocer a las personas que formaban parte de la vida de su compañero. Se decía que mientras fuera feliz con él, resultaba irrelevante que le gustara o dejara de gustar la compañía de quienes le rodeaban. Pero en el caso de Ivan

sentía necesidad de ver alguna otra faceta suya. Necesitaba presenciar su relación con otras personas, pues de ese modo se convertiría para ella en un personaje tridimensional. Este tema había sido siempre motivo de discusión entre Elizabeth y sus antiguos compañeros y ahora por fin entendía qué era lo que éstos deseaban.

Cuando Ivan se apeó del coche, Elizabeth arrancó y lo estuvo observando por el retrovisor, intrigada por saber qué dirección tomaría. Después de mirar a derecha e izquierda de la calle, desierta a tan altas horas de la noche, Ivan se encaminó hacia la izquierda en dirección a los montes y el

hotel. Sin embargo, tras unos cuantos metros se detuvo, dio media vuelta y avanzó en la dirección opuesta. Cruzó la calle y avivó el paso con aire resuelto hacia Killarney, pero se paró en seco; al cabo, cruzó los brazos sobre el pecho y se sentó en el alféizar de piedra de la ventana de la carnicería.

Elizabeth se dijo que tal vez Ivan no supiera dónde estaba su hogar o que, en caso de saberlo, no sabía cómo regresar allí. Ella conocía esta sensación.

El lunes por la tarde Ivan tuvo que aguardar diez minutos junto a la puerta del despacho de Opal. Se le escapaba la

risa al oír cómo Oscar despotricaba ante su jefa. Pero, por entretenida y graciosa que fuese su diatriba, Ivan deseaba que aquella reunión acabase, ya que él había quedado en encontrarse con Elizabeth a las seis. Disponía de veinte minutos. No la veía desde que fueran a contemplar los Delta Acuáridos el sábado por la noche, la mejor noche de su larguísima vida. Había procurado alejarse de ella después de aquello. Había intentado marcharse de Baile na gCroíthe, ocuparse de otra persona que necesitara su ayuda, pero no había podido. No se sentía atraído hacia ninguna otra dirección que no fuese Elizabeth y esa atracción era más fuerte que cualquier

otra que hubiera experimentado nunca. Esta vez no era sólo su mente lo que tiraba de él, también lo hacía el corazón.

—Opal —la voz de acento serio de Oscar salió flotando al pasillo—, necesito urgentemente más personal para la semana que viene.

—Sí, lo entiendo, Oscar y ya lo hemos organizado para que Suki te ayude en el laboratorio —explicó Opal con tanta amabilidad como firmeza—. No podemos hacer nada más, de momento.

—Pues con eso no será suficiente. —Oscar estaba que echaba chispas—. El sábado por la noche millones de personas contemplaron los Delta

Acuáridos. ¿Sabes cuántos deseos van a llegar disparados aquí durante las próximas semanas? —No aguardó una respuesta y Opal tampoco intentó dársela—. Es un procedimiento peliagudo, Opal, y necesito más ayuda. Por más que Suki sea extremadamente eficiente en el departamento de administración, no está cualificada para efectuar análisis de deseos. O dispongo de más personal profesional o tendrás que buscar un analista de deseos nuevo —dijo bufando. Salió hecho una furia del despacho pasando junto a Ivan y enfiló el pasillo murmurando—: ¡Tantos años de estudio para ser meteorólogo y acabar haciendo esto!



—Ivan —llamó Opal.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Ivan entrando en el despacho. Estaba comenzando a creer que Opal veía a través de las paredes.

Ella levantó la vista del escritorio, esbozó una sonrisa e Ivan ahogó una exclamación. Opal parecía muy cansada, sus profundas ojeras y sus ojos inyectados en sangre indicaban que llevaba semanas sin dormir.

—Llegas tarde —dijo con amabilidad—. Se suponía que ibas a aparecer a las cinco en punto.

—¿En serio? —preguntó Ivan, confundido—. Sólo he pasado para hacerte una pregunta rápida. Tengo que

salir pitando —agregó apresuradamente. *Elizabeth, Elizabeth, Elizabeth,* canturreaba para sus adentros.

—Quedamos en que hoy me sustituirías, ¿recuerdas? —dijo Opal con firmeza levantándose del escritorio y rodeándolo.

—Oh, no, no, no —dijo Ivan con premura retrocediendo hacia la puerta—. Me encantaría echarle una mano, Opal, de verdad. Ayudar es una de mis actividades favoritas, pero ahora no puedo. He hecho planes y he quedado con mi cliente. No puedo fallar, ya sabes cómo son estas cosas.

Opal se apoyó contra el escritorio, cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

Pestañeó y sus ojos se cerraron despacio y con cansancio, tardando una eternidad en abrirse de nuevo.

—De modo que ahora es tu cliente, ¿no? —preguntó en tono fatigado. Hoy la rodeaban colores oscuros; Ivan los veía extenderse alrededor de su cuerpo.

—Sí, es mi cliente —contestó con menos confianza—. Y de verdad que no puedo fallarle esta tarde.

—Tarde o temprano tendrás que decirle adiós, Ivan.

Lo dijo con tanta frialdad, sin atenuantes ni ceremonias, que a Ivan se le heló la sangre en las venas. Tragó saliva y apoyó el peso en el otro pie.

—¿Qué impresión te produce

saberlo? —preguntó Opal al ver que no contestaba.

Ivan pensó en ello. El corazón le golpeaba en el pecho y parecía que fuera a subirle por la garganta y salirse de la boca. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No quiero hacerlo —dijo en voz baja.

Con calma, Opal dejó caer los brazos junto a sus costados.

—¿Cómo dices? —preguntó con más suavidad.

Ivan pensó en su vida sin Elizabeth y levantó la voz con más confianza.

—No quiero decirle adiós. Quiero quedarme con ella para siempre, Opal.

Me hace ser feliz como no lo había sido en mi vida y según dice a ella le ocurre lo mismo conmigo. ¿No sería un craso error abandonar eso?

Desplegó una amplia sonrisa al recordar lo bien que estaba con ella. La expresión severa de Opal se dulcificó.

—Ay, Ivan, sabía que ocurriría. —A Ivan le disgustó el tono compasivo de su voz. Habría preferido su enojo—. Pero creía que tú precisamente habrías tomado la decisión correcta hace mucho tiempo.

—¿Qué decisión? —A Ivan se le demudó el semblante al pensar que se había decantado por la resolución equivocada—. Te pregunté qué tenía que

hacer y no quisiste decírmelo. — Comenzó a entrarle el pánico.

—Deberías haberte alejado de ella hace mucho, Ivan —dijo Opal con tristeza—, pero no podía decirte que lo hicieras. Tenías que darte cuenta por ti mismo.

—Si es que no podía abandonarla. —Ivan se sentó muy lentamente en la silla frente al escritorio de Opal mientras el abatimiento y la conmoción se apoderaban de su ánimo—. No dejaba de verme. —Su voz era casi un susurro—. No podía abandonarla hasta que dejara de verme.

—Tú hiciste que te siguiera viendo, Ivan —explicó Opal.

—No, no es verdad.

Ivan se levantó y se alejó del escritorio, un poco enojado ante la insinuación de que su relación no hubiese sido completamente espontánea.

—La seguiste, la observaste durante días, permitiste que floreciera la pequeña afinidad que teníais. Tropezaste con algo extraordinario e hiciste que ella también se diera cuenta de ello.

—No sabes de qué estás hablando —protestó Ivan yendo de un lado a otro de la habitación—. No tienes ni idea de lo que sentimos ninguno de los dos. —Dejó de dar vueltas, se acercó a ella y la miró de hito en hito con el mentón levantado y la cabeza en alto—. Hoy —

dijo con perfecta claridad— voy a decirle a Elizabeth Egan que la amo y que quiero pasar el resto de mis días junto a ella. Puedo seguir ayudando a la gente aunque viva con ella.

Opal se tapó la cara con las manos.

—¡No, Ivan, no puedes! —exclamó.

—Pues tú me dijiste que no había nada que yo no pudiera hacer —rezongó Ivan con los dientes apretados.

—¡Nadie te verá excepto ella! —exclamó Opal—. Elizabeth no lo comprenderá. No dará resultado.

Estaba claramente consternada por semejante revelación.

—Si lo que dices es cierto y yo hice que Elizabeth me viera —afirmó Ivan—,



entonces también podré hacer que me vean todos los demás. Elizabeth lo comprenderá. Me comprende como nadie me había comprendido jamás. ¿Tienes idea de lo que se siente? — preguntó emocionado por esa perspectiva que antes sólo había sido un pensamiento, pero ahora era una posibilidad. Podía hacer que ocurriera. Miró su reloj de pulsera: las siete menos diez. Le quedaban diez minutos—. Tengo que irme —dijo con urgencia—. Tengo que decirle que la amo.

Se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas con confianza y determinación.

De súbito la voz de Opal rompió el silencio.

—Sé cómo te sientes, Ivan.

Ivan se paró en seco, dio media vuelta y negó con la cabeza.

—No puedes saber lo que se siente, Opal, para eso tendrías que haberlo vivido tú misma. Ni siquiera puedes empezar a imaginarlo.

—Lo he vivido —dijo con voz queda e insegura.

—¿Qué?

Ivan la miró con cautela entrecerrando los ojos.

—Lo he vivido —repitió Opal con voz más segura esta vez, y entrelazó las manos sobre el abdomen—. Me enamoré de un hombre que me veía más de lo que nadie me había visto en toda mi vida.

Se hizo el silencio en el despacho mientras Ivan intentaba digerir la noticia.

—Pues eso debería significar que me comprendes aún mejor. —Dio unos pasos hacia ella, visiblemente emocionado—. Quizá no terminó bien para ti, Opal, pero para mí —sonrió ampliamente—, ¿quién sabe? —Levantó las manos y se encogió de hombros—. ¡Podría ser mi oportunidad!

Los ojos cansados de Opal le devolvieron una mirada apenada.

—No. —Negó con la cabeza y la sonrisa de Ivan se desvaneció levemente—. Deja que te enseñe una cosa, Ivan. Ven conmigo esta tarde. Olvídate del

despacho —dijo con un ademán que abarcó toda la oficina—. Ven conmigo y permite que te dé la lección final.

Le dio unos golpecitos afectuosos en el mentón.

Ivan consultó el reloj.

—Pero Eliz...

—Olvídate de Elizabeth por ahora —interrumpió Opal en voz baja—. Si decides no seguir mi consejo tendrás a Elizabeth mañana, pasado y todos los días del resto de tu vida. Quien no arriesga, no pasa la mar —concluyó Opal tendiéndole la mano.

Ivan la tomó a regañadientes. La piel de Opal estaba fría.

# 31

Elizabeth estaba sentada al pie de la escalera y miraba por la ventana el jardín delantero. El reloj de pared marcaba las siete menos diez. Ivan nunca había llegado tarde hasta entonces y confió en que estuviera bien. No obstante, en ese momento su enojo superaba en bastantes grados su preocupación por él. La conducta de Ivan el sábado por la noche le daba pie a pensar que su ausencia se debía más a la falta de interés que al juego sucio. La víspera había pasado el día entero

pensando en Ivan, en que no conocía a sus amigos, a su familia o a sus compañeros del trabajo, pensando en la ausencia de contacto sexual y, a altas horas de la noche, mientras pugnaba por conciliar el sueño, se dio cuenta de qué era lo que había estado intentando ocultarse a sí misma. Creyó saber cuál era el problema: o bien Ivan ya estaba comprometido en una relación o no quería iniciar una.

Ella había hecho caso omiso de las recurrentes dudas que la habían asaltado. Resultaba insólito que Elizabeth no hiciera planes, que no supiera el porvenir de una relación. Por consiguiente, aquel cambio tan radical la

agobiaba. A ella le gustaban la estabilidad y la rutina, cosas de las que Ivan carecía. Bueno, ahora estaba segura de que lo suyo no saldría bien, mientras, sentada en la escalera, aguardaba la llegada de un espíritu libre, tal como hacía su padre. Y nunca comentaba sus temores con Ivan. ¿Por qué? Porque cuando estaba con él hasta el más pequeño temor se disipaba. Ivan aparecía de improvviso, la cogía de la mano y la conducía a otro emocionante capítulo de su vida, y aunque en ocasiones ella se sentía renuente a seguirlo, a menudo aprensiva, con él nunca estaba nerviosa. Era cuando estaba sin él, en momentos como ahora,

cuando lo ponía todo en tela de juicio.

Resolvió de inmediato que iba a distanciarse de él. Aquella noche hablaría con él de una vez por todas. Eran como el agua y el aceite; la vida de Elizabeth estaba llena de conflictos y, por lo que ella sabía, Ivan corría como alma que lleva el diablo con tal de evitarlos. Mientras los segundos pasaban señalando que el retraso de su amigo era ya de cincuenta y un minutos, Elizabeth se dijo que después de todo quizá no necesitara tener aquella conversación con él. Seguía sentada al pie de la escalera con sus nuevos pantalones y blusa informales color crema, un tono que nunca se habría



puesto antes, y se sintió idiota. Idiota por escucharle, por creerle, por no interpretar las señales correctamente y, lo que era peor, por enamorarse de él.

Aunque el enojo tapaba su pena, lo último que estaba dispuesta a hacer era quedarse sola en casa y permitir que ésta aflorara. Elizabeth era experta en esos lances.

Cogió el teléfono y marcó.

—Hola, Benjamin, soy Elizabeth —dijo bastante deprisa, para no darse tiempo a dar marcha atrás—. ¿Te apetecería que saliéramos esta noche a tomar ese sushi que tenemos pendiente?

—¿Dónde estamos? —preguntó Ivan mientras caminaba por una calle adoquinada y poco alumbrada de una zona deprimida de Dublín. Los charcos abundaban en el suelo irregular de un barrio que consistía mayormente en almacenes y naves industriales. Una casa de ladrillos rojos se erguía solitaria en medio de esos edificios.

—Esa casa se ve rara, tan aislada —comentó Ivan—. Un poco solitaria y como fuera de lugar.

—Ahí es a donde vamos —dijo Opal—. El dueño de esa vivienda se negó a vender su propiedad a las

empresas vecinas. Se quedó aquí mientras los nuevos locales salían como setas.

Ivan miró la vieja casa.

—Apuesto a que le ofrecieron un buen pico. Seguramente habría podido comprar una mansión en las colinas de Hollywood con lo que le pagaban. —Se fijó en las salpicaduras que su zapatilla roja Converse causó al pisar un charco —. He decidido que los adoquines son mi pavimento favorito.

Opal sonrió y después emitió una leve carcajada.

—Ay, Ivan, es tan fácil quererte... Lo sabes, ¿verdad? —Siguió caminando sin aguardar una respuesta. Tanto mejor,

ya que Ivan no lo sabía de cierto.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó por enésima vez desde que habían salido de la oficina. Se hallaban frente a la casa, al otro lado de la calle, e Ivan reparó en que Opal observaba la vivienda.

—Aguardar —contestó Opal con calma—. ¿Qué hora es?

Ivan consultó su reloj de pulsera.

—Elizabeth se enfadará mucho conmigo. —Suspiró—. Acaban de dar las siete.

Justo entonces se abrió la puerta principal de la casa de ladrillo. Un anciano se apoyó contra la jamba de la puerta, como si ésta hiciera las veces de

muleta. Se asomó al exterior y miró tan a lo lejos que daba la impresión de estar contemplando el pasado.

—Ven conmigo —dijo Opal a Ivan. Cruzó la calle y entró en la casa.

—Opal —dijo Ivan entre dientes—, no puedo entrar así como así en casa de un desconocido.

Pero Opal ya había desaparecido en el interior. Ivan se apresuró a cruzar la calle y se detuvo en el umbral.

—Esto..., hola, soy Ivan —saludó tendiendo la mano.

Las manos del anciano siguieron aferradas a ambos lados de la puerta; sus ojos llorosos miraban fijamente al frente.

—Bien —dijo Ivan con torpeza retirando la mano—. Con su permiso, Opal me espera.

El hombre no pestañeó e Ivan entró. La casa olía a viejo. Olía como si una persona de edad viviera allí con muebles viejos, una radio y un reloj de pared. El tictac del reloj era lo más ruidoso en el edificio silencioso. El sonido y el olor del tiempo constituían la esencia de la casa, una larga vida vivida escuchando aquel tictac.

Ivan encontró a Opal en la sala de estar; contemplaba el sinfín de fotografías enmarcadas que llenaban todas las superficies de la habitación.

—Esto está casi tan revuelto como tu

despacho —bromeó él—. Anda, dime ya qué está pasando.

Opal se volvió hacia él y sonrió con tristeza.

—Antes te he dicho que comprendía lo que sentías.

—Sí.

—Te he dicho que sabía qué se sentía al estar enamorado.

Ivan asintió con la cabeza.

Opal suspiró y volvió a cogerse las manos, casi como si se preparara para recibir la noticia ella misma.

—Bien, pues éste es el hogar del hombre de quien me enamoré.

—Vaya —dijo Ivan en voz baja.

—Sigo viniendo aquí a diario —

explicó Opal recorriendo la sala con la vista.

—¿Y a él no le importa que nos entrometamos así?

Opal esbozó una sonrisa.

—Es el hombre de quien me enamoré, Ivan.

Ivan se quedó boquiabierto. La puerta principal se cerró. El ruido de unos pasos se fue acercando a ellos haciendo crujir las tablas del entarimado.

—¡Imposible! —dijo Ivan en voz baja—. ¿El anciano? Pero si es muy viejo... ¡Debe de tener por lo menos ochenta años! —susurró impresionado.

El anciano entró en la sala. Una tos



perruna le hizo parar en seco y su menguado cuerpo se estremeció. Hizo una pequeña mueca de dolor y poco a poco, apoyando las manos en los brazos del sillón, tomó asiento.

Ivan miraba alternativamente al anciano y a Opal con una expresión indignada que no conseguía disimular.

—No puede verte ni oírte. Somos invisibles para él —dijo Opal en voz alta. Su frase siguiente cambió la vida de Ivan para siempre. Dieciocho simples palabras que le había oído pronunciar a diario aunque nunca en aquel orden. Opal se aclaró la garganta y la voz le tembló levemente al decir por encima del tictac del reloj—:

Recuerda, Ivan, que hace cuarenta años, cuando nos conocimos, él no era viejo. Era como ahora soy yo.

Opal observó cómo el rostro de Ivan mostraba muchas emociones distintas en cuestión de segundos. La confusión y el asombro iniciales dieron paso a la incredulidad y la compasión, y a renglón seguido, en cuanto aplicó las palabras de Opal a su propia situación, apareció el desespero. Arrugó el semblante y palideció, y Opal corrió a su lado para sostenerle al ver que se tambaleaba. Ivan se agarró a ella con fuerza.

—Eso es lo que he estado intentando decirte, Ivan —susurró Opal—. Tú y Elizabeth podéis vivir juntos

perfectamente felices en vuestro propio nido sin que nadie se entere, pero te olvidas de que ella celebrará su cumpleaños cada año y tú no.

Ivan comenzó a temblar y Opal estrechó su abrazo.

—¡Ay, Ivan, de verdad, cuánto lo siento! —dijo—. ¡Cuánto, cuánto lo siento!

Lo meció durante largo rato mientras Ivan no dejaba de llorar.

—Lo conocí en circunstancias muy semejantes a las tuyas con Elizabeth —explicó Opal al cabo de unos minutos, cuando Ivan se hubo serenado.

Estaban sentados en unas butacas de la sala de estar de Geoffrey, el amor de Opal. Él seguía ocupando en silencio su sillón junto a la ventana, mirando a su alrededor, y de vez en cuando le daban unos espantosos ataques de tos que hacían que Opal corriera a su lado con ademán protector.

Mientras relataba su historia Opal retorció un pañuelo entre las manos, tenía los ojos y las mejillas húmedos y las trenzas de rastafari le caían sobre el rostro.

—Cometí todos y cada uno de los errores que tú has cometido —dijo sorbiendo por la nariz y obligándose a sonreír—, e incluso cometí el que ibas a

cometer esta noche.

Ivan tragó saliva.

—Tenía cuarenta años cuando le conocí, Ivan, y permanecimos juntos durante veinte años, hasta que la situación resultó demasiado complicada.

Ivan abrió los ojos y la esperanza volvió a llenarle el corazón.

—No, Ivan. —Opal negó apenas con la cabeza, aunque fue la debilidad de su voz lo que le convenció. De haber hablado con firmeza, Ivan habría respondido del mismo modo, pero aquella voz puso de relieve el dolor de Opal—. No te saldría bien.

No necesitó añadir nada más.

—Parece haber viajado un montón

—observó Ivan echando un vistazo a las fotos. Geoffrey delante de la Torre Eiffel, Geoffrey delante de la Torre Inclinada de Pisa, Geoffrey tumbado en la arena dorada de una playa de un país lejano, sonriente y rebosante de salud y felicidad, con edades distintas en cada foto—. Al menos consiguió salir adelante de un modo u otro y tuvo el ánimo de hacer todos estos viajes solo —añadió con una sonrisa alentadora.

Opal le miró confundida.

—Pero yo estaba allí con él, Ivan —dijo Opal arrugando un poco la frente.

—Ah, qué bien. —Ivan estaba sorprendido—. ¿Hiciste tú las fotos?

—No. —Se le demudó el semblante

—. Yo también salgo en las fotos. ¿No puedes verme?

Ivan negó lentamente con la cabeza.

—Oh... —dijo Opal estudiándolas y viendo una imagen distinta a lo que veía Ivan.

—¿Por qué ya no puede verte? —preguntó Ivan observando a Geoffrey coger un puñado de pastillas que engulló con un gran trago de agua.

—Porque ya no soy la que era, cosa que probablemente explique por qué tampoco tú me ves en las fotos. Está buscando a una persona diferente; la conexión que una vez tuvimos se ha desvanecido —contestó Opal.

Geoffrey se levantó de la butaca,

esta vez apoyándose en el bastón, y se encaminó de nuevo a la puerta principal.

—Vamos, es hora de irse —dijo Opal levantándose a su vez y dirigiéndose al vestíbulo.

Ivan la miró con aire interrogante.

—Cuando empezamos a vernos yo venía a visitarlo cada tarde de siete a nueve —explicó Opal—, y como no puedo abrir puertas, él solía aguardarme ahí. Lleva haciendo lo mismo cada día desde que nos conocimos. Por eso se negó a vender la casa. Cree que es el único medio que tengo para dar con él.

Ivan observó cómo el viejo cuerpo de Geoffrey se tambaleaba mientras volvía a fijar la mirada en la lejanía, tal



vez pensando en aquel día en que habían retozado en la playa o visitado la Torre Eiffel. Ivan no quería que le sucediera lo mismo a Elizabeth.

—Adiós, querida Opal —dijo Geoffrey quedamente con voz ronca.

—Buenas noches, amor mío. —Opal le dio un beso en la mejilla y él cerró los ojos despacio—. Hasta mañana.

Me quedó claro. Sabía qué debía hacer a continuación. Tenía que hacer lo que me habían enviado a hacer: que la vida de Elizabeth fuera lo más agradable posible para ella. Sólo que ahora me había involucrado tanto con ella que tendría que ayudarla a curar viejas heridas además de las nuevas que tan estúpidamente le había infligido. Estaba enojado conmigo mismo por estropearlo todo, por haberme abstraído y apartado el ojo de la pelota. El enfado que sentía era más fuerte que el dolor, cosa que me

alegraba, porque, con vistas a ayudar a Elizabeth, debía hacer caso omiso de mis propios sentimientos y hacer lo que fuese mejor para ella. Que era lo que tendría que haber hecho de buen principio. Pero así son las lecciones: siempre las aprendes cuando menos te lo esperas o deseas. Tendría tiempo de sobra a lo largo de mi vida para ocuparme del dolor que me causaba perderla.

Había pasado toda la noche caminando, pensando sobre las últimas semanas y sobre mi vida. No lo había hecho nunca, eso de pensar sobre mi vida. Nunca me había parecido necesario para mi propósito, pero me

había equivocado. A la mañana siguiente me encontré de nuevo en Fucsia Lane, sentado en el murete del jardín donde había conocido a Luke hacía poco más de un mes. La puerta fucsia volvió a sonreírme y le devolví el saludo. Al menos ella no estaba enojada conmigo; no me cabía duda que Elizabeth lo estaría. Le indignaba que la gente llegara tarde a reuniones de trabajo, por no hablar de las citas para cenar. Yo le había dado plantón. No intencionadamente. No por malevolencia, sino por amor. Imaginad defraudar a alguien porque le amas mucho. Imaginad hacerle daño a alguien, enojarle, hacerle sentir solo y que nadie

lo ama porque tú consideras que es lo mejor para él. Todas estas reglas nuevas me estaban haciendo poner en tela de juicio mis aptitudes como amigo íntimo. Me sobrepasaban, eran leyes con las que no me sentía nada a gusto. ¿Cómo iba a enseñar nada a Elizabeth acerca de la esperanza, la felicidad, la alegría y el amor cuando yo mismo no sabía si todavía creía en todas esas cosas? Bueno, sabía que eran posibles, vale, pero la posibilidad trae aparejada la imposibilidad. Una palabra nueva en mi vocabulario.

A las seis en punto la puerta fucsia se abrió y me puse firme como si un maestro hubiese entrado en el aula.

Elizabeth salió, cerró la puerta a sus espaldas, echó la llave y bajó por la rampa adoquinada. Se había puesto otra vez el chándal marrón chocolate, el único conjunto informal de su vestuario. Llevaba el pelo recogido atrás sin mucho miramiento, iba sin maquillar y no creo que vuelva a verla tan guapa en toda mi vida. Una mano me alcanzó el corazón y me lo apretó. Me dolió.

Elizabeth levantó la vista, me vio y paró en seco. Su rostro no se iluminó con una sonrisa como de costumbre. La mano que me apresaba el corazón me lo retorció. Pero al menos me veía y eso era lo principal. Nunca hay que subestimar el hecho de que te miren a

los ojos, no sabéis lo afortunados que sois. En realidad, al diablo con la suerte, no tenéis ni idea de lo importante que es que te reconozcan, aunque sea con una mirada fulminante. Es cuando te ignoran, cuando miran directamente a través de ti, cuando debes comenzar a preocuparte. Elizabeth por lo general desdeñaba sus problemas; acostumbraba mirarlos por encima del hombro y nunca de hito en hito. Pero resultaba obvio que yo constituía un problema que merecía la pena resolver.

Anduvo hacia mí con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza alta, los ojos cansados pero determinados.

—¿Te encuentras bien, Ivan?

Su pregunta me desconcertó. Contaba con que estuviera enojada, con que me gritara y no escuchase ni creyera mi versión de lo ocurrido, igual que en las películas, pero no fue así. Estaba serena, aunque con la furia burbujeando debajo de la superficie, lista para entrar en erupción según lo que yo contestara. Me escrutaba el semblante buscando respuestas que jamás creería.

Me pareció que era la primera vez que me hacían aquella pregunta. En eso iba pensando mientras ella me estudiaba la cara. No, para mí estaba claro como el agua que no me encontraba bien. Estaba crispado, cansado, enojado, ansioso y dolorido, mas no se trataba de



una punzada de ansia, sino de un dolor que nacía en mi pecho y se extendía por mi cuerpo y mi cabeza. Era como si mis opiniones y filosofías hubiesen cambiado de la noche a la mañana. Las mismas filosofías que de buena gana había tallado en piedra, recitado y a cuyo son había bailado. Como si el mago de la vida hubiese revelado cruelmente sus cartas ocultas y no hubiese ninguna magia, sólo un mero truco. O una mentira.

—¿Ivan?

Parecía preocupada. Su rostro se dulcificó, descruzó los brazos dejándolos caer y se acercó levantando la mano para tocarme.

Yo no podía contestar.

—Vamos, ven conmigo.

Me tomó del brazo y salimos de Fucsia Lane.

Caminaron en silencio y se adentraron en la campiña. Los pájaros cantaban a voz en cuello al amanecer, el aire frío y vigorizante les llenaba los pulmones, los conejos brincaban con osadía a través del sendero y las mariposas revoloteaban a su alrededor mientras avanzaban a grandes zancadas por el arbolado. El sol brillaba entre las hojas de los predominantes robles esparciendo luz en sus rostros como si

fuese polvo de oro. El rumor del agua se desgranaba junto a ellos mientras el aroma de los eucaliptos refrescaba el ambiente. Finalmente llegaron a un claro donde los árboles extendían las ramas formando un espléndido marco que presentaba con orgullo el lago. Cruzaron un puente de madera, se sentaron en un duro banco tallado y guardaron silencio contemplando los salmones saltar a la superficie del agua para atrapar moscas bajo un sol que ya calentaba.

Elizabeth fue la primera en hablar.

—Ivan, con lo complicada que es la vida, me esfuerzo en hacer las cosas tan simples como sea posible. Sé a qué atenerme, sé lo que voy a hacer, adónde

me dirijo y a quién veré cada día. Con lo complicada e imprevisible que es la gente que me rodea, lo que necesito es estabilidad. —Apartó la vista del lago y miró a Ivan a los ojos por primera vez desde que se sentaran—. Y tú —tomó aire—, tú le robas simplicidad a mi vida. Cambias las cosas de sitio y las pones patas arriba. Y a veces me gusta, Ivan. Me haces reír, me haces bailar por las calles y las playas como una loca y haces que me sienta como alguien que no soy. —Dejó de sonreír—. Pero anoche me hiciste sentir como alguien que no quiero ser. Necesito que las cosas sean simples, Ivan —repitió.

Se hizo el silencio entre ellos.

Finalmente habló Ivan.

—Siento mucho lo de anoche, Elizabeth. Me conoces: no lo hice con mala intención. —Se interrumpió para dilucidar la conveniencia y el modo de explicar los acontecimientos de la víspera. Resolvió no hacerlo por el momento—. ¿Sabes? Cuanto más intentas simplificar las cosas, Elizabeth, más las complicas. Estableces unas reglas, construyes unos muros, ahuyentas a la gente, te engañas a ti misma y haces caso omiso de sentimientos verdaderos. Eso no es simplificar las cosas.

Elizabeth se atusó el pelo.

—Tengo una hermana desaparecida, un sobrino de seis años al que mimar de

quien no sé nada, un padre que lleva semanas sin apartarse de una ventana porque está aguardando el regreso de su esposa, que desapareció hace veinte años. Anoche me di cuenta de que era igual que él, porque estaba sentada en la escalera mirando por la ventana aguardando a un hombre sin apellido que me dice que es de un lugar llamado Aisatnaf, un lugar que ha sido buscado en Internet y en el puñetero atlas al menos una vez al día y que ahora me consta que no existe. —Tomó aire—. Te tengo afecto, Ivan, de verdad, pero en un momento dado me das un beso y al siguiente me das plantón. No sé qué está pasando entre nosotros. Bastante sufro

ya con los quebraderos de cabeza que tengo como para ofrecerme a soportar más.

Se restregó los ojos con cansancio. Ambos se sumieron en la contemplación de la actividad en el lago, donde los saltos del salmón rizaban la superficie del agua con un relajante ruido de salpicaduras. Al otro lado del lago una garza real avanzaba silenciosa y hábilmente por la orilla sobre sus patas como zancos. Semejante a un pescador experto, observaba y aguardaba pacientemente el momento oportuno para romper la superficie vítrea del agua con el pico. Ivan no pudo por menos de constatar que en ese momento la tarea de

la garza se parecía mucho a la de él.

Cuando te cae un vaso o un plato al suelo se oye un estrépito. Cuando una ventana se hace añicos, una pata de mesa se quiebra o cuando un cuadro se desprende de la pared se oye un chasquido. Pero en lo que al corazón atañe, cuando éste se rompe lo hace en el más absoluto silencio. Dirías que siendo algo tan importante debería hacer el ruido más fuerte del mundo entero, o incluso emitir algún sonido ceremonioso como la vibrante resonancia de un címbalo o el tañido de una campana. Pero guarda silencio y casi deseas que



haga un ruido que te distraiga del dolor.

Si hay algún sonido es interno. El corazón grita y sólo lo oyes tú. Es un grito tan fuerte que te zumban los oídos y te duele la cabeza. Se retuerce dentro de tu pecho como un gran tiburón blanco atrapado en el mar; ruge como una osa a la que han arrebatado su oseño. Eso es lo que parece y así es cómo suena, como una enorme bestia que se revuelve presa del pánico en una trampa, rugiendo como si fuese prisionera de sus propias emociones. Pero así es el amor: nadie queda fuera de su alcance. Es tan desaforado como eso, tan vulnerable como una herida en carne viva expuesta al agua salada del mar, pero cuando el

corazón se rompe, lo hace en silencio. Sólo gritas por dentro y nadie te oye.

Sin embargo, Elizabeth supo ver mi congoja y yo la suya, y sin necesidad de hablar de ello ambos lo supimos. Había llegado la hora de dejar de andar por las nubes y en cambio mantener los pies en la tierra a la que siempre debimos haber permanecido arraigados.

—Tendríamos que regresar a casa — dijo Elizabeth levantándose del banco de un salto.

—¿Por qué?

—Porque está comenzando a llover.

Miró a Ivan como si fuese un perro verde y pestañeó al caerle otra gota de lluvia en la cara.

—¿Qué pasa contigo? —Ivan se echó a reír y se acomodó en el banco dando a entender que no tenía intención de moverse—. ¿Por qué siempre entras y sales disparada de los coches y las

casas cuando llueve?

—Porque no quiero mojarme.  
¡Vamos! —Miró con ansia hacia el relativo cobijo que ofrecían los árboles.

—¿Por qué no te gusta mojarte?  
Luego te secas.

—Porque no.

Lo agarró de la mano y tiró para intentar levantarlo del banco. Contrariada al no conseguirlo, dio una patada en el suelo como un niño que no se ha salido con la suya.

—¿Porque no qué?

—No lo sé. —Tragó saliva—. Nunca me ha gustado la lluvia. ¿Tienes que enterarte de todos los motivos de mis pequeños problemas?

Se protegió la cabeza con las manos para dejar de notar cómo le caía la lluvia encima.

—Hay un motivo para todo, Elizabeth —dijo Ivan extendiendo las palmas para atrapar las gotas de lluvia.

—Bueno, tengo un motivo bastante simple. Retomando el hilo de nuestra reciente conversación, la lluvia complica las cosas. Te moja la ropa, resulta incómoda y al final te produce un resfriado.

Ivan emitió el pitido que en un programa concurso señala una respuesta errónea.

—La lluvia no te produce un resfriado, te lo produce el frío. Esto

sólo es un chaparrón y es templado. — Echó la cabeza atrás, abrió la boca y dejó que las gotas cayeran dentro—. Sí, templada y buenísima. Y no me has estado diciendo la verdad, por cierto.

—¿Qué? —dijo Elizabeth con estridencia.

—Leo entre líneas, oigo entre palabras y sé cuándo un punto y aparte no es un punto y aparte sino más bien un pero —canturreó Ivan.

Elizabeth refunfuñó y se abrazó a sí misma con ademán protector como si le estuvieran arrojando porquería encima.

—Sólo es lluvia, Elizabeth. Mira a tu alrededor —señaló frenéticamente con las manos—. ¿Ves a alguien más

corriendo por aquí?

—¡Aquí no hay nadie más!

—*Au contraire!* El lago, los árboles, la garza y el salmón, todos empapándose.

Volvió a echar la cabeza atrás y siguió saboreando la lluvia.

Antes de enfilar hacia la arboleda, Elizabeth le largó un último sermón.

—Ten cuidado con esta lluvia, Ivan. No es buena idea bebérsela.

—¿Por qué?

—Porque podría ser peligrosa. ¿Sabes qué efecto surte el monóxido de carbono en el aire y la lluvia? Podría ser ácida.

Ivan se escurrió en el banco

agarrándose la garganta y fingió que se asfixiaba. Fue a gatas hasta la orilla del lago. Elizabeth le siguió con la mirada sin dejar de sermonearle.

Ivan hundió la mano en el lago.

—Bueno, aquí dentro no habrá ningún tipo de contaminante mortal, ¿no?

Recogió agua con la mano y se la tiró.

Elizabeth se quedó con la boca abierta y los ojos como platos mientras el agua le goteaba de la nariz. Tendió el brazo y empujó bruscamente a Ivan al lago, echándose a reír al verle desaparecer bajo el agua.

Dejó de reír al ver que no reaparecía.



Comenzó a inquietarse y se acercó a la orilla. El único movimiento eran las ondas causadas por los pesados goterones que caían sobre el lago en calma. Las gotas frías en la cara dejaron de molestarla. Transcurrió un minuto.

—¿Ivan? —Le temblaba la voz—. Ivan, deja de jugar. Sal inmediatamente.

Se arrimó más y alargó el cuello para tratar de verlo. Canturreó nerviosa para sus adentros y contó hasta diez. Nadie podía aguantar la respiración tanto rato.

La superficie vítrea se quebró y un cohete salió disparado del agua.

—¡Guerra de agua! —chilló la criatura acuática. La agarró de las

manos y la tiró de cabeza al lago. Elizabeth estaba tan aliviada por no haberlo matado que ni siquiera le importó cuando el agua fría le golpeó el rostro y la engulló.

—Buenos días, señor O’Callaghan; buenos días, Maureen; hola, Fidelma; hola, Connor; padre Murphy...

Saludaba con severidad a sus vecinos al cruzar el pueblo aletargado. Silenciosas miradas de asombro la seguían mientras sus zapatillas hacían un ruido como de succión y la ropa le chorreaba.

—Te sienta muy bien ese aspecto —

rió Benjamin levantando un tazón de café hacia ella desde detrás de un pequeño grupo de turistas que bailaban, reían y esparcían café por la acera de Joe's.

—Gracias, Benjamin —contestó Elizabeth muy seria siguiendo su camino a través del pueblo con los ojos chispeantes.

El sol bañaba la calle donde aún no había llovido una gota esa mañana y cuyos habitantes observaban, cuchicheaban y reían al paso de Elizabeth Egan, que caminaba con la cabeza bien alta, balanceando los brazos y con un trozo de alga pegado a su cabello enredado.

Elizabeth tiró otro lápiz de colorear al suelo, estrujó la hoja en la que había estado trabajando y la lanzó a través del despacho. No encestó en la papelería, pero le dio igual; que se quedara donde estaba, con las otras diez bolas de papel. Hizo una mueca a su calendario. Una X roja que originalmente señalaba la fecha tope para Ivan, el amigo invisible de Luke que hacía mucho que se había marchado, ahora señalaba el final de su propia carrera. Bueno, quizá se estaba poniendo melodramática: el hotel se inauguraría en septiembre y todo marchaba según lo previsto. Todos

los materiales habían llegado a tiempo con sólo los desastres menores de unos pocos pedidos equivocados. La señora Bracken tenía a su equipo haciendo horas extraordinarias para confeccionar almohadones, cortinas y cubrecamas, pero, cosa rara en ella, era la misma Elizabeth quien estaba ralentizando las cosas. No conseguía dar con un diseño para el cuarto de jugar de los niños y estaba comenzando a detestarse por haber mencionado siquiera la idea a Vincent. Andaba demasiado distraída últimamente.

Se sentó en su sitio favorito de la mesa de la cocina y rió para sí al recordar el «baño» que se había dado

unas horas antes.

Entre ella e Ivan las cosas eran más insólitas que nunca. Hoy Elizabeth había puesto punto final a su relación y se le había partido el corazón al hacerlo, pero ahí estaba él, todavía con ella en su casa, haciéndola reír como si no hubiese sucedido nada. Pero algo había cambiado, algo inmenso, y notaba su efecto justo en medio del pecho. A medida que transcurría el día se había ido dando cuenta de que nunca se había sentido a gusto con un hombre al que había dado el despido en el plano amoroso, y sin embargo, ahora le ocurría. Ninguno de los dos estaba preparado para más, todavía no, al

menos, aunque Elizabeth deseaba con toda su alma que Ivan lo estuviera.

La cena con Benjamin la noche anterior había resultado agradable. Se había sobrepuesto a la aversión que le inspiraban las cenas en restaurantes, la comida en general y la cháchara baladí, y si bien se las arreglaba para aguantar esas cosas con Ivan —a veces llegaban incluso a gustarle—, seguía considerándolas una pesadez. Por más cosas que tuviera en común con Benjamin, a Elizabeth no le gustaba hacer vida social. Conversaron con fluidez y cenaron muy bien, pero Elizabeth no se disgustó cuando todo hubo terminado y llegó la hora de irse a

casa. Estaba totalmente abstraída preguntándose sobre su futuro con Ivan.

Las carcajadas de Luke la sacaron de su ensoñación.

Ivan saludó:

—Bonjour, madame.

Elizabeth levantó la vista y vio que Ivan y Luke entraban al invernadero desde el jardín. Ambos sostenían sendas lupas delante del respectivo ojo derecho, que a través de la lente se veía gigantesco. Lucían bigotes pintados con rotulador negro en el labio superior. Ella rompió a reír sin remedio.

—Ah, pejo esto no es cosa de jisa, *madame*. Tse ha cometido un cjimen.

—Un asesinato —tradujo Luke.



—¿Qué?

Elizabeth abrió mucho los ojos.

—Estamos buscando pistas, *madame*

—explicó Luke moviendo su torcido bigote al hablar.

—Tse ha cometido un cjimen ojendo en su chardán —añadió Ivan pasando la lupa por la superficie de la mesa de la cocina en busca de huellas.

—Es jardín en francés —aclaró Luke.

Elizabeth cabeceó en señal de comprensión aguantándose la risa.

—Pejdone que hayamos ijumpido así en su casa. Permítanos pjesentajnos. Yo soy el señoj Monsieur y éste es mi compañero      chiflado,      *monsieur*

Rotcudart.

A Luke se le escapó la risa.

—Es traductor al revés.

—Vaya. —Elizabeth asintió con la cabeza—. Bien, es un placer conocerles, pero me temo que estoy muy ocupada, así que si no les importa...

Miró a Ivan enarcando las cejas.

—¿Si nos impojta? Clajo que nos impojta. Estamos en plena investigación de un asesinato, y ¿usted qué está haciendo? —Miró en derredor, sus ojos tropezaron con las bolas de papel arrugado junto a la papelera. Ivan cogió una y la estudió con su lupa—. Está haciendo bolas de nieve, poj lo visto.

Elizabeth hizo una mueca y Luke se

rió.

—Tenemos que intejogajla. ¿Tiene alguna luz potente paja que se la pongamos en la cara? —Ivan echó un vistazo por la cocina y retiró la pregunta al ver de reojo el rostro de Elizabeth—. Muy bien, *madame*.

—¿A quién han asesinado? —preguntó Elizabeth.

—Ah, justo lo que imaginaba, *monsieur* Rotcudart. —Los investigadores recorrieron la cocina en direcciones opuestas con la lupa todavía ante el ojo—. Finge no saberlo para que no sospechemos de ella. Inteligente.

—¿Cree que lo hizo ella? —preguntó Luke.

—Ya lo veremos. *Madame*, esta mañana ha aparecido un gusano muerto por aplastamiento en el sendero que va de su invernadero hasta el tendedor. Su desconsolada familia nos ha dicho que salió de casa cuando dejó de llover con intención de cruzar el sendero hasta el otro lado del jardín. Se desconocen los motivos que pudiera tener para querer ir allí, pero eso es lo que hacen los gusanos.

Luke y Elizabeth se miraron y rompieron a reír.

—La lluvia cesó a las seis y media de la tarde, que es cuando el gusano salió de casa para cruzar el sendero. ¿Puede decirme dónde se encontraba

usted, *madame*?

—¿Acaso soy sospechosa? —dijo Elizabeth riendo.

—En esta fase de la investigación, todo el mundo es sospechoso.

—Bien, regresé de trabajar a las seis y cuarto y puse la cena a calentar. Entonces fui al office y saqué la ropa húmeda de la lavadora y la coloqué en una canasta.

—¿Y qué hizo a continuación? —Ivan le plantificó la lupa en la cara y la fue moviendo en círculos, examinándola —. Compruebo si hay pruebas —le dijo a Luke.

—A continuación aguardé a que dejara de llover y luego fui a tender la

colada.

Ivan ahogó un grito de manera teatral.

—Monsieur Rotcudart, ¿ha oído eso?

Luke reía mostrando las encías; se le había caído otro diente.

—¡Pues entonces esto significa que usted es la jiminal!

—La asesina —tradujo Luke.

Ambos se volvieron hacia ella con las lupas delante de los ojos.

Ivan dijo:

—Por haber intentado ocultarme que la semana que viene es tu cumpleaños, tu castigo será celebrar una fiesta en el chardán posterior en memoria del

recientemente difunto *monsieur* Sinuoso, el gusano.

Elizabeth gimió.

—Ni hablar.

—Qué bien te comprendo, Elizabeth —dijo Ivan adoptando el acento de la clase alta británica—. Tener que alternar con la gente del pueblo llano resulta terriblemente espantoso.

—¿Qué gente? —inquirió Elizabeth entrecerrando los ojos.

—Bah, unas pocas personas que hemos invitado —contestó Ivan encogiéndose de hombros—. Luke ha echado las invitaciones al correo esta mañana, ¿no es genial? —Señaló con el mentón a un orgulloso y sonriente Luke

—. La próxima semana serás la anfitriona de una fiesta en el jardín. Gente que no conoces muy bien campará a sus anchas por tu casa, seguramente ensuciándola. ¿Crees que podrás soportarlo?



Elizabeth estaba sentada con las piernas cruzadas encima de la sábana blanca que cubría el polvoriento suelo de cemento del edificio en construcción; tenía los ojos cerrados.

—Así que aquí es donde te metes cada día cuando desapareces —dijo una VOZ.

Elizabeth no abrió los ojos.

—¿Cómo lo haces, Ivan?

—¿Hacer qué?

—Aparecer de repente justo cuando estoy pensando en ti.

Le oyó reír, pero él no contestó a la pregunta.

—¿Por qué esta habitación es la única que no se ha terminado? ¿O empezado, a juzgar por su aspecto? —dijo Ivan situándose detrás de ella.

—Porque necesito ayuda. Estoy atascada.

—Bien, si una cosa sabes hacer, Elizabeth Egan, es pedir ayuda.

Se hizo el silencio hasta que Ivan comenzó a tararear una melodía conocida que Elizabeth no había logrado quitarse de la cabeza en los dos últimos meses y que estaba dejándola casi en bancarrota por culpa del cerdito que Poppy y Becca habían llevado a la

oficina. Abrió los párpados de golpe.

—¿Qué estás tarareando?

—La canción del tarareo.

—¿Te la ha enseñado Luke?

—No, fui yo quien se la enseñó a él, si no te importa.

—¿En serio? —rezongó Elizabeth—. Pensaba que se la había inventado su amigo invisible. —Rió para sus adentros y luego le miró.

Ivan no reía. Al cabo de un momento, dijo:

—¿Por qué hablas como si tuvieras la boca llena de calcetines? ¿Qué llevas en la cara? ¿Un bozal? —Rió a carcajadas.

Elizabeth se puso roja.

—No es un bozal —replicó—. No te figuras qué cantidad de polvo y bacterias hay en este edificio. Por cierto, deberías llevar casco —señaló golpeándose el suyo—. Dios quiera que no se nos caiga encima.

—¿Qué más llevas? —Ivan hizo caso omiso de su mal humor y la repasó con la vista de la cabeza a los pies—. ¿Guantes?

—Para que no se me ensucien las manos —dijo Elizabeth con un mohín infantil.

—Ay, Elizabeth —Ivan sacudió la cabeza en un gesto reprobador y caminó cómicamente a su alrededor—, con todo lo que te he enseñado y sigues

preocupándote de ir limpia y arreglada.

Cogió una brocha que había al lado de un bote abierto de pintura y la mojó.

—Ivan —dijo Elizabeth, nerviosa, sin quitarle ojo—, ¿qué te propones hacer?

—Acabas de decir que necesitas ayuda.

Le dedicó una ancha sonrisa. Elizabeth se puso de pie lentamente.

—Sí, necesito ayuda para pintar la pared —advirtió ella señalando el muro.

—Vaya, por desgracia, no has concretado qué clase de ayuda querías, así que me temo que eso no cuenta. —Empapó la brocha de pintura roja, apretó los pelos con la mano y los soltó

hacia Elizabeth como una catapulta. La pintura le salpicó la cara—. ¡Uy, lástima que no llevaras equipo de protección en el resto de la cara! —bromeó Ivan viendo sus ojos desmesuradamente abiertos a causa del enojo y la estupefacción—. Aunque esto tan sólo demuestra que por más que uno se envuelva en algodones está expuesto a hacerse daño.

—Ivan —dijo ella con auténtico odio—, tirarme al lago es una cosa, pero esto es ridículo —chilló—. Se trata de mi trabajo. Hablo en serio, no quiero volver a tener que ver absolutamente nada más contigo, Ivan, Ivan... Ni siquiera sé tu apellido —barbotó.

—Me llamo Elbisivni —explicó Ivan con calma.

—¿Qué eres, ruso? —gritó Elizabeth al borde de un ataque de nervios—. ¿Y lo de Aisatnaf también es ruso o es que ni siquiera existe? —preguntó a voz en cuello y casi sin aliento.

—Lo siento mucho —dijo Ivan seriamente dejando de sonreír—. Me doy cuenta de que estás enfadada. Volveré a dejar esto en su sitio. —Lentamente metió la brocha en el bote y volvió a dejarlo en el sitio exacto en que lo había encontrado, delante de los demás—. Me he pasado de la raya. Perdón.

El enojo de Elizabeth comenzó a

disiparse.

—El rojo quizá sea un color demasiado colérico para ti —prosiguió Ivan—. Yo debería haber sido más sutil. —De repente otra brocha apareció ante el rostro de Elizabeth, que abrió mucho los ojos—. ¿Blanco, tal vez? —Con una alegre mueca volvió a salpicarla de pintura.

—¡Ivan! —medio gritó medio rió Elizabeth—. ¡De acuerdo! —se abalanzó sobre los botes de pintura—, ¿quieres jugar? Yo también. Ahora llevar colores es tu pasatiempo favorito, ¿no es eso? —rezongó para sí. Mojó una brocha en el bote y persiguió a Ivan por la habitación—. ¿El azul es tu color



favorito, señor Elbisivni?

Pintó una raya azul en el pelo y el rostro de Ivan y lanzó una carcajada maligna.

—¿Crees que eso ha tenido gracia?  
—exclamó él. Elizabeth asintió con la cabeza desternillándose de risa.

—Bien —aprobó Ivan con regocijo. Agarrándola por la cintura, la tendió en el suelo y sujetándola con destreza le pintó la cara mientras ella chillaba y se retorció intentando zafarse—. Si no dejas de gritar, Elizabeth, acabarás con la lengua verde —advirtió.

Cuando ambos estuvieron cubiertos de pintura de la cabeza a los pies y Elizabeth se reía tanto que no le

quedaban fuerzas para presentar batalla, Ivan volvió su atención a la pared.

—Lo que esta pared necesita ahora es un poco de pintura.

Elizabeth se quitó la mascarilla y procuró recobrar el aliento, dejando a la vista el único trozo de piel de color normal que le quedaba en el rostro.

—Bueno, al menos ese bozal te ha sido útil —señaló Ivan antes de volverse otra vez de cara a la pared—. Un pajarito me ha dicho que tuviste una cita con Benjamin West —dijo mojando un pincel nuevo en el bote de pintura roja.

—Fue una cena, no una cita. Y debería añadir que salí con él la noche

que me diste plantón.

Ivan no hizo ningún comentario, sino que preguntó:

—¿Te cae bien?

—Es muy majo —contestó Elizabeth sin darse la vuelta.

—¿Quieres pasar más tiempo con él?

Elizabeth comenzó a recoger del suelo la sábana salpicada de pintura.

—Quiero pasar más tiempo contigo —afirmó.

—¿Y si no pudieras?

Elizabeth se quedó inmóvil.

—En ese caso te preguntaría por qué.

Ivan eludió la pregunta.

—¿Y si yo no existiera y no me conocieras, querías pasar más tiempo con Benjamin entonces?

Elizabeth tragó saliva, metió el papel y los lápices en el bolso y lo cerró con la cremallera. Estaba cansada de jugar a acertijos con él y aquella conversación la ponía nerviosa. Tenían que hablar de ese asunto como era debido. Se levantó y se volvió hacia él. En la pared Ivan había pintado «Elizabeth X Benjamin» con grandes trazos rojos.

—¡Ivan! —Elizabeth rió nerviosa—. No seas tan niño. ¡Figúrate si alguien viera eso!

Se precipitó a arrebatarle la brocha.

Ivan no la soltó y se miraron a los ojos.

—No puedo darte lo que tú quieres, Elizabeth —dijo él en voz baja.

Una tos en el umbral hizo que ambos se sobresaltaran.

—Hola, Elizabeth. —Benjamin la observaba entre curioso y divertido. Echó un vistazo a la pared de detrás de ella y sonrió—. Un tema muy interesante.

Tras una pausa elocuente, Elizabeth miró a su derecha.

—Ha sido Ivan —acusó con voz infantil.

Benjamin emitió una risita irónica.

—Otra vez él.

La joven asintió y Benjamin se fijó

en que de la brocha que ella sostenía se desprendían una gotas rojas que le manchaban los vaqueros. Un rostro salpicado de rojo, azul, morado, verde y blanco se puso colorado.

—Se diría que es a ti a quien han pillado pintarrajeando a lo loco —dijo Benjamin disponiéndose a entrar en la habitación.

—¡Benjamin!

Él se detuvo con el pie en el aire y una mueca de fastidio al oír la voz imperiosa de Vincent.

—Será mejor que vaya —sonrió—. Ya hablaremos —y salió en dirección a los gritos de Vincent—. Por cierto —agregó levantando la voz—, gracias por

invitarme a la fiesta.

Una Elizabeth exasperada hizo caso omiso de las carcajadas y jadeos de Ivan. Mojó la brocha en el bote blanco y borró lo que había escrito Ivan al tiempo que intentaba borrar de su memoria aquel momento tan embarazoso.

—Buenas tardes, señor O’Callaghan; hola, Maureen; hola, Fidelma; hola, Connor; padre Murphy...

Elizabeth iba saludando a sus vecinos mientras atravesaba el pueblo a pie camino de la oficina. Las mangas le chorreaban pintura roja, hebras de pintura azul le colgaban del pelo y sus

vaqueros parecían la paleta de Monet. Atónitas y silenciosas miradas la seguían mientras las gotas de pintura que caían de su ropa iban dejando un rastro multicolor a su espalda.

—¿Por qué siempre haces esto? —preguntó Ivan apretando el paso para seguir el ritmo de su avance implacable a través del pueblo.

—¿Hacer qué? Buenas tardes, Sheila.

—Siempre cruzas la calle antes de llegar al pub Flanagan's, caminas un trecho por la acera de enfrente y vuelves a cruzar a la altura de Joe's.

—No es verdad. —Sonrió a otro papamoscas.



—¡Eso sí que es decorar el pueblo, Elizabeth! —le gritó Joe, encantado de ver las huellas rojas que iba dejando detrás de ella al atravesar la calzada.

—¡Fíjate, acabas de hacerlo! —señaló Ivan.

Elizabeth se detuvo y volvió la cabeza para observar el rastro que formaban tras ella las gotas de pintura. Era bien cierto que había cruzado la calle antes de llegar al pub Flanagan's, caminado un trecho por la otra acera y vuelto a cruzar para entrar en la oficina. Había dado un rodeo en vez de seguir por la misma acera. Nunca había reparado en ello. Miró hacia el pub Flanagan's. El señor Flanagan fumaba un

cigarrillo en la puerta. Cosa extraña, éste la saludó inclinando la cabeza y se mostró sorprendido de que ella le sostuviera la mirada. Elizabeth frunció el ceño y tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta al contemplar el edificio del pub.

—¿Todo va bien, Elizabeth? — preguntó Ivan irrumpiendo en sus pensamientos.

—Sí. —Su voz apenas fue un susurro. Carraspeó, miró confundida a Ivan y de modo poco convincente repitió —: Sí, estoy bien.

La señora Bracken estaba ante la puerta de su tienda con otras dos mujeres de edad que, como ella, sostenían en las manos sendos trozos de tela. Al ver a Elizabeth se quedó boquiabierta y adoptó una expresión de repulsa. Las tres chasquearon la lengua con desaprobación al contemplar el paso cansino de la joven cuyos cabellos, terminados con grumos de pintura, le rozaban la espalda creando un bonito efecto multicolor.

—¿Ha perdido la chaveta o qué? —

cuchicheó sin bajar la voz una de las mujeres.

—No, más bien al contrario. — Elizabeth notó por su voz que la señora Bracken sonreía—. Diríase que la ha estado buscando a cuatro patas.

Las mujeres produjeron con la lengua nuevos chasquidos de censura y se retiraron murmurando que Elizabeth no era la única que había perdido la chaveta.

Haciendo caso omiso de la mirada fija de Becca y del grito de Poppy «¡Así me gusta!», Elizabeth entró decidida en su despacho y cerró la puerta con suavidad a sus espaldas, dejando todo lo demás fuera. Apoyó la espalda contra la

puerta e intentó explicarse por qué temblaba tanto. ¿Qué demonios había surgido en su interior? ¿Qué monstruos habían despertado de su sueño para escapar burbujando a través de su piel? Inhaló profundamente por la nariz y exhaló despacio contando una, dos y tres veces hasta que sus debilitadas rodillas dejaron de temblar.

Todo había ido bien, por más que resultara embarazoso, mientras caminaba por el pueblo con el aspecto de haberse metido en un bote de pintura de los colores del arco iris. Todo había ido bien hasta que Ivan había dicho algo. ¿Qué había dicho...? Había dicho... Y entonces lo recordó y un escalofrío le

sacudió todo el cuerpo.

El pub Flanagan's. Siempre evitaba el pub Flanagan's, le había dicho. No se había dado cuenta hasta que él se lo señaló. ¿Por qué lo hacía? ¿Por Saoirse? No, Saoirse bebía en el pub Camel's Hump, en la carretera de la colina. Se quedó apoyada contra la puerta devanándose los sesos hasta que empezó a marearse. La habitación daba vueltas y decidió que tenía que irse a casa. A su casa, donde controlaba lo que sucedía, quién podía entrar, quién podía salir, donde cada cosa tenía su sitio y todos los recuerdos estaban claros. Necesitaba orden.

—¿Dónde está tu saco de alubias, Ivan?

—preguntó Caléndula mirándome desde su silla de madera pintada de amarillo.

—Bah, ya me he cansado de eso —contesté—. Ahora mi asiento favorito son las sillas giratorias.

—Qué bien —asintió Caléndula con aprobación.

—Opal se está retrasando mucho —dijo Tommy limpiándose con el brazo la nariz que no le paraba de moquear.

Caléndula apartó la vista con asco, alisó su lindo vestido amarillo, cruzó los tobillos y balanceó sus zapatos blancos de charol y los calcetines con volantes tarareando la canción del

tarareo.

Olivia hacía punto en su mecedora.

—Estará al caer —dijo con aspereza.

Jamie-Lynn se acercó a la mesa de centro y cogió un bollo de chocolate Rice Krispie y un gran vaso de leche, pero le dio un ataque de tos y se derramó el vaso de leche por el brazo. Ni corta ni perezosa, la limpió a lametones.

—¿Has estado jugando otra vez en la sala de espera del médico, Jamie-Lynn? —preguntó Olivia fulminándola con la mirada por encima de la montura de sus gafas.

Jamie-Lynn asintió con la cabeza,



volvió a toser encima del bollo y le dio otro mordisco.

Caléndula arrugó la nariz con repugnancia y siguió desenredando el cabello de su Barbie con un peinecito.

—Ya sabes lo que te dijo Opal, Jamie-Lynn. Esos sitios están llenos de bacterias. Esos juguetes con los que tanto te gusta jugar son la causa de que estés enferma.

—Ya lo sé —dijo Jamie-Lynn con la boca aún llena—, pero alguien tiene que hacer compañía a los niños mientras esperan la visita del doctor.

Transcurrieron veinte minutos y por fin Opal llegó. Todos cruzaron miradas de preocupación. Parecía como si la

sombra de Opal hubiese reemplazado a la auténtica Opal. A diferencia de otras veces, no entró flotando en la sala como una bocanada de aire fresco; era como si a cada paso que diera levantara con los pies pesados cubos de cemento. Los demás se callaron de inmediato al ver la nube de color azul oscuro, casi negro, que entró con ella.

—Buenas tardes, amigos.

La voz de Opal sonaba diferente, como sorda y retenida en otra dimensión.

—Hola, Opal —bisbisearon los presentes con cautela, como si algo más fuerte que un susurro pudiera derribarla al suelo.

Opal les dedicó una tierna sonrisa agradeciendo su apoyo.

—Alguien que ha sido amigo mío durante muchísimo tiempo está enfermo. Muy enfermo. Se va a morir y me da mucha pena perderlo —explicó.

Se oyeron murmullos compasivos. Olivia dejó de mecerse, Bobby dejó de mover adelante y atrás su monopatín, las piernas de Caléndula dejaron de balancearse, hasta Tommy dejó de sorberse los mocos y yo dejé de dar vueltas en mi silla. Aquello era serio y el grupo conversó sobre lo que se siente al perder a un ser querido. Todos lo entendíamos, porque eso ocurría de continuo con los amigos íntimos, y cada

vez que ocurría, la tristeza era la misma.

No pude participar en la conversación. Todas y cada una de las emociones que alguna vez había sentido por Elizabeth se juntaron y formaron un atasco en mi garganta, como un corazón palpitante que, al recibir más y más amor a cada momento, se dilata y se hincha de orgullo. El nudo que tenía en la garganta me impedía hablar, al igual que mi corazón encendido me impedía dejar de amar a Elizabeth.

Hacia el final de la reunión Opal fijó la vista en mí.

—Ivan, ¿cómo van las cosas con Elizabeth?

Todos me miraban. Logré encontrar

en mi garganta un agujero minúsculo por el que filtrar algún sonido.

—Le he dado tiempo hasta mañana para que entienda una cosa.

Pensé en el semblante de Elizabeth y el corazón me latió más deprisa y se hinchó, y aquel agujero diminuto en la obstrucción de mi garganta se cerró.

Y sin que nadie estuviera al corriente de mi situación, todos comprendieron que mis palabras significaban «ya queda poco». Por la premura de Opal al recoger sus carpetas dando por concluida la reunión, supuse que ocurría lo mismo en su caso.

Elizabeth daba pesados pasos sobre la cinta sin fin situada de cara al jardín trasero de su casa. Contempló las colinas, los lagos y montes que se extendían delante de ella y se puso a andar más deprisa. Luego arrancó a correr; los cabellos le ondeaban a la espalda, la frente le brillaba, los brazos se movían al compás de las piernas y se imaginaba, tal como hacía cada día, que corría más allá de las colinas, hasta el otro lado del mar, lejos, muy lejos. Al cabo de media hora de estar corriendo sin moverse del sitio se detuvo, salió del pequeño gimnasio jadeando y acto

seguido se puso a limpiar, frotando furiosamente superficies que ya resplandecían.

En cuanto hubo aseado la casa de arriba abajo, quitando todas las telarañas y despejando cualquier rincón oscuro y escondido, comenzó a hacer lo mismo con los rincones lóbregos de su mente. Las telarañas y el polvo se habían asentado en ellos y a la sazón ya estaba preparada para librarlos de impurezas. Algo intentaba arrastrarse fuera de aquella oscuridad y ella estaba en disposición de ayudarlo a aparecer. Basta de huir.

Se sentó a la mesa de la cocina y contempló la campiña extendida ante su

vista, colinas retozonas, valles y lagos unidos por un fino encaje de fucsia y montbretia. El cielo se ensombrecía más temprano con la llegada de agosto.

Pensó largo y tendido sobre esto y aquello, dejando que lo que la inquietaba tuviera ocasión de salir de las sombras y mostrarse. Era la misma sensación tan fastidiosa de la que huía cuando tumbada en la cama intentaba dormir, la sensación que combatía limpiando la casa con frenesí. Pero ahora estaba sentada a la mesa como una mujer que se rindiera con las manos en alto frente a su propia arma, permitiendo que sus pensamientos la arrestaran. Había sido como un criminal fugitivo



que llevase demasiado tiempo huyendo.

—¿Por qué estás sentada a oscuras?

—preguntó con dulzura una voz.

Elizabeth esbozó una sonrisa.

—Sólo estoy pensando, Luke.

—¿Puedo sentarme contigo? —

preguntó Luke, y Elizabeth se odió por tener ganas de decir que no—. No diré nada ni tocaré nada, te lo prometo — añadió el niño.

Aquello le partió el corazón. ¿Tan mala era realmente? Sí, sabía que sí.

—Ven a sentarte —sonrió retirando la silla que tenía al lado.

Ambos guardaron silencio en la cocina a oscuras hasta que Elizabeth habló.

—Luke, hay ciertas cosas sobre las que debería hablar contigo. Cosas que debería haberte contado antes, pero...

—Se retorció los dedos tratando de decidir con sumo cuidado de qué modo se expresaría. Cuando era niña lo único que quería era que la gente le explicara lo que había ocurrido, adónde había ido su madre y por qué. Una simple explicación le habría ahorrado años de atormentadoras dudas.

Luke la miró con sus grandes ojos azules de largas pestañas; tenía sonrosadas las mejillas regordetas y el labio superior brillante por el goteo incesante de la nariz. Elizabeth se echó a reír y le pasó la mano por el pelo de un

rubio casi blanco y la posó en la cálida nuca del niño.

—El caso —prosiguió Elizabeth— es que no sabía cómo decírtelas.

—¿Es sobre mi mamá? —preguntó Luke balanceando las piernas bajo la mesa de cristal.

—Sí. Hace bastante que no nos visita, aunque seguramente ya te habrás dado cuenta.

—Se ha ido a la aventura —dijo Luke alegremente.

—Bueno, no sé si puede llamarse así, Luke. —Elizabeth suspiró—. No sé adónde ha ido, corazón. No dijo nada a nadie antes de marcharse.

—A mí sí —exclamó Luke

encantado.

—¿Qué?

Elizabeth abrió mucho los ojos y el pulso se le aceleró.

—Vino a casa antes de irse. Me dijo que se marchaba, pero que no sabía por cuánto tiempo. Y yo le dije que eso era una especie de aventura y ella se rió y dijo que sí.

—¿Te dijo por qué? —susurró Elizabeth sorprendida de que Saoirse hubiese tenido la compasión de decir adiós a su hijo.

—Ajá —asintió Luke pateando el aire más deprisa—. Dijo que era lo mejor para ella, para ti y para el abuelo, porque no dejaba de hacer las cosas mal

y hacía enfadar a todo al mundo. Dijo que iba a hacer lo que siempre le habías dicho que hiciera. Dijo que iba a marcharse de aquí.

Elizabeth contuvo el aliento y recordó que solía decir a su hermana pequeña que se marchara cuando las cosas se ponían un poco feas en casa. Recordó que cuando emprendió viaje hacia la universidad contempló a su hermanita de seis años y le repitió una y otra vez que se marchara. Todas aquellas emociones le taponaron la garganta.

—¿Y tú qué dijiste? —consiguió articular Elizabeth acariciando el pelo fino de Luke y sintiendo, por primera

vez en su vida, unas abrumadoras ganas de protegerlo a toda costa.

—Le dije que seguramente tenía razón —contestó Luke con total naturalidad—. Me dijo que ya era un chico mayor y que ahora me tocaba cuidar de ti y del abuelo.

A Elizabeth se le saltaron las lágrimas.

—¿Eso dijo? —preguntó ahogando el llanto.

Luke levantó la mano y le enjugó las lágrimas con delicadeza.

—Bueno, no te preocupes —añadió ella. Besó la mano de Luke y lo estrechó entre sus brazos—, porque seré yo quien cuide de ti, ¿de acuerdo?

La respuesta del niño sonó amortiguada al tener la cabeza apretada contra el pecho de su tía. Elizabeth lo soltó enseguida para dejarle respirar.

—Edith estará a punto de volver —dijo Luke emocionado después de hacer una profunda inspiración—. Me muero de ganas de ver qué me ha traído.

Elizabeth sonrió, intentó recobrar la compostura y carraspeó para aclararse la voz.

—Podemos presentársela a Ivan. ¿Crees que le caerá bien?

Luke hizo una mueca.

—Me parece que no será capaz de verlo.

—No podemos guardarlo sólo para

nosotros, Luke —dijo Elizabeth riendo.

—Bueno, puede que Ivan ni siquiera siga aquí cuando ella vuelva —comentó Luke.

El corazón de Elizabeth latió con fuerza.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te ha dicho algo?

Luke negó con la cabeza.

Elizabeth suspiró.

—Vamos, Luke, que estés muy unido a Ivan no significa forzosamente que vaya a abandonarte, ¿sabes? No quiero que tengas miedo de que eso ocurra. Yo solía tenerlo. Solía pensar que todas las personas que amaba siempre acabarían marchándose.



—Yo no me marcharé.

Luke la miró con afecto.

—Y yo te prometo que tampoco me iré a ninguna parte. —Le dio un beso en la cabeza y carraspeó—. ¿Sabes esas cosas que tú y Edith hacéis juntos, como ir al zoo y al cine, cosas así?

Luke asintió con la cabeza.

—¿Te gustaría que de vez en cuando os acompañara?

Luke sonrió contento.

—Sí, sería muy guay. —Reflexionó un instante—. Ahora somos casi iguales, ¿verdad? Que mi mamá se marche es un poco como cuando lo hizo la tuya, ¿no? —preguntó. Empañó con el aliento la mesa de cristal y escribió su nombre con

el dedo.

Elizabeth se quedó helada.

—No —contestó secamente—, no tiene nada que ver. —Se levantó de la mesa, encendió la luz y se puso a fregar el mostrador—. Son personas completamente distintas, no es ni mucho menos lo mismo.

La voz le temblaba mientras frotaba frenéticamente. Al levantar la vista para ver cómo reaccionaba Luke percibió su propio reflejo en el cristal del invernadero y se paró en seco. Adiós a la compostura, adiós a las emociones, parecía una mujer poseída escondiéndose de la verdad, huyendo del mundo.

Y entonces lo supo.

Y los recuerdos que acechaban en los rincones oscuros de su mente comenzaron a reptar muy lentamente hacia la luz.

—Opal —avisé sin levantar la voz desde el umbral de su despacho. Parecía tan frágil que me daba miedo que cualquier ruido la hiciera añicos.

—Ivan.

Opal sonrió cansada y se apartó las trenzas de rastafari de la cara prendiéndolas con un pasador.

Me vi en sus ojos brillantes al entrar en la habitación.

—Estamos muy preocupados por ti. ¿Hay algo que podamos hacer para echarte una mano?

—Gracias, Ivan, pero aparte de vigilar que todo vaya bien por aquí, la verdad es que nadie puede hacer nada. Estoy tremendamente cansada. He pasado las últimas noches en el hospital obligándome a no dormir. Sólo le quedan unos pocos días, ahora; quiero estar a su lado cuando... —Apartó la vista de Ivan y la dirigió a la foto enmarcada que tenía en el escritorio, y cuando al poco volvió a hablar lo hizo con voz temblorosa—. Ojalá existiera una manera de despedirme de él, de hacerle saber que no está solo, que estoy a su lado.

Se le saltaron las lágrimas. Fui junto a ella y la consolé pese a sentirme

impotente y saber que por una vez no cabía hacer absolutamente nada para ayudar a aquella amiga. ¿O acaso sí?

—Espera un momento, Opal. Quizás haya una manera de hacerlo. Tengo una idea.

Y dicho esto salí corriendo.

Elizabeth había organizado a última hora que Luke se quedara a dormir en casa de Sam. Sabía que necesitaba estar a solas aquella noche. Percibía que se estaba operando un cambio en su fuero interno; el frío se había adueñado de su cuerpo y se resistía a marcharse. Estaba acurrucada en la cama con un jersey que

le iba grande y una manta, tratando desesperadamente de entrar en calor.

La luna al otro lado de la ventana reparó en que algo iba mal y la resguardó protegiéndola de la oscuridad. La idea de lo que le esperaba le daba a Elizabeth retortijones en el estómago. Las cosas que Ivan y Luke habían dicho hoy habían hecho girar una llave en su mente abriendo un baúl de recuerdos tan aterradores que Elizabeth tenía miedo de cerrar los ojos.

Miró la luna a través de las cortinas descorridas de la ventana y al cabo se dejó llevar a la deriva...

Tenía doce años. Hacía dos semanas que su madre la había llevado de picnic al campo, dos semanas desde que le dijera que iba a marcharse; y la niña llevaba dos semanas aguardando su regreso. Fuera del dormitorio de Elizabeth su padre acunaba en sus brazos a una chillona Saoirse de un mes tratando de consolarla y calmarla.

—Ea, ea, pequeña, no llores más...

A veces decía esas tiernas palabras en tono más alto y luego bajaba la voz mientras caminaba de un lado al otro de la casa en la noche avanzada. En el exterior el viento aullaba y se colaba



silbando por las rendijas de las ventanas y las cerraduras de las puertas. Una vez dentro, corría y bailaba por las habitaciones mofándose de Elizabeth, fastidiándola y haciéndole cosquillas sin tener en cuenta que estaba tumbada en la cama con las manos en los oídos y las mejillas cubiertas de lágrimas.

Los lloros de Saoirse se hicieron más agudos, las súplicas de Brendan más apuradas y Elizabeth se tapó la cabeza con la almohada.

—Por favor, Saoirse, deja ya de llorar —rogó su padre, que trató de entonar la nana que la madre de Elizabeth siempre les cantaba a sus hijas. Elizabeth se apretó más las orejas

con las manos, pero aun así siguió oyendo los chillidos de Saoirse y la desafinada melodía que cantaba su padre.

—¿Quieres un biberón? —preguntó su padre con ternura al bebé que no dejaba de chillar—. ¿No? Dime, cariño, ¿qué te pasa? —preguntó con voz apenada—. Yo también la extraño, cariño, yo también la extraño. —Y él también se echó a llorar.

Saoirse, Brendan y Elizabeth lloraron juntos por Gránnie, pero los tres se sentían muy solos en la casa azotada por el viento.

De repente unos faros surgieron al final del camino. Elizabeth se destapó y

se sentó en el borde de la cama, temblorosa de emoción. Era su madre. Tenía que serlo. ¿Quién más iba a ir hasta allí a las diez de la noche? Elizabeth se puso a saltar en la cama presa de una inmensa alegría.

El coche se detuvo delante de la casa, la portezuela se abrió y Elizabeth vio bajar a Kathleen, la hermana de Gránnie. Dejando la portezuela abierta, los faros encendidos y los limpiaparabrisas en marcha, Kathleen se dirigió con paso decidido a la verja, la abrió haciéndola chirriar y llamó aporreando la puerta.

Brendan la acogió en el umbral con la llorosa Saoirse en sus brazos.

Elizabeth corrió a la puerta de su habitación y por el ojo de la cerradura espió lo que ocurría en la entrada.

—¿Está aquí? —inquirió Kathleen a bocajarro sin saludar.

—Chissss —dijo Brendan—, vas a despertar a Elizabeth.

—Como si no estuviese despierta con estos berridos. ¿Qué le has hecho a esta pobre criatura? —preguntó con incredulidad.

—La niña echa de menos a su madre —contestó Brendan levantando la voz—. Como todos nosotros —agregó en un tono más amable.

—Dámela —ordenó Kathleen.

—Estás empapada —rezongó

Brendan apartándose y estrechando con más fuerza a su hijita.

—¿Está aquí? —preguntó de nuevo Kathleen con voz todavía enojada. Seguía plantada en el umbral de la puerta principal. No había pedido permiso para entrar ni la habían invitado a hacerlo.

—Claro que no está aquí. —Brendan acunaba a Saoirse procurando calmarla—. Creía que te la habías llevado a ese sitio mágico donde la iban a curar para siempre —dijo con amargura.

—Se suponía que era uno de los mejores sitios, Brendan, mejor que los otros, al menos. —Y añadió entre dientes—: El caso es que se ha ido.

—¿Ido? ¿Qué significa que se ha ido?

—Esta mañana no estaba en su habitación. Nadie la ha visto marcharse.

—Tu madre tiene la mala costumbre de desaparecer por la noche —dijo Brendan enojado arrullando a Saoirse—. Bueno, si no está donde la enviaste, no tendrás que buscar muy lejos de aquí. ¿Seguro que no está en Flanagan's?

Elizabeth abrió mucho los ojos y ahogó un grito. Su madre estaba allí, en Baile na gCroíthe; no se había marchado después de todo.

En medio de la breve pausa que siguió al amargo diálogo, Saoirse reanudó sus lloros.

—Por todos los santos, Brendan, ¿quieres hacerla callar? —se quejó Kathleen—. Sabes que puedo quedarme con las niñas. Podrían vivir conmigo y con Alan en...

—Son mis hijas y no me las vas a quitar como hiciste con Gránnie —bramó Brendan. Saoirse dejó de llorar.

Se hizo un prolongado silencio.

—Lárgate de aquí —dijo Brendan débilmente, como si su anterior arrebató le hubiera quebrado la voz.

La puerta principal se cerró y Elizabeth miró por la ventana y vio cómo Kathleen cerraba la verja de un portazo y se subía al coche. Éste salió disparado y los faros se desvanecieron a

lo lejos junto con las esperanzas de Elizabeth de irse con ella a ver a su madre.

Aunque conservó un rayo de esperanza. Su padre había mencionado Flanagan's. Elizabeth sabía dónde estaba, ya que pasaba por delante cada día camino de la escuela. Haría la maleta, encontraría a su madre y viviría con ella lejos de su padre y su hermanita gritona, y juntas saldrían a diario en busca de aventuras.

El picaporte de su puerta giró y Elizabeth se zambulló en la cama y fingió estar dormida. Manteniendo los ojos bien cerrados decidió que en cuanto su padre se fuera a la cama, ella



se iría a Flanagan's.

Saldría a hurtadillas por la noche, igual que su madre.

—¿Seguro que esto va a dar resultado?

Apoyada contra la pared de la sala del hospital, Opal juntaba y separaba las temblorosas manos con que se oprimía el estómago, llena de inquietud. Ivan la miró con incertidumbre.

—Merece la pena intentarlo —dijo.

A través del cristal del pasillo veían a Geoffrey en su habitación individual. Estaba conectado a un respirador artificial, con la boca tapada por una mascarilla de oxígeno, rodeado de

artefactos que pitaban y de cables que le salían del cuerpo y que se unían a unas máquinas. En medio de todo aquel ajetreo su cuerpo yacía quieto y en calma mientras el pecho le subía y bajaba rítmicamente. Opal e Ivan estaban inmersos en ese sonido extraño e inquietante que sólo se oía en los hospitales, el sonido de la espera, de estar entre dos lugares fuera del tiempo.

En cuanto las enfermeras que atendían a Geoffrey abrieron la puerta para marcharse, Opal e Ivan entraron en la habitación.

—Ya la tienes aquí —dijo Olivia desde el costado de la cama de Geoffrey al ver entrar a Opal.

Los ojos de Geoffrey se abrieron enseguida y empezaron a mirar en derredor con frenesí por toda la habitación.

—Está a tu izquierda, querido, te sostiene la mano —dijo Olivia con ternura.

Geoffrey intentó hablar, pero la mascarilla le amortiguaba y deformaba la voz. Opal se tapó la boca con la mano, los ojos se le arrasaron de lágrimas y la contracción de su garganta se hizo visible. Sólo Olivia podía entender aquel lenguaje, las palabras de un hombre agonizante.

Olivia asentía con la cabeza mientras él le hablaba. Cuando Geoffrey

se detuvo, se le saltaron las lágrimas y se dispuso a trasladar su mensaje. Entonces Ivan se vio incapaz de permanecer en la habitación.

—Me ha dicho que te dijera que el corazón le ha dolido cada momento que habéis estado separados, querida Opal —anunció Olivia.

Ivan salió de la habitación por la puerta abierta y caminó tan deprisa como pudo por el pasillo en dirección a la calle.

En Fucsia Lane, un aguacero golpeaba los cristales del dormitorio de Elizabeth como si llovieran guijarros. El viento comenzó a calentar sus cuerdas vocales preparándose para la noche y Elizabeth, arropada en la cama, retrocedió en el tiempo hasta la vez en que salió a la larga noche invernal en busca de su madre.

Había metido unas pocas cosas en la mochila de la escuela; ropa interior, dos

faldas y dos jerséis, el libro que le regalara su madre y su osito de peluche. En la hucha había encontrado 4 libras con 42 peniques y después de ponerse el impermeable encima de su vestido floreado predilecto y de calzarse sus botas de agua rojas salió a la noche fría. Saltó el murete del jardín para evitar que el ruido de la verja alertara a su padre, que por aquel entonces dormía con un ojo abierto, como el perro de la granja. Se mantuvo arrimada a los setos para no ser divisada en medio del camino recto. El viento agitaba las ramas que le rascaban el rostro y las piernas, y los besos mojados de las hojas empapadas le rozaban la piel.

Aquella noche soplaban un vendaval terrible que le azotaba las piernas y le hacía escocer las orejas y las mejillas. Arremetía contra su rostro con tanta furia que le cortaba la respiración. En cuestión de minutos tuvo los dedos, la nariz y los labios entumecidos y el cuerpo helado hasta los huesos, pero la perspectiva de ver a su madre aquella noche la hizo seguir adelante. Y adelante siguió.

Veinte minutos después llegó al puente de Baile na gCroíthe. Nunca había visto el pueblo a las once de la noche; era como un pueblo fantasma, oscuro, vacío y silencioso, como si estuviera a punto de ser testigo de algo

de lo que jamás iba a decir palabra.

Se dirigió muy nerviosa a Flanagan's sin sentir la acometida del frío, sólo pura euforia ante la emocionante perspectiva de reunirse con su madre. Antes de ver el pub, oyó los sonidos que emergían del local. El Flanagan's y el Camel's Hump eran las únicas casas del pueblo que tenían las luces encendidas. Por una ventana abierta salían flotando las notas del piano, el violín y el badhrán<sup>[5]</sup>, así como una melodía entonada a voz en cuello entre las risotadas del público y ocasionales gritos y ovaciones. Elizabeth rió para sus adentros; parecía que allí todos lo estaban pasando en grande.



Delante del pub vio aparcado el coche de la tía Kathleen y automáticamente Elizabeth apretó el paso. La puerta de la calle estaba abierta y daba a un pequeño vestíbulo, pero la puerta del pub, con cristales emplomados y todo, estaba cerrada. Elizabeth se detuvo bajo la marquesina para sacudirse la lluvia del impermeable; lo colgó junto a los paraguas en el perchero de la pared. Tenía el negro pelo empapado y la nariz enrojecida le goteaba. La lluvia se las había ingeniado para metérsele en las botas, de modo que las piernas le temblaban de frío y los pies, bañados en

agua, producían leves chapoteos con cada paso que daba.

El piano se calló de repente y el jolgorio de los parroquianos sobresaltó a la pobre Elizabeth.

—Venga, Gránnie, canta otra —gritó un hombre con voz pastosa y los demás le aclamaron.

A la niña el corazón le dio un vuelco al oír el nombre de su madre. ¡Estaba dentro! Era una cantante maravillosa. Siempre andaba tarareando por la casa, improvisando para sí misma nanas y canciones infantiles, y por las mañanas a Elizabeth le encantaba quedarse en la cama y escuchar a su madre canturrear por las habitaciones de la casa. Pero la

voz que ahora rompió el silencio seguida por los groseros vítores de los borrachos no era la dulce voz de su madre que tan bien conocía.

En Fucsia Lane Elizabeth abrió los ojos de golpe y se incorporó en la cama. Fuera el viento aullaba como un animal herido. El corazón le martilleaba en el pecho; tenía la boca seca y el cuerpo sudoroso. Se destapó de un tirón, agarró las llaves del coche de la mesita de noche, bajó la escalera corriendo, se cubrió los hombros con el impermeable y salió de la casa a toda prisa en busca del coche. Al notar las frías gotas de

lluvia recordó por qué detestaba tanto notar que la lluvia le cayera en la cara: le recordaba aquella noche aciaga. Corrió hasta el coche temblando mientras el viento le lanzaba el pelo contra los ojos y las mejillas y al sentarse detrás del volante toda ella ya estaba chorreando.

Los limpiaparabrisas se agitaban frenéticamente mientras conducía por las carreteras oscuras. Al cruzar el puente se encontró frente al pueblo fantasma. Todo el mundo se había encerrado a resguardo del temporal en sus casas y albergues. Aparte del Flanagan's y el Camel's Hump no había vida nocturna. Elizabeth aparcó el coche y se apeó en

la acera de enfrente de Flanagan's. Ajena a la lluvia fría se quedó mirando el edificio del otro lado de la calle, recordando. Recordando aquella noche.

Las palabras de la tonada que cantaba la mujer herían la sensibilidad de Elizabeth. Era una canción chabacana, con letra de pésimo gusto que las inflexiones de la cantante hacían aún más obscena. Todas aquellas palabrotas que su padre le había enseñado a no decir eran recibidas con aplausos por aquel hatajo de brutos borrachos como cubas.

Se puso de puntillas para mirar a

través del rojo cristal de una ventana emplomada a fin de descubrir a qué espantosa mujer pertenecía la voz ronca que interpretaba tan asquerosa canción. Estaba segura de que su madre estaría sentada con Kathleen, absolutamente indignada.

El corazón se le subió a la garganta y se le cortó la respiración, pues encima del piano de madera estaba sentada su madre, que abría la boca y soltaba todas aquellas palabras repugnantes. Llevaba una falda que Elizabeth no le conocía levantada hasta los muslos y a su alrededor un puñado de hombres la jaleaban con lascivia, bromeando y riendo mientras ella se contoneaba y

adoptaba posturas que Elizabeth nunca había visto en ninguna otra mujer.

—Vamos, vamos, chicos, calmaos un poco —gritó el joven Flanagan desde detrás de la barra.

Sin hacerle caso, los hombres siguieron lanzando miradas lujuriosas a la madre de Elizabeth.

—Mamá —lloriqueó Elizabeth.

Elizabeth cruzó despacio la calle hacia el pub Flanagan's; el corazón le latía por lo punzante del recuerdo. Tendió el brazo y empujó la puerta para abrirla. Detrás del mostrador, el señor Flanagan levantó la vista y le dedicó una sonrisa

contenida, como si esperara verla.

La pequeña Elizabeth tendió el brazo y con mano insegura empujó la puerta del bar para abrirla. El pelo mojado le goteaba por la cara. El labio inferior le temblaba. Sus grandes ojos castaños recorrieron con pánico el local al ver que un hombre se disponía a tocar a su madre.

—¡Déjala en paz! —gritó Elizabeth en voz tan alta que en la sala se hizo el silencio. Su madre dejó de cantar y todas las cabezas se volvieron hacia la chiquilla plantada junto a la puerta.

En el rincón donde estaba su madre



los borrachos estallaron en risotadas. Las lágrimas asomaron a los aterrados ojos de Elizabeth.

—¡Búa, buá, buá...! —se mofó su madre haciéndose oír por encima de los demás—. Vayamos todos a salvar a mamá, ¿no es eso? —dijo con voz pastosa. Clavó los ojos en Elizabeth. Los tenía inyectados en sangre y oscuros, sin el menor parecido con los ojos que Elizabeth recordaba tan bien; pertenecían a otra persona.

—Mierda —maldijo Kathleen levantándose de un salto en el otro extremo del bar para correr junto a Elizabeth—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He ve-ve-venido —tartamudeó

Elizabeth en el local ahora silencioso mirando apabullada a su madre—, he venido a buscar a mamá para irme a vivir con ella.

—Bueno, pues no está aquí —chilló su madre—. ¡Lárgate! —La señaló con un dedo acusador—. No se permite la entrada de ratas mojadas en este pub —agregó con una risa socarrona, y quiso apurar su copa de un trago, pero no acertó a llevársela a la boca y casi toda la bebida le cayó sobre el pecho y el cuello reemplazando el aroma de su delicado perfume por el del whisky.

—Pero,       mamá...       —gimoteó Elizabeth.

—Pero, mamá —la imitó Gránnie y

unos cuantos hombres rieron—. No soy tu mamá —prosiguió con aspereza apoyándose en las teclas del piano, que emitieron un sonido desagradable—. Las pequeñas Elis mojadas no merecen tener mamá. Deberían envenenaros a todas —espetó.

—¡Kathleen! —gritó el señor Flanagan—, ¿a qué esperas? Sácala de aquí. No debería estar viendo esto.

—No puedo —contestó Kathleen como clavada en su sitio—. Tengo que vigilar a Gránnie, tengo que llevármela conmigo.

El señor Flanagan abrió la boca, escandalizado.

—¿No ves cómo está la niña?

La piel olivácea de Elizabeth había palidecido. Tenía los labios morados de frío y le castañeteaban los dientes. La humedad le pegaba al cuerpo el vestido floreado y las piernas le temblaban dentro de las botas de goma.

Kathleen miró alternativamente a Elizabeth y a Gránnie, atrapada entre ambas.

—No puedo, Tom —dijo entre dientes.

Tom la miró enojado.

—Tendré la decencia de acompañarla a casa yo mismo.

Agarró un llavero de debajo de la barra y echó a andar para reunirse con Elizabeth.

—¡No! —gritó Elizabeth. Después de echar un vistazo a su madre que, aburrida ya de la escena, se había entregado a los brazos de un desconocido, la niña se volvió hacia la puerta y salió corriendo otra vez a la noche fría.

Elizabeth se quedó junto a la puerta del bar; tenía el pelo chorreando, las gotas de lluvia se le deslizaban por la frente hasta la punta de la nariz, los dientes le castañeteaban y sentía los dedos entumecidos. Los ruidos del local no eran los mismos. Dentro no se oía música, nada de vítores ni ovaciones,

ninguna canción, sólo el tintineo de algún vaso y el murmullo de las conversaciones. Únicamente había cinco clientes en aquella tranquila noche de martes.

Un avejentado Tom seguía sin quitarle los ojos de encima.

—Mi madre... —dijo Elizabeth levantando la voz desde la puerta. La voz infantil que le salió la pilló desprevenida— era una alcohólica.

Tom asintió con la cabeza.

—¿Venía aquí a menudo?

Tom asintió de nuevo.

—Pero había semanas —ella tragó saliva—, semanas seguidas en las que no se movía de casa.

La voz de Tom fue amable.

—Era lo que suele llamarse una bebedora juerguista.

—Y mi padre... —Elizabeth hizo una pausa pensando en su pobre padre, que aguardaba noche tras noche en casa —, mi padre lo sabía.

—La paciencia de un santo —dijo Tom.

Elizabeth paseó la vista por el pequeño bar, el mismo viejo piano que seguía en su rincón. Lo único que había cambiado en el establecimiento era la edad de todo lo que contenía.

—Aquella noche... —dijo Elizabeth y se le arrasaron los ojos de lágrimas—, quiero darle las gracias.

Tom se limitó a asentir con pesadumbre.

—¿Ha vuelto a verla desde entonces? —preguntó ella.

Tom negó con la cabeza.

—¿Y cree... cree que la verá? —preguntó Elizabeth con la voz un poco rota.

—No en esta vida, Elizabeth —respondió Tom confirmándole lo que siempre había sabido en lo más hondo de su ser.

—Papá... —susurró Elizabeth para sí y se fue del bar para regresar a la noche fría.



La pequeña Elizabeth se alejó corriendo del pub; notaba cada gota de lluvia que azotaba su cuerpo, el dolor en el pecho cada vez que inhalaba aire frío, y el agua que le salpicaba las piernas al pisar los charcos. Corría hacia casa.

Elizabeth subió al coche dando un pequeño salto y salió a toda velocidad del pueblo hacia el camino recto que conducía a la morada de su padre. Unos faros que venían de frente la obligaron a dar marcha atrás y aguardar a que el coche pasara antes de continuar su viaje.

Su padre lo había sabido todo este tiempo y nunca le había dicho nada. No había querido destrozar sus ilusiones acerca de su madre, a quien ella había tenido siempre en un pedestal. La había considerado un espíritu libre y a su padre le había tenido por una fuerza opresiva, como un cazador de mariposas. Tenía que verle cuanto antes para disculparse, para poner las cosas en su sitio.

Enfiló de nuevo el camino y se topó con un tractor que avanzaba hacia ella resoplando, cosa inaudita a tan altas horas. Retrocedió una vez más hasta la entrada del camino. Pero su creciente impaciencia la empujó a abandonar el

coche y a ponerse a correr. Corrió tanto como pudo por el camino que la llevaba a casa.

—Papá —sollozaba la pequeña Elizabeth mientras corría por el camino de su casa. Lo llamaba con voz cada vez más fuerte y por primera vez aquella noche el viento la ayudó trasladando sus palabras hasta la vivienda.

Se encendió una luz, luego otra y vio que se abría la puerta principal.

—¡Papá! —gritó todavía más fuerte y corrió aún más deprisa.

Brendan estaba sentado ante la ventana del dormitorio tomando a sorbos una taza de té con la vista perdida en la noche oscura, esperando con toda su alma que la visión que estaba aguardando se dignara aparecer. Las había ahuyentado a todas, había hecho exactamente lo contrario de lo que deseaba y él era el único culpable. Lo único que podía hacer era esperar. Esperar a que una de sus tres mujeres apareciera. Aunque una de ellas, lo sabía a ciencia cierta, nunca podría ni querría regresar.

Un movimiento a lo lejos atrajo su

atención y se enderezó en el asiento como un perro guardián. Una mujer corría hacia él, su melena negra flotaba tras ella, su imagen se desdibujaba por culpa de la lluvia que arremetía contra la ventana y chorreaba por el cristal.

Era ella.

La taza y el platillo se le cayeron al suelo y se levantó derribando la silla hacia atrás.

—Gránnie —susurró.

Agarró el bastón y se dirigió, tan deprisa como le permitieron las piernas, a la puerta principal. La abrió y forzó la vista en la noche tormentosa para ver a su esposa.

Oyó los lejanos jadeos de la mujer

que corría.

—Papá —le oyó decir.

No, imposible que estuviera diciendo eso, su Gránnie no diría eso.

—Papá —oyó sollozar otra vez.

Esos sonidos le hicieron retroceder más de veinte años en el tiempo. Era su niña, su niña que corría otra vez hacia casa bajo la lluvia porque le necesitaba.

—¡Papá! —volvió a gritar Elizabeth.

—Estoy aquí —respondió Brendan, en voz baja al principio y luego a voz en cuello—. ¡Estoy aquí!

Oyó que su hija lloraba, la vio abrir la verja chirriante, calada hasta los huesos, y tal como hiciera veinte años

atrás tendió los brazos para recibirla con un fuerte abrazo.

—Estoy aquí, no te preocupes —la tranquilizó dándole palmaditas en la cabeza y meciéndola—. Papá está aquí.

El día del cumpleaños de Elizabeth, su jardín parecía la escena de la merienda del Sombrero Loco en el País de las Maravillas. Había dispuesto una mesa larga en medio del jardín decorada con un mantel rojo y blanco. Cubriendo cada centímetro de la mesa había un fabuloso despliegue de fuentes con salchichas de aperitivo, patatas fritas, ganchitos al queso, picos de pan, salsas, emparedados, ensaladas, fiambres y dulces. El jardín estaba podado a conciencia, habían plantado flores



nuevas y el aire olía a hierba recién cortada mezclada con el aroma procedente del rincón de la barbacoa. El día era caluroso, el cielo de un azul añil sin una nube a la vista, las colinas de los alrededores de un intenso verde esmeralda, las ovejas que en ellas pastaban parecían copos de nieve y a Ivan le dolía en lo más vivo tener que abandonar un lugar tan hermoso y a la gente que había en él.

Elizabeth salió apresurada de la cocina.

—Ivan, me alegra mucho que hayas venido.

—Gracias. —Ivan sonrió y se volvió para saludarla—. ¡Caramba,

estás preciosa! —Se quedó boquiabierto. Elizabeth llevaba un sencillo vestido de verano de lino blanco que realzaba con suma elegancia el tono oliváceo de su piel; lucía la larga melena ligeramente rizada y suelta por encima de los hombros—. Date una vuelta para que te vea bien —dijo Ivan, aún sorprendido por su aspecto. Sus rasgos se habían suavizado y todo en ella parecía más amable.

—Dejé de dar vueltas ante los hombres a los ocho años. Y basta de mirarme embobado, hay mucho que hacer —le espetó ella.

Bueno, quizá no todo en ella fuese más amable.

Elizabeth echó un vistazo al jardín con los brazos en jarras como si estuviera de patrulla.

—Bien, deja que te enseñe cómo lo he organizado.

Agarró a Ivan del brazo y tiró de él hacia la mesa.

—Cuando los invitados entren por la verja lateral vendrán primero aquí. Recogerán las servilletas, platos y cubiertos y continuarán por ahí. —Avanzó sin soltarle el brazo y hablando deprisa—. Cuando lleguen aquí, tú estarás detrás de esta barbacoa en la que asarás lo que elijan de esta selección. —Señaló una mesa auxiliar con fuentes llenas de carne—. La de la izquierda es

la carne de soja y la de la derecha la normal. No las confundas.

Ivan abrió la boca para protestar, pero ella levantó un dedo y prosiguió.

—Entonces, después de coger un panecillo, pasarán a las ensaladas. Por favor, fíjate en que las salsas para las hamburguesas son estas de aquí.

Ivan cogió una aceituna y Elizabeth, sin dejar de hablar, le dio una palmada en la mano haciendo que la echara de nuevo al cuenco.

—Los postres están aquí, el té y el café aquí, la leche orgánica en la jarra de la izquierda, la normal en la de la derecha, el aseo entrando por esa puerta a la izquierda y punto. No quiero que

vayan de acá para allá por toda la casa, ¿entendido?

Ivan asintió con la cabeza.

—¿Alguna pregunta?

—Sólo una. —Cogió una aceituna y se la metió en la boca sin darle tiempo a arrebatársela—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Porque —se secó las manos sudorosas con una servilleta— nunca he dado una recepción como ésta y puesto que tú eres quien me ha metido en este berenjenal, tendrás que ayudarme.

Ivan se echó a reír.

—Elizabeth, lo harás la mar de bien, pero te aseguro que ponerme a cargo de

la barbacoa no es una buena idea.

—¿Por qué? ¿Es que no hacéis barbacoas en Aisatnaf? —preguntó Elizabeth con sarcasmo.

Ivan hizo caso omiso de su comentario.

—Oye, hoy no necesitas reglas ni horarios. Deja que la gente haga lo que quiera, que deambulen por el jardín, que alternen con todo el mundo y que elijan lo que quieran comer por sí mismos. ¿Qué más da si empiezan por la tarta de manzana?

Elizabeth se mostró horrorizada.

—¿Empezar por la tarta de manzana? —contestó farfullando—. Pero si está en la otra punta de la mesa.

No, Ivan, tienes que decirles dónde empieza y acaba la cola. A mí no me dará tiempo. —Se dirigió presurosa hacia la cocina—. Papá, espero que no te estés comiendo todas las salchichas de aperitivo ahí dentro —gritó.

—¿Papá? —Ivan abrió unos ojos como platos—. ¿Ha venido?

—Sí. —Alzó los ojos como pidiendo paciencia, pero Ivan tuvo claro que era pura comedia—. Menos mal que has estado fuera estos últimos días, pues me he encontrado inmersa en secretos de familia, lágrimas, rupturas y reconciliaciones. Pero vamos progresando.

Se relajó un instante y sonrió a Ivan.

Pero cuando sonó el timbre, dio un respingo y se le contrajo el rostro de pánico.

—¡Cálmate, Elizabeth! —rió Ivan.

—¡Por la entrada lateral! —gritó Elizabeth al visitante.

—Antes de que lleguen quería hacerte un regalo —dijo Ivan alargando el brazo que tenía escondido detrás de la espalda. Le entregó un paraguas rojo muy grande y Elizabeth arrugó la frente confundida.

—Es para protegerte de la lluvia —explicó Ivan en voz baja—. Te hubiese venido bien la otra noche, supongo.

La frente de Elizabeth se despejó al comprenderlo.



—Es todo un detalle por tu parte, gracias. —Lo abrazó. Levantó la cabeza de golpe—. Pero ¿cómo es que sabes lo de la otra noche?

Benjamin apareció en la verja con un ramo de flores y una botella de vino.

—Feliz cumpleaños, Elizabeth.

Elizabeth giró en redondo y las mejillas se le sonrojaron. No le había visto desde aquel día en la obra después de que Ivan pintara en la pared su presunto amor por él con grandes letras rojas.

—Gracias —contestó Elizabeth yendo a su encuentro.

Benjamin le dio los regalos y Elizabeth se los vio y deseó para

sostenerlos sin soltar el paraguas. Benjamin reparó en el paraguas y se rió.

—Creo que hoy no vas a necesitar eso.

—Ah, ¿esto? —Elizabeth se puso aún más colorada—. Es un regalo de Ivan.

Benjamin enarcó las cejas.

—¿En serio? Se las haces pasar canutas, ¿verdad? Estoy comenzando a pensar que hay algo entre vosotros dos.

Elizabeth no permitió que su sonrisa titubeara. O al menos eso deseó.

—Lo cierto es que anda por aquí. Quizá finalmente podré presentaros como es debido.

Buscó a Ivan con la mirada por el

jardín al tiempo que se preguntaba por qué Benjamin siempre la encontraba tan graciosa.

—¿Ivan?

Elizabeth me estaba llamando.

—Sí —contesté sin dejar de ayudar a Luke a ponerse su sombrero de fiesta.

—¿Ivan? —llamó Elizabeth otra vez.

—Sííí —dije con impaciencia poniéndome de pie y mirándola. Sus ojos no se posaron en mí, sino que siguieron buscándome por el jardín.

El corazón me dejó de latir; juro que noté cómo se detenía. Respiré profundamente y procuré no dejarme

llevar por el pánico.

—Elizabeth —dije con voz tan temblorosa y distante que apenas me reconocí a mí mismo.

No se volvió.

—No entiendo dónde se ha metido —dijo—. Estaba aquí hace un momento. —Parecía enojada—. Se supone que tenía que preparar la barbacoa.

Benjamin volvió a reír.

—Qué oportuno. Bueno, es una manera muy sutil de pedirme que me encargue yo, pero lo haré encantado, no te preocupes.

Elizabeth le miró confundida, sumida en sus pensamientos.

—Bien, gracias —dijo buscándome

aún con la mirada.

Observé cómo Benjamin se ponía el delantal y Elizabeth se lo explicaba todo. Pero lo observaba todo desde fuera, sin formar ya parte de la escena. La gente comenzó a llegar y a medida que el volumen subía, las voces y risas iban en aumento y el olor a comida se hacía más fuerte, noté un ligero aturdimiento. Vi cómo Elizabeth obligaba a Joe a probar un poco de su café sazonado mientras todos los demás miraban y reían; vi cómo Elizabeth y Benjamin juntaban las cabezas para decirse un secreto y luego se echaban a reír; observé cómo el padre de Elizabeth, de pie al fondo del jardín,

contemplaba con nostalgia las ondulantes colinas como si aguardara el regreso de su otra hija; observé cómo la señora Bracken y sus amigas se acercaban a la mesa de los postres y se servían otro trozo de pastel cuando creían que nadie las estaba mirando.

Pero yo las vi. Yo lo veía todo.

Era como un visitante en un museo de arte: plantado delante de un cuadro abigarrado trataba de darle sentido, embelesado y deseoso de saltar dentro y pasar a formar parte de él. Me vi empujado poco a poco hacia un rincón del jardín. La cabeza me daba vueltas y las rodillas me flaqueaban.

Vi cómo Luke salía de la cocina con

el pastel de cumpleaños de Elizabeth ayudado por Poppy, y animaba a todos a cantar *Cumpleaños feliz* mientras Elizabeth se ruborizaba sorprendida y avergonzada. La vi buscarme una vez más con la mirada sin encontrarme, la vi cerrar los ojos, pedir un deseo y soplar las velas como la niña que nunca celebró la fiesta de su decimosegundo cumpleaños y que lo estaba viviendo todo ahora. Eso me llevó a pensar en lo que Opal había dicho a propósito de que yo nunca cumplía años, que no me hacía mayor mientras que Elizabeth lo hacía día tras día y año tras año. Los invitados sonrieron y dieron vivas cuando sopló las velas, que para mí representaban el

paso del tiempo, y al apagar las titilantes llamitas ella extinguió el último atisbo de esperanza que quedaba dentro de mí. Representaban lo que nos impedía estar juntos y se me partió el corazón. La alegre concurrencia celebraba el cumpleaños mientras yo me compadecía y no podía evitar ser más consciente que nunca de que a cada minuto que transcurría Elizabeth se iba haciendo mayor. Yo simplemente notaba el paso del tiempo.

—¡Ivan! —Elizabeth me agarró por detrás—. ¿Dónde te has metido durante la última hora? ¡Te he estado buscando por todas partes!

El hecho de que me viera me dejó



tan aturdido que casi no pude hablar.

—He estado aquí todo el día —dije débilmente, saboreando cada segundo que sus ojos castaños miraban los míos.

—No es verdad. He pasado por aquí al menos cinco veces y no estabas. ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada—. Estás muy pálido. —Me tocó la frente—. ¿Has comido algo?

Negué con la cabeza.

—Acabo de calentar pizza; deja que te traiga un poco, ¿vale? ¿De qué la quieres?

—Que tenga aceitunas, por favor. Las de aceitunas son con mucho mis favoritas.

Elizabeth entornó los ojos y me

estudió con curiosidad, mirándome de arriba abajo. Lentamente dijo:

—Bueno, voy a buscarla, pero no vuelvas a desaparecer. Quiero presentarte a unas personas, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

Momentos después vino apresurada con un trozo grandísimo de pizza. Olía tan bien que mi estómago gritó de alegría, y eso que yo creía que no estaba hambriento. Tendí las manos para coger aquella exquisitez, pero sus ojos castaños se oscurecieron, su rostro se ensombreció y apartó el plato.

—Maldita sea, Ivan, ¿dónde te has metido ahora? —rezongó buscándome

con la mirada por el jardín.

Para entonces mis rodillas estaban tan débiles que ya no me vi con ánimo de sostenerme de pie; me dejé caer sobre la hierba con la espalda contra la pared de la casa y apoyé los codos en las rodillas.

Oí un leve susurró en mi oído, sentí el cálido aliento que olía a dulces de Luke.

—Está ocurriendo, ¿verdad?

Sólo pude asentir con la cabeza.

Ésta es la parte donde termina la diversión. Esta parte no es, ni mucho menos, mi favorita.

Cada paso que daba me parecía un kilómetro: notaba bajo las suelas cada piedra y cada guijarro, y sentía cómo transcurría cada segundo. Por fin llegué al hospital, agotado y exhausto. Aún había una amiga que me necesitaba.

Sin duda Olivia y Opal leyeron mi estado de ánimo en mi rostro cuando entré en la habitación; percibieron los colores oscuros que emanaban de mi cuerpo, el gesto decaído de mis hombros, que revelaba que todo el peso de cuanto flotaba en el ambiente de

súbito había decidido instalarse sobre ellos. Supe por la mirada de sus ojos cansados que ambas lo sabían. Por supuesto que lo sabían: eso formaba parte de nuestro trabajo. Al menos dos veces al año todos nosotros entrábamos en relación con personas especiales que consumían nuestros días y nuestras noches y todos nuestros pensamientos, y cada vez teníamos que pasar por el proceso de perder a cada una de esas personas. A Opal le gustaba decirnos que no era que nosotros las perdiéramos, sino que ellas salían adelante. Aunque nada me convencía de que no estuviera perdiendo a Elizabeth. Como yo no ejercía ningún control, no

era capaz de hacer que se aferrara a mí, que me siguiera viendo, ella se me escurría entre los dedos. ¿Qué ganaba yo? ¿Qué conseguía? Cada vez que me separaba de un amigo me quedaba tan solo como el día antes de conocerle y, en el caso de Elizabeth, más solo todavía, porque sabía que me estaba perdiendo la posibilidad de algo mucho más completo. Y he aquí la pregunta de los sesenta y cuatro millones de dólares: ¿qué obtienen nuestros amigos con ello?

¿Un final feliz?

¿Cabía considerar un final feliz la situación en que se encontraba Elizabeth? ¿Responsable por obligación de un niño de seis años, preocupada por

su hermana desaparecida, por una madre que la había abandonado y un padre complicado? ¿Acaso su vida no era exactamente igual que cuando yo aparecí?

Aunque me figuro que aquél no era el final de Elizabeth. «Recuerda los detalles», me dice siempre Opal. Supongo que lo que había cambiado en la vida de Elizabeth era su mente, su manera de pensar. Lo único que había hecho yo era plantar la semilla de la esperanza; ella sola se bastaba para ayudarla a crecer. Y puesto que estaba comenzando a perderme de vista, quizá la semilla estuviera recibiendo sus cuidados.

Me senté en un rincón de la habitación del hospital mirando a Opal aferrada a las manos de Geoffrey como si estuviera colgada al borde de un precipicio. Quizá lo estuviera. Su rostro reflejaba que estaba intentando, por la mera fuerza de su voluntad, que todo fuera como había sido antaño; apuesto a que allí mismo habría vendido su alma al diablo con tal de recuperar a su amado. En ese momento habría ido y vuelto del infierno sólo por él, se habría enfrentado a todos y cada uno de sus propios temores.

Las cosas que hacemos para retroceder en el tiempo.

Las cosas que no hacemos cuando se



presenta la ocasión de hacerlas.

Era Olivia la que pronunciaba las palabras de Opal. Geoffrey ya no podía hablar. A Opal le temblaba el labio inferior y sus lágrimas resbalaban por su rostro hasta caer en las manos de Geoffrey. No estaba dispuesta a dejar que se fuera. Nunca se había desprendido de él y ahora era demasiado tarde, se estaba marchando sin brindarle una segunda oportunidad.

Lo estaba perdiendo.

En ese momento la vida me pareció tenebrosa. Tan deprimente como la pintura azul cuarteada en las paredes construidas para sostener un edificio.

Geoffrey levantó despacio una mano;

salta a la vista que estaba haciendo acopio de todas sus fuerzas. Ese movimiento nos sorprendió a todos, puesto que llevaba días sin hablar ni reaccionar a ningún estímulo. Nadie estaba tan asombrado como Opal, quien de repente sintió el roce de su mano en el rostro mientras él le enjugaba las lágrimas. Un contacto después de veinte años. Por fin podía verla. Opal besó aquella mano de grandes dimensiones que abarcó la carita de ella para confortarla en aquel trance hecho de conmoción, alivio y pesar.

Geoffrey emitió el suspiro final, su pecho se hinchó por última vez y se hundió; la mano cayó sobre el lecho.

Opal lo había perdido y me pregunté si ella todavía se diría a sí misma que Geoffrey simplemente había salido adelante.

Justo entonces decidí que debía controlar mi momento final. Tenía que decirle adiós a Elizabeth como era debido, contarle la verdad sobre mí para que no pensara que había huido abandonándola a su suerte. No, eso le habría facilitado demasiado las cosas a Elizabeth; le habría proporcionado una excusa para no volver a amar nunca más. Y ella deseaba amar otra vez. Yo no quería que ella, igual que Geoffrey, aguardara para siempre mi regreso para terminar muriendo como una anciana

solitaria.

Olivia me miró con un gesto alentador cuando me levanté y besé a Opal en lo alto de la cabeza. Ésta seguía sentada con el rostro hundido en la cama; todavía asía la mano de Geoffrey y gemía tan alto que supe que era el sonido de su corazón al romperse. Hasta que salí al aire frío de la calle no me di cuenta de que estaba llorando a lágrima viva.

Eché a correr.

Elizabeth estaba soñando. Se hallaba en una habitación blanca y vacía por la que bailaba mientras iba rociando y

salpicando pintura de diferentes colores a su alrededor. Cantaba la canción que no había sido capaz de quitarse de la cabeza durante los dos últimos meses y se sentía dichosa y libre al brincar por la sala y observar cómo la pintura espesa y pastosa se estrellaba contra las paredes con sonoros plafs.

—Elizabeth —susurró una voz.

Ella siguió dando vueltas por la habitación. Allí no había nadie más.

—Elizabeth —susurró la voz y ella comenzó a mecerse suavemente al bailar.

—¿Mmm? —contestó de lo más contenta.

—Despierta, Elizabeth. Tengo que

hablar contigo —dijo la voz con ternura.

Entreabrió los ojos, vio a su lado el atractivo rostro de Ivan, que parecía preocupado, se frotó la cara con la mano y por un momento ambos se miraron fijamente a los ojos. Ella se deleitó con su mirada, trató de sostenerla, pero perdió la batalla contra el sueño y dejó que los temblorosos párpados se cerraran de nuevo. Estaba soñando, eso lo sabía, pero no podía mantener los ojos abiertos.

—¿Me oyes?

—Mmm —respondió Elizabeth girando sin cesar.

—Elizabeth, he venido a decirte que tengo que marcharme.

—¿Por qué? —murmuró un poco adormilada—. Acabas de llegar. Duerme.

—No puedo. Me encantaría, pero no puedo. Debo marcharme. ¿Recuerdas que te dije que esto sucedería?

Sentía el cálido aliento de Ivan en el cuello, olía su piel; fresca y dulce como si se hubiese bañado en arándanos.

—Mmm —contesté—. Aisatnaf —afirmó pintando arándanos en la pared. Después mojó la mano en la pintura y al probarla notó que sabía a zumo de bayas recién exprimidas.

—Algo por el estilo. Tú ya no me necesitas, Elizabeth —dijo Ivan en voz baja—. Ahora vas a dejar de verme.

Otra persona va a necesitarme.

Elizabeth le acarició la piel suave y bien rasurada del mentón. Corrió hasta la otra punta de la sala rozando con la mano la pintura roja. Tenía sabor a fresas. Bajó la vista al bote que llevaba en la mano y las vio: un montón de fresas recién recogidas.

—He comprendido una cosa, Elizabeth. He comprendido en qué consiste mi vida y no es tan diferente de la tuya.

—Mmm —respondió Elizabeth sonriendo.

—La vida está hecha de encuentros y separaciones. La gente entra en tu vida a diario, les dices buenos días, les dices



buenas noches, algunos se quedan unos minutos, otros se quedan unos meses, algunos un año, otros toda una vida. Pero con todos ocurre lo mismo, os encontráis y os separáis. Estoy muy contento de haberte conocido, Elizabeth Egan; doy las gracias a mi buena estrella por ello. Creo que te he deseado toda mi vida —susurró—. Pero ahora ha llegado el momento de separarnos.

—Mmm —murmuró con voz soñolienta—. No te vayas.

Ahora Ivan estaba con ella en la sala, se perseguían, se arrojaban pintura, se tomaban el pelo. No quería que se marchara; lo estaba pasando en grande.

—Tengo que irme. —Se le quebró la

voz—. Compréndelo, por favor.

El tono de su voz hizo que Elizabeth dejara de correr. Dejó caer la brocha, que dejó una mancha roja en la alfombra blanca recién estrenada. Levantó la vista hacia él y vio su rostro transido de pena.

—Te amé en cuanto te vi y siempre te amaré, Elizabeth.

Le dio un beso debajo de la oreja izquierda, tan delicado y sensual que ella deseó que no acabara nunca.

—Yo también te amo —dijo medio dormida.

Pero el beso terminó. Elizabeth miró a su alrededor en la sala salpicada de pintura: Ivan se había esfumado.

Abrió los ojos de golpe al oír su

propia voz. ¿Acababa de decir «te amo»? Se apoyó sobre un codo e inspeccionó aturdida el dormitorio.

Pero la habitación estaba vacía. Elizabeth estaba sola. El sol asomaba entre los picos de las montañas, la noche había concluido y empezaba un nuevo día. Cerró los ojos y siguió soñando.

Una semana después de aquella madrugada, Elizabeth se encontró limpiando la casa en pijama, arrastrando las pantuflas de una habitación a otra a primera hora del domingo. Se detenía en el umbral de cada pieza, miraba dentro y buscaba... algo, aunque no sabía bien qué. Como ninguna de las habitaciones le daba la solución al enigma siguió deambulando. Más tarde se quedó plantada en el vestíbulo y mientras se calentaba las manos con un tazón de café trató de decidir qué hacer. Por lo

general no se mostraba tan lenta y nunca había tenido la mente tan ofuscada, pero lo cierto era que de un tiempo a esa parte muchos aspectos de su carácter ya no eran los de antes.

Tampoco se trataba de que no tuviera cosas que hacer; la casa tenía pendiente la segunda limpieza general de cada semana y aún quedaba por resolver el problema de la sala infantil del hotel, que continuaba inacabada. Aunque el caso era que no estaba siquiera empezada. Vincent y Benjamin habían estado apremiándola toda la semana, y por las noches ella había perdido más horas de sueño de lo habitual, porque simple y llanamente no

se le ocurría ningún diseño y, siendo tan perfeccionista como era, no podía comenarla hasta tener muy claro lo que iba a hacer. Pasarle el muerto a Poppy constituiría un fracaso por su parte. Era una profesional competente, pero ese mes se había vuelto a sentir como una colegiala que despreciara sus lápices y bolígrafos y evitara el ordenador portátil para no tener que hacer los deberes. Buscaba una distracción, una excusa aceptable que la librara por una vez del estúpido bloqueo en el que se encontraba.

No había visto a Ivan desde la fiesta de la semana anterior, no había recibido una sola llamada, una carta, nada. Era

como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra, y además de enojada se sentía sola. Lo echaba de menos.

Eran las siete de la mañana y en el cuarto de jugar sonaba la algarabía de unos dibujos animados. Elizabeth cruzó el vestíbulo y asomó la cabeza por la puerta.

—¿Te importa si me siento aquí?

Faltó poco para que agregara «te prometo que no diré nada». Aunque Luke se mostró sorprendido, asintió con la cabeza. Estaba sentado en el suelo estirando el cuello para ver el televisor. Parecía una postura muy incómoda, pero Elizabeth optó por guardar silencio en vez de criticarlo. Se dejó caer a su lado

sobre el saco de alubias y recogió las piernas.

—¿Qué estás viendo?

—Bob Esponja.

—¿*Bob* qué? —rió Elizabeth.

—*Bob Esponja* —repitió Luke sin apartar los ojos del televisor.

—¿De qué va?

—De una esponja que se llama Bob y lleva pantalones a cuadros —contestó Luke divertido.

—¿Es buena?

—Ajá —asintió Luke—. Aunque ya la he visto dos veces.

Se llevó una cucharada de Rice Krispies a la boca olvidando los buenos modales y se ensució la barbilla de



leche.

—¿Por qué la estás viendo otra vez?  
¿Por qué no sales a jugar con Sam y respiras un poco de aire fresco? Llevas todo el fin de semana encerrado.

Luke dio la callada por respuesta.

—Por cierto, ¿dónde está Sam? ¿Se ha marchado?

—Ya no somos amigos —dijo Luke con pesar.

—¿Y eso? —preguntó sorprendida incorporándose y dejando la taza de café en el suelo.

Luke se encogió de hombros.

—¿Os habéis peleado? —preguntó Elizabeth con delicadeza.

Luke negó con la cabeza.

—¿Ha dicho algo que te haya puesto triste? —aventuró Elizabeth.

Luke volvió a negar.

—¿Le has hecho enfadar?

Una negación más.

—Bueno, dime, ¿qué ha pasado?

—Nada —explicó Luke—. Un día me dijo que ya no quería ser mi amigo.

—Vaya, eso es muy feo —dijo Elizabeth con dulzura—. ¿Quieres que hable con él para ver qué le pasa?

Luke se encogió de hombros. Reinó el silencio entre ellos mientras él seguía mirando fijamente la pantalla, absorto en sus pensamientos.

—¿Sabes una cosa, Luke? Sé lo que se siente cuando echas de menos a un

amigo. ¿Recuerdas a mi amigo Ivan?

—También era amigo mío.

—Sí. —Elizabeth sonrió—. Bueno, pues lo extraño. Tampoco le he visto en toda la semana.

—Claro. Se ha marchado. Ya me lo dijo; ahora le toca ayudar a otra persona.

Elizabeth abrió los ojos y el enojo se apoderó de ella. Ivan ni siquiera había tenido la decencia de despedirse de ella.

—¿Cuándo se despidió de ti? ¿Qué te dijo?

Ante la mirada asustada de Luke optó por dejar de inmediato de acribillarlo a preguntas con tanta

agresividad. Debía seguir recordándose a sí misma que su sobrino sólo tenía seis años.

—Me dijo adiós el mismo día que te dijo adiós a ti —protestó Luke subiendo la voz una octava como si Elizabeth estuviera loca. Arrugó el semblante y la miró como si fuese un bicho raro, y de no haber estado tan confundida ella se habría echado a reír al ver su expresión.

Pero por dentro no se reía en absoluto. Hizo una pausa para reflexionar un momento y de repente explotó.

—¡Cómo! ¿De qué estás hablando?

—Después de la fiesta en el jardín vino a casa y me dijo que daba por

terminado su trabajo con nosotros, que iba a ser invisible otra vez, como antes, pero que seguiría estando por aquí y que eso significaba que estábamos bien —explicó alegremente antes de volver a prestar atención al televisor.

—Invisible. —Elizabeth pronunció la palabra como si tuviera mal sabor.

—Pues sí —confirmó Luke—. Bueno, la gente no le llama imaginario porque sí. ¡Bang! —Se golpeó la cabeza y se tiró al suelo.

—¿Qué te ha metido en la cabeza? —rezongó Elizabeth enojada preguntándose si se había equivocado al introducir a una persona como Ivan en la vida de Luke—. ¿Cuándo va a volver?

Luke bajó el volumen del televisor y se volvió hacia ella mirándola de nuevo como si estuviera loca.

—No volverá. Te lo dijo él mismo.

—A mí no me... —se le quebró la VOZ.

—Claro que sí, en tu habitación. Le vi entrar; le oí hablar.

Elizabeth rememoró aquella noche y el sueño que había tenido, el sueño en el que había pensado durante toda la semana, el sueño que la había estado fastidiando, y de pronto se le cayó el alma a los pies al comprender que no había sido un sueño en absoluto.

Le había perdido. En sus sueños y en la vida real, había perdido a Ivan.

—Hola, Elizabeth.

La madre de Sam abrió más la puerta de su casa invitándola a pasar.

—Hola, Fiona —dijo Elizabeth entrando. Fiona se había tomado muy bien la relación de Elizabeth con Ivan durante las últimas semanas. No lo habían comentado abiertamente, pero Fiona seguía mostrándose tan cortés como siempre. Elizabeth agradecía que no hubiese surgido ninguna dificultad entre ellas. Por desgracia, todo indicaba que Sam no lo había encajado tan bien y

eso la preocupaba.

—He venido a charlar un rato con Sam, si no hay inconveniente. Luke está muy abatido sin él.

Fiona la miró con tristeza.

—Ya lo sé, llevo toda la semana intentando hablar con él. A lo mejor tú tienes más maña que yo.

—¿Te ha contado por qué se han peleado?

Fiona intentó disimular una sonrisa y asintió.

—¿Ha sido por Ivan? —preguntó Elizabeth, preocupada. Siempre le había inquietado que Sam tuviera celos de la cantidad de tiempo que Ivan pasaba con ella y con Luke, y por eso lo había



invitado a menudo a su casa así como a participar, en la medida de lo posible, en las actividades propuestas por Ivan.

—Sí —confirmó Fiona sonriendo de oreja a oreja—. Los niños pueden ser muy suyos a esa edad, ¿no es cierto?

Elizabeth por fin se relajó al constatar que Fiona no tenía nada que objetar a propósito del tiempo que ella y Luke pasaban con Ivan y que lo atribuía todo al comportamiento de Sam.

—Dejemos que te lo cuente él mismo —prosiguió Fiona conduciendo a Elizabeth a través de su casa.

Elizabeth tuvo que refrenar el impulso de mirar a su alrededor en busca de Ivan. Aunque ella había ido

allí para echar una mano a Luke también estaba intentando ayudarse a sí misma. Siempre era mejor recuperar a dos amigos íntimos que a uno solo y se moría de ganas de estar con Ivan.

Fiona abrió la puerta del cuarto de jugar y Elizabeth entró.

—Sam, cariño mío, la mamá de Luke ha venido a hablar contigo —dijo Fiona con dulzura y, por primera vez, Elizabeth experimentó una agradable sensación de bienestar al oír aquellas palabras.

Sam paró la PlayStation y levantó sus ojos castaños hacia ella con expresión apenada. Elizabeth se mordió el labio y reprimió el impulso de

sonreír. Fiona los dejó a solas para que hablaran.

—Hola, Sam —dijo Elizabeth con amabilidad—. ¿Te importa si me siento?

Sam negó con la cabeza y ella se sentó en el borde del sofá.

—Luke me ha dicho que ya no quieres ser su amigo. ¿Es eso verdad?

Sam asintió sin el menor reparo.

—¿Quieres decirme por qué?

El niño se tomó un momento para reflexionar y luego asintió.

—No me gusta jugar a los mismos juegos que él.

—¿Se lo has dicho a él?

Sam asintió.

—¿Y qué te contestó?

Sam se mostró confundido y se encogió de hombros.

—Es un bicho raro.

A Elizabeth se le hizo un nudo en la garganta y de inmediato se puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con que es un bicho raro?

—Al principio fue divertido, pero luego era aburrido y yo no quería jugar más, pero Luke no paraba.

—¿Qué juego era ése?

—Los juegos con su amigo invisible —replicó en tono aburrido haciendo una mueca.

Las manos de Elizabeth comenzaron a ponerse sudorosas.

—Pero su amigo invisible sólo duró unos cuantos días y eso pasó hace meses, Sam.

Sam la miró asombrado.

—Pero si usted también jugaba con él.

Elizabeth abrió los ojos.

—¿Cómo dices?

—Ivan el misterioso —refunfuñó Sam—, el pelmazo de Ivan que sólo quiere dar vueltas en las sillas todo el día, u organizar guerras de barro o jugar a tocar y parar. ¡Cada día la misma monserga con Ivan, Ivan, Ivan y —su voz ya de por sí chillona subió una octava— y... yo ni siquiera le veía!

—¿Qué? —Elizabeth estaba

confundida—. ¿No podías verle? ¿Qué quieres decir?

Sam meditó cómo explicárselo.

—Quiero decir que no podía verle —dijo simplemente encogiéndose de hombros.

—Pero si jugabas con él todo el tiempo.

Elizabeth se pasó los dedos pegajosos por el pelo.

—Sí, claro, porque Luke lo hacía, pero me harté de fingir y Luke seguía dale que te pego. No paraba de decir que era real —agregó poniendo los ojos en blanco.

Elizabeth se apoyó los dedos en el puente de la nariz.

—No sé a qué viene eso, Sam. Ivan es amigo de tu mamá, ¿no?

Sam abrió más los ojos con cara de desconcierto.

—Eh... Pues no.

—¿No?

—No —corroboró Sam.

—Pero Ivan cuidaba de ti y de Luke. Iba a recogerte y te acompañaba a casa —balbuceó Elizabeth.

Sam se mostró preocupado.

—Tengo permiso para volver a casa solo, señora Egan.

—Pero él, eh, la, em... —Elizabeth se cuadró de repente al recordar algo. Chasqueó los dedos sobresaltando a Sam—. La batalla de agua. ¿Qué me

dices de la guerra de agua en el jardín de atrás? Estábamos tú, yo, Luke e Ivan, ¿te acuerdas? —preguntó tratando de sonsacarle—. ¿Te acuerdas, Sam?

Sam palideció.

—Éramos sólo tres.

—¿Qué? —gritó Elizabeth más alto de lo que quería.

Sam arrugó el semblante y comenzó a llorar en silencio.

—Oh, no —dijo Elizabeth presa del pánico—, por favor no llores, Sam, no tenía intención de asustarte. —Tendió las manos hacia él, pero el chiquillo corrió hacia la puerta llamando a su madre—. Perdóname, Sam. Por favor, para. Chisss —dijo en voz baja—. Oh,



Dios —rezongó al oír los pasos de Fiona.

Ésta entró en la habitación.

—Lo siento mucho, Fiona —se disculpó Elizabeth.

—No pasa nada. —Fiona parecía un tanto preocupada—. Está un poco susceptible al respecto.

—Lo comprendo. —Elizabeth tragó saliva—. En cuanto a Ivan —volvió a tragar saliva y se puso de pie—, tú le conoces, ¿no?

Fiona frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con lo de conocerle?

El corazón de Elizabeth se disparó.

—Me refiero a si ha estado aquí

alguna vez.

—Ah, claro —Fiona sonrió—, vino varias veces con Luke. Incluso se quedó una vez a cenar —añadió guiñándole el ojo.

Elizabeth se calmó, aunque no estuvo segura de cómo interpretar el guiño. Se puso una mano encima del corazón, que comenzaba a latir más despacio.

—Uf, Fiona, menos mal —rió aliviada—. Por un momento he creído que estaba perdiendo el juicio.

—No digas bobadas. —Fiona apoyó una mano en su brazo—. Todas lo hacemos, ¿sabes? Cuando Sam tenía dos años le pasó lo mismo. Rooster, llamaba

él a su amiguito —sonrió abiertamente—. Así que puedes creerme si te digo que sé exactamente por lo que estás pasando, sé lo que es abrir puertas de coche, preparar cenas de más y poner un cubierto adicional en la mesa. No te preocupes, lo entiendo. Hiciste bien al seguirle la corriente.

La cabeza de Elizabeth estaba empezando a darle vueltas, pero Fiona continuaba hablando.

—Si te paras a pensarlo es un desperdicio de comida espantoso, ¿verdad? Se queda en el plato durante toda la cena perfectamente intacta y, créeme, eso me consta, pues no le quitaba el ojo de encima. ¡Muchas

gracias, pero sólo me faltaría tener espeluznantes hombres invisibles en esta casa!

Elizabeth estaba a punto de sentir náuseas. Se agarró al respaldo de una silla para no perder el equilibrio.

—Pero como te decía antes, así son los niños de seis años —prosiguió Fiona—. Estoy convencida de que este tal Ivan desaparecerá con el tiempo; dicen que en realidad no duran más de dos meses. Pronto se habrá marchado, no te apures. —Por fin dejó de hablar y volvió la cara con gesto interrogante hacia Elizabeth—. ¿Te encuentras bien?

—Aire —jadeó Elizabeth—. Sólo necesito un poco de aire.

—Por supuesto —dijo Fiona conduciéndola apresuradamente hacia la puerta principal.

Elizabeth salió corriendo al jardín inhalando grandes bocanadas de aire.

—¿Te traigo un vaso de agua? —preguntó Fiona preocupada frotando la espalda de Elizabeth mientras ésta permanecía inclinada de cara al suelo y con las manos apoyadas en las rodillas.

—No, gracias —contestó Elizabeth en voz baja al tiempo que se incorporaba—. Enseguida me pondré bien.

Se marchó con paso inseguro sin despedirse, dejando a Fiona mirándola con nerviosismo.

Una vez en su propia casa Elizabeth cerró con un portazo y apoyando la espalda contra la puerta se escurrió hasta el suelo con la cabeza entre las manos.

—¿Qué te pasa, Elizabeth? —preguntó Luke, preocupado, plantándose delante de ella todavía en pijama y descalzo.

Elizabeth no podía contestar. No podía hacer más que repasar mentalmente los últimos meses una y otra vez; todos los recuerdos de sus momentos estelares con Ivan, todas sus conversaciones con él. Habían estado en lugares concurridos, la gente los había visto juntos, Benjamin los había visto, y

también Joe. Siguió rememorándolo todo tratando de recordar ocasiones en las que Ivan hubiese conversado con alguna persona. No podía ser que se estuviera imaginando todo aquello. Era una mujer cuerda y responsable.

Estaba muy pálida cuando por fin levantó la vista hacia Luke.

—Aisatnaf —fue lo único que pudo decir.

—Sí. —Luke soltó una risita—. Es fantasía al revés. ¿Verdad que es guay?

Elizabeth tardó segundos en comprenderlo. «Fantasía.»

—Venga ya —gritó Elizabeth aporreando el claxon para apremiar a los dos autocares que se cruzaban lentamente en la calle mayor de Baile na gCroíthe. Era septiembre y los últimos turistas atravesaban el pueblo. Después de ellos se acabaría el ajetreo y el lugar recobraría su silencio habitual, como un salón de banquetes la mañana después de una fiesta, dejando que los vecinos pusieran un poco de orden y recordaran los acontecimientos y las personas que habían pasado por allí. Los estudiantes



regresarían a sus universidades en las ciudades y condados de los alrededores y los lugareños volverían a quedarse solos para sacar sus asuntos adelante.

Elizabeth apretó la mano contra el claxon como si haciéndolo sonar con insistencia fuese a volatilizar el autocar que tenía delante. Un mar de rostros extranjeros se volvió en la parte trasera del bus para fulminarla con la mirada. Al lado del coche de Elizabeth los parroquianos salían a la calle tras asistir a la misa matutina. Aprovechando el glorioso día soleado formaban grupos en la acera y charlaban poniéndose al corriente de lo acontecido durante la semana. Ellos también se volvieron a

mirar el origen del enojado pitido, pero a Elizabeth le dio igual. Hoy se estaba saltando todas las reglas; estaba ansiosa por llegar a Joe's, ya que le constaba que Joe no podría por menos de admitir haberla visto en compañía de Ivan, lo cual pondría fin a aquella broma tan extraña y cruel.

Demasiado impaciente como para aguardar a que los autocares terminaran de cruzarse, se apeó dejando el coche en mitad del tráfico y corrió a la cafetería del otro lado de la calle.

—¡Joe! —llamó irrumpiendo en el establecimiento. Fue incapaz de evitar que su voz sonara asustada.

—Ah, pero mira quién está aquí,

justo la mujer que estaba esperando. — Joe salió de la cocina—. Quería enseñarte mi nueva máquina. Es de primera...

—Ahora no —le interrumpió Elizabeth sin resuello—. No tengo tiempo. Sólo quiero que me contestes a una pregunta, por favor. Seguro que recuerdas haberme visto aquí unas cuantas veces con un hombre, ¿verdad?

Joe miró al techo con aire pensativo, sintiéndose importante.

Elizabeth contuvo el aliento.

—Sí, me acuerdo.

Elizabeth suspiró aliviada.

—Gracias a Dios.

Se rió con cierto histerismo.

—Ahora podrás prestar atención a mi nuevo artefacto —dijo Joe, muy orgulloso—. Es mi flamante cafetera nueva. Hace espressos y capuchinos de éstos y todo. —Cogió una taza de expreso—. Aquí sólo cabrá un chorrito. Esto sí que verdaderamente puede llamarse un «café corto».

Elizabeth se echó a reír. Estaba tan contenta ante las noticias sobre Ivan y el café que habría saltado por encima del mostrador para darle un beso.

—¿Y dónde está ese hombre? —preguntó Joe tratando de dilucidar cómo preparar un expreso para Elizabeth.

La sonrisa de Elizabeth se desvaneció.

—Pues no lo sé.

—¿Habrá vuelto a América? Seguro, ¿no vive en Nueva York? La Gran Manzana. ¿No es así como la llaman? La he visto en la tele y qué quieres que te diga, a mí no me parece una manzana ni por asomo.

El corazón de Elizabeth empezó a palpar más deprisa.

—No, Joe, Benjamin, no. Tú te refieres a Benjamin.

—El tipo con quien viniste a tomar copas aquí varias veces —confirmó Joe.

—¡No! —El enojo de Elizabeth iba en aumento—. Bueno, sí que lo hice. Pero te hablo del otro hombre que estuvo conmigo aquí. Se llama Ivan. I-v-

a-n —repitió lentamente.

Joe hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No conozco a ningún Ivan.

—Claro que sí —dijo Elizabeth con convicción.

—Vamos a ver —Joe se quitó las gafas de leer y dejó el manual de instrucciones—, conozco a casi todo el mundo en este pueblo y no conozco a ningún Ivan ni he oído hablar de él.

—Pero, Joe —suplicó Elizabeth—, por favor, haz memoria. —Entonces se acordó—. El día que nos pusimos a derramar café por toda la calle, ése era Ivan.

—Ah. —Ahora Joe lo entendió—.

Iba con el grupo de alemanes, ¿no?

—¡No! —gritó Elizabeth contrariada.

—Bueno, pues ¿de dónde es? —preguntó Joe procurando calmarla.

—No lo sé —contestó ella enojada.

—Bueno, ¿y cuál es su apellido?

Elizabeth tragó saliva.

—Eso... tampoco lo sé.

—Pues ya me dirás cómo quieres que te ayude si no sabes su apellido ni de dónde es. Algo me dice que tú tampoco le conoces muy bien, que digamos. Que yo recuerde te pusiste a bailar dando vueltas ahí fuera como si estuvieras loca. No sé qué mosca te picó aquel día. Estabas desconocida.

Elizabeth de pronto tuvo una idea, agarró las llaves del coche, que estaban encima de la barra, y salió disparada hacia la calle.

—Oye, ¿no quieres tu cafelito? —gritó Joe cuando Elizabeth desapareció dando un portazo.

—¡Benjamin! —llamó Elizabeth cerrando de golpe la portezuela del coche y corriendo por la grava hacia él. Benjamin, junto con un grupo de albañiles, estaba encorvado sobre unos documentos extendidos sobre una mesa. Todos se volvieron a mirarla.

—¿Puedo hablar un momento



contigo? —pidió con voz entrecortada mientras el viento que barría la cima de la colina le alborotaba el pelo alrededor del rostro.

—Claro —dijo Benjamin separándose del grupo de hombres silenciosos y conduciéndola a una zona aún más tranquila—. ¿Va todo bien?

—Sí —asintió con escaso aplomo —, sólo quería hacerte una pregunta, ¿te importa?

Benjamin se preparó para escuchar lo que Elizabeth tenía que decirle.

—Tú has conocido a mi amigo Ivan, ¿verdad? —dijo Elizabeth haciendo crujir sus nudillos y apoyándose ora sobre un pie, ora sobre el otro a la

espera de su respuesta.

Benjamin se ajustó el casco, estudió el semblante de Elizabeth y aguardó a que ella se echara a reír o le dijera que era broma, pero no vio ninguna chispa maliciosa en sus oscuros ojos llenos de preocupación.

—¿Es una broma?

Elizabeth negó con la cabeza y se mordió nerviosamente el interior de la mejilla con el ceño fruncido.

Benjamin carraspeó.

—Elizabeth, en realidad no sé qué quieres que diga.

—La verdad —dijo ella enseguida—, quiero que me digas la verdad. Bueno, quiero que me digas que le has

visto, pero quiero que sea cierto, ¿entiendes? —Tragó saliva.

Benjamin escudriñó su rostro un rato más y finalmente negó despacio con la cabeza.

—¿No? —preguntó Elizabeth en voz baja.

Benjamin volvió a hacer un gesto negativo.

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas y miraron hacia otra parte.

—¿Estás bien? —Benjamin quiso tocarle el brazo, pero ella se apartó—. Di por sentado que se trataba de una broma —dijo Benjamin con ternura, un tanto confundido.

—¿No le viste en la reunión con

Vincent?

Él negó con la cabeza.

—¿En la barbacoa de la semana pasada?

Otra negativa.

—¿Paseando por el pueblo conmigo? ¿En el cuarto de jugar el día en que esa... esa... cosa estaba escrita en la pared? —preguntó esperanzada con la voz cargada de emoción.

—No, lo siento —contesto Benjamin con amabilidad procurando disimular su confusión tan bien como podía.

Elizabeth volvió a apartar la vista, le dio la espalda para ponerse de cara al paisaje. Desde allí arriba se alcanzaba a ver el mar, las montañas y el cuidado

pueblecito enclavado en el seno de las colinas.

Finalmente habló.

—Era tan real, Benjamin.

Benjamin no supo qué decir y optó por permanecer callado.

—¿Te ha ocurrido sentir una presencia junto a ti? ¿Y aunque no todo el mundo crea en esa persona tú sabes que está ahí?

Benjamin reflexionó un instante y asintió, comprensivo.

—Mi abuelo falleció y estábamos muy unidos. —Pateó la gravilla, algo cohibido—. Mi familia nunca terminó de creerlo, son bastante escépticos, pero a veces yo sabía que él estaba conmigo.

¿Conocías bien a Ivan?

—No tan bien como él a mí.

Elizabeth rió quitándole importancia. Sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas.

—¿Entonces era una persona real? ¿Ha fallecido hace mucho? —preguntó Benjamin cada vez más desconcertado.

—Yo creía tanto en él... No sabes cuánto me ha ayudado estos últimos meses. —Se calló de nuevo y contempló el panorama—. Yo odiaba este pueblo, Benjamin. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Odiaba cada brizna de hierba de cada colina, pero él me enseñó muchas cosas. Me enseñó que no era el pueblo el que tenía la

responsabilidad de hacer que yo fuera feliz. No es culpa de Baile na gCroíthe que yo no encaje aquí. No importa el lugar donde estés porque lo que cuenta es dónde está tu mente —se dio unos golpecitos en la sien—. Lo que cuenta es el otro mundo que habitamos: el mundo de los sueños, la esperanza, la imaginación y los recuerdos. Y ahora soy feliz aquí arriba —volvió a tocarse la sien—, por eso también soy feliz aquí. —Extendió los brazos abarcando el paisaje que los rodeaba. Cerró los ojos y dejó que el viento le secara las lágrimas. Su rostro se había dulcificado cuando se volvió hacia Benjamin—. Simplemente he pensado que era

importante que precisamente tú lo supieras.

Sin añadir nada más se encaminó despacio hacia el coche.

Apoyado contra la vieja torre, Benjamin la siguió con la vista. No había llegado a conocer a Elizabeth tan bien como le hubiese gustado, pero tenía la impresión de que ella le había dejado entrar en su vida más que al resto de la gente. Y él había hecho otro tanto. Habían conversado lo suficiente como para que él constatará lo semejantes que eran. La había visto madurar y cambiar y ahora su inestable amiga se había estabilizado. Fijó la mirada en el paisaje que Elizabeth había estado



viendo durante tanto tiempo y por primera vez en todo el año que llevaba allí abrió los ojos y lo vio.

De madrugada, Elizabeth se incorporó en la cama, completamente despierta. Echó un vistazo a la habitación, vio la hora, las cuatro menos cuarto, y cuando habló en voz alta para sí su voz sonó firme y confiada.

—Podéis iros todos al cuerno. Yo sí creo.

Se destapó de un tirón y saltó de la cama imaginando que Ivan lo celebraba riendo a carcajadas.

—¿Dónde está Elizabeth? —siseó enojado Vincent a Benjamin tratando de que no le oyera la muchedumbre reunida para la inauguración del hotel.

—Todavía está en el cuarto de los niños.

Benjamin suspiró con la sensación de que el muro de aprensión que había ido creciendo durante la última semana por fin se había solidificado y se asentaba pesadamente sobre sus doloridos hombros.

—¿Todavía? —gritó Vincent, y unas

cuantas personas se volvieron dejando de escuchar el discurso que alguien estaba pronunciando en los jardines del hotel. Un político del municipio de Baile na gCroíthe había acudido para la apertura oficial del establecimiento y los oradores se sucedían junto a la torre que desde hacía más de mil años se erguía en lo alto de la montaña. La multitud no tardaría en deambular por el hotel inspeccionando una habitación tras otra para admirar el trabajo realizado, y los dos hombres aún no sabían qué estaba haciendo Elizabeth en el cuarto de jugar. La última vez que tanto uno como otro habían entrado en él era cuatro días atrás y entonces seguía

siendo una tela en blanco.

Elizabeth prácticamente no había salido de esa habitación en los últimos días. Benjamin le había llevado bebidas y bocadillos de una máquina expendedora. Ella los recogía precipitadamente en la puerta para acto seguido cerrarla otra vez. Benjamin no tenía ni idea de cómo estaba quedando el interior y había pasado una semana infernal tratando de calmar el nerviosismo de Vincent. Hacía ya tiempo que a éste no le seducía la extravagancia de Elizabeth consistente en hablar con una persona invisible. Jamás se había encontrado en la situación de inaugurar un edificio

mientras aún se estaba trabajando en alguna habitación, cosa que resultaba ridícula y extremadamente poco profesional.

Los discursos por fin concluyeron, los asistentes aplaudieron con cortesía y pasaron al interior, donde inspeccionaron el nuevo mobiliario inhalando el olor a pintura fresca mientras escuchaban las explicaciones de la azafata que guiaba la visita.

Vincent no cesaba de soltar palabrotas en voz alta, para disgusto de los padres, que le lanzaban miradas de enojo. Habitación tras habitación se iban acercando al cuarto de jugar. Benjamin casi no podía soportar el suspense y

andaba de allá para acá detrás del gentío. Entre la multitud reconoció al padre de Elizabeth, apoyado en su bastón con aire aburrido, y a su sobrino acompañado de la niñera. Rogó a Dios que Elizabeth no los defraudara. A juzgar por la última conversación que mantuvo con ella en lo alto de la colina creía que a la hora de la verdad no les fallaría. Al menos eso esperaba. Tenía previsto tomar el avión para regresar a su pueblo natal en Colorado la semana siguiente y no estaba dispuesto a solucionar ningún problema que retrasara la obra. Por una vez pondría su vida personal por delante de su trabajo.

—Atención, niños y niñas —dijo la

azafata como si estuviera en un episodio de *Barney el Dinosaurio*—, la habitación que vamos a ver ahora está dedicada a vosotros, de modo que, papás y mamás, por favor abran paso a sus hijos porque ésta es una habitación muy especial.

Se oyeron exclamaciones extasiadas, risas y susurros de emoción mientras los niños soltaban las manos de sus padres; unos se adelantaron con timidez, otros corriendo con arrojo a ponerse en primera fila. La azafata hizo girar el picaporte, pero la puerta no se abrió.

—Dios santo —farfulló Vincent tapándose los ojos con la mano—, estamos arruinados.

—Esto..., aguardad un instante, niños —dijo la azafata mirando de manera inquisitiva a Benjamin.

Éste se encogió de hombros y negó con la cabeza.

La azafata probó la puerta otra vez, pero fue en vano.

—A lo mejor hay que llamar —gritó un niño y algunos padres rieron.

—¿Sabéis qué? Es una idea muy buena.

La azafata les seguía el juego, ya que no sabía qué hacer.

Llamó una vez a la puerta y de repente ésta se abrió desde dentro. Los niños comenzaron a entrar arrastrando los pies.



El silencio era absoluto y Benjamin se tapó la cara con las manos. Estaban metidos en un buen lío.

De pronto un niño soltó un «¡Uau!» y uno por uno los callados y atónitos chiquillos comenzaron a gritarse unos a otros con excitación: «¡Mira eso! ¡Mira aquello de allí!»

Los niños no salían de su asombro. Sus padres los siguieron y Vincent y Benjamin se miraron sorprendidos al oír similares susurros de aprobación. Poppy se quedó en el umbral recorriendo la habitación con la mirada, boquiabierta y absolutamente pasmada.

—Déjenme ver esto —dijo Vincent con grosería abriéndose paso entre la

gente. Benjamin fue tras él y lo que vio una vez dentro le dejó sin habla.

Las paredes de la gran habitación estaban cubiertas por enormes murales pintados con espléndidos estallidos de color. Cada uno representaba una escena distinta. A Benjamin una de ellas en concreto le resultó familiar: tres personas saltando alegremente en un prado de hierba alta, con los brazos extendidos, radiantes sonrisas en sus rostros y el pelo ondeando al viento mientras trataban de atrapar...

—¡Jinny Joes! —exclamó Luke arrebatado, comiéndose las pinturas con los ojos, al igual que el resto de los niños. La mayoría de ellos guardaban

silencio mientras contemplaban los detalles de cada mural.

—¡Mira, aquí sale Ivan! —gritó Luke a Elizabeth.

Perplejo, Benjamin miró a la desaliñada Elizabeth, que estaba de pie en un rincón con un pantalón de peto manchado de pintura y marcadas ojeras. Pero a pesar de sus evidentes signos de cansancio, su rostro estaba iluminado por una sonrisa radiante causada por la reacción de los visitantes ante la decoración de la sala. Los ojos le brillaban con no disimulado orgullo mientras todo el mundo señalaba las pinturas murales.

—¡Elizabeth! —susurró Edith

tapándose la boca con las manos—. ¿Has hecho todo esto tú sola?

Miró a su patrona con una mezcla de orgullo y confusión.

Otra escena mostraba un campo donde una niña contemplaba cómo un globo rosa subía flotando hacia el cielo; en la siguiente un montón de niños libraban una batalla de agua, iban salpicándose de pintura mientras bailaban sobre la arena de una playa; más allá un niña pequeña sentada en un prado verde tomaba un picnic con una vaca que llevaba un sombrero de paja, un grupo de niños y niñas trepaban a los árboles y se colgaban de las ramas. En el techo Elizabeth había pintado un

firmamento azul oscuro salpicado de estrellas fugaces, cometas y planetas lejanos. En la pared del fondo había representado a un hombre y a un niño que, con sendos bigotes negros y armados de unas lupas, se inclinaban para estudiar el rastro de unas pisadas negras que bajaban hasta el suelo, lo cruzaban y subían por la pared de enfrente. Había creado un mundo nuevo, un país de las maravillas que era puro escapismo, diversión y aventura. Pero lo que deslumbró a Benjamin fueron la minuciosidad de los detalles, la expresión de regocijo en las caras de los personajes y las alegres sonrisas de puro placer infantil. Era la misma

expresión que tenía Elizabeth cuando él la sorprendió bailando en el campo y atravesando el pueblo con algas en el cabello. Era el rostro de alguien que se había liberado de sus inhibiciones y era verdaderamente feliz.

Elizabeth bajó la vista hacia una niña de un par de años que jugaba en el suelo con uno de los muchos juguetes esparcidos por toda la habitación. Cuando se disponía a agacharse para hablar con la pequeña, se fijó en que ésta estaba hablando sola. Mantenía una conversación muy seria, de hecho se estaba presentando a alguien invisible.

Elizabeth paseó la mirada a su alrededor, inspiró profundamente e intentó captar el inconfundible olor de Ivan.

—Gracias —susurró cerrando los ojos e imaginando que él estaba a su lado.

La niñita seguía balbuceando para sí misma, aunque se interrumpía para volver la cabeza hacia la derecha y escuchar antes de hablar. Y entonces se puso a tararear aquella canción que Elizabeth conocía tan bien y había sido incapaz de apartar de su mente.

Elizabeth echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

En el nuevo hotel, yo me mantenía de pie junto a la pared del fondo del cuarto de jugar con los ojos llenos de lágrimas y un nudo tan grande en la garganta que creía que nunca sería capaz de pronunciar otra palabra. No podía dejar de mirar aquellos murales, que eran como el álbum de fotos de todo lo que había hecho con Elizabeth y Luke durante los últimos meses. Parecía como si alguien sentado a lo lejos se hubiese dedicado a representarnos a la perfección.

Mirando las paredes, los colores y los ojos de los personajes supe que Elizabeth lo había comprendido todo y



que me recordaría siempre. A mi lado, formando una fila en el fondo de la sala, mis amigos me brindaban su apoyo moral en un día tan señalado.

Opal me puso una mano en el brazo y me lo apretó para darme aliento.

—Estoy muy orgullosa de ti, Ivan —susurró, y me plantó en la mejilla un beso que sin duda me dejó una mancha de carmín en la piel—. Como ves hemos venido todos. Siempre podremos contar los unos con los otros.

—Gracias, Opal. Ya lo sé —dije muy emocionado viendo a Caléndula, que estaba a mi derecha, a Tommy, que miraba fascinado las paredes, a Jamie-Lynn, que se había agachado para jugar

con un niño muy pequeño sentado en el suelo, y a Bobby, que señalaba las escenas que tenía ante sí y reía tontamente. Todos levantaron los pulgares en señal de aprobación y comprendí que nunca me sentiría solo, ya que estaba en compañía de auténticos amigos.

Amigo imaginario, amigo invisible..., llamadnos como queráis. Quizá creáis en nosotros, quizá no. El caso es que eso no importa. Como la mayoría de personas que realizan tareas realmente fantásticas, no existimos para que se hable de nosotros y nos dediquen alabanzas; existimos sólo para satisfacer las necesidades de quienes nos precisan.

Tal vez no existamos en absoluto; tal vez sólo seamos producto de la imaginación de la gente; quizá sea pura coincidencia que niños de dos años que apenas saben hablar decidan entablar amistad con personas que sólo los adultos no ven. Acaso todos esos médicos y psicoterapeutas tengan razón al sugerir que simplemente esas criaturas están desarrollando la imaginación.

Pero seguidme la corriente un instante. ¿Es posible que haya otra explicación que no se os haya ocurrido para mi historia?

La posibilidad de que en efecto existamos. De que estemos aquí para ayudar a quienes nos necesitan, a

quienes creen en creer y por consiguiente nos ven.

Siempre miro el lado positivo de las cosas. Siempre digo que no hay mal que por bien no venga, pero, la verdad sea dicha —y creo firmemente en la verdad—, durante un tiempo me costó mucho encajar mi experiencia con Elizabeth. No lograba entender qué había ganado yo, sólo veía que su pérdida era una gran nube negra de tormenta. Pero luego, como en el transcurso de los días pensaba en ella a cada segundo y cada vez sonreía, me di cuenta de que conocerla y, por encima de todo, el hecho de amarla había sido lo mejor que me había pasado en la vida.

Era mejor que la pizza, mejor que las aceitunas, mejor que los viernes y mejor que dar vueltas en una silla giratoria, e incluso ahora que ya no está entre nosotros, y se supone que no debería decir esto, de todos mis amigos, Elizabeth Egan ha sido con mucho mi favorita.

# Notas

[1] Verso de una canción de la película en cuestión. (N. del T.) <<

[2] *Portakabin*: Marca de casas prefabricadas que suelen emplearse como oficinas, vestuarios, etc., en las obras. (N. del T.) <<



[3] *sláinte*: En gaélico, «a tu salud». <<

[4] En inglés, borrower significa «prestatario». La película de Peter Hewitt se estrenó en España como Los Borrowers, 1997: Pocho, Obdulia y sus hijos Pizquita y Anita son los Borrowers, una familia diminuta de tan sólo 6.5 centímetros de estatura que vive en el subsuelo de una gran casa y toma prestado todo lo que necesita de la familia humana que vive encima de ellos. (N. del T.) <<

[5] *badhrán*: Instrumento de percusión que marca el ritmo en la música tradicional celta; es una especie de tambor de madera y piel de cabra que se toca con un palillo doble. (N. del T.) <<